

TANIA RODRÍGUEZ

CORAZÓN Y CORAZA

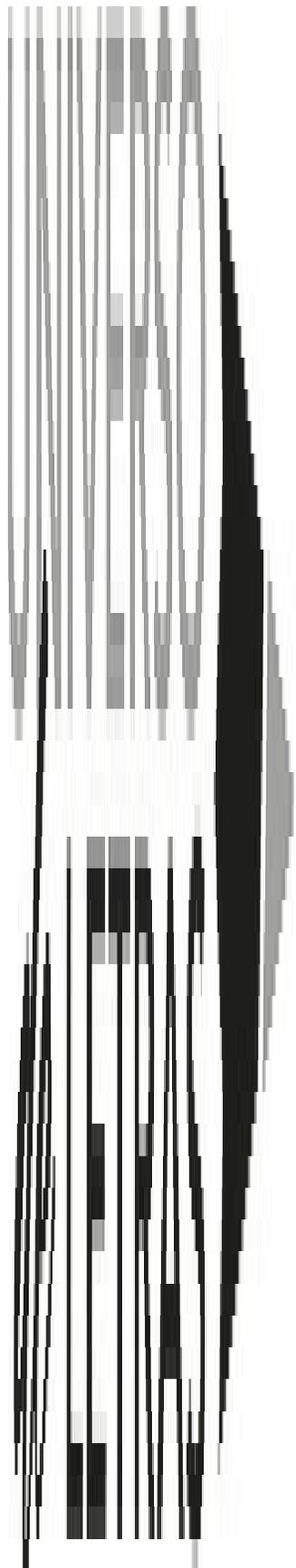
UNIVERSO
de LETRAS 



Corazón y Coraza

CORAZÓN Y CORAZA

TANIA RODRÍGUEZ



Corazón y Coraza

Tania Rodríguez

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Tania Rodríguez, 2019

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

www.universodeletras.com

Primera edición: 2019

ISBN: 9788417740535

ISBN eBook: 9788417741563

Al tata “Bebe”, que guía mis pasos desde el cielo.

A Mía, mi mejor creación.

A mi Má, que me da la vida cada día.

A Matt, que confía en mis habilidades aún cuando yo misma no lo hago.

*A aquellos autores cuyas obras incitaron una voraz pasión por la literatura
desde mi más temprana infancia.*

A Mario Benedetti, por el poema que inspiró esta historia de amor.

Capítulo I

¿Dichoso porvenir?

—Jamás pudimos soñar mayor fortuna, amigo mío. ¡Felicidad de la buena!
El señor Johnson se deshacía en expresiones y ademanes que deban clara muestra de su dicha.

—Un hombre como pocos. Profesional como ninguno. Arquitecto, ¡sí señor! ¡El mejor del país!, me atrevo a decir yo. ¡Verás qué diseños construye! ¡Y el bungalow donde reside! Un palacio soñado. Un ingenio inigualable. Pero nuestra pequeña Sanah lo merece. ¡Claro que sí! ¿Sanah? Baja niña. El señor Smith ha venido a verte y darte sus bendiciones.

La voz cargada de ilusión de papá vino a sacarla de su ensimismamiento.

—¿Sanah? ¿Has oído?— vociferaba el señor Johnson impaciente por vanagloriarse de su dichosa hija.

—Un segundo. Ya voy— devolvió desde su habitación con voz trémula, que no denotaba tan desmesurada alegría.

Sanah se incorporó en su elegante lecho, calzó sus cómodas zapatillas invernales y se dirigió a su mesita de luz de diseño infantil.

Se detuvo frente al amplio espejo en el armario de luna para contemplar su imagen. Su largo pelo rubio brillaba en toda su extensión, y sus ojos claros le daban a su piel pálida un toque angelical y quizás demasiado frágil. Un nuevo llamado trajo su mente absorta de regreso al mundo real.

—Sanah. ¡Date prisa! Esta niña anda con su cabecita en las nubes desde la propuesta del sábado. ¡Y no es para menos!

Con un suspiro, caminó decidida hasta la mesita y abrió el tercer cajón. Un exclusivo anillo de compromiso brillaba ostentoso en su caja dorada. Lo tomó de prisa y colocó en su largo y delicado dedo anular. Salió rápidamente del

coqueto dormitorio, y se lanzó escaleras abajo donde papá la aguardaba ansiosamente para hacer gala de la felicidad que su hija les prodigaba.

—Mira nada más lo que has crecido en el último tiempo. Te has convertido en una bella mujercita, querida Sanah—exclamó el amigo de su padre con su sonrisa bondadosa.

—Es todo nuestro orgullo, querido Arthur. No pudimos anhelar mejor tesoro. Y deberías ver sus notas en la Universidad. En unos años, Sanah será quien tome las riendas del negocio familiar.

El sonido de voces acercándose vino a interrumpir el sagrado discurso del señor Johnson sobre las innumerables cualidades de su hija.

Risas, paquetes y un sinfín de bolsos grandes y pequeños se agolparon en el salón. Eran los clásicos regresos de su madre y la señora Smith luego de una tarde de compras.

—¡Mi niña adorada!, exclamó rebotante su madre. Has de ver el traje de noche que he comprado para ti. ¡Cuando Mark te vea, va a quedar más deslumbrado de lo que ya está!

Pronto se vió invadida por innumerables muestras de afecto de sus padres y los señores Smith, quienes habían sido siempre parte de su familia. Siendo vecinos inmediatos, se habían convertido en grandes amigos años atrás. Los Smith eran personas entrañablemente adorables y sentían profundo afecto por Sanah, viendo en esta a la hija que tanto añoraron y jamás pudieron tener. Desde pequeña, Sanah iba y venía de una casa a la otra, sintiendo en ambas la misma sensación de confort de hogar, de familia. Durante los últimos tres años, habían residido en Nueva York, por asuntos laborales del Señor Smith, y habían transcurrido sólo un par de días desde que retornaran a su hogar, de modo que el esperado reencuentro, cargado de anécdotas, nostalgia y buenas nuevas, no podía ser más oportuno.

Durante la cena, el señor Johnson no se cansó de proponer brindis por todo y nada. Sanah reparó por unos instantes en el rostro de su madre. Lucía más joven, más vital, con un destello de felicidad en sus ojos. La algarabía era el rasgo predominante de todos los partícipes. Todos, excepto el pequeño Zeus. El miembro más pequeño de la familia parecía absorto en su propio mundo, y

sus facciones suaves y tersas reflejaban su característica inocencia. Ocupando la silla al medio de sus padres, el pequeño autista hacía girar su tenedor en la mano con gesto aburrido, mientras sus ojos brillantes, de mirar cálido y expresivo, transmitían los sentimientos que sus limitaciones no le permitían poner en palabras.

Sanah sentía profundo amor por su hermano. Era su gran debilidad y su confidente. En sus días de mayor cansancio o estrés, frente a cualquier situación que la aquejara, sólo bastaba con posar los ojos en la mirada pura de Zeus para que la paz interior retornara de nuevo a su alma. Jamás eran necesarias en su vínculo las palabras. Un abrazo, una caricia, una mirada, producía en ambos el efecto del más profundo y sincero diálogo. Uno daba al otro la calma y la confianza necesaria para que sus vidas fluyeran cargadas del amor puro que solo sus corazones tan semejantes y bondadosos podían irradiar.

Aquella noche, la velada transcurrió con gran entusiasmo por parte de los presentes y varias botellas de champagne sirvieron a los largos brindis que auguraban gran dicha por el pronto enlace de Sanah y Mark.

—Tres hurras por el dichoso porvenir de nuestra niña—, aclamaba el señor Johnson.

La exclamación sonó extraña en oídos de Sanah, quien por primera vez comenzó a tomar conciencia de los grandes cambios que la aguardaban. ¿Por qué no lograba compartir el mismo anhelo? ¿Concordaba su corazón con el vaticinio de su padre? ¿Tendría ella tal dichoso porvenir?

Capítulo II

El corazón de Marilyn

Tras una larga mañana de clases en el instituto de Ciencias Económicas donde Sanah cursaba el tercer año de su carrera como economista, se reunían decenas de jóvenes agobiados con libros y pesadas mochilas para disfrutar de un breve recreo. Se oían charlas y risas por doquier de varios de ellos, mientras algunos se aislaban para leer o completar una tarea u otros dormitaban sobre las hojas crujientes de los árboles otoñales. Sanah bajó de prisa las escaleras que daban al gran hall y sintió una bella satisfacción cuando el sol rozó su rostro. Se sentía algo conmovida tras los últimos acontecimientos en su vida, y las noches en vela, sumadas a la exigencia académica con la que debía cumplir, habían acabado con sus energías. Se dirigió pronto a la mesita de piedra como indefectiblemente estaría esperándola su amiga Marilyn. Juntas habían realizado sus estudios primarios y secundarios, y juntas continuaban su carrera terciaria, aunque Marilyn aún continuaba en el primer grado, dado su descuido y poco interés por lo que realizaba. Proveniente de una familia adinerada, Marilyn era una chica bastante frívola y caprichosa quien estaba acostumbrada a obtener todo con gran facilidad y con una concepción despreocupada sobre la vida. Sólo bastaba con observarlas y conocer mínimos detalles sobre cada una de ellas, para dar por sentado que se trataba de dos seres total y absolutamente opuestos. Sanah, con su personalidad sumamente frágil, sus ademanes tranquilos y femeninos, su hablar sereno y toda su presencia cuidada y acicalada, contrastaba ferozmente con Marilyn y su aspecto moderno y desenvuelto, su cabello estrambótico, sus atuendos alocados, por no mencionar aquellos comentarios siempre inapropiados que ruborizaban a

Sanah. Así eran de distintas, y así eran de unidas. Puede que su amistad no involucrara sentimientos propios de un vínculo verdadero. No había entre ellas la confianza, ni la comprensión mutua que aún sin manifestarlo, ambas necesitaban, pero a pesar de cualquier discordancia, ellas permanecían unidas a través de los años, tal vez por costumbre, tal vez porque una encontraba en la otra la identidad que le faltaba, o por mera atracción de los opuestos, que siempre insisten en mezclarse.

Marilyn y Sanah habían compartido gran parte de sus vidas juntas. Residiendo ambas en el mismo vecindario, era un hábito en ellas pasar por casa de la otra a diario. Ambas familias veían con buenos ojos la relación de sus pequeñas, aunque con la llegada de la adolescencia y los ineludibles cambios que las chicas manifestaron, las opiniones de sus allegados comenzaron a modificarse. Por un lado, Sanah, se había convertido en una mujercita bella y responsable, quien cumplía con sus obligaciones sin chistar y accedía dócilmente a cualquier orden de sus padres. En contraste, Marilyn se había vuelto una chica ruda, de actitudes groseras, que no brindaba respeto a sus padres e insistía en vivir el mundo a su manera. Fue aquí que los señores Johnson comenzaron a observar que los cambios sufridos por la inseparable compañía de su hija, no eran en la menor medida favorables, y temían profundamente que aquella manzana podrida afectara el comportamiento de su hija mayor. No obstante, optaron por observar sigilosos cualquier posible interferencia negativa y se limitaban a estar pendientes de Sanah, y de cualquier mínimo cambio en la jovencita en quien tanto confiaban.

Por su parte, los señores Griffin, angustiados por el irrespeto y desobediencia de su hija, se aferraban más que nunca al vínculo que ésta sostenía con Sanah, y confiaban en que aquella saludable compañía lograra restablecer la cabecita de su hija y evitar mayores problemáticas.

—¡Date prisa!

A juzgar por el tono y la intensidad de su voz, Marilyn pretendía no ser sólo escuchada por su amiga, sino por toda la Universidad.

Moviendo los brazos, y realizando todo tipos de ademanes, llamaba a Sanah como si en ello le fuera la vida. Ésta apuró su paso al verla, depositando un

beso en las mejillas ardientes de emoción de su compañera.

—¿Por qué no entraste a clase? Estuve guardando un asiento para ti. Vas a perder el curso por inasistencia, ya te lo he advertido.

—¡Ay! ¡Qué más me da! No estoy para tonterías ni sermones. Escucha lo que tengo para decirte. No vas a poder creerlo. ¡Es..! ¡Es lo más maravilloso que me ocurrió en toda la vida! Siéntate, siéntate, porque te irás de espaldas.

—¡Dime! ¿Qué sucedió? ¿Tiene que ver con aquel curso en el extranjero que te había interesado, verdad? ¿Lograste el permiso de tus padres?

—¡Claro que no! ¿Es que sólo puedes imaginar cosas sin la menor diversión?

Marilyn solía ser ruda en sus expresiones. Pero como Sanah la conocía bien y aceptaba más allá de todo, no realizaba el menor reproche frente a las actitudes grotescas de su amiga.

—Tiene que ver con él.

—¿Con quién?

—Corazón.

—¿Corazón?

Aquel era un diálogo de locos.

—¿Recuerdas que te dije que la mojigata de mamá decidió que debo acudir a clases de pintura en las tardes, así despejo mi mente, y aprendo algo útil, y bla bla bla?

—Sí. Recuerdo que dijiste que ni habiendo perdido la mayor cordura ibas a concurrir a clases de arte, y desperdiciar tus tardes de diversión.

—Exactamente. Pero cambié de idea. No importa nada de lo que dije. En realidad, eso pensaba hasta que lo vi.

—¿A quién?

—En el folleto que mamá dejó sobre mi cuarto con la información sobre las aburridísimas clases. En medio de todo el palabrerío, aparecía una foto suya. Es el hombre más impactante que vi en toda mi vida.

—¿Y quién es?

—Es Corazón. Es el profesor de pintura, y es absolutamente mágico, atractivo, maravilloso. Y hoy voy a verlo. No puedo esperar a conocerlo en

persona.

Aparentemente a Marilyn se le había esfumado la poca coherencia y sentido común que le quedaba. ¿Enamorada de una foto? Sanah no podía hacer más que contemplarla con gesto preocupado y divertido al mismo tiempo.

—Bueno. No te quedes así. Dime algo después de lo que acabo de decirte.

—Pues, creo que estás loca de remate. ¿Cómo puedes hacer tantas asunciones sobre un hombre que en tu vida has visto? Y dicho sea de paso, ¿cómo es que tú, justamente tú, tan moderna y vanguardista, vienes a atribuir milagros a un tipo con un nombre tan espantosamente ridículo como cursi? Yo en su lugar iniciaría una demanda a sus padres por llamarle de esa manera. ¡Corazón! Hasta me da náusea imaginármelo.

—Tú si que estás más pesimista que mi abuela. Y ni quiero imaginarte cuando estés de boda con el inexpresivo de Mark. ¡La que me espera! ¡No entiendes nada de hombres! Corazón lo tiene todo. Su mero nombre atrapa. ¿Quién más hay sobre la tierra con un nombre tan sublime? Su mirada feroz pero con un destello de ternura. ¡Y será mio! Cueste lo que cueste.

Aquello sonó más como un juramento que un deseo.

Sanah pensó en los señores Griffin, que a toda su consternación por los hábitos rebeldes y poco sanos de su hija, ahora comenzaba un nuevo capricho romántico, con todas las características de un delirio obsesivo y sin lugar a dudas, problemático.

—Dí algo.

La mirada anhelante de Marilyn conmovió a Sanah, y se percató de que su amiga, en apariencia frívola y maliciosa, estaba desbordada, quizás por primera vez en su vida, por sentimientos tan grandes que escapaban a su control.

—No quiero ser yo quien termine con tu ensueño. Lo siento si me referí a ese chico de manera ofensiva, pero lo cierto es que creo deberías tomarte el asunto con mayor calma. Ya verás cuando lo conozcas que impresión te causa. A lo mejor está comprometido, o simplemente no te agrada.

—Claro que no. Se fijará en mi. Ya lo verás. No hay dudas de que ningún hombre me va a gustar tanto como él.

Sanah abrió los ojos desmesuradamente. No cabía dudas de que su amiga, quien siempre había hablado de manera despectiva con respecto al amor, estaba enamorada hasta la médula. ¡De una fotografía! Pero amor de todas formas.

—No te quedes así pensando. Necesito tu ayuda. ¿Qué crees que debo vestir estar tarde? Tienes que prestarme algo tuyo. No es que me haga gracia lucir como una de esas muñecas de porcelana que se asemejan a ti, pero necesito algo que me haga ver bien para él.

—¡Ah, no! ¡Pellízcame o que despierte de este sueño ya! Ahora, la que siempre juraba no enamorarse, y que despotricaba contra los tontos enamorados, argumentando que era cosa de débiles, no sólo quiere flirtear con el profesor de arte, sino que además quiere cambiar su estilo. ¿No era que cada uno debe vestir tal cual su pensamiento y reflejarse en su apariencia? Ahora la chica punk quiere disfrazarse de niña seria. ¿Ya pensaste cómo vas a combinar tus mechas azul eléctrico con vestimenta rosa?

—Tú sí que me ayudas—, soltó Marilyn con mirada furibunda.

—Es que aún no puedo creer lo que oigo. No veo esto con buenos ojos, pero accedo a lo que pidas.

Sanah no pudo evitar una risotada.

—¿Me ves cara de payaso, o qué?

—No. Sólo te desconozco, pero de algún modo me gusta verte más humana, más madura, aunque envuelta en un plan descabellado.

—Ya. No seas tú la cursi ahora. Soy como soy, y punto. Y no me arrepiento de mi apariencia ni de lo que pienso. Sólo quiero causarle una buena impresión a Corazón. Eso es todo. Luego me las ingeniaré para que se fije en mí. Después de todo, no hay una sola cosa en todos mis 20 años que me haya sido negada. ¿Por qué no voy a obtener entonces al hombre que me gusta? Es cierto que nunca pensé decir ni sentir esto y que me incomoda un poco, por lo inesperado, pero sucedió, y como ocurre con todos mis deseos, Corazón también entrará en mi lista de logros.

En su ensimismamiento, tal vez Marilyn olvidaba que su deseo implicaba un alma a enamorar, un hombre pensante y con sentimientos a conquistar. Difería

esto de todos los caprichos, viajes, compras, fiestas y hasta amistades «de categoría» (como ella les llamaba), que el dinero del señor Griffin se encargaba de poner a su disposición. Por primera vez en su vida, Marilyn, se proponía, tal vez de manera inconsciente, a alcanzar una meta por sí misma. Dada su personalidad triunfante y consentida, se consideraba victoriosa de antemano. Sanah no quería imaginar la frustración y el consiguiente berrinche que se desataría tras un posible rechazo. Después de todo, quizás el aclamado Corazón fuera un monigote dispuesto a mimarla o ceder ante su insistencia. De tener el alma sensible de un verdadero artista, su personalidad chocaría estridentemente con las características de Marilyn. Sanah se estremeció de pensar en ello. A pesar de que con la mayor de las certezas, todo se trataba de una de las clásicas locuras obsesivas de Marilyn, nunca la había visto tan obcecada en algo.

—Entonces, ¿vas a ayudarme a «acicalarme» para Corazón?.

—Claro que sí. Podemos pasar por casa antes de tu clase y una vez allí, ya veremos que modelo te favorece. Y deberías agradecerme con lágrimas en los ojos, ya que aún estoy dispuesta a cooperar contigo cuando llevas años repitiendo que visto como una vieja anticuada, sin la menor gracia.

—Tampoco es que me apetezca vestir esas incomodidades. Sólo quiero que él vea que hago esfuerzo por agradarle.

El sonido del timbre anunciando que el recreo había culminado interrumpió la peculiar charla.

Pronto comenzó el movimiento de estudiantes apurados por regresar a sus aulas, y algunos chasquidos de fastidio.

Sanah se incorporó de su cómodo sitio bajo los árboles y ofreció su mano a Marilyn, mas ésta se hizo hacia atrás con gesto huraño.

—Ni pienses que voy a fosilizarme en esa clase tediosa, teniendo tantas cosas en que pensar.

—Tú no cambias más— replicó Sanah reprobando la actitud de su amiga.

—Te espero cuando salgas. Y date prisa apenas suene la campana. No se te ocurra quedarte más rato en el salón ni pasar por la biblioteca.

—¡Ay! Ya.

Tras una larga clase de contabilidad, cálculos, trabajos grupales, fórmulas e innumerables notas que tomar, llegaba por fin el adorable sonido que indicaba que la jornada de estudios estaba finalizada por el día. Suspiros de docentes y alumnos, correteos por los pasillos, risas estruendosas, mochilas cerrándose. Era la mezcla de alegría y alivio que implicaba poder disfrutar de unas horas de ocio tras arduo trabajo.

—Sanah, Sanah—, un grupo de compañeras aclamaba su atención.

—Planeamos reunirnos en casa de Sophie para elaborar el proyecto de investigación que se nos asignó. ¿Vienes con nosotras, verdad?.

—Sí, claro. Eso habíamos acordado.

Ya cuando había asentido, le vino a la mente la charla del recreo.

Uff... Marilyn y su dilema. ¡Qué oportuno!

—Eh, chicas. ¡Esperen! Debo resolver un asunto antes de comenzar. No esperen por mí. Me les uniré tan pronto como me sea posible.

Corrió escaleras abajo para encontrarse con Marilyn, quien ya estaba al borde de un ataque de histeria.

—¡Por fin apareces! Siempre sale todo el mundo excepto tú.

Sanah puso los ojos en blanco a modo de respuesta.

A las corridas emprendieron el camino a casa de Sanah. Parecían otra vez aquellas pequeñas que entre risas corrían ataviadas con sus mochilas y libros de texto al colegio.

La señora Johnson se sorprendió al verlas entrar como un torbellino.

—¿Qué les ha sucedido?

—Pues..

Ninguna había planeado que excusa dar. Decir la verdad no era una opción. Primero, nadie iba a creer que la siempre desaliñada Marilyn estuviera interesada en lucir de otra manera, y mucho menos usar ropa de Sanah. Por otro lado, si el verdadero motivo detrás de tanto preparativo llegara a oídos de la señora Griffin, no podía esperarse menos que un infarto.

Siempre alerta, y experta en resolver esa clase de problemas, Marilyn dio con la respuesta.

—Es que esta tarde comienzo mis clases de pintura. Así que no podré asistir

a mi clase particular de Contabilidad. Y decidí pedirle a Sanah sus apuntes, ya que tenemos un examen en cuestión de días.

La señora Johnson hizo un gesto de grata sorpresa.

—Pues, ¡genial! No sabía que fueras a asistir a clases de pintura. Pero me parece una idea fantástica. Siempre es bueno aprender cosas buenas y tener la cabecita ocupada. Especialmente a su edad. Y me complace mucho que dediques tiempo a tus estudios universitarios. Tus padres estarán más que satisfechos de saber eso.

—Sí, si. Bueno.., Sanah ¿vamos a tu habitación por los apuntes?

—Sí. ¡Adelante!

Subieron las escaleras a toda marcha y una vez cerrada la puerta, Sanah soltó un suspiro de alivio.

—No me agrada decir mentiras, especialmente a mis padres. Y no me parece bien que tú lo hagas ni que me metas a mi en ello. Mucho menos alegando un interés inexistente tanto por tu clase de pintura, como por la Universidad.

—Eres igual de pesada y anticuada que tu madre. Siempre dispuesta a dar largos sermones. En fin, abre el guardarropa y veamos que puedo ponerme para esta tarde de una vez.

Luego de cerrar la puerta bajo llave, para evitar el riesgo de que la servicial señora Johnson quisiera entrar con su clásico té o cualquier motivo, comenzaron a ver faldas, suéteres, y varios modelos del bien provisto armario de Sanah. Tras quince minutos de indecisión, la cama estaba cubierta de ropa, así como gran parte del piso.

—Es que nada de esto me gusta. Todo me parece demasiado señorial. Aquel vestido parece diseñado para una dama aristocrática y no para una chica de nuestra edad—, exclamó Marilyn con desilusión señalando un elegante traje cuidadosamente bordado.

—Es lo que tengo para ofrecerte. De todos modos, creo que no deberías aparentar nada y que el tal Corazón te vea tal y como eres.

—Sí, si. Lo sé. Es sólo por hoy. Elige tú algo que me haga ver mayor y seria. Pero sin exagerar.

Sanah ahogó una carcajada maliciosa. Ni en su más descabellada fantasía

hubiera imaginado vivir aquella escena.

Tras observar varios diseños, Sanah finalmente creyó dar en la tecla con una falda en tono gris acompañada de un blazer beige sumamente favorable.

—Ya está. Ahora solo falta agregar algo de rouge en los labios y alguna sombra tenue. ¡Ah! Y la chalina. Ésta va estupendo con ese conjunto—, exclamó Sanah con alegría sacando de un cajón, un largo pañuelo de seda.

Abriendo su botiquín de cosméticos, tomó un par de delineadores, un brillo suave y comenzó a agregar un tono de luz y femineidad a las facciones de Marilyn.

Peinando cautelosamente la melena desflecada de su amiga, recogió el cabello en un moño que luego sujetó con un precioso prendedor obsequio de la señora Smith. Las mechas azules habían quedado prácticamente ocultas, y un flequillo perfectamente alisado caía sobre la frente de la joven, dándole un look sereno, a la vez que sensual.

—Estás maravillosa—, expresó Sanah, orgullosa de su trabajo.

Suavemente empujó a Marilyn hasta al espejo para que apreciara el resultado de su trabajo.

Marilyn llevó las manos a su boca para ahogar un grito.

—Me veo absolutamente diferente. Pues... no sé. La verdad que sí has logrado darme una apariencia intelectual y sobria. Pero, parezco un fósil. Apenas puedo moverme con esta falda.

—Yo creo que te ves preciosa. Sin duda, un artista presta atención a todos los detalles, y tú estás llena de ellos. Fabulosamente atractiva para robarte el corazón de Corazón. ¡Valga la redundancia!

—¡Ay! ¡Estoy nerviosa! Por primera vez, debo admitir, que siento una sensación desagradable en el estómago producto de esta situación tan «anti yo».

—¡Mariposas en el estómago! Así le dicen los enamorados. —Ufff. ¡Qué frase más tonta! Yo diría nervios, y punto. Lo mismo que te debe pasar a ti con el vejestorio de Mark.

—Sí., eso supongo—, respondió Sanah dubitativa.

El intento de Sanah por lograr que Marilyn caminara sobre un bellissimo par

de zapatos de tacón, resultó vano y tan accidentado, que ambas optaron por desistir. De forzarse a usar tacones, no quedaba la menor duda que la clase de arte terminaría con un tobillo dislocado.

Luego de ordenar rápidamente el gran desorden que habían originado en cuestión de media hora, ambas se deslizaron sigilosamente escaleras abajo, pero su suerte falló esta vez. La señora Johnson las detuvo a punto de abrir la puerta de salida a la calle.

—¡Niñas! ¿No piensan merendar?

Cuando Marilyn giró su rostro, la madre de Sanah dio un respingo que hizo tambalear la bandeja de sus manos.

—¡Qué linda y que cambiada estás! ¿A qué se debe?

Sanah ya se disponía a balbucear algo, cuando Marilyn la interrumpió.

—Sucede que con las chicas realizamos una especie de juego en el que intentaremos ser la otra por un día. Y esta tarde es mi turno de lucir como Sanah.

—¡Ah! Suena divertido. Sanah no me había comentado nada—, la señora Johnson miró a su hija con expresión de reproche.

—Es que la idea acaba de surgir hoy, y ya la estamos implementando—, añadió nuevamente Marilyn, siempre pronta en sus respuestas.

—¡Con razón! ¿Se quedarán estudiando aquí?

Esta vez fue Sanah quien se apresuró a contestar.

—No mamá. Marilyn está yendo a su clase de pintura y yo debo reunirme con Sophie y Mey. ¿Recuerdas el proyecto de investigación del que te hablé?

—Sí. Por supuesto. A propósito, Mark llamó desde su oficina preguntando por ti. Le dije que aún no habías regresado. Deberías devolverle el llamado.

—Lo haré cuando regrese. No quiero que las chicas esperen por mi causa y

...

—Y ahora nos vamos. Adiós señora Johnson—, gritó Marilyn tirando del brazo de su amiga y dando un portazo tras ellas.

—Buena suerte. ¡Sanah! No regreses tarde hija—, alcanzó a responder la otra.

La señora Johnson sonrió satisfecha. Le había parecido ver a otra Marilyn.

Tal vez su hija lograra ejercer una buena influencia sobre la joven descarriada. Claro, que eso del juego de identidades resultaba de lo más alocado. ¡Cielos! Ojalá que no fuera el turno de Sanah de lucir como Marilyn. Se estremeció de pensar en los delicados cabellos de su hija teñidos de azul. ¡Pero no! No había nada que temer con Sanah. Ella jamás obraría de manera que disgustara a sus padres.

Ya en la calle, las jóvenes se separaron con rumbos distintos.

—Buena suerte con tu Corazón. Trata de evitar la risa cuando lo llames por su nombre. Y deja ya de frotarte los ojos, que vas a arruinar el maquillaje.

—Buena suerte tú con ese proyecto horrible. Ve tranquila, que yo tendré la mejor tarde de mi vida.

—Mañana me cuentas.

—Por supuesto. Te contaré que Corazón quedó loco por mí.

Sanah dio un vistazo a su reloj. Indicaba las cuatro de la tarde. Sus compañeras estaban reunidas desde ya hacía una hora. Apuró su paso sintiéndose culpable e irresponsable en sus tareas.

Después de todo, a pesar del inconveniente, no podría haber evitado cooperar con el corazón de Marilyn.

Capítulo III

La protagonista de un compromiso

—Betty, trae ese ramo blanco para aquí y tal vez debemos colocar más rosas sobre la escalera. ¡Ay! Aquel mantel luce descolorido y están faltando floreros. ¡Ay! ¡Qué dolor de cabeza! Y para colmo de males, Sanah retrasada. ¡Sólo a esta niña se le ocurren reuniones de qué se yo el preciso día de su compromiso!

—Pero si todo está precioso Jenny. Y no necesitamos desvivirnos por esto, porque el toque principal de esta ceremonia es la belleza inigualable de nuestra Sanah, y por supuesto, el porte elegante de Mark. Un compromiso de la realeza no se compara con semejante pareja que se nos ha formado—, suspiró poéticamente Betty, conmovida profundamente por el acontecimiento que tenía como protagonista a la pequeña de sus ojos.

—¡Betty! Aquellos pensamientos lucen marchitos. Cámbialos por algún ramo más fresco.

La señora Johnson cambiaba planes sin cesar y daba direcciones constantes a la enérgica y bondadosa ama de llaves quien los había sabido acompañar durante décadas, aportando ayuda y amor a sus vidas.

—Sí, Jenny. Ya los cambio por otros. Debes tranquilizarte y disfrutar más este momento que todo saldrá bien. La niña se pondrá nerviosa si te ve en ese estado. Y nada puede perturbar su dicha en este día.

—Sí, sí. Lo sé. Pero no puedo evitarlo. ¡El timbre! ¡Mi Dios! ¿Será que ya llega algún invitado?

—No— respondió con calma Betty—. Son los mozos y las muchachas del peinado y maquillaje que contratamos. Les dije a las diecisiete en punto y ya son y quince. ¡Vaya profesionales nos envían!

—¿Peinado? Lo había olvidado por completo. Aún debo arreglar mi cabello y probarme el vestido. Annie, tú ven conmigo y ayúdame a vestirme—, solicitó Jenny a su entrañable amiga, la señora Smith.

—Betty, ábreles la puerta y ve indicándoles a los sirvientes su rol durante la ceremonia. ¡Que las estilistas esperen! ¡Ah! Y llama a la distraída de mi hija a su celular y dile que se dé prisa—, continuó.

—¡Este será sin duda un día memorable en todos los aspectos! Nerviosismo y locura incluidos—expresó Betty con su clásico ademán de elevar las manos al cielo como si la ayuda divina se prestara a todas las situaciones.

Treinta minutos después, al desorden inicial, ahora se sumaban sirvientes realizando gran variedad de bocados en la cocina, bajo los rezongos permanentes de Betty quien había fracasado en su intento de convencer a la señora Johnson que un plato casero servido en la armonía de una mesa familiar era la mejor opción.

El dormitorio matrimonial de la señora Jenny no presentaba menor caos. Las dos estilistas enviadas por la empresa de organización de eventos, resultaron ser dos muchachas sumamente simpáticas y acostumbradas a lidiar con mujeres al borde de un ataque de histeria. Aunque la señora Johnson era un hueso duro de roer. Impecablemente peinada y maquillada, aún no acababa de estar a gusto con el vestido seleccionado, y no hacía más que encontrar imperfecciones.

—Esa sombra me marca demasiado las arrugas de los párpados. ¿No debería usar otro color más apagado?

—Tranquila Jenny—intentaba calmarla Annie—. Luces estupenda. Ese vestido te hace una figura elegantísima. Estás aún más bonita que veinte años atrás en el altar de tu boda con Edward. Pensar que en aquella época no nos preocupábamos ni la mitad por estos detalles.

—Es que llevamos tanto tiempo pensando en este momento. No necesito decirte lo que Sanah implica para nosotros, porque lo sabes mejor que yo. Y no puedo evitar preocuparme porque todo salga bien. Después de todo, su destino, su felicidad misma están envueltas en esta noche. Sin hablar de los padres de Mark. Por lo que nos ha contado sobre ellos, se trata de personas

elegantísimas y desenvueltas, acostumbradas a asistir a las más lujosas celebraciones, y codeándose con las más altas figuras. Dime Annie, ¿tú crees que Edward y yo estemos en desventaja?

—¡Basta de tonterías! Edward y tú forman una pareja estupenda. No hay nada que puedan envidiar a los Brown. Que aún sin haberlos visto en persona ya puedo imaginarlos como dos títeres nacidos para preocuparse más por las apariencias que ninguna otra cosa. En cambio, ustedes conforman una pareja basada ante todo en el respeto y los valores de familia que por gracia divina han sabido sembrar a lo largo de estos años.

—Sí, sí. Estás en lo cierto. Sólo que tras el nacimiento de Zeus, nuestra vida social ha quedado tan disminuida que ya ni recuerdo cuando fue la última vez que organizamos una fiesta en casa, o que acudimos a una celebración de tamaña importancia como el anuncio de boda de mi niña.

—Pues, no necesitas recordar nada. Simplemente actuemos lo más espontáneamente posible y confiemos en que todo saldrá de maravilla.

Un tímido golpe en la puerta, apenas audible, vino a interrumpir a las grandes amigas en su conversación. El pequeño Zeus asomó la cabeza con mirada aburrida.

Jenny corrió a estrechar a su niño entre sus brazos. ¡Cuánto cambio y cuánto amor había traído aquella criatura a sus vidas!

Betty había hecho un gran trabajo y convertido al apuesto chico en un hombrecito con su smoking blanco y los relucientes zapatos de charol que le otorgaban la apariencia de un verdadero príncipe.

El señor Johnson ya había regresado de su oficina y corría escaleras arriba clamando a gritos la ayuda de Betty.

Con gran parsimonia, Sanah ingresó al hall de su casa y se encontró con el espectáculo más descabellado que jamás haya visto en su armoniosa casa. Gente corriendo, gritos, paquetes y un sinfín de arreglos florales daban la muestra clara de un acontecimiento que los tenía a todos ocupados.

Su madre, elegantemente ataviada con un vestido verde esmeralda que le sentaba muy favorablemente, estiró sus brazos hacia ella nada más verla llegar.

—Por fin has llegado. Betty te ha estado llamando innumerables veces.

—Perdón. Estaba en la biblioteca y desconecté el móvil para lograr mayor concentración.

—¡Pero a quién se le ocurre tardarse un día como hoy hija! Corre a tu dormitorio a cambiarte. El reloj da las seis de la tarde y en solo una hora tendremos el mayor evento de nuestras vidas, y tú no parece percartarte de que eres la protagonista.

Sí. Mamá estaba en lo cierto. Ella era la protagonista de un compromiso.

Capítulo IV

Una decisión correcta

A las diecinueve horas, la puntualidad de los presentes no se hizo esperar. Como de costumbre, el matrimonio Smith fue la primera dupla en llegar. Arthur estrechó en un fuerte abrazo a su amigo Edward brindándole su infaltable amistad en un día memorable. La señora Smith había hecho maravillas en cuestión de media hora, ya que su propio arreglo se había retrasado por hacer compañía a su queridísima Jenny. Pero allí estaba, puntual y radiante, enfundada en un hermoso diseño azul marino.

Los Griffin fueron los siguientes en arribar, dando una escena bastante cómica por las réplicas permanentes con su alocada hija quien se había negado rotundamente a vestir «uno de esos trapos de seda». Tras el esfuerzo hecho por llamar la atención de su docente de pintura, Marilyn volvía a sus clásicos atuendos, siempre desaprobados por sus padres, especialmente en ocasiones como la actual.

La gran sala principal se vió pronto colmada de gente, abrazos, efusivos saludos, ansiedad, obsequios e innumerables deseos de prosperidad para la familia de los contrayentes.

Mark había llegado junto a sus padres y tras una rápida presentación, los Johnson estrecharon sus manos con los Brown intercambiando palabras mutuas de tranquilidad.

Betty, increíblemente energética a pesar de su ajustado vestido, continuaba dando órdenes a los sirvientes y poniendo su mayor esmero en cada detalle.

Exquisitos bocadillos, champagne y música tenue entretenían a los invitados mientras aguardaban el momento del enlace.

La algarabía y buena energía reinaba en el salón.

No obstante la señora Johnson daba grandes muestras de inquietud, echando continuos vistazos a su reloj pulsera y furtivas miradas a la habitación de Sanah. Ésta se había resistido a aceptar ayuda para su arreglo y se había rehusado a probarse el vestido de cóctel regalo de su madre unas semanas atrás, incrementando el nerviosismo de la misma.

—¿Qué pasa?— susurró Annie en el oído de su amiga.

—Sanah está tardando. Temo que el vestido no le quede bien. Insistí en que se lo probara con antelación, pero ella siempre tiene una excusa con sus benditos ratos de estudio.

—¡Tranquila! Sabrá resolverlo. ¡Cómo si la belleza de nuestra pequeña dependiera del vestido que trae puesto!

Luchando con su chalina, Betty corría escaleras abajo a avisar a la orquesta que detuviera la música.

Eso solo indicaba una cosa: Sanah estaba a punto de bajar a la ceremonia.

Jenny envió una mirada cargada de alivio a Annie quien le guiñó el ojo alegremente.

Apenas la música se detuvo, los invitados se agolparon al pie de la escalera para ver aparecer a la comprometida. Mark se posicionó en el centro, mirando hacia arriba con gesto adusto.

Sanah apareció en lo alto de la escalera provocando más de una exclamación.

Un maravilloso vestido blanco satinado se ajustaba a la perfección a su esbeltísima silueta haciéndola lucir un cuerpo de sirena.

Su hermoso cabello claro caía en suaves bucles hasta su cintura, y sus ojos café estaban cuidadosamente delineados. Todo su rostro irradiaba serenidad y belleza. Su boca carnosa, tal vez demasiado infantil, no tenía más adorno que un delicado brillo y sus pestañas lucían increíblemente largas.

Un par de zapatos de tacón blancos completaban el impactante atuendo.

Los señores Johnson y el matrimonio Smith intercambiaron profundas miradas que delataban una mezcla de orgullo, admiración y total devoción por la aparición ante sus ojos. Esa clase de embelesamiento que solo los padres que aman a sus hijos pueden entender.

Por su parte, los Brown expresaban en sus rostros gran asombro y aprobación hacia la mujer elegida por su único hijo.

Sanah se ruborizó al sentir todas las miradas puestas en ella. Era aquel un momento con el cual ni siquiera había soñado, de modo que estaba dispuesta a dejarse llevar por la situación y obrar de la manera más complaciente para sus padres.

Pasado el cuchicheo que causó su triunfal aparición, Sanah se dispuso a bajar la escalera. Al fijar sus ojos al final de la misma, éstos chocaron con los oscuros de Mark, quien la aguardaba con su mano extendida hacia delante.

Una sensación de escalofrío recorrió su cuerpo. Nunca había sido capaz de ver a Mark a los ojos por más de unos segundos. Su mirada le provocaba sensaciones incómodas, totalmente inexplicables. Ni siquiera ella podía entender el verdadero motivo por el cual necesitaba imperiosamente huir de esa mirada cada vez que sus ojos se cruzaban.

Hacía tan solo un mes que conocía a aquel hombre en apariencia taciturno y desconcertante. Su padre había oído tiempo atrás sobre un arquitecto de gran prodigio y sumamente reconocido en la ciudad y no dudó en contactarlo cuando su negocio inmobiliario requirió los servicios de un profesional. Aquello había sido un flechazo. Pronto su padre comenzó a hablar de Mark en cada cena contando a su familia exclusivos detalles de su inteligencia y atribuyéndole asombrosas virtudes. Las cualidades del hombre en cuestión llamaron poderosamente la atención de la señora Johnson quien planeó una cena familiar en agradecimiento por tan valiosa ayuda, que le sirviera además de excusa perfecta para conocerlo. Aún sin hacerlo explícito, ambos pensaban que una personalidad tal no podía encajar mejor con su dedicada hija. Sanah nunca había reparado en ningún chico del colegio y solo parecía encontrar entretenimiento en sus estudios y sus esporádicas celebraciones con amigas. Quizás enamorarse le daría mayor felicidad. Y quien mejor que Mark para prodigársela. Un hombre maduro y honesto que condujera a Sanah por su senda recta y le diera la posibilidad de amar y planear un futuro juntos.

No obstante, los señores Johnson no debieron forzar absolutamente nada. Sólo bastó con aquella primera cena para que Mark quedara fascinado con

Sanah, si bien ésta no le dirigió más que unas pocas palabras durante la velada.

Unas pocas visitas de Mark a su casa y sus padres ya habían quedado cautivados con la petición de mano, sus modales únicos, sus promesas de cuidado eterno de su enamorada y el juramento de que a su lado Sanah jamás conocería el dolor.

Sanah les dejó hacer sin mayor interés por el tema, con la mera satisfacción de ver a sus padres tan felices tras largos años de sufrimiento.

Los pensamientos sacudían su mente, escalón tras escalón.

Recién hoy comenzaba a percatarse de las consecuencias del plan ideado por Mark y su familia, de los cambios que le provocaría este enlace en su vida, y la asaltó la duda de si realmente deseaba pasar el resto de su vida junto a un desconocido.

Era asombroso como todo se había suscitado tan rápidamente. Se encontraba envuelta en una situación que la avasallaba. Y debía actuar como si fuera consciente de lo que hacía y simular una felicidad que no estaba segura de sentir.

El lento recorrido que la mantuvo absorta en sus reflexiones, llegó a su final, y Mark extendió su mano galantemente a su prometida quien la tomó con una mueca disfrazada de sonrisa.

Los invitados se abalanzaron sobre ellos con grandes muestras de afecto y elogios para la bellísima novia.

La música retomó su ritmo y los presentes lucían animados entre copas y movimientos de baile.

Sanah contemplaba su entorno con mirar distraído, como si sus ojos buscaran algún objeto inexistente entre la multitud.

Una presencia inquieta tomó su antebrazo izquierdo y la arrastró fuera del círculo del salón. No podía ser otra que Marilyn y sus acciones siempre tan inesperadas como bruscas.

—Ay, por fin te alejas de esos fósiles. He querido hablar contigo hace rato.

—¡Mar! Te busqué en la Uni hoy pero no logré ubicarte.

—Por supuesto que no. Porque no fui.

—¿Piensas abandonar? ¿Sabes tus padres de tus ausencias? ¿Dónde estuviste todas esas horas?

—Tú deberías ser detective. No paras de hacer interrogantes. Claro que no saben mis padres, ni vas a decírselo. Ahhh... La última pregunta es la mejor de todas. Pasé la mañana entera en el estudio de Corazón—, expresó Marilyn entre suspiros con aquel gesto tierno tan desusado en ella.

—Ah. El individuo ese que se supone es el amor de tu vida.

—No se supone nada. Lo es. Ahora que lo vi pude comprobarlo con absoluta certeza. Ese hombre es tan, tan... ¡no hay adjetivos que le describan! Simplemente maravilloso. Estoy atontada por él.

—Eso no necesitas ni mencionarlo. Pero, ¿cómo es que te pasas horas con ese sujeto? ¿Creés que está bien que ya te proponga citas prolongadas a solas, cuando acaba de conocerte?

—¡Y sigues sin entender nada! A veces no sé si hablo con una amiga o una tátara abuela. No fue una cita. Sólo le dije que me había atraído tanto su clase que deseaba verlo pintando, y como no tenía clases al día siguiente, pues me fui a verlo.

—¿No tenías clases? ¿También el tal Corazón es víctima de tus mentiras?

—¡Ay! Eso ni cuenta como mentira. Además, ¿para qué quiere saber de números la mujer de un artista famoso? Yo solo quiero estar cerca. Eso me basta por ahora.

—Bueno. ¡Cuéntame! ¿De qué han platicado? ¿Hubo química entre ambos?

—Eso es lo que me preocupa. Casi no habla. Sólo sigue pintando sus obras como si yo no existiera.

—Pero, ¿qué pasó cuando lo viste? ¿Cómo fue tu primera clase?

—No lo sé. La clase fue sólo eso, una clase. No recuerdo nada de lo que dijo o hizo porque yo me dediqué a observarlo en cada instante. ¡Es tan guapo y huraño a la vez! Pero tengo fé en que le causaré mayores impresiones.

—Creo que ya te lo dije antes, pero me gusta verte así. Más humana. Enamorada. ¿Y tú? ¿Qué opinas de mí?

Marilyn tenía la tendencia, quizás sin hacerlo a intento, de hablar sólo de lo que a ella concernía, olvidando que muchas veces también su amiga tenía

cosas que dialogar.

—¿Qué pienso de ti?

—Sí. De éste, mi momento.

—Pues... la verdad, ya sabes que estas formalidades no me sientan. El vestido que tienes le iría bien a la Reina Carlota, no a una chica de veinte años. Y en cuanto al adefesio de Mark, no lo sé. Continúo encontrándolo extraño. Pero, tú eres quien sabe.

—Sí, claro—, se limitó a responder Sanah, tratando de sonar lo más segura y convincente posible.

¿Lo sabía ella?

—Sanah, hija. Mark te ha estado buscando.

—Sí, papá. Ya vamos.

Entrelazó el brazo de su desprolija amistad y se dirigió nuevamente a la sala donde los músicos habían detenido la música y Mark subía al pequeño escenario, tomando el micrófono.

A Sanah se le paralizó el corazón.

Tras un pedido de silencio, Mark comenzó su impensado discurso.

—Quiero comenzar por agradecer la presencia de todos ustedes, familiares, conocidos y amigos, que nos acompañan en este momento de suma relevancia para nosotros. Sanah y yo hemos tomado la decisión de unir nuestras vidas para siempre. Es por eso que dedico mi mayor agradecimiento a mi amada futura esposa por haberme elegido y darme el honor de vivir a su lado eternamente.

Las sentidas palabras de Mark fueron interrumpidas por Zeus, quien al percatarse de lo que estaba sucediendo, abandonó su sala de juegos y atravesó el salón a toda velocidad, emitiendo sonidos y gemidos desesperados a la vez que llevaba puestos a varios invitados, muchos de los cuales no pudieron evitar derramar sus bebidas sobre sus impecables trajes. Zeus no se detuvo hasta estrechar con todas sus fuerzas la frágil cintura de su hermana, hundiendo el rostro en su vientre y sollozando como si fuese aquella la última vez que la vería.

Sanah descendió a la altura de su hermano menor para prodigarle un fuerte

abrazo cargado del enorme amor que los unía. Con sus rostros pegados, ambos hermanos conectaban sus almas y descargaban su estrés y temores mutuos frente a la situación actual. Era como si sus corazones se fusionaran y por unos instantes, ambos podían compartir las mismas sensaciones.

Contrariado, Mark movía impacientemente su pie derecho sobre el escenario, visiblemente molesto por la interrupción de sus palabras, y la duración de aquel abrazo.

La señora Johnson se aproximó a su hijo intentando despegarlo de su hermana.

—Zeus, hijo mío, ven con mamá unos segundos.

Mas el chico se deshizo de su madre ferozmente y apretó aún con mayor fuerza a su hermana.

Sanah tomó el rostro de su hermano entre sus delicadas manos y con una profunda mirada, logró tranquilizar al pequeño. Ambos se quedaron abrazados en silencio, prestando atención a Mark.

Por una fracción de segundos, Sanah notó la intensa mirada de la señora Brown posarse en su pequeño Zeus. Había una mezcla de repugnancia y desagrado en aquella despreciable observación. Sanah sintió como los latidos de su corazón se aceleraban y una ráfaga de odio e impotencia la invadía. Nadie, absolutamente nadie sobre la faz de la Tierra tenía el derecho de mirar como un animal extraño a la persona más pura que pudiera existir. Sin apenas conocerla, Sanah sintió enorme rencor hacia su suegra y tuvo la plena certeza de que aquella mirada evidenciaba claramente su estrechez mental, pero peor aún, su angustiada discapacidad emocional.

Cuando la señora Claire levantó sus ojos hacia Sanah, se encontró con una expresión lapidaria en el rostro desencajado de la joven, que le hizo retirar la mirada rápidamente.

Sanah estrechó a Zeus aún más contra su cuerpo y sus oídos pudieron percibir las últimas palabras de aquel teatral discurso de Mark.

—Y finalmente expresar mi gran felicidad y asegurarle a mi amada Sanah que jamás se arrepentirá de haber tomado la decisión correcta.

Un sinfín de aplausos hicieron eco en todo el salón y los señores Johnson

mostraron su agradecimiento hacia su yerno con lágrimas de emoción.

Sanah respiró hondamente. En apariencia no había porqué temer que no se tratara de una decisión correcta.

Capítulo V

Una presencia incómoda

—Sanah, ya está el desayuno listo, niña.

Con su agilidad habitual, Betty recorría la casa y daba gritos anunciando el desayuno, asomando su cabeza entre la carga de sábanas, toallas y prendas a lavar.

Sanah se levantó de su cama enérgicamente y abrió las cortinas de su gran ventanal. Tibios rayos de sol inundaron la habitación. Era una mañana espléndida. La luz sacaba reflejos a su larga cabellera brillante y su cuerpo absorbía esa radiación tan placentera.

De niña, su primer acto al despertar había sido ese. Nada más abrir los ojos, salía de su lecho y se quedaba largo rato contemplando el amplio jardín de su casa desde la ventana. Disfrutaba los días soleados, las flores radiantes de belleza, y los días grises de lluvia que le otorgaban a su alma melancólica la calma que le faltara.

Hoy, el cielo dibujaba un perfecto día otoñal. Sanah contempló las rosas del bien cuidado jardín, las estatuas de mármol que decoraban el patio, y luego, su mirada se dirigió a la calle, y observó a los transeúntes pasar, todos ellos ataviados con largas chaquetas pese al día de sol. Algunos grupos de jóvenes adolescentes se dirigían alegremente a sus respectivos institutos educativos, vistiendo uniformes azules y cargando pesadas mochilas en sus espaldas. Una señora paseaba a su diminuto perro con gran parsimonia. Un hombre de gafas caminaba a grandes pasos a la vez que discutía acaloradamente por su celular. Su mente se enfocó en la sensación placentera de contemplar a los peatones que pasaban por la tranquila acera residencial, protagonistas cada uno de ellos de las más diversas historias y realidades. Risas, caras de preocupación, de

tranquilidad, enojo y una amplia gama de emociones humanas se reflejaban en aquellos seres. De pronto una presencia muy peculiar atrajo toda su atención. Tanto que sin saber el motivo, Sanah pegó su nariz contra la ventana para observar mejor aquella figura. Un hombre enfundado en un saco negro, portando un maletín de gran tamaño en su mano derecha, despertó su curiosidad. Aquella imagen destacaba del resto. Su cabello, negro como el ébano, caía sedosamente hasta rozar sus hombros. Tras una oscura bufanda, aparecía su rostro pálido de armoniosas facciones.

Sanah se sobresaltó al verlo dirigirse al portal de su casa y alcanzar el timbre. En ese preciso momento, aquel extraño hombre levantó su vista hacia el mismo ventanal donde la joven lo contemplaba intensamente. Sus miradas se encontraron, y por segundos ambos se miraron con inmensa atención, como quien encuentra algo que ha estado perdido durante mucho tiempo. La imagen de Betty caminando apresuradamente hacia el portón, la sacó de su concentración. Sorprendida, Sanah dio un respingo y se apresuró a correr las cortinas rápidamente. En la soledad de su dormitorio en penumbras, se echó a llorar en su cama desconsoladamente, como si hubiera atravesado una tragedia. Aquellos ojos oscuros de mirar complejo y pasional, la habían conmovido profundamente, sin saber la razón.

Mamá se precipitó sin previo aviso en la habitación y se llevó un sobresalto al ver aquella escena.

—¡Sanah! ¿Qué ocurre que no bajas a desayunar? ¿Y por qué estás a oscuras con este día radiante?

En zancadas, cruzó la habitación y abrió las cortinas, invadiendo el cuarto de nueva luz.

Fue ahí que pudo observar con nitidez el rostro acongojado de su hija mayor.

En un cálido encuentro de miradas, madre e hija se fundieron en un abrazo, y lloraron por varios minutos todas sus tristezas.

La señora Johnson tomó a su hija en brazos como si aún fuera aquella niña pequeña que acudía a su auxilio ante la menor amenaza. Secando las lágrimas de su primogénita, Jenny hizo un esfuerzo por encontrar la voz.

—Sanah, mi amor, sé que no he sido una buena madre en estos últimos años.

Edward y yo hemos dedicado toda nuestra atención a Zeus y nos hemos olvidado de que tú también necesitas consuelo. Siempre has sido tan buena chica y tan madura, que te hemos dejado convertir en mujer sin acompañar demasiado tus pensamientos, cuando aún eres una jovencita que necesita el amor de sus padres. Pero tú sabes cuánto te amamos, cuánto nos importas. Perdona si has sentido soledad estos años. Nunca quisimos..

—Calla mamá— Sanah interrumpió las palabras de su madre para dar una visión rotundamente opuesta.

—No debes culparte de nada. Han sido padres maravillosos, cariñosos, jamás han dejado que nada me falte, y mucho menos amor. Zeus nos ha dado vida a todos. Nos ha llenado de amor. Jamás he sentido falta de atención.

Jenny volvió a quebrarse en llanto. Ella, que siempre parecía tan alegre, que era la figura de la casa, que era una mujer de hierro, también tenía sus flaquezas. Y aquellos temas calaban hondo en su ser, y en los momentos dolorosos que habían atravesado. Contaba ella cuarenta y tres años cuando sobrevino el embarazo de Zeus. Desde allí, sus vidas cambiaron por completo. Las dificultades y preocupaciones de atravesar una gestación inesperada y por demás riesgosa, los habían tenido en vilo durante meses. Cambio de rutinas, reposo absoluto, responsabilidades jamás planeadas en un momento poco propicio, habían puesto de cabeza la vida de los Johnson. Cunas en la casa, juguetes, pañales, y todo lo que jamás imaginaron Edward y Jenny, dedicados por completo al cuidado de su hija adolescente. No obstante, la llegada del pequeño los llenó de un amor inexplicable, y fue en aquel momento exacto en que vieron aquella diminuta carita angelical cuando de pronto encontraron que aquello que habían visto como dificultad, era el más puro regalo del cielo. Un alma de luz enviada por Dios para acompañar su destino. Cuando Zeus contaba tres años de vida, los señores Johnson se alertaron al percibir conductas fuera de lo común. El niño tenía gran dificultad para expresarse y conductas inesperadas frente a ciertos estímulos. Consternado, el matrimonio se dirigió a especialistas que revelaron la problemática de Zeus y un equipo interdisciplinario tomó control de la situación brindándoles información y tranquilidad. El vínculo con otros padres en la clínica donde diariamente

atendían a Zeus, los había reconfortado, haciéndoles ver que no eran los únicos que debían afrontar la misma situación. Desde ese momento, el amor y la unión en la familia se habían multiplicado, y superadas las dificultades iniciales, ninguno de ellos concebía mayor ternura y bendición que la que el pequeño rey había traído con su llegada.

Sanah y su madre compartieron unos minutos aferradas una a la otra, dejando su llanto aflorar, y con él las angustias transitadas. Como atraído por los pensamientos de las mujeres que tanto lo amaban, Zeus entró corriendo a la habitación, buscando atención. Ambas extendieron sus brazos para incluirlo en aquel abrazo familiar, y en un instante las lágrimas se convirtieron en risas y cosquillas.

Fue Betty quien culminó con el momento de diversión con su habitual voz cargada de energía, que se hacía oír cada mañana con sus clásicas órdenes.

—¿Qué hacen los tres aquí? ¿Es que nadie piensa desayunar en esta casa hoy? El café se enfría y las tostadas esperan hace más de media hora. A propósito, ya está aquí el profesor de pintura de Zeus.

—¡Oh! Lo había olvidado por completo. ¡Qué vergüenza mi Dios! Dile que ya bajamos a recibirlo.

Sanah se sintió nerviosa y su corazón agilizó sus latidos sin saber la razón.

—¿De qué habla Betty? ¿Qué profesor de pintura?

—¿No te lo había comentado? Con tu compromiso y el caos de la organización tal vez lo haya olvidado. He contratado a un joven italiano de gran renombre para que imparta clases particulares a Zeus. Vi una entrevista suya en el periódico local y me pareció de lo más interesante. Así que me comuniqué con él explicando la situación de Zeus y cuán importante sería para él continuar desarrollando su faceta artística. Y ha sido tan amable de aceptar mi petición. Voy a recibirlo como corresponde.

La elegante señora Johnson deslizó los dedos por sus ojos aún húmedos y con una amplia sonrisa, se dirigió a darle la bienvenida al aclamado artista, acompañada de Zeus quien forcejeaba tímidamente para evitar el encuentro.

Desde pequeño, Zeus mostraba gran habilidad para la pintura. Dedicaba largas horas de energía y atención a retratar a sus seres amados, o algo que le

agradara, con impactantes resultados. Sin lugar a dudas, su potencial se vería beneficiado con la ayuda de un pintor. No obstante, Zeus era reticente a vínculos nuevos, y optaba por recluirse entre sus seres conocidos a establecer relaciones con desconocidos. Su habitual desconfianza probablemente hiciera que huyera del profesor, o respondiera con inusitada violencia ante el nuevo reto.

Una nueva queja de Betty sobre el desayuno la impulsó a enfundarse en su larga bata de seda rosa y calzando sus cómodas pantuflas, bajó precipitadamente las escaleras.

—Por fin alguien se digna a obedecer mis órdenes en esta casa— exclamó Betty, aliviada al verla.

Manióbró la cafetera y puso un exquisito plato de tostadas frente a ella.

El reloj indicaba las nueve en punto. Sus tareas domiciliarias ya estaban culminadas y perfectamente ubicadas en coloridas carpetas en su bolso estudiantil. Tenía una hora aún para disfrutar de su desayuno, tomar una ducha y dirigirse a la universidad.

—¿Vuelves para el almuerzo niña?— indagó Betty, siempre preocupada por sus más mínimas necesidades, olvidando a veces que Sanah ya no era aquella chiquilla a quien tantos cuidados había dado, y se había transformado en una mujer.

—No. Tenemos un trabajo de taller que terminar con unas compañeras de mi grupo y vamos a utilizar la hora del almuerzo para hacerlo.

—Entonces te llevas la comida. Voy a prepararte un sándwich.

—Gracias Betty, pero no es necesario. Puedo comprar algo en la cafetería.

—¡No faltaba más! Mi comida no se compara con esa chatarra que venden por ahí. Además necesitas mucha energía. Una jovencita sumamente estudiosa como tú, y en el momento más importante de su vida, tiene que estar bien alimentada.

—¿Qué momento?

—¡Qué preguntas haces niña querida! ¡Tu boda con Mark! No concibo como puedes mantener tanta calma a menos de un mes de pasar por el altar.

Betty tenía razón. Su mente optaba por esquivar ese pensamiento. Tal vez por

miedo, o desgano. La razón no la sabía con certeza, pero cada vez que alguien nombraba algo al respecto, sentía una dolorosa sensación de displacer que prefería eludir.

Mientras lavaba la vajilla, Betty rememoraba sus gloriosos años de casada con su querido Donald. Siempre se refería a su difunto marido como el amor de su vida, y a pesar de la terrible desgracia de enviudar siendo aún muy joven, ella agradecía a la vida la oportunidad de conocer a su alma gemela y compartir a su lado el tiempo que Dios decidió.

Betty había nacido y crecido en una pequeña villa en las afueras de la ciudad. Hija de un carpintero y una ama de casa, había aprendido de su madre grandes cualidades culinarias y tenía vocación por la cocina,

realizando todo tipo de manjares que deleitaban a la familia. Cuando conoció a Donald, contaba apenas unos trece años. Él era un muchacho apuesto y decidido que se desempeñaba como mecánico en un pequeño taller cercano a su casa. Un tiempo después se casaron y Betty abrió un local de repostería que tuvo gran auge en la zona. Diez años después, el destino arrancó a Donald de su vida en un trágico accidente en su vieja camioneta. Como sus padres ya habían fallecido, Betty se sintió abrumada y sola. No tenía fuerzas para continuar su próspero emprendimiento ni vivir en aquel lugar repleto de recuerdos de su gran amor. Así que tomó la dura decisión de viajar a la ciudad, donde se encontraba una vieja tía, en busca del afecto que tanto necesitaba en aquel momento. Luego de un tiempo comenzó a trabajar en casa de los señores Johnson, encontrando allí una familia magnífica. Poco tiempo después, la bondadosa hermana de su madre y único miembro de su familia, cayó gravemente enferma con una neumonía que acabó con su vida. Los señores Johnson le pidieron que se trasladara con ellos. Jenny daría a luz pronto y su presencia en la casa se había vuelto imprescindible para el matrimonio. La llegada de Sanah llenó de alegría su alma y abocó todo su amor en el cuidado de la criatura. Veinte años después, Betty era un miembro más de aquella familia y un pilar fundamental de la misma. Sanah compartía muchas cosas con Betty. Era su amiga y confidente. No obstante, prefería no hablar de amor con ella. Sanah no podía entender el sentimiento profundo de

Betty por su hombre, tal vez por nunca haberlo experimentado, y ésta hablaba del matrimonio como la aspiración máxima de cualquier mujer. Betty disfrutaba encargándose de cada detalle de su boda y Sanah la dejaba hacer, sonriendo ante su entusiasmo. Pero ella no compartía esa ilusión, y Betty la creería loca si le dijera que no deseaba en lo más mínimo ser la esposa de Mark.

—Recuerdo como si fuera hoy el día de mi boda con Donald— narraba Betty con gran dulzura en su voz—. Mi madre había diseñado un vestido acampanado que despertaba suspiros. No te imaginas los detalles y bordados. Donald estaba fascinado por mí, y yo por él, claramente.

Su mente divagaba por recuerdos magníficos de su vida matrimonial, entre la nostalgia y la dicha de sus memorias.

—A propósito de vestidos, aún no te has probado tu vestido de bodas.

—Ah. No. Quizás no esté listo aún. Y tenemos tiempo.

—¿Tiempo? ¿Llamas tiempo a cuatro semanas?—respondió Betty con sorpresa. Ya mismo llamaré a ese modisto. Es hora de que tu vestido esté como mínimo, pronto para tu primera prueba. ¡Ay! Muero por verlo. Estarás más hermosa que cualquier novia en este mundo.

Tras depositar un sonoro beso en su mejilla, Betty fue a la sala en busca del teléfono, dispuesta a exigirle urgencia al diseñador a cargo del vestido que ella misma había escogido junto a Jenny y la señora Smith, tras observar que Sanah no mostraba gusto por ninguno de los modelos. ¡Elegantísimos diseños todos ellos!

Sanah untaba mantequilla sobre una tostada con parsimonia y tarareaba una canción cuando descubrió con gran sobresalto una mirada desconocida en la puerta. Sus manos dejaron caer la tostada y cubrió su pecho, enlazando rápidamente la bata matinal que traía puesta sobre su ligero camisón. No pudo evitar ruborizarse al ver aquellos ojos negros perturbadores puestos sobre ella.

—Tú debes ser Sanah—, dijo el desconocido con soltura, extendiendo su mano hacia ella, quien la cogió temblorosa.

—Sí—, respondió, con la voz trémula. Se encontraba aterrorizada sin saber

la razón.

—Encantado de conocerte. Soy el profesor de pintura de Zeus.

—Ah. Claro. Un gusto.

Su mente hacía asociaciones. Aquella presencia extraña dirigiéndose hacia su portal era el profesor que instruiría a Zeus.

Pero, ¿qué hacía en la cocina interrumpiendo su desayuno?

Como si adivinara sus pensamientos, el artista en cuestión brindó la explicación.

—Tomo café cada mañana a esta hora. Es un hábito que tengo desde hace años, y te diría que casi una adicción. El café es siempre compañero para un artista. Revelador diría yo, y fuente de concentración en nuestras horas de mayor inspiración. Vuestra ama de llaves ha tenido la gentileza de ofrecerme té, pero no me agrada ser servido, de modo que simplemente pedí indicaciones para llegar hasta la cocina y poder satisfacer mi necesidad por mí mismo.

—¡Adelante!—, señaló Sanah la cafetera, aún temblorosa.

Aquel hombre no sólo parecía dispuesto a servirse café, sino que además se mostraba sin la menor prisa, mientras bebía pequeños sorbos.

—Me agrada mucho la decoración de tu casa. Tiene un diseño moderno y entradas de luz en cada área.

—Gracias— atinó a decir Sanah.

—Bien—, dijo el extraño— te dejo continuar con tu desayuno. ¡Buon appetito!

Hizo un gesto de despedida con su mano y se marchó.

Sanah se incorporó de su silla de inmediato. Aquel encuentro la había dejado atolondrada. Su cuerpo se vio sacudido por escalofríos y su corazón comenzó a palpar con tal fuerza que debió llevar las manos a su pecho. Pese a su timidez habitual y el hecho de que no era ella una chica acostumbrada a las charlas intempestivas con desconocidos, resultaba igualmente ilógico experimentar una mezcla de sensaciones infundamentadas sólo porque el profesor de Zeus se había manifestado en la cocina.

Con su café a medio terminar, corrió al cuarto de baño para su aseo diario. Al ver su imagen reflejada en el espejo no pudo evitar azorarse. Su pelo claro

estaba desprolijamente recogido con un rodete, y lucía algo ridícula con su bata de seda y sus pantuflas con diseños de mariposas.

—¡La he rematado! —pensó.

No sólo había mantenido un diálogo monosilábico con el artista de negro, sino que además su presencia debía haberle otorgado una imagen bastante ridícula.

Se dio un cachete en la frente para espantar tan estúpido pensamiento. Después de todo, qué podía importar a ella lo que aquel profesor pensara acerca de su apariencia o dotes intelectuales. Quizás Zeus se hubiera negado a las clases y realizado un berrinche furibundo para alejar a aquel hombre, probabilidad más que considerable, y en tal caso ya no volvería a verlo.

Se metió a la ducha con el grato placer de sentir el agua tibia recorriendo su cuerpo y relajando sus músculos tensionados. Luego de aplicar crema hidratante, procedió al secado de sus finos cabellos y una vez en su vestidor, eligió un bonito vestido floreado, muy adecuado para aquel día otoñal tan soleado. Decidió acompañarlo con unas cómodas sandalias y accesorios al tono.

Cuando salió de su dormitorio, ya el reloj daba las diez en punto. Corrió a tomar su bolso, y tras revisar que estaba allí todo lo que necesitaba, se dirigió a la puerta de salida.

Cierto murmullo en la sala de estar la hizo detener su paso y se asomó a ver la escena más impensada. Su pequeño hermano, siempre activo y ruidoso, se encontraba en la mayor concentración siguiendo las instrucciones de su maestro de arte. Ambos se encontraban sentados en el suelo explorando pinturas de diversas tonalidades y practicando sobre lienzos. Lo que más le sorprendió, fue ver como Zeus miraba a aquel hombre a los ojos y enfocaba toda su atención en sus palabras. Dada su condición, Zeus no hacía contacto visual, excepto en algunas ocasiones, y generalmente con su hermana mayor, con quien tenía un vínculo significativamente intenso. Y por sobre todas las cosas, era totalmente huraño cuando de establecer nuevos vínculos se tratara.

Su presencia no pasó desapercibida para el pequeño, quien corrió a abrazarla con fuerza y la arrastró hacia su incipiente trabajo para que

apreciara su arte.

Sanah se emocionó al ver al niño tan entusiasmado y absorto en una tarea que parecía resultarle inspiradora.

—Tienes un hermano con gran talento, Sanah.

Aquel hombre sabía su nombre. Sin poder disimular sus nervios y molesta por aquellas sensaciones incontrolables, Sanah asintió con un movimiento de cabeza y una tenue sonrisa.

Luego dio un gran beso a su adorado hermano, quien la miraba embelesado, expresando su mirada gran alegría por la emoción y orgullo que develaban los ojos de Sanah.

—Te veo luego y veremos juntos lo que has avanzado. Te quiero.

—¿Ya debes irte?— inquirió el docente.

—Pues..., eh, sí. Sí. Tengo clase en menos de diez minutos y temo que llegaré algo retrasada.

—¿Y qué estudias?

Aquel sujeto la indagaba y analizaba detenidamente, lo cual no hacía más que aumentar su ansiedad.

—Eh.. Estudio Economía en la Universidad.

—¡Wow! Viéndote nadie lo diría.

¿Qué pretendía sugerir aquel desconocido sobre su carrera? Sanah levantó su cabeza en actitud de combate, con las mejillas ardientes.

—Pues sí estudio Economía y no creo nadie pueda inferir la carrera de otro sin conocerle.

El extraño permaneció mirándola con una ligera mueca de ironía en los labios que irritó a Sanah.

—Me voy. De hecho, no sé ni porqué doy explicaciones tan absurdas.

Se alejó a grandes pasos y no se volvió a mirar cuando el desconocido exclamó:

—Esta faceta que muestras sí que va muy bien con la Economía.

¡Imbécil!

Dio un portazo furibundo y su mente reprodujo aquella escena una y otra vez, impidiéndole concentrarse en clase.

Era lo último que podía pasarle. A su incertidumbre y grandes cambios que se aproximaban en su vida, ahora se sumaba un artista bohemio y sabelotodo dispuesto a juzgarla. Y para colmo de males, Zeus parecía encantado con las clases de aquel tonto. En tal caso, sería cuestión de evitar cada mañana aquella presencia incómoda.

Capítulo VI

¿Un mismo corazón?

El sonido del despertador despertó a Sanah de su agitado descanso. El reloj indicaba las ocho en punto. Estiró los brazos y extendió sus largas piernas fuera de las sábanas. A juzgar por la sensación de frío que sintió en su piel, la temperatura había descendido notoriamente tras unos días de agradable calor. Las gotas resonaban en el techo e incitaban a dormir.

La presencia de Betty para corroborar que estuviera despierta no se hizo esperar. Establecía alarmas para los cuatro integrantes de la familia, siendo exageradamente cautelosa con sus horarios de rutina.

Sanah se sentó en la cama y fijó sus ojos en el espejo del armario como si intentara analizarse a sí misma a través de su reflejo. De pronto, con una inmensa ola de ansiedad invadiendo su cuerpo, se levantó con increíble energía. La noche de insomnio, lejos de restarle actividad, había incrementado sus emociones. Sentía su cabeza doler, su mente agotada, y se encontraba de pésimo humor.

Entró al baño y se acicaló rápidamente, eludiendo a Betty y los preparativos de su desayuno. Cogió su bolso y corrió hacia la puerta con un paraguas en mano.

—Entro a clase antes. Desayuno en la Universidad— gritó eufóricamente al sentir los pasos de Betty tras ella y se apuró a cerrar con un furibundo golpe que impidió oír cualquier respuesta.

Aunque quisiera negárselo a sí misma, tanta prisa no tenía más objetivo que evitar cualquier charla con otro ser. No tenía el menor deseo de ser abordada sobre su boda y escuchar a Betty y su madre reclamar por la tardanza en la prueba del vestido y su ausencia de opinión en todos los preparativos. Y por

encima de todo, no deseaba encontrarse con el insoportable profesor de Zeus. Tras la primera clase, tanto su hermano como padres, habían quedado fascinados con la alegría del pequeño y la calidez y talento del artista contratado.

Rumbo a la facultad, caminó a paso apurado y mirada seria. Las gotas cayendo sobre su rostro le proporcionaban bienestar y menguaban su angustia.

Por primera vez en su armoniosa vida sentía dudas, miedos que rondaban su mente por la noche impidiéndole dormir. Muchas veces tenía la sensación de ser una marioneta torpe que no tiene decisión sobre su futuro y debe dejar que otros tomen decisiones por ella.

No tenía el menor deseo de unirse a Mark. Le resultaba un completo extraño. Todos sus encuentros habían sido rodeados por sus respectivas familias o sus propios padres. Nunca había intercambiado con Mark más que algunas palabras triviales a modo de comentarios sobre cualquier cosa que él preguntara.

De hecho, se había ganado varias burlas de sus amigas Sophie y Mey en la Universidad por contar ese tipo de detalles. Viendo a su compañera lucir un flamante anillo de compromiso, su curiosidad y deseos de saberlo todo no tenían límite. Pero cuando Sanah dejó entrever datos de su atípica relación con Mark, las carcajadas de las chicas no se hicieron esperar.

—¿Qué aún no lo has besado? ¡Hija mía! ¿En qué siglo viven tú y el tal Mark?— había estallado Mey. Una chica muy atractiva y moderna que no paraba de salir con sus diversos candidatos sin decidirse por ninguno.

—¿Y nunca se vieron a solas? ¡Madre mía! ¿Cómo sabrás si te gusta tu futuro marido si no le conoces? Más que una antigüedad esto ya es una ridiculez— expresó su opinión Sophie.

Aquel mediodía de lluvia torrencial, las tres compañeras de curso se disponían a almorzar en unos cómodos sillones instalados frente a la biblioteca. La mañana de cálculos e intensas lecciones habían disipado el malestar de Sanah y se había obligado a si misma a enfocar su mente en sus estudios, reservando su preocupación para sus momentos de soledad y reflexión. Una vez instaladas en sus asientos, la joven sacó de su bolso la

vianda que, como cada día, Betty había preparado para ella. Tras ordenar algunos refrescos e intercambiar varias quejas por la gran cantidad de tareas que los docentes les estaban enviando, las chicas se divertían comentando todo lo que veían y comían con gran apetito, observando con gracia como sus compañeros salían de clase y se dirigían corriendo torpemente a refugiarse de la lluvia en las diversas instalaciones que la Universidad proporcionaba. Fue Mey quien rompió el silencio con un comentario de poco agrado para su amiga.

—Mmm.. Sanah, ¿tienes que ver el catálogo de vestidos que he ordenado por Internet!— expresó Mey aún masticando su sándwich.

—¿Sí? ¿Un catálogo? ¿Para qué?

—Para tu boda, querida. Quiero estar espléndida. Sin duda será una oportunidad magnífica para conocer algún galán que me atraiga. Bueno, si es que tiene muchos amigos ese raro con el que te casas.

Últimamente, Mey y Sophie no encontraban otro tema de conversación más interesante que su casamiento.

—Disculpa que lo reitere tanto Sanah, pero deberías considerar esa decisión apresurada. Mereces poder elegir a tu marido. Ni siquiera has conocido a otros chicos.

—Pues yo no puedo más que estar de acuerdo con Mey—.Había expresado con su habitual tono sereno Sophie—. Entiendo que tú prestes mucha atención a los consejos de tus padres, pero no creo estén obrando bien en unirse a un hombre al que no conoces.

Con un gran sentimiento de incomodidad Sanah había tratado de buscar los argumentos justos para sus curiosas amigas.

—Es que Mark es un chico muy conservador, y creyó era lo más oportuno pedir mi mano a mis padres, por una cuestión de respeto quizás.

—Pues entonces que se case con tus padres y sea feliz ese tipo tan arcaico.

—Todo se dará a su tiempo. Había expresado con tono firme Sanah, esforzándose por dejar en claro que aquellos comentarios jocosos la irritaban sobremanera.

Sophie había percibido el disgusto en su amiga, y trató de poner paños fríos

sobre la situación.

—Cierto es que uno nunca termina de conocer a una persona. Así como Mey sale con cuanto chico se cruza en su camino sin encontrar jamás al indicado, y en la misma manera en que yo espero conocer al amor de mi vida en cualquier momento, tal vez tú tengas más fortuna que ninguna con un hombre asignado por tus padres.

Mey negó rotundamente con un enérgico movimiento de cabeza.

—Tú pintas todo color de rosa, pero el mundo no funciona como en los cuentos de hadas. Lo cierto es que yo no concibo esta clase de relación, y creo que Sanah tampoco. Sólo cede a imposiciones absurdas que cree tener que obedecer. Estamos en pleno siglo veintiuno y cada quien puede elegir que hacer con su vida y con quien compartirla sin tener que ser títere de nadie. Siempre me aterró oír las anécdotas de mis abuelas sobre maridos que pedían permiso a sus padres para contraer matrimonio. El matrimonio en sí ya resulta una cursilería tan innecesaria como poco eficaz.

—Quizás para Sanah ésta es su manera de escoger las cosas y si a ella le hace feliz, no tenemos porqué poner objeción. Se supone que una amiga es feliz si la otra lo es. Así que más allá de nuestras discrepancias, yo creo que debemos respetar y acompañar a Sanah en su decisión, sin juzgar sus actos.

Sanah, con ojos vidriosos, agradeció enormemente las palabras de Sophie y extendió la mano a su amiga con gran emoción.

Al ver las lágrimas asomar a los ojos de su amiga, Mey se percató del efecto de su punto de vista en los sentimientos de Sanah, y levantándose de su asiento, abrazó a la muchacha con fuerza, disculpándose por su accionar.

—Perdona Sanah. Ya sabes como soy de impulsiva y la manera que tengo de decir las cosas. Pero también sabes cuánto te aprecio y jamás desearía causarte tristeza. Sinceramente, y a pesar de lo anticuado que es el tal Mark, espero que te haga infinitamente feliz. Si hay una persona generosa en este mundo eres tú Sanah. Mereces mucha dicha amiga mía.

Limpiando sus lágrimas, Sanah esbozó una sonrisa y pidió dar por cerrado el tema.

—No es su culpa, chicas. Es un momento especial y lo estoy viviendo con

sensaciones mezcladas. Agradezco su ayuda y sus palabras, pero soy algo reservada por defecto, y no siempre puedo expresar lo que siento. Sé que cada una de nosotras nos queremos tal y como somos, con nuestras similitudes y diferencias, y yo estoy feliz de poder transitar cada paso a su lado. Sólo necesito cierta privacidad con este asunto del matrimonio. Se trata de un hecho que aún estoy asimilando y todo está algo confuso en mi mente.

—Claro que sí, Sanah— asintió Sophie—. De eso se trata nuestra amistad. Estaremos una al lado de la otra en cualquier momento. Sólo pido que si en algún momento sientes deseo de hablar o profundizar algún sentimiento, busques nuestro apoyo.

—Siempre vamos a oírte y contenerte, Sanah. Y si decides que no quieres casarte, allí iremos a darle un buen puntapié a ese conservador llamado Mark.

Las palabras de Mey fueron interrumpidas con un brusco codazo de Sophie que hizo a la otra chillar.

Las tres se fundieron en un abrazo en conjunto y se echaron a reír alegremente.

Se habían conocido en sus primeros días de universidad y habían intercambiado comentarios y algunos materiales tímidamente en algunas ocasiones. Luego comenzaron a coincidir en la biblioteca, en la hora del almuerzo, en los recreos, y ahora eran amigas inseparables que se unían para cualquier trabajo en equipo y avanzaban en sus carreras a la par.

El sonido de la campana anunciando la sesión de clases de la tarde, hizo a las chicas salirse de su abrazo y recoger las sobras de su almuerzo con desgano.

Las tres se refugiaron bajo el amplio paraguas de Mey y cubrieron la distancia hasta el área de aulas a rápidos pasos.

Las horas transcurrieron rápido entre cálculos, resolución de problemas y divertidos comentarios con los compañeros.

A las diecisiete en punto la lluvia por fin había concedido un respiro. Las tres amigas se despidieron en la puerta de su salón tras quedar en hablar telefónicamente en la noche con el fin de ultimar detalles sobre otro de tantos trabajos en grupos asignados.

—¡Por fin sales!

Marilyn había estado aguardando a su amiga y se abalanzó sobre ella con euforia nada más verla.

—¿Quieres matarme de un susto? ¡Vaya manera de saludar, apareciendo de la nada!

—Es que he estado esperándote tres horas— se justificó la otra.

—Pero nunca vienes a clases. Y tampoco tienen los de primer grado clases en este horario.

—No estoy aquí perdiendo el tiempo con clases. Sólo quería hablar contigo. Te acompaño a tu casa. Necesito que me pases algunos materiales y todos esos libros aburridos de Economía. Mis padres han estado pensando en llamar a la Uni para informarse sobre mi rendimiento, y espero abstenerlos de tal tontería simulando que estudio.

Sanah asintió alegremente.

—Has estado ausente todos estos días. He intentado telefonearte, pero no obtuve respuesta. Además, se acerca mi boda, y es importante para mi tu compañía en estos momentos.

—Pues ... no lo sé— dijo Marilyn buscando las palabras—. Para ser honesta Sanah, y sabes que siempre digo lo que pienso, me da algo de flojera hablar contigo sobre casamientos o lo que tienes que estudiar. Tú y yo somos bastante diferentes.

Sanah trató de contener las lágrimas y debió esperar unos segundos antes de encontrar su voz. Últimamente parecía que las pocas amigas que tenía la creían tonta y anticuada. Con Mey y Sophie, era fácil dialogar, pero con Marilyn todo era diferente. Sus almas se habían distanciado demasiado como para encontrar algún camino de regreso. Y eso la lastimaba mucho. Habían crecido como amigas inseparables, unidas por un amor inmenso que había derrotado cualquier diferencia.

—Mar. No puedo negar que tus palabras me duelen. Puede que a ti no te guste mi vida ni mis planes, y yo discrepo rotundamente con tus modos, pero es muy doloroso saber que ya no tienes interés por mi o por las situaciones

que debo afrontar. Yo soñaba con volvernos mayores siendo amigas. Unidas de un modo u otro.

—No me vengas con sensiblerías por favor— interrumpió Marilyn, visiblemente ofuscada—. Ya crecimos lo suficiente como para estar pegadas el día entero con la excusa de las clases juntas. Ahora cada una tiene su independencia y ya no tolero comparaciones contigo. Eres el último ejemplo sobre la Tierra que yo quisiera seguir.

Esta vez fue Sanah, quien, con inusitada energía, tomó a Marilyn por los hombros y la empujó hacia aquel banco cercano a su casa donde tantas tardes ellas habían compartido meriendas.

Con los ojos enrojecidos, Sanah estaba dispuesta a hacerse escuchar y no pasar por alto las injusticias proferidas por quien ella apreciara tanto.

—¿Qué estás diciendo? ¿Por qué tanto odio hacia mí que nada te he hecho? Siempre tuve el presentimiento de que toda esa indiferencia hacia mí tenía más motivos que tu habitual rebeldía, y ahora lo haces explícito. Pero aún sí no lo entiendo. Me has ofendido en diversas oportunidades y lo he pasado por alto para evitar discutir contigo, pero ya no vas a hacerlo Marilyn, ya no. No estoy dispuesta a tolerar una sola agresión de tu parte. ¡No lo merezco!

Sanah gritaba y movía sus manos con extraño enojo en sus expresiones siempre llenas de calma.

—Entiendo que no te agrada la carrera. Respeto tu decisión de no ir a clases, de hacer siempre lo que te venga en gana. Y no lo hago porque esté de acuerdo, sino porque deseo tu bienestar y trato de no juzgarte por encima de todo. Pero lejos de sentir lo mismo por mí, tú te muestras indolente, me buscas sólo en caso de necesidad, criticas mi vida y mis elecciones. ¿Por qué? ¿Qué he hecho yo?

—¿No lo sabes? ¡Tú has arruinado años de mi vida! Por eso te detesto tanto. Por esa razón no eres para mí más que una pobre chica que sigue órdenes. Nunca te he querido realmente y nunca lo haré.

Por primera vez en mucho tiempo, Marilyn dejó que las lágrimas afloraran a sus ojos, al abordar un tema que tocaba la fibra más sensible de su ser.

Sanah no salía de su asombro, y el dolor en su pecho se incrementaba. Había

creído a Marilyn su amiga, y resultaba que la desconocía por completo.

Enjugando su llanto, Marilyn prosiguió.

—Desde pequeñas, mis padres se encargaron de admirarte como si fueras una Diosa y hacerme ver cuánto me faltaba para poder superarte. Nada de lo que yo hiciera tuvo nunca valor para ellos. Siempre eras tú la chica perfecta.

—¡Sanah pasó de grado con honores! ¡Qué orgullosos deben estar los señores Johnson! ¡Quién pudiera tener una hija tan ejemplar! ¡Y cómo si eso no alcanzara, la niña no puede ser más bella y obediente! ¡Observaste sus modales refinados querida Susan? ¡Si tan sólo nuestra Marilyn fuera una cuarta parta de lo que es Sanah!— recitó Marilyn, emulando la voz del señor Griffin, cómo si las palabras hirientes de su padre estuvieran grabadas a fuego en su memoria.

Sanah estaba petrificada. Es cierto que los padres de Marilyn no escatimaban en elogios para ella cada vez que visitaba a su amiga, pero nunca creyó que aquello le afectara. Marilyn siempre había sido una niña de carácter fuerte, rebelde por naturaleza y con una marcada personalidad propia. Las opiniones de terceros nunca parecieron importarle. Al menos, eso era lo que demostraba.

Con un esfuerzo sobrehumano para encontrar las palabras correctas, Sanah interrumpió el silencio prolongado entre ambas.

—Marilyn querida. Imagino tu dolor y lo mal que debiste sentirte siendo comparada conmigo durante toda tu niñez y adolescencia. No obstante, no considero justo que me culpes por lo que tus padres han hecho, utilizándome como vehículo para hacerte sentir disminuida. Supongo que tampoco tendrían ellos el propósito de lastimarte. No sé cómo explicarte que..

—¡Calla! No hay nada que puedas explicar. No digas que puedes comprender lo que jamás has vivido. Siempre te han hecho creer que eres perfecta, y desde pequeña te agradan los halagos. Yo fui tu perrito de compañía. Era el suplemento ideal, porque a mi lado, podías siempre mostrar tu superioridad en todos los aspectos.

—¡Claro que no! Jamás te utilizaría. Me mantuve contigo durante años porque te quiero y consideraré siempre mi amiga, y no escojo a mis amistades

por su belleza, inteligencia o supuesta inferioridad. ¿Cómo puedes creerme capaz de una cosa así? Las estúpidas comparaciones de tus padres te han hecho creer lo que jamás ha sido y te han hecho odiarme sin conocerme. ¡Es que definitivamente tú no me conoces! Hice tantas cosas por ti. Compartimos infinidad de momentos juntas. Y no apreciaste nada de eso.

—Sí que lo hice. Fuiste buena conmigo muchas veces, pero nunca dejé de sentirme tu sombra. Cada vez que nuestros profesores planeaban algún baile u obra teatral, tú tenías que ser la protagonista. ¡Nadie puede igualar el ingenio de Sanah!— decía siempre la señorita Goldie.

—Todo lo que dices corresponde a terceros. Jamás oíste una ofensa de mis labios, y jamás cruzó mi mente un pensamiento negativo con respecto a ti. Por supuesto que no siempre concuerdo con el modo de vida que eliges o las decisiones que tomas, pero te acepto tal y como eres. No merezco la culpa que desees inculcarme. Yo no soy responsable por lo que los demás consideran u opinan. Creí que nuestro vínculo iba más allá de comparaciones mojigatas y superfluas. Lamento tu sufrimiento profundamente, pero descargas tu odio en la persona incorrecta.

Verbosísima, Sanah estaba dispuesta a que Marilyn comprendiera cuan necias eran sus acusaciones, puesto que ella jamás la había menospreciado. Por el contrario, siempre la quiso con devoción. Un gran dolor invadía su pecho al percatarse de que los sentimientos de Marilyn hacia ella no eran más que odio ciego e inexplicable. Una amistad falsa, encubierta por años, que ahora se mostraba tal y como era.

Marilyn solo se limitaba a escuchar, como si ninguna explicación pudiera modificar su pensamiento con respecto a su amiga de la infancia.

Llegando ya al portal de la residencia de los Johnson, Sanah retuvo a Marilyn en la entrada, obstaculizando su paso. No estaba dispuesta a permitirle su ingreso. Cubriendo con ambos brazos la puerta, sus palabras fueron tajantes.

—No vas a obtener ningún material de una persona tan desagradable como yo. No volveré a ser objeto de alguien que no me quiere, y solo me busca

cuando necesita favores. No vuelvas a cruzarte en mi camino, o develaré tu secreto.

Los ojos de Marilyn parecieron echar chispazos de fuego dada su cólera. Pero un súbito ruido en el jardín le hizo desviar su rostro hacia allí, y su rostro cambió por completo, iluminándose todas sus facciones con una sonrisa.

Sorprendida, Sanah se dio la vuelta para observar a su hermano y el pintor sentados en las blancas sillas del jardín. El maestro hizo un gesto amistoso con su mano y Marilyn corrió de un empujón a la sorprendida Sanah para ingresar abruptamente y saludar al hombre afectuosamente.

—¡Corazón! ¡Qué alegría verte aquí! No sabía que trabajabas a domicilio. En tal caso podrás visitar mi casa. Van a fascinarte los cuadros de mis padres.

Sanah estaba perpleja. El profesor de Zeus y el de Marilyn; ¿un mismo Corazón?

Capítulo VI

Sano despertar

Marilyn no dejaba de hablar y observar a Corazón. Nada quedaba de la muchacha fría y desenfadada. Frente a aquel hombre, su voz se tornaba dulce y sus gestos se volvían suaves y delicados.

—¿Cómo estás, Sanah?

Tragando saliva, Sanah levanto su mano en un intento de saludo y se acercó temblorosa a la escena, depositando un beso en la mejilla de su hermano quien se colgó de su cuello con alegría.

—¡Qué sorpresa encontrarte aquí también!, repetía Marilyn una y otra vez.

Haciendo conjeturas, se volteó hacia Sanah, furibunda.

—¿Porqué no me contaste?

Con osadía desusada en ella, Sanah respondió.

—Porque sencillamente no me percaté de que tu profesor y el de Zeus fueran la misma persona, y para ser honesta no me interesa.

Dirigiéndose hacia la puerta de su casa, Sanah se detuvo para añadir,

—A eso agrégale que solo me buscas cuando tú necesitas algo, y que charlo sobre cosas tan aburridas que no desearías oírlo. ¡Qué tengan una buena tarde! Ah... Marilyn, en la biblioteca de la Universidad puedes obtener los libros que buscas. ¡Qué pena que sólo puedan utilizarlos los estudiantes que figuran como activos, y tu caso dista mucho de serlo!

Tras desaparecer dejando un portazo, Sanah corrió a su cuerto donde desahogó toda su bronca y dolor.

Desde la ventana, se observaba a Marilyn asediando a Corazón, mientras Zeus reía mientras coloreaba un lienzo.

Sanah intentó estudiar, pero aquellas voces en el patio le quitaban concentración.

—Sanah, niña querida, Mark te aguarda en el teléfono— le avisó Betty abriendo la puerta.

—Dile que aún no he regresado— respondió con fastidio.

—No está bien mentir a tu futuro marido, Sanah. Cualquier novia normal corre a hablar con su prometido.

—Pues considérame anormal, entonces.

—Quiere pasar por ti ahora mismo.

Cambiando repentinamente su parecer, Sanah se lanzó escaleras abajo para atender a Mark.

Media hora más tarde, salía enfundada en un bonito atuendo azul que realzaba su figura. Su cabello suelto y un maquillaje fino y delicado que destacaba la belleza de su rostro.

Zeus continuaba compenetrado en su clase, mientras Marilyn se interponía en todo movimiento y palabra del profesor, sin disimular su encantamiento.

Sanah caminó intentando parecer desapercibida. Su salida con Mark no era más que una excusa para librarse de aquella incómoda situación.

—¿Vas a salir?

La voz de Corazón le provocó un sobresalto. Aquel sujeto era un verdadero atrevido.

—Así como lo ves— respondió Sanah poco cortés.

—Ya mi clase con Zeus está terminando. Si quieres te alcanzo a donde vayas. Tengo mi coche aparcado a pocos metros de aquí.

—Te agradezco el gesto, pero mi prometido está viniendo por mi. Quizás Marilyn necesita que la lledes a su casa. Planeaba mostrarte sus cuadros— dijo mirando a su amiga con ironía.

—En realidad, ya le expliqué a Marilyn que no frecuento los domicilios de mis alumnos. Zeus consiste una excepción que realizo con el mayor placer, tratándose además de mi aprendiz predilecto.

Con sumo cariño abrazó al niño, revolviendo su cabello divertidamente.

—A propósito, desconocía que estuvieras prometida. Felicidades.

Sanah se limitó a responder con un seco «gracias».

Con incómoda satisfacción, observó como la mirada de Corazón se posaba insistentemente en ella, sin poder ocultar la obnubilación que le causaba. Atenta a la situación, Marilyn se mostraba furiosa mientras observaba a su presa caer rendido ante la belleza de Sanah.

El ruido de un coche llegando a la cerca, detuvo la extraña escena, a la vez que Sanah se despidió con un simple «adiós», y caminó nerviosa hacia el automóvil de Mark.

—Estoy sorprendido con tu aceptación, Sanah querida. Siempre te rehusas a mis invitaciones, puesto que tus estudios no te permiten receso. Pese a que adoro tu responsabilidad, no puedo negar que me alegra poder pasar la tarde juntos.

—Eh.. Sí—, tartamudeó Sanah.

Para ser sincera consigo misma, no tenía el menor deseo de salir con Mark. Su impulso a aceptar fue generar celos a Marilyn, y devolverle un poco del dolor que todo aquel veneno le había causado. Aún sentía la sangre hervir en sus venas y la ira la invadía por completo cada vez que recordaba las palabras de aquella ingrata a quien le había regalado una amistad sincera que no merecía. Si tan odiosa la consideraba, si sólo podía ella ser utilizada, entonces Marilyn iba a tener su merecido. No más encubrimiento cada vez que los señores Griffin la llamaran para abordarla al respecto del rendimiento académico de su hija, no más ayuda con tareas, y por supuesto, tampoco iba a cooperar con su conquista amorosa.

—Sanah. ¿Te sientes bien querida?

—Si. Claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Luces pensativa y preocupada. ¿Hay algo que te aflija?

Tan ensimismada en sus pensamientos estaba, que no había prestado la menor atención a la charla de Mark.

—Pues, estuve pensando que tal vez te gustaría detenerte a ver la obra que estoy construyendo en la playa. Si bien no está culminada, ya hemos diseñado gran parte de su infraestructura.

—Pero llegar allí nos llevaría como mínimo un par de horas —objetó Sanah.

—¿Cual es la prisa?

—No avisé a mis padres. Y además pronto va a oscurecer.

—En cuestión de días serás mi esposa, y no darás explicaciones a tus padres. ¿Tienes miedo a la oscuridad?

Mark acompañó su irritante comentario con una risotada que molestó a Sanah.

—Perdón. Sólo fue una broma.

—Para ser honesta, me siento algo cansada y deseo volver a casa a la brevedad. Quizás podamos caminar un rato. La tarde se presta para ello. Otro día puedes mostrarme la obra.

—No haré más que obedecer a tus deseos eternamente adorada mía.

Mark tomó su mano, depositando un beso sobre los delicados dedos de su prometida.

Un cuarto de hora más tarde, se detuvieron en las cercanías de un hermoso parque.

Ambos descendieron del vehículo y comenzaron a caminar como dos desconocidos. Sanah, absorta en su dilema. Mark, observándola con aquella mirada que jamás permitía adivinar pensamiento alguno.

De pronto, Sanah se vio arrebatada hacia los brazos de su futuro esposo, quien la tomó por la cintura, asiéndola con fuerza y besándola plenamente en la boca por primera vez.

Impactada por aquella acción inesperada, Sanah luchó por alejarlo, sin éxito.

Unos segundos más tarde, Mark la soltó, recibiendo un empujón de la muchacha quien temblaba de furia, mientras intentaba recuperar su aliento.

—¡Eres un bruto! ¡ Un salvaje! Jamás vuelvas a intentar nada sin mi consentimiento.

Mark no tuvo mejor opción que reaccionar con otra de sus sarcásticas risotadas.

—Disculpa querida. Creí que mis estimados suegros ya te habían explicado ciertas cosas que realizan los novios, especialmente cuando están próximos al matrimonio.

Aquel idiota le tomaba el pelo de una manera inaúdita. Si bien Mark jamás

le había agradado, lo poco que estaba conociendo de él le resultaba absolutamente desagradable.

—Puedes estar tranquilo que mis padres me han enseñado todo lo necesario. Aunque ahora me percató de que lo único que les ha faltado decirme es que el hombre que idealizan para mi es un animal que no guarda el menor respeto por su prometida.

—Está bien. Sentía ganas de acercarme a ti. Me has estado evitando como si fueras una niña de trece años. Estoy harto de que no respondas a mis llamados y rechaces cada invitación a solas que te propongo. Como mi mujer, debes cumplir con tus obligaciones. No permitiré ningún capricho una vez casados, Sanah.

—Puedes estar tranquilo Mark. Sólo seré tu esposa en tus sueños. No voy a casarme con un hombre a quien apenas conozco, y cuya presencia solo me genera una profunda repugnancia.

—Te prohíbo que hables de mi en esos términos, querida. Estés de acuerdo o no, nuestra boda se concretará.

—¿Quién te creés que eres? ¿Piensas que puedes decidir por mi? Ni tú ni nadie puede hacerlo. Hablaré con mis padres, y ellos lo entenderán. No me creas una mojigata. Si bien es cierto que he cedido a vuestros deseos sin estar segura de los mismos, y me he dejado llevar por esta situación sólo por hacer felices a mis padres, no arruinaré mi vida a tu lado. No lo haré. Y no creas que me importe lo que piensen los demás. Me importan un bledo las habladurías que esto pueda generar en nuestro entorno. La boda se cancelará. Puedes darlo por hecho.

Una nueva carcajada vino a incrementar el odio de Sanah, cuyos ojos combatientes brillaban como nunca defendiendo su futuro.

—De verdad eres muy ingenua querida mía. ¿Creés que tu padre sólo quiere que te cases conmigo porque soy un hombre que te hará feliz a su criterio? ¿Creés que es por mi talento para la arquitectura? Te equivocas tremendamente pequeña. El señor Johnson sólo quiere asegurar su fortuna y el buen progreso de su negocio. ¿Quién creés que aportó los fondos necesarios para que crezca el negocio inmobiliario de tu padre, prácticamente en la ruina cuando lo

conocí? ¿Te contó también que compré la mitad de las acciones de su empresa? ¿Qué mayor confianza para tu padre que casar a su hija con su socio? Razona querida.

Sanah se sentía abrumada. Su cabeza daba vueltas. Era cierto que el negocio de su padre había estado a punto de quebrar. Ella lo había visto pasar días deprimido y encerrado en su despacho personal calculando y realizando llamados. Pero ella nunca se había preocupado demasiado por los asuntos económicos de su padre. Jamás les había faltado nada, pudiendo brindarse varios gustos. Su mente hacía rápidas conjeturas. Apenas Mark apareció aquel día en su casa, su padre había vuelto a sonreír. Iba a la oficina en sus horarios habituales y ya no habían caras largas en casa. Sin embargo, no podía frenar las interrogantes que venían a su mente. ¿Porqué no se lo habían dicho? ¿La estaban utilizando como una estrategia para salvar el negocio familiar? ¿Estaba su mamá enterada? No. No podía ser verdad. Sus padres no serían capaces de tal cosa.

—No creo una sólo palabra de lo que dices. Te ordeno que me lleves de regreso de inmediato.

Sanah no le dirigió una sola palabra en el viaje de retorno. Su mente no paraba de pensar. Por fin, el lujoso auto de Mark se detuvo frente a su casa con un violento chirrido. Sanah cerró la puerta del automóvil con toda su fuerza a modo de despedida, y se dirigió presurosa a la puerta de entrada.

—¿Qué rápido han regresado!— exclamó Betty al verla ingresar, y subir las escaleras a toda velocidad.

—¿Pasó algo Sanah?—inquirió la ama de llaves, afligida por la conducta de la chica.

Sanah no se detuvo a responder. No podía pensar ni emitir una palabra hasta tener a su madre en frente. Las palabras de aquel idiota la habían descolocado por completo. Su padre aún no regresaba de la oficina. Mejor aún. Su madre no podría escudarse en él, y le diría la verdad.

Entró al cuarto de su madre sin golpear la puerta. La encontró recostada, leyendo un libro.

—¿Qué pronto has regresado mi niña! No sabes la alegría que sentí al verte

acercarte a tu prometido, y aceptar su invitación sin tus clásicas excusas. Aunque conozco con certeza que se debe a tus actividades y no a tu falta de voluntad. ¡Ven! ¡Siéntate a mi lado! ¿A donde te llevó Mark?

—Creo que no soy yo quien tiene que contar algo.

Su mamá la miró perpleja, quitándose las gafas y prestando particular atención al rostro árido de su hija.

Sanah se sentó en la cama, dispuesta a ir al grano.

—Hoy tuve una charla con Mark, al respecto de esta relación algo extraña que hemos entablado desde el comienzo. Yo me dejé llevar por la situación, por el entusiasmo que ustedes mostraron, pero nunca entendí la razón de tanto énfasis en un compromiso. Si bien jamás me opuse, tampoco los frené en su deseo de realizar una ceremonia de compromiso y organizar una boda con un sujeto que es casi un desconocido.

—Mark no es un desconocido hija. Es lógico que creas que tu padre y yo tenemos un punto de vista algo anticuado sobre estas cuestiones. Tú eres libre de tomar tus propias decisiones, pero siempre fuiste una chica muy dócil y quizás algo ingenua. Creo que sólo hemos colaborado a tu favor. Mark es un hombre fabuloso desde todo punto de vista y nada te faltará a su lado. Ya tienes veinte años hija. No sueles salir ni te gusta frecuentar discotecas como cualquier otra chica de tu edad. Siempre valoramos esa virtud tuya. El mundo está lleno de tipejos que podrían embaucarte fácilmente. Ya no quedan hombres con la seriedad y la conservación de los valores familiares que posee Mark. Su llegada fue una bendición a tu vida, hija.

—¿A mi vida?— la interrumpió Sanah— ¿O a sus intereses? Dejemos los largos discursos y hablemos con la verdad. Mark no es más que un idiota que los tiene entre sus garras por haberlos salvado de una quiebra financiera. Él mismo me lo contó.

La cara de asombro de su madre, hizo palidecer a Sanah. Aún quedaban vestigios de esperanza. De que todo se tratara de una farsa. No lo era. Los ojos de mamá demostraban su miedo. Terror de que el matrimonio se cancelara. Miedo de que su hija tan fácilmente manipulable alterara el rumbo de las cosas.

—Pues... No sé que dijo él, pero nada fue pautado. Hija...

Mamá balbuceaba e intentaba hallar las palabras adecuadas para explicar aquel lío. Respirando hondo, prosiguió a ser lo más honesta posible con su querida Sanah.

—Es verdad que tu padre atravesó un momento financiero muy complejo. Mark nos prestó una suma de dinero que nos salvó de caer en bancarrota. Tu padre y yo quedamos eternamente agradecidos con ese gesto tan noble. Luego, tras verte en una de sus visitas a casa, le expresó a papá la admiración que le causabas. Ambos lo hablamos y consideramos que podíamos encarrilar las cosas de modo que ambos se conocieran, pero jamás pensamos en forzarte ni hacer nada sin tu consentimiento. Debes creer lo que te digo hija.

—De modo que yo soy el trofeo de Mark. El gesto de agradecimiento que papá y tú le ofrecen a cambio de sus sucios millones. No puedo creer que me lo hayan ocultado.

—¡Sanah! Por amor de Dios. No seas tan injusta. Te hablamos sobre Mark. Accediste a conocerlo. Te comprometiste con él. Distes tu visto bueno a la boda.

—¿Conocerlo? Jamás lo conocí. No lo conozco aún. Tuve hoy una primera charla tras meses, que me dejó ver cuán aborrecible es. Papá lo invitó a cenar aquel día en que fui involucrada en un pedido de mano ceremonioso, como si me encontrara en plena Edad Media. Evité ser descortés en aquel momento, y luego me vi arrastrada por el entusiasmo de ambos. Tú compraste mi vestido de compromiso, tú armaste esa estúpida fiesta. En un principio, me dejé llevar por su alegría. No quería oponerme a nada que los hiciera sonreír tanto, tras verlos angustiados por años tras el nacimiento de Zeus y los problemas con los que hemos lidiado. Ahora que sé que sólo se trata de un mero interés económico, debes saber que no pienso complacerlos en absolutamente nada.

—No reacciones así. Nos conoces. Somos tus padres. Hablas como si te hubiésemos hecho un gran daño. Admito que debimos decirte que Mark está involucrado en nuestros negocios.

—¿Involucrado? Ese cretino sólo realizó un préstamo que le devolveremos. Me encargaré de que papá le devuelva hasta el último centavo y no tenga nada

que reclamar.

—No es tan sencillo hija. Mark aportó una cantidad de dinero correspondiente a la mitad del capital del negocio de tu padre. Una serie de sucesos poco afortunados dejaron a tu padre casi en la ruina. Cuando Mark nos realizó ese préstamo que puso el negocio inmobiliario nuevamente de pie, solicitó ser socio de la empresa. Tu padre accedió de inmediato. Es un buen hombre, buen profesional y con gran talento para los negocios. Por otra parte, hubiese llevado años devolverle tal cifra.

Sanah se dejó caer sobre la cama, abrumada. Ahora resultaba más complejo alejar a ese indeseable de su vida.

—Nunca me hablaste sobre la pésima situación financiera. ¿Porqué me lo ocultaron?

—Tu padre me prohibió decir una sola palabra. No queríamos afligirte. Estás concentrada en tus estudios y temimos afectarte. Tampoco queríamos que te preocuparas por tu futuro. De no haber sido salvados por Mark, no podríamos costear tu Universidad ni la educación especializada de Zeus, sumado a los médicos y terapeutas que implican una suma de dinero imposible para la situación que estuvimos al borde de atravesar.

Cobrando coraje, Sanah fue muy clara al expresar sus intenciones. Se sentía segura de sí misma, como hace mucho tiempo no lo hacía. Se recordaba en aquella cena en que Mark, sin conocerla le ofreció un costosísimo anillo de compromiso, la fiesta insípida que siguió a aquel suceso, y sentía pena y vergüenza. Había sido una gran payasa.

—Mamá, no pienso casarme con el tal Mark. Papá lo sabrá hoy mismo y definirá su situación como socio de ese sujeto como mejor lo considere. Ustedes me han metido en esta farsa, y ustedes me sacarán de la misma.

—¡Sanah! Suenas malvada. Nadie ha querido perjudicarte.

—Pero tampoco han querido ayudarme. Jamás me preguntaron si yo estaba de acuerdo, qué sentía sobre casarme con una persona que aparece un día portando un anillo. No lo preguntaban porque temían un no como respuesta. Porque rehusarme a unirme a Mark podía ofender su generosidad. No seas tan ingenua mamá. ¿De veras creés que Mark es una buena persona? ¿Qué hombre

en los tiempos que corren hace lo que ha hecho él? Y no me vengas con su mentalidad conservadora y tu perorata sobre sus modales pasados de moda porque no me los creo, y si eres honesta contigo misma, tú tampoco. Hay algo que lo llevó a prestar ese dinero. Logró meter su nariz en el negocio de papá y ahora se siente con atribuciones que no le corresponden.

—Puede que tengas razón hija, pero no puedes negar que siempre ha sido sumamente gentil y todo su comportamiento muestra una caballerosidad difícil de encontrar en estos días.

—Yo lo creo un farsante, un buen actor que se aprovechó de una oportunidad y oculta una faceta oscura. Pero ojalá estés en lo cierto, y Mark sea tan amable y caballero de entender que no voy a casarme con él, y que su relación con nuestra familia se limita al plano laboral.

—Está bien hija. Sólo deja que yo hable con papá sobre este asunto. Sé como abordarlo y de que manera decirle ciertas cosas. También debemos pensar que esto causará un revuelo en las familias y conocidos involucrados. Debemos dar una razón para cancelar una boda de la noche a la mañana.

—¡Basta, mamá! No me importan tus prejuicios ni tus complejos sobre el que dirán. No seré la primera mujer sobre la faz de la Tierra en romper con un compromiso. Diremos cualquier tontería al respecto. A nadie le incumben nuestros asuntos.

—Bueno. Tranquilízate. Ya te he dicho que lo resolveremos.

—Ustedes no tienen que resolver nada. Soy yo quien decide mi futuro y créeme que no permitiré ser objeto de sus deseos de ahora en más. ¡No soy su marioneta!.

Sanah gritaba como una desquiciada. Y lo estaba. Sus sienes ardían y la cabeza le estallaba. Jamás se había enfadado con sus padres, pero habían sido desleales ocultando sus intereses detrás de la unión con Mark. Se sentía usada. Por supuesto que sus padres no la hubieran incitado a ello de no creer que le proveyería ventajas. No obstante, su prioridad había sido salvar el negocio inmobiliario. Todo habría sido más sencillo de haber sido francos con ella desde el inicio, y una vez planteada la situación, darle la libertad de escoger.

Les había resultado más sencillo disfrazar aquel mórbido trueque como un repentino deseo de buscar al candidato perfecto para Sanah.

Su mente no dejaba de pensar. Las imágenes recurrían a su mente, y todos aquellos sucesos rápidos y extraños que habían ocurrido cobraban sentido ahora.

Mamá lloraba desconsolada. Siempre se mostraba temerosa de cualquier posible problema que alterara su atmósfera familiar. Quizás por carecer de la valentía suficiente para hacer frente a las adversidades en su vida. Pero sus lágrimas no conmovieron a Sanah.

—Tan pronto llegue papá, le dirás que suba a mi habitación. Y lo hará solo. No quiero ver tu congoja mientras aclaramos esta situación. Si hay alguien realmente afectada aquí, soy yo.

Se dirigió a la puerta con firmeza y una vez en su habitación, dio rienda suelta a su angustia contenida. Minutos más tarde se sobrepuso a sus emociones y caminó lentamente de un lado a otro de su dormitorio, logrando calmarse y adquiriendo una convicción poco común en ella. De algo no cabía la menor duda. Había desviado su camino y su vida daba un giro. Sentía que sus ojos se habían abierto a una nueva realidad. Tras largo letargo, el coraje la invadía y tomaba con firmeza el timón de su destino. Era un sano despertar.

Capítulo VII

Corazón en calma

El señor Johnson repetía una y otra vez como habían ocurrido los hechos sin lograr apaciguar las acusaciones de su hija. Sanah se le presentaba como una absoluta desconocida. Nada parecía quedar de aquella niña complaciente que jamás levantaba la voz ni causaba disgustos a sus padres.

—Sanah querida, admito mi error por no contarte la verdad completa. Estaba absorto en mis deudas, en la quiebra que se avecinaba, en tu futuro.

—¿Mi futuro? No, papá. Tú sólo pensaste en ti, en tu maldito dinero. Jamás se te cruzó por la mente preguntar si Mark me agradaba, si realmente quería lo que estaba sucediendo.

—No. No lo hice, pero nunca te negaste. Siempre haz hecho lo que te aconsejamos y con tu madre creímos que Mark aportaría mucha felicidad a tu vida. Es un hombre extraordinariamente rico, hija. Él puede darte la vida que mereces. Tu vida no sería la misma si Mark no me hubiese salvado. Sólo Dios sabe que nos habría ocurrido.

—¿Hablás de Mark o de su dinero? ¿Acaso son los millones de Mark los que me pueden deparar felicidad? ¿Nunca pensaste que valgo más que eso papá? Mi honor, mi dignidad, no están en venta. No soy la recompensa de un estúpido enfermo que se encaprichó conmigo y te arrastró en su juego.

Papá se tomaba la cabeza como si fuera a enloquecer. No esperaba aquella reacción.

—Hija, sé que nos precipitamos. Debí presentarte a Mark y dejar que lo conocieras paulatinamente. Pero yo no entregaría a mi amada hija a un hombre de no estar absolutamente seguro de que es una persona que vale la pena.

—Tú lo has dicho. Mark me ha valido mucha pena. ¿De veras eres tan iluso para no percartarte de que Mark actúa como una buena persona forzándote a seguir sus deseos a cambio de su sucio dinero?

—Pues lo es. Es un hombre honrado y está dispuesto a quererte. Aunque para tu mayor tranquilidad, voy a hablar con él al respecto. Le diré que vamos a posponer la boda, para que ambos tengan más oportunidades de salir juntos y conocerse más en este tiempo. Así tendrán la seguridad de querer estar juntos. ¿Ves que todo es más simple de lo que creés?— el señor Johnson sonrió ampliamente creyendo haber dado en la tecla del asunto.

Sanah miró a su padre y lanzó una risa irónica.

—¿Tiempo, papá? ¿Quién dice que yo quiero tiempo para conocer a ese tonto? No estás entendiendo nada, y me sigues subestimando. Lo que vas a decirle a Mark es que no deseo ver su cara jamás.

Papá estaba rojo de ira. Contraía sus mandíbulas al tiempo que apretaba sus puños, con gran impotencia.

—No te reconozco, hija. Nunca me haz hablado en ese tono.

—Pues yo tampoco te reconozco a ti. Para empezar, siempre creí que mi felicidad era tu prioridad. ¡Vaya sorpresa! Lo único que quieres son tus billetes, tu negocio en marcha y alabanzas sobre tu vida tan perfecta y tu reputación intachable. Te creí más inteligente, papá. Desde pequeña admiro tu perseverancia y tu trabajo arduo para que nada nos falte. ¿Desde cuando ese hombre que enfrenta los avatares se convirtió en la persona que es capaz de permutar a su propia hija?

—Espero que estés absolutamente segura de lo que deseas hacer Sanah— la miró a los ojos fijamente. Debes haber analizado las posibles consecuencias de tus actos y como este capricho puede influir en lo que te deparará a ti, y especialmente a Zeus.

—Te aclaro que luchar por el derecho de buscar mi propia felicidad y ser dueña de mi vida no es un capricho. En cuanto a Zeus, jamás podría ser feliz viendo mi desdicha. De todos modos, no entiendo la razón de tanto temor. ¿No es Mark una persona honesta y confiable? ¿Cual es el problema? Un hombre con un corazón tan ejemplar, sería incapaz de modificar su préstamo por una

causa tan justa como negarme a casarme con un desconocido que además no me agrada ni inspira el más leve deseo de conocer.

—¡Eres una desconsiderada! No puedo creer que mi propia hija me tilde de tirano tras años de desvelo para darte todo lo que tienes, horas de trabajo para que nada falte en esta casa. Tú nos has visto devastados por el trastorno de Zeus, has sido testigo de años de sufrimiento, presenciado crisis de todo tipo en nuestra familia, y siempre hemos salido adelante juntos gracias al amor que nos profesamos. Y ahora mi propia hija me da la espalda.

El señor Johnson pasó del enojo a la angustia. Sus facciones habían perdido esplendor, y en cuestión de segundos se habían sumado años y arrugas a aquel rostro que siempre se esforzaba por sonreír y obtener sonrisas. No. Nada había sido fácil para él. Había enfrentado grandes batallas, y su motor siempre había sido su familia. El amor por su esposa e hijos lo llenaba por completo. Quizás por esa razón las palabras de su amada primogénita calaban tan hondo en su ser y cada recriminación la sentía como una traición, una puñalada a sus esfuerzos. Jamás había obrado con malas intenciones. Lastimar a su Sanah hubiese sido como matarse a si mismo. Se había equivocado, puede ser, pero nunca había visto la situación desde la perspectiva de Sanah. Acostumbrado a decidir por ella, nunca se preguntó si el colegio que elegía era de su agrado, o la Universidad, o tantas otras cosas que él quería para ella. Sanah se dejaba guiar y acataba cada idea, cada deseo, tal vez por comodidad, por pereza, por complacer. Todo podía ser. ¿Cómo poder prever aquella querrela de un ser tan frágil y apacible como su hija? Jamás un acto de rebeldía, nunca una contradicción.

Sacando un pañuelo de su bolsillo, el padre de Sanah dejó salir sus lágrimas contenidas por largo tiempo, y su cuerpo se dobló sobre si mismo, abrazándose como un niño, dejando la angustia aflorar y estremecer su cuerpo.

Sanah se conmovió con la imagen de aquel titán derrotado. Lo amaba incondicionalmente, pero estaba muy enojada, demasiado para cualquier acto de contener. Su padre no era el único que necesitaba consuelo. Respiró profundo y salió de casa, sin rumbo, evitando las preguntas de Betty y su madre, sorprendidas por los gritos que habían escuchado.

Con lágrimas en los ojos y el frío invadiendo su cuerpo deambuló por las calles como una autómatas, sin prestar atención a los transeuntes ni a lo que ocurría a su alrededor, enfocada en sus propias preocupaciones.

La noche se iba acercando sin que Sanah pudiera percibirlo. Nubes grises cubrieron el cielo mimetizándose con la tormenta que se desataba en el interior de la joven. La lluvia se precipitó estruendosamente y Sanah sintió pena y frío a medida que las gotas acompañaban su llanto. Cuando miró a su alrededor se sobresaltó al percatarse de que no identificaba el lugar donde se encontraba. Tampoco sabía que hora era ni por cuánto tiempo había estado caminando. La calle estaba prácticamente desierta, con algún que otro peatón corriendo apresurado por llegar a casa. Desconcertada, continuó caminando. Al llegar a una esquina, su corazón se paralizó cuando una mano surgida de la oscuridad la tomó fuertemente por su brazo, atrayéndola sobre un rostro mojado y unos ojos de inconfundible mirar. Sin saber como ni porqué sus ojos color avellana se fundieron en aquellos ojos negros que la habían turbado desde el primer momento, con esa mezcla de temor y paz que la hacía huir de ellos cada vez que los cruzaba. No sabía que hacía Corazón allí, ni deseaba saberlo. Sus manos mojadas se aferraron al cabello oscuro del artista, y sus brazos rodearon la cintura del muchacho, entregándose por completo a aquella presencia que sentía tan necesaria. Era su refugio perfecto, en medio de la noche, en medio de la angustia. Su mente estaba libre por primera vez en tanto tiempo. No había restricción, no se oponía. Su constante razonamiento la había abandonado, y el «debe ser» que siempre guiaba sus actos se esfumaba. Sólo su corazón latía fuerte, y era su única brújula. De repente, sus labios intactos se encontraron buscando aquella boca que la deseaba, besando con insaciable pasión por primera vez en su vida. Por largo rato, quedaron abrazados bajo la lluvia, conformando una única figura. Sus ojos no se cansaban de mirarse. No era necesario hablar. No deseaban salir de la lluvia. Sanah sentía el placer de liberar el peso de sus hombros. Se sentía libre, liviana, con la mente clara y el corazón en calma.

Capítulo VIII

Unión de dos almas

Tras un largo esfuerzo por despertar, Sanah fue abriendo sus ojos suavemente, intentando recordar lo sucedido. Su cabeza dolía y todo giraba a su alrededor, sin identificar la habitación donde se encontraba. Poco a poco fue recobrando el sentido y rememorando lo transcurrido en las últimas horas. La discusión con su padre, su salida abrupta de casa, y aquel encuentro inesperado con Corazón. Sintió pudor al recordar como había besado y abrazado a aquel hombre. Él la había conducido a un lugar a pocas cuadras de allí, donde estuvo protegida de la lluvia y el frío de la noche. Luego recordó como, en silencio, él la había cubierto con una gran manta, a la vez que encendía un cálido fuego que inundó la habitación con su llama anaranjada. Acto seguido, Corazón, sin emitir una sola palabra, había atraído su cabeza, llevándola sobre su pecho y acariciando suavemente su cabello mojado. Minutos después, se había quedado dormida, sintiéndose protegida como nunca antes.

Lentamente, se incorporó para observar la habitación en penumbras. Sus ojos continuaban hinchados tras el llanto de las horas previas. El fuego continuaba encendido, proporcionando una grata escena. El ambiente le resultaba acogedor y extrañamente familiar. Sus latidos se habían estabilizado, y su mente se aclaraba poco a poco. Sentía una sensación de paz y su cuerpo tenso comenzaba a aligerarse. El cansancio la invadía y sus ojos luchaban por permanecer abiertos. Su mirada recorrió la sala del artista, divisando cuadros de todos los tamaños, diversas obras y colores. Un suave ruido de pasos hizo que volteara su cabeza para chocarse con los ojos profundos de Corazón, quien emitió una leve sonrisa al tiempo que tomaba asiento sobre su manta junto a la estufa.

—Te preparé un té— dijo casi susurrando, mientras vertía el líquido en una taza blanca.

—Te agradezco—respondió Sanah, algo ruborizada.

En las pocas oportunidades en que había intercambiado charlas con Corazón, se había mostrado pedante y soberbia. Corazón le molestaba sin saber porqué, y le provocaba aquellas cosquillas indeseables que no podía explicar. Sin querer reconocérselo a sí misma, sabía con certeza que el pintor le atraía locamente, y que sus esfuerzos por mostrarse indiferente no eran más que una estrategia para poder protegerse de él y evitar caer en aquel deseo que no dominaba y le resultaba totalmente nuevo.

Sanah bebía su té con pequeños sorbos, mientras Corazón la miraba fijamente, cómo si tratara de adivinar sus pensamientos.

Reinaba un silencio algo incómodo tras lo acontecido aquella noche. Sanah sentía que debía decir algo. Tenía la necesidad de explicar y agradecer.

—Corazón— comenzó a decir con voz temblorosa— .Yo no estaba bien cuando me encontraste esta noche. Han ocurrido muchas cosas y yo no sé que estarás pensando sobre mí en este momento, y..

Sus explicaciones se quebraron, movilizada por la incomodidad de explicar la situación. Sentía además una profunda vergüenza de mirar a Corazón a los ojos, habiendo sido tan dura con él, sin siquiera conocerlo.

—No tienes nada que aclarar, Sanah.

Corazón se sentó a su lado y los latidos de la joven se dispararon.

La mano talentosa y fuerte del pintor tomó con delicadeza la mano frágil de Sanah, y la envolvió por completo.

Por largos minutos, ambos permanecieron mirándose, sin emitir una palabra.

—¿Cómo te sientes?—preguntó él.

—Más tranquila. Debo agradecerte por traerme aquí y encontrarme. Estaba desorientada, en medio de la lluvia, y de alguna manera acudiste a mi ayuda.

—Me gustan los días lluviosos. Me generan una mezcla de inspiración y melancolía. Soy yo quien agradece esa imagen perfecta que me ofreciste tan pronto te vislumbré, perdida, mojada, con los ojos brillantes de miedo y tristeza. Fue mágico para mi.

Sus palabras hicieron ruborizar a Sanah, a la vez que se sentía halagada como nunca.

—Siempre te vi como un tesoro oculto. Hay algo que escondes y te esfuerzas por mantener a raya. Lo supe apenas te conocí. Desde ese entonces, nada me ha preocupado más que descubrir el misterio y romper esa coraza.

—No suelo guardar secretos— rió Sanah tímidamente.

—Tú eres quien se guarda por completo. Estoy seguro de que aunque no puedas reconocértelo a ti misma, hay algo en tu interior luchando por salir. La magia de tu espíritu asoma a tus ojos. Hay un alma intensa que aguarda mostrarse. Nada me desvela más que conocerte a pleno.

Corazón acercó su rostro al de la joven. Buscó sus labios sollozantes. Esta vez fue él quien la besó con desesperación, necesiéndola imperiosamente.

Cuando el beso culminó, permanecieron pegados uno al otro, fusionados en su amor.

Sanah comenzó a temblar nuevamente y no pudo evitar llorar con amargura sobre el hombro de Corazón. Sentía una serie de sensaciones encontradas. La angustia de su situación real, y la emoción por aquella especie de sueño idílico que estaba viviendo. Experimentaba deseos que ahondaban en su ser. Una Sanah más genuina afloraba. Corazón hablaba de no conocerla tal y como era. ¿Se conocía ella a sí misma?

Por horas, permanecieron hablando uno del otro. Era increíble el hecho de que Corazón entendiera y captara sus sentimientos como nadie. Su temor a la boda que se acercaba, su decepción tras enterarse de los planes de sus padres, y cuán doloroso y perjudicial resultaba intentar complacer a todos, olvidándose de sus propios deseos. Había perdido su identidad por completo. La había regalado a su entorno, permitiendo hacer y deshacer su vida. Su búsqueda por ser perfecta a los ojos de los demás la había vuelto un ser que acataba órdenes ajenas sin permitirse escuchar su corazón. Nada quedaba de genuino en sus acciones, en todo lo que ella era. Por otra parte, su costumbre a ser tratada como una niña pequeña, le había hecho creer que efectivamente lo era. Necesitaba guías y cuidados. Quizás permanecer pequeña resultaba más

sencillo que crecer, imponerse frente al mundo como un ser independiente, con raciocinio e ideales propios.

Corazón razonaba junto a ella. Nada era nuevo para él. Desde el momento en que su mirada descubrió la de Sanah observando desde la ventana de su habitación, sin saber cómo ni porqué supo que debía seguir aquellos ojos, y los amó en silencio todo aquel tiempo. Amaba descifrarla. Se había convertido en su fascinación. Cada respuesta esquiva de la joven no hacía más que aumentar sus ganas de conocerla. Él sabía que lo que aquellos ojos reprimían era invaluable. Muchas veces, tras ver sus acciones, se desanimaba pensando que ella nunca tendría la valentía suficiente para poner orden en su vida. Luchaba con sus ganas locas de tomarla por los brazos y sacudirla fuertemente para hacerla reaccionar. Para el resto del mundo, Sanah era la niña buena y complaciente que todos amaban. Para Corazón, Sanah sufría en silencio y mentía a todo el mundo, especialmente a ella misma. Fue por tal razón que su corazón dio un vuelco cuando la vio completamente sola bajo la lluvia. Jamás la vio tan libre, tan ella. Y se enamoró doblemente. Creyó enloquecer de felicidad cuando la tuvo en sus brazos.

Sanah se identificaba con cada palabra de Corazón sobre ella misma. Resultaba inaudito que un desconocido supiera tanto de ella, de sus miedos, de su pensar y sentir.

—Todos ven lo que haces, lo que dices, como te ves. Sólo unos pocos privilegiados podemos ver la tristeza detrás de una sonrisa disimulada, la opresión que llevas dentro, lo que realizas sólo por la aprobación de los demás. Yo intento descubrirte desde que te vi. Te amo desde ese día. Sufro cuando me ignoras. Me enoja cuando te muestras como la mujer frívola y superficial que no eres. Detrás de todo ese intento de aparentar racionalidad, metas a seguir y estructuras muy definidas para que nadie sospeche, yo pude ver la claridad de un alma pura, que ha sido obligada a escabullirse, a opacarse en plena lucha por continuar latente.

Las palabras de Corazón la conmovían al tiempo que la maravillaban. Sin pensar sus acciones, lo abrazó fuertemente, apretándolo contra su pecho inquieto, demostrando cuanta necesidad de su amor y comprensión tenía.

Sentía que había esperado ese momento toda su vida. Por primera vez encontraba una verdadera razón de ser, de vivir y permanecer.

La lluvia se había detenido y unos tímidos rayos del sol del amanecer se asomaban a las ventanas de atelier del artista.

Corazón y Sanah no detenían su conversación. Se disfrutaban mutuamente, compartiéndose todo cuanto eran.

El joven artista tenía una historia muy diferente a la de Sanah y la vida le había puesto pruebas difíciles a lo largo de su camino. Nacido en un pequeño pueblo al sur de Italia, contaba Corazón con tan sólo cinco años cuando su madre murió víctima del cáncer de mama. Desde ese momento, su padre se sumió en una profunda depresión que lo condujo a desahogar la pérdida inconsolable de su amor en la bebida. Sus vidas se habían derrumbado por completo.

—Recuerdo sus esfuerzos por sobreponerse al dolor, por luchar por mí. Sin embargo, mi padre jamás logró superar el golpe que implicó la muerte de mi madre. Se enojó con la vida por arrebatarse a su amor. Pese a que muchas veces, al verlo borracho día tras día me apiadaba de su falta de valentía, con el tiempo pude ver que amar con toda el alma es coraje y no cobardía. Lo admiré desde entonces y su recuerdo me impulsa a amar sin limitaciones a esa mujer que llega para uno, enviada por Dios, puesta por el destino en nuestra vida. El día que comencé a amarte comprendí aún más a mi padre.

Corazón no tuvo más alternativa que volverse independiente y aprender a cuidar de sí mismo. Conoció la soledad cuando su padre tomó la brutal decisión de suicidarse bajo las ruedas del tren, junto a las vías ferroviarias que tantas veces lo vieron caminar de la mano de su esposa, fieles testigos del amor que se profesaban. Las tragedias que se suscitaron a una edad tan temprana lo habían vuelto un chico algo huraño y excéntrico, un poco triste quizás, con aquella melancolía insoslayable en sus ojos negros. Por años se vio obligado a vagar por diferentes casas, contando con la compasión de algunos vecinos y parientes lejanos. Durante su formación secundaria, sus maestros de dibujo descubrieron el gran talento del joven para el arte, instándolo a seguir su veta artística. Poco a poco descubrió que la pintura se

había vuelto su pasión y su forma de expresión. Unos años después emprendió un viaje solitario que lo llevó a recorrer gran parte del mundo. Se desempeñó como artista callejero, exponiendo y vendiendo sus obras. Conoció el frío de las noches en las calles, y persiguió incansablemente su sueño de ser un pintor reconocido. Se cruzó con grandes maestros en su camino que se volvieron sus aliados y lo ayudaron a promocionar su trabajo, a la vez que le brindaron un valioso aprendizaje. Así, apartado de lujos y ostentaciones, Corazón se volvió un hombre de gran sabiduría y buenos valores, perseverante en el logro de sus metas y aficionado a su arte. Se dedicó a la pintura en cuerpo y alma. Las calles, la gente, la naturaleza, los sentimientos y acciones del hombre, la creación Divina en todas sus formas habían sido sus musas inspiradoras. Su arte cobraba fama conforme el tiempo transcurría y pronto su nombre apareció en los periódicos, así como sus presentaciones en diversas exposiciones y muestras de pintura. De alma aventurera y gran sensibilidad, Corazón fue de un lado a otro viviendo innumerables experiencias que aportaron mucho a su crecimiento personal. No solía permanecer demasiado tiempo en ningún sitio, aunque en los últimos años sus viajes se debían siempre a cuestiones laborales. Un sinfín de amantes de sus obras lo aclamaban en los eventos más destacados. Seis meses atrás recibió con gran alegría la propuesta de uno de sus admirables maestros para ser partícipe de la apertura de una importante galería artística. Se alojó en casa del maestro Bernard, quien lo acogió como si fuera su propio hijo, dado el profundo afecto que lo unía al muchacho. Pronto, recibió invitaciones a institutos educativos y diversos talleres que le permitieron incursionar como docente y aplicar las herramientas y conocimientos que había adquirido. La tarea resultó un desafío nuevo y siempre había considerado la enseñanza un acto de generosidad, de modo que se sintió sumamente satisfecho impartíendola. Cuando la señora Johnson lo llamó para brindar clases particulares al pequeño Zeus, dudó en aceptar, ya que no deseaba ligarse a un lugar ni desviar su rumbo profesional. No obstante, tan pronto conoció al niño, su tarea se tornó tan satisfactoria, que contaba los minutos para compartir la inocencia y el talento de aquel ser tan

puro que Zues era. Nunca se había sentido tan útil, tan querido como cuando se veía rodeado por los bracitos del niño.

Sanah admiró la perspectiva de Corazón sobre su adorado hermano, pues era idéntica a la suya. No todos sabían entender a Zeus, ni ganar su confianza. Sólo unos pocos privilegiados podían encontrar la calma y olvidarse del mundo entero contemplando esa sonrisa bondadosa, despojada de cualquier malicia.

Las horas transcurrieron entre anécdotas, llanto y risas de los amantes que compartían sus vidas, sus ocurrencias, viendo cuán paradójicamente diferentes e idénticos eran. El sol ya invadía cada espacio del hogar del artista cuando ambos se durmieron, entrelazados sus cuerpos, en sintonía sus corazones.

Cuando Sanah abrió los ojos, el dolor de cabeza de la noche anterior se había disipado como por arte de magia. Sus ojos brillaban como el día resplandeciente. La felicidad le sentaba muy bien. Un beso la asaltó de sorpresa, al tiempo que su amor le ofrecía una rosa blanca recién cortada, aún con gotas de rocío cubriéndola. Devolvió el beso, fundiéndose en un tierno abrazo.

Su plan era no revelar su idilio hasta que la situación de Sanah con su familia se restableciera. Sus padres eran demasiado conservadores y prejuiciosos como para comprender la genuidad de un amor tan grande. No tenían el menor deseo de exponerse a críticas ni brindar explicaciones a gente que no podía compartir su felicidad. Todo se daría en su tiempo y forma. Por el momento, sólo sabían que deseaban estar juntos a cada momento, y buscarían sus espacios, manteniendo todo en la mayor reserva. Además, consideraron que pese a los errores cometidos por los señores Johnson, no cabía la menor duda de que amaban a su hija con devoción, por lo cual debían encontrarse angustiados y consternados por la ausencia de Sanah, temiendo por su bienestar. Corazón iría a su clase con Zeus y unas horas más tarde, a fin de evitar sospechas, Sanah acudiría de regreso a su hogar argumentando haber pasado la noche en casa de su amiga Mey.

El estudio de Corazón, le resultaba inexplicablemente cómodo. Se sentía libre allí, permitiéndose ser simplemente ella misma. El Maestro Bernard le

había proporcionado aquel pequeño apartamento tras la decisión de su aprendiz de prolongar su estadía en Londres. Los artistas necesitaban soledad para crear. Cálido, decorado con las obras y materiales de Corazón, cada objeto adquiría allí singular importancia. Sanah se fascinaba observando cada detalle y pensando en lo que veía con gran admiración.

Cada momento juntos se volvía un recuerdo imborrable. Su primer desayuno juntos fue preparado por ambos, entre abrazos y besos. La confianza entre ellos había surgido de manera tan repentina como el amor que se profesaban. Corazón la respetaba como nadie y adivinaba hasta sus más recónditos pensamientos.

Cuando su amado se fue, Sanah se quedó largo rato pensando en su vida, tan cautelosamente planeada. Todo había cambiado en cuestión de horas. Su percepción del mundo, sus deseos. Se sentía más mujer. Llegó a creer que nunca había vivido realmente hasta aquel momento. Dejaba de ser un maniquí para transformarse en una mujer con personalidad propia. Aún necesitaba ganar confianza en si misma, pero sabía que lo lograría. Corazón era un pilar fundamental en su búsqueda interna y la lucha por saber quien era ella realmente y que se proponía en la vida, escuchando sólo su propia voz e impidiendo que los demás moldearan sus asuntos. Fue así como el misterio de la existencia pareció resuelto. Todo estaba destinado a ser. Estaba dejando de creer en las casualidades para atribuir un rol fundamental al destino. Lo que había sucedido aquella noche debía estar escrito en alguna parte. Su vida se ligó a la de Corazón con la magia propia de un cuento de hadas. Horas antes lloraba desconsolada creyendo que su vida carecía de sentido, sin el menor deseo de afrontar sus problemas familiares y temerosa de lo que ocurriría. Ahora, se sentía vital y resiliente como nunca antes.

Aquel encuentro fortuito con Corazón había sido el comienzo de la unión de dos almas.

Capítulo IX

Una lluvia de acontecimientos felices

Cuando Sanah llegó a casa aquel mediodía, su madre la aguardaba con los brazos abiertos y la preocupación reflejada en sus ojos. Se veía pálida. Era probable que hubiese pasado la noche en vela.

—¿Dónde has estado hija? Tú jamás habías hecho algo así. Nos has tenido con el corazón en la boca.

No tenía ganas de continuar recriminando ni culpando a sus padres. Ella tenía tanta culpa como ellos en lo acontecido. Una frase que había leído hace tiempo rondaba en su mente por aquellas horas «harán contigo lo que tú permitas que te hagan». Se aplicaba a su caso a la perfección en aquel momento.

—Tranquila mamá— dijo con voz calmada—. Sólo decidí pasar la noche en casa de Mey, puesto que no me sentía bien tras la discusión que mantuvimos ayer.

—Pero llamé a Mey y no sabía donde te encontrabas. Me devolvió el llamado más tarde para saber si habían surgido novedades, y parecía afligida por tu desaparición.

—Eh..Yo le pedí que no dijera nada. Estaba enojada y no quería supieran donde estaba. Pido disculpas por hacerles pasar un mal rato. Tengo derecho a enojarme y buenas razones para hacerlo.

—Claro, hija. ¡Sólo Dios sabe lo que el destino nos deparará de ahora en más! ¡Cuántos cambios! Tu padre aún no se decide a hablar con Mark. El pobre está tan asustado.

—Voy a tomar una ducha y descansar un rato. No asistiré a clases hoy. Además, quiero dejar en claro que no deseo escuchar sus problemas con

Mark. Quienes me involucraron en este enredo para salvar intereses propios, me sacarán del mismo.

Subió a toda prisa a su dormitorio, dejando a su madre con la boca abierta de asombro.

Le dolía tratarla así, pero necesitaba marcar presencia. Debían entender que no eran dueños de su vida. Costaría, pero la entenderían. No dudaba del amor fraternal que la unía a su familia. Era un vínculo incondicional, pese a cualquier equivocación.

No obstante, las preocupaciones de su madre se le antojaban de lo más tontas y frívolas. ¿Podía ser Mark lo suficientemente idiota como para ofenderse por la cancelación de una boda con una mujer que apenas conocía? Había comprobado su estupidez en persona, pero sería un total enfermo de involucrar los negocios con su padre en aquel delirio sentimental.

Proyectaba a sus padres lejos de toda lógica y perseguidos por prejuicios sobre opiniones ajenas y pérdidas económicas. Definitivamente, parecían haber quedado estancados en otra época, sin poder amoldarse a los tiempos que corrían. Se percató de que vivir situaciones nuevas había cambiado su mirada. De hecho, era la primera vez que se alejaba tanto de su casa, mucho menos sin previa autorización de sus padres. Tenía veinte años, pero su vida estaba controlada como si aún fuera una pequeña temerosa, necesitando defensa. La sobreprotección le había quitado libertad y confianza en sí misma.

Permaneció largo tiempo bajo la ducha, sintiendo el agua correr por su cuerpo y aliviar su tensión mientras pensaba.

Minutos después secaba su cabello y se envolvía en una bata.

Un sonido de carcajadas que conocía a la perfección la atrajeron hacia la ventana. La escena era encantadora.

Zeus reía mientras Corazón lo atacaba con cosquillas.

Sanah se quedó largo rato observando aquella imagen. Quería grabarla en su retina para siempre. ¡Hacía tanto que no veía a Zeus tan feliz! Su alegría la contagiaba. El pequeño niño seguía estrictas visitas a especialistas y educadores, pero era la primer vez que le otorgaban la oportunidad de realizar

una actividad que le apasionaba. Los hombres que más amaba en su vida se hacían felices mutuamente.

No resistió el incontrolable deseo de unirse a la algarabía. Su hermano la abrazó y se avalanzó sobre ella. Corazón la miró con complicidad. ¡Qué difícil era ocultar su amor! La tarde transcurrió entre bromas, juegos, guerras de pintura y mucha diversión.

—¡Profesor!—gritó Betty desde la puerta de la cocina— Le recuerdo a usted que ya son las siete en punto.

Observaba al trío sin disimular su sorpresa.

—Muchas gracias por recordármelo, Betty. Perdí la noción del tiempo. Debo retirarme.

Corazón besó estruendosamente a Zeus y extendió la mano a su amada.

—¿Cuándo te veré?—preguntó anhelante, en un susurro.

—Haré lo imposible para reunirnos cuanto antes.

—Está bien. Sólo ten en cuenta que ya no logro estar sin ti.

Sanah respondió con una pícaro guiñada.

—¿No te parece extraño ese hombre?—preguntó Betty, tan pronto Corazón se alejaba.

—¿Por qué podría parecerme extraño?—contestó simulando ser indiferente al comentario.

—No sé. Hay algo en ese sujeto que no me agrada. Su ropa oscura, su cabello largo. Parece que ocultara algo. Por no mencionar ese nombre tan peculiar.

Sanah no pudo enmascarar su enfado.

—Viste con estilo propio y es otra forma de expresar el arte que lo define. Si vieras sus obras y lo que reflejan, entenderías su modo de ser. Por otra parte, su nombre es artístico. Fue denominado así por sus maestros, ya que pone todo su corazón en sus obras y se enfoca en revelar sentimientos mediante ellas.

—¡Wow! Veo que sí has charlado con él. Te sabes su vida. No sé que te hizo cambiar de opinión, siendo que te mostrabas molesta cada vez que este individuo se acercaba.

Había hablado de más. Se mordió la lengua a modo de reprimenda.

—¡Apenas le conozco! Sé que al principio me daba mala espina, pero veo lo bien que le hace a Zeus y he visto publicaciones de sus obras en los diarios y la web y parece ser muy talentoso.

Betty continuaba mirándola como si intentara descifrar algo. La conocía bien y parecía tener un maldito sexto sentido para detectar las cosas.

—No tienes que ponerte molesta. Sólo hice una pregunta, ya que nunca te habías acercado a Zeus durante su clase.

—Disfruto ver a mi hermano feliz y compenetrado en una tarea que le gusta. ¿Tiene eso algo de malo, acaso? Tú más que nadie sabe que Zeus nunca sonrío.

—Sucede que yo creo que una mujer que acaba de romper con su prometido debería ser más cautelosa a la hora de acercarse a otro hombre. Aún debes respeto a Mark. ¡No alcanzo a imaginar la pena que debe estar atravesando ese pobre muchacho! Sin querer interferir en tus decisiones mi niña, no logro entender tan mala decisión.

Los ojos de Sanah se dieron vuelta mostrando su hastío por el asunto.

Optó por no responder. Betty era la reina de los fósiles en su casa, y ninguna explicación podría torcer su visión.

—Bueno, no te enojés. Si digo algo es porque te quiero como si fueras mi hija y sé lo que te conviene.

—Betty, por favor. No hagas que me sienta mal. No quiero discutir contigo. Parte de amarme es respetarme.

—Claro, querida. Sólo estoy obligada a aconsejarte. Sé que eres una buena niña y continuarás por el camino recto. Además, siempre voy a protegerte de charlatanes sin clase que se dedican a embaucar jovencitas confusas.

Su mirada se dirigió con desprecio a la puerta que minutos antes había atravesado Corazón.

Sanah montaba en cólera. Se sentía incomprendida por los seres con quienes había compartido su vida entera.

Luego de que Betty se retiró a desempeñar sus tareas, dejándola por fin en paz, se dedicó a pintar con Zeus, culminando la obra que habían comenzado en clase.

Su trabajo se vio interrumpido por su madre, quien le alcanzaba el teléfono.

—Es Annie. Quiere hablar contigo.

La señora Smith la invitaba a su casa a tomar el té. Sanah sabía que se trataba de una mera excusa para poder charlar a solas. Annie siempre había sido como su segunda madre. Sanah había compartido con ella cosas que jamás había contado a nadie. Confiaba plenamente en ella, y a diferencia de su madre, Annie sabía escuchar sin juzgar, deseando únicamente su felicidad. Realmente deseaba verla. ¡Los había echado tanto de menos durante los años que residieron en el extranjero! Cuando Annie y Arthur regresaron unos pocos meses atrás, no habían tenido oportunidad de encontrarse, dada la revolución generada por aquel tortuoso compromiso. Había tenido la mente absorta en sus problemas. Se percató de que tenía unos deseos locos de ver a Annie.

Minutos más tardes salía hacia su casa, a tan sólo metros de la suya.

Entró sin golpear, como era su costumbre cuando de visitar a sus vecinos predilectos se trataba.

La mejor amiga de su madre vino a su encuentro para estrecharla en un cálido abrazo. Sanah sabía que aquella visita sería especial. No había duda de que su madre había reportado a Annie todos los acontecimientos surgidos en los últimos días. Probablemente, la señora Brown deseara indagar en el tema. Se veía visiblemente preocupada y la miraba fijamente, intentando descubrir sus sentimientos. Sanah sentía alivio de verla. No tenía reparos en compartir su situación con ella. Desde pequeña le había confesado sus preocupaciones y deseos, siendo Annie su gran confidente. Por otra parte, era excesivamente reservada y cuidaba cada secreto que Sanah le confiaba. Siempre había depositado su instinto maternal en ella. La amaba como a una verdadera hija, y compensaba con aquel amor el deseo que la naturaleza no había logrado concederle.

Un delicioso aroma a café fresco invadía la sala, y los últimos rayos del sol de la tarde ocupaban el lugar. Arthur no llegaba aún de trabajar, de modo que el momento era perfecto para una larga charla de mujeres.

Distendida, narró a Annie aquella salida deleznable con Mark y la confesión que había desatado aquella feroz pelea con sus padres.

La señora Smith había intuido el desgano de Sanah por su compromiso. En

reiteradas oportunidades había abordado a Jenny al respecto, pero ella no quería más que seguir los planes trazados, confiando en que no traerían más que bendiciones.

—Para sincerarme contigo por completo, debo decir que pese a que tenía la total certeza de que estabas esforzándote por agradar a tus padres y seguir al pie de la letra tu papel de niña buena y perfecta, jamás te creí capaz de rebelarte ante lo que ocurría. Durante este tiempo, mi mente ha estado dando vueltas al asunto y he querido hablar contigo, conocer tu opinión y guiarte. Pero temía que tan sólo lograra confundirte. Desde temprana edad no has hecho más que acatar las decisiones de tus padres. Tu colegio, tus amigos, tu carrera, tus hobbies han sido seleccionados por ellos, y nunca te vi resistirte. Mil veces me cuestioné si en el fondo de ti concordabas con esas elecciones, aunque nunca me decidí a preguntártelo. Tan sólo deseo decirte que me llena de orgullo ver que has decidido tomar tu propio rumbo y defender tus ideales. Sanah, tú siempre has sido mi gran debilidad. Siento un afecto enorme por tus padres, pero especialmente por ti. Ha sido un privilegio para mí verte crecer y acompañarte en cada etapa de tu vida. No necesito decirte que estaré para ti siempre.

Annie estaba realmente conmovida. El coraje que Sanah mostraba la invadía de alegría.

Sanah estrechó las manos de su segunda madre y se acostó sobre su regazo, como cuando era una niña y la señora Brown acariciaba su cabello mientras le leía un cuento de buenas noches.

—Es tan importante para mí tenerte a mi lado en este momento. Gracias a Dios llegaron a tiempo para presenciar estos cambios. ¡Echaba de menos tu comprensión! Hay tantas cosas que he deseado decir y no he podido. Jamás haría algo para dañar a mis padres, pero no puedo poner mi felicidad en riesgo para asegurar la suya. No lo creo justo. Ambos están ofuscados ahora. Me consideran una loca, que en un acto de rebeldía disuelve lo mejor que le pudo haber ocurrido. Me miran con reproche y no puedo tolerarlo.

—No debes sentir culpa por nada, Sanah querida. Eres una mujer, y cómo tal, debes ejercer control sobre tu vida. Tus padres aprenderán a aceptar a su

hija auténtica. Vivir para complacer a los demás sólo iba a enfermarte.

—¿Tú crees que ésto tenga las consecuencias catastróficas que ellos predicen?

—¿Te refieres a tí?

—No. Estoy convencida de que unirme a un desconocido, prepotente y manipulador me hubiese hecho la mujer más infeliz del mundo. Pero papá negoció con él. Lo transformó en su socio, y temo que tome revancha a partir de esto. ¿Sería capaz de dejarnos en la ruina? Por lo poco que vi de su perfil obsesivo y enfermo, quizás considere esto un desplante.

—No lo creo. Tu padre ha trabajado arduo desde siempre y formó todo lo que tiene en base a esmero y dedicación. No sabemos como Mark vaya a obrar, pero tampoco puedes hacerte cargo de ello. Ha sido un error garrafal dejarlo involucrarse en la empresa. Edward debió buscar alternativas que no pusieran en riesgo sus finanzas. Quizás Mark tenga el profesionalismo necesario para separar los términos. De todos modos, lo que está claro aquí es que tú no puedes manejar lo que suceda ni sentirte responsable por ello.

Sanah se tranquilizó al escuchar a Annie. Por fin, alguien la apoyaba en aquel asunto y le hacía ver la lógica de aquel asunto.

Se incorporó, sentándose en cuclillas y mostró una sonrisa pícaro que la señora Brown supo entender de inmediato.

—¡No! ¡No es cierto!— exclamó curiosa Annie, llevando ambas manos a su rostro en muestra de asombro.

—¿Quién es? ¿Cómo sucedió? Quiero saberlo todo.

Y Sanah le contó absolutamente todo, con lujo de detalles. Desde como había conocido a Corazón, hasta aquel encuentro nocturno donde se enamoró de él por completo.

La señora Smith no dejaba de lanzar exclamaciones tal era su sorpresa. Jamás imaginó ver a Sanah tan mujer, con aquel brillo en los ojos que denotaba una felicidad nunca experimentada. No cabía dudas de que Sanah estaba abriendo un capítulo fundamental en su vida y ella la apoyaría.

—¿Vas a contar a tus padres sobre tu incipiente historia con Corazón?— abordó Annie, algo temerosa.

Si conocía a sus amigos tan bien como ella creía, aquella relación no sería de su agrado.

—No. No he dicho nada. Es algo muy reciente aún. Además, deseo que papá pueda resolver su asunto con el imbécil de Mark para que podamos dar vuelta la página y quedar libres de ese vínculo. Cuando las cosas vuelvan a su cauce, compartiré lo que está sucediendo con ellos.

—¿No creés que estén sospechando algo al respecto?

—No. Mentí sobre la noche de ayer y no dejé entrever nada. Por supuesto que ambos notan los cambios que he tenido. Veo el pánico reflejado en sus ojos cuando me rebelo ante sus imposiciones. No obstante, creo que aún me consideran tan ingenua e infantil como siempre. Están esperando que tras la rabieta vuelva a ser la chica sumisa que fui por tanto tiempo.

—Temo que pongan objeciones a tu relación. No debería cortar tus ilusiones, pero debo prepararte para eso.

—Ya lo he pensado, pero su opinión ya no me desvela. No tienen fundamentos para rechazar a Corazón. Siempre dicen que es un hombre raro, porque contrasta con sus ideales de hombre de negocios que idealizan, pero no le han prestado demasiada atención. Zeus muestra grandes progresos con sus clases y le han dado el visto bueno como instructor.

—¿Y cómo harás para verlo sin poder decir adonde vas? ¿Ya pensaron en eso?

—No. Sólo hablamos de mantener nuestra relación oculta por un tiempo, pero ambos deseamos compartir tiempo juntos, y sé que buscaremos la forma. Me siento llena de ilusión, pero me invade el miedo. Todo es repentino, intenso, con una magia inexplicable.

Las explicaciones no eran necesarias. La mirada radiante de Sanah reflejaba por completo su dicha. Su sonrisa nacía genuina y amplia en sus labios, dejando atrás su clásica mueca tímida.

—¡Tengo una idea!— gritó Annie exultante— Llamaré a Jenny para decir que te quedarás en casa esta noche, puesto que hace tiempo no hablamos y queremos pasar tiempo juntas. Iremos a la casa de Corazón. Tú podrás verlo y yo conocerlo. Anhele ver al hombre que te ha devuelto la vida y la valentía

necesaria para perseguir tus sueños. Quiero mirar sus ojos y comprobar la veracidad de su amor. Después de todo, yo siempre te he sentido mi hija y tu futuro me concierne mucho más de lo que crees. Jamás sería feliz si tu no lo fueras.

Sanah se abalanzó sobre su amiga, fundiéndose en un cálido abrazo. Annie la quería con amor maternal, con la comprensión que ella necesitaba, y despojada de los prejuicios y rigidez de su madre.

Minutos más tarde, ambas subían al coqueto coche de la señora Smith.

Sanah no pudo evitar comparar al matrimonio Smith con sus padres. Su madre nunca se había ocupado de sí misma. Se había casado joven con su padre y nunca pareció tener mayor aspiración que cuidar de su casa e hijos, bajo la protección de su esposo. Annie, por otra parte, manejaba su propia empresa y gozaba de su independencia, sin faltar en su matrimonio la menor deslealtad o desamor. Annie era una mujer fuerte que se levantaba tras cada caída. Lidió con su infertilidad hasta que pudo asumirlo y aceptarlo tal cual era.

—Soy agradecida por lo que Dios me ha dado. Prefiero ver el lado bueno de las cosas, en vez de frustrarme por lo que no he podido tener. El cariño maternal que me une a tí es también un indicio de que puedo experimentar las sensaciones de una madre, y por alguna bella razón el destino nos puso en el camino.

—Desearía tanto que mamá y papá pudieran abrir sus ojos a otra realidad.

—Las comparaciones no son buenas, cariño. Jenny y yo nos conocemos desde niñas, pero nuestros modos de pensar, nuestros anhelos en la vida siempre han sido diferentes. Si bien no siempre concuerdo con el pensamiento de tus padres, creo que han sido estupendos padres y han superado retos difíciles con gran entereza.

—Lo sé. Nada ha sido sencillo. Los amo profundamente. Sólo desearía mayor comprensión y menos expectativas. Han puesto excesivas exigencias sobre mí.

—Lo sé. Tarde o temprano, esa mochila iba a tornarse imposible de cargar para ti. El orgullo desmedido que desde un principio sintieron por ti, los llevó

a planear cada paso de tu vida y conducirte a situaciones que sólo ellos anhelaban— reflexionó Annie, con tono preocupado.

Sanah comenzó a ponerse nerviosa a medida que el coche avanzaba siguiendo sus indicaciones. Corazón no la esperaba. Sentía una mezcla de ansiedad y miedo que estrujaba su estómago y hacía que sus latidos fueran a toda prisa.

Quince minutos después, aparcaban frente al domicilio de Corazón.

Tocó timbre con mano temblorosa, mientras Annie aguardaba en el auto.

Instantes después, su amado abrió la puerta, estrechándola en un fuerte abrazo.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo lograste venir?

Corazón sonreía ampliamente y la miraba como si se tratara de un espectro.

Segundos después, Sanah le hizo un gesto a Annie para que descendiera del vehículo.

Se encontraban los tres sentados en cómodas butacas frente a la chimenea. Corazón aún tenía su pincel en mano y su camiseta manchada por todos los colores de su arte. Disfrutaba de su pasión en cada momento.

Algo avergonzado por su atuendo dada la inesperada visita de Annie, el artista pidió unos minutos para cambiarse y preparar té.

Las dos mujeres aprovecharon el rato a solas para intercambiar opiniones. Sanah moría por saber las impresiones de Annie.

—¿Qué lugar más acogedor, Sanah! ¡Mira aquel cuadro! Este hombre es un verdadero genio. Es increíble como en un lugar tan diminuto se reúnen fantásticamente el buen gusto y el calor de hogar.

—¿Qué te parece él?

—Me he llevado una gran sorpresa. Dada tu descripción, esperaba encontrar a alguien huraño y algo apático. Lejos de eso, me ha parecido un chico cordial, con emociones a flor de piel. El pobre se ruborizó cuando me vió acercarme. No debe estar comprendiendo qué hago aquí. ¡Y sus ojos Sanah! Esa mirada sí que delata un amor indeleble por ti.

Sanah sonrió con emoción.

Las horas transcurrieron con los tres charlando animadamente. Annie se

había presentado y aclarado los motivos de su interés por conocerlo.

—¿Podía yo vivir sin conocer al hombre que hace a esta muchacha suspirar y soñar de esta manera? ¡No podía esperar!

Todos compartieron parte de sus historias, y Annie dejó en claro su buen visto a la pareja, asegurándoles su ayuda para vivir su historia de amor.

Corazón expresó su preocupación por no recibir la aceptación de la familia, y su temor a que Sanah no fuera capaz de enfrentar la situación.

—Enfrentaré lo que sea por ti. No debes dudar ni por un segundo—expresó Sanah tomando la mano de su amor, quien la besó tiernamente, ante la mirada alegre de la señora Smith.

Un rato después, ya cayendo la noche, despidieron a Annie.

—Disfruta estos momentos sin la menor sombra de preocupación. Tus padres creerán que has pasado la noche en casa y vendré por ti en la mañana—dijo la señora Smith al tiempo que besaba su mejilla.

Sus ojos estaban húmedos, y la emoción entrecortaba su voz.

—Por último, debo decir que no sólo vine aquí por curiosidad. Había cierto temor en mí. Pese a mi ayuda incondicional, debía corroborar que te dejaba en brazos de un hombre enamorado y confiable. Aunque debo admitir que nunca esperé lo que acabo de presenciar. He sido testigo de un amor desbordante, puro y honesto. Tuve la sensación de ver como dos partes rotas se unen y completan al verlos juntos. Ambos deben valorar infinitamente este encuentro.

Sanah y Corazón se miraron. Lo sabían. Eran almas gemelas que se buscaban desde siempre, aún sin saberlo.

Cuando despidieron a Annie, una ligera llovizna cubría la calle, acompañada por un viento frío que invitaba al amor. Para ellos, era el clima perfecto. Era una lluvia de acontecimientos felices.

Capítulo X

Absoluta plenitud

Lo que sucedió una vez que ingresaron a la casa, ya a solas, ninguno de los dos pudo explicarlo. Sus cuerpos se convirtieron en uno, sus manos se entrelazaban y cada movimiento era una melodía cuyos acordes íban al compás. Jamás podrían contar las caricias, los besos y las miradas que se prodigaron. Sanah vivía por primera vez el amor, y Corazón se sentía totalmente nuevo en la experiencia de sentir que cada fibra de su ser pertenecía a su amada. Hicieron el amor como un par de locos, arrastrados por la pasión que los ataba y no dejaba el menor lugar a razonamiento alguno. No había planes en sus acciones. Sus corazones sabían que hacer, y ellos se entregaban por completo, así de libres y genuinos en sus suspiros, en cada promesa de amor que surgía de lo más hondo de sus almas. Sanah entregó su cuerpo, su pureza, y Corazón supo disipar todos sus temores, cuidando de ella como su posesión más preciada.

Aquella noche sería imborrable. Grabada a fuego en sus retinas y sus memorias para siempre. Así estaban. No se cansaban de mirarse, como si aquello pareciera un sueño, como si recién empezaran a vivir, como si hubiesen esperado aquel día desde el momento en que vinieron al mundo. Así de simple y complejo. Entendido sólo por ellos.

A esa noche, le siguieron muchas otras. Ya no podían vivir sin verse. Annie había sido una aliada invaluable. Sanah debía realizar enormes esfuerzos por ocultar a su madre la razón de aquellas sonrisas que le surgían en los labios, de sus ojos resplandecientes como el fuego. Andaba distraída y sin interés por otra cosa que no fuera el momento de estar con Corazón. Debió retornar a la Universidad, para evitar las especulaciones de sus padres con respecto a su cambio de hábitos.

El fatídico Mark continuaba llamando a casa, provocando los nervios de Betty y su madre quienes respondían con gran cortesía, aludiendo todo tipo de pretextos y excusas que impedían que Sanah le hablara. ¡Estaba la pobre tan ocupada con sus exámenes! Estaba realmente atareada, pero viviendo un sueño que ellas no imaginaban. Se indignaba con sus padres por no cortar con ese vínculo tan tonto con Mark. Su padre aún no reunía el coraje necesario para enfrentar a su socio. De todos modos, Sanah disfrutaba cada día sin pensar ni por fracción de segundo en la cuestión. Sus padres lo resolverían tarde o temprano. Ya no era esa su incumbencia.

De momento, Sanah no encontraba mayor sentido a su vida que compartir cada segundo posible con el hombre que la había despertado, que ocupaba su mente y la hacía vibrar con tal intensidad que perdía la noción del tiempo.

Aunque fue fácil evadir las preguntas de Betty y su madre, no logró hacerlo con Mey y Sophie. Las chicas, expertas en romances, se percataron de inmediato.

—Vas a contarnos todo. ¿Estabas con él cuando tu madre me llamó la otra noche? ¡Hasta lograste preocuparme Sanah! Y resulta que sólo estabas disfrutando de las mieles del amor.

Mey se echó hacia atrás, con las manos sobre su corazón en un gracioso gesto que despertó las risas de las chicas.

—¡Por fin se te ve feliz y relajada!—expresó Sophie con una sonrisa — Aunque no logro entender la razón para que preocupes a tus padres con tus ausencias. ¿No van a casarse en cuestión de semanas después de todo? ¡No vayas a decirme que los señores Johnson aún guardaban prejuicios sobre la conservación de tu virginidad hasta el día de la boda!

—Eso tiene la mayor lógica. Si arreglaron un casamiento con un desconocido, de la manera más anticuada, no sería una locura que pretendieran que Sanah, cual chica de los años cincuenta, viviera el amor en su noche de bodas. ¡Qué moderna y rebelde! ¡Eres una mala chica!— Mey no cesaba de reír y hacer bromas al respecto, mientras Sanah se limitaba a mirarlas con complicidad.

—¿Pero cómo ese adefesio a quien apenas podías soportar y habías visto

contadas veces logró seducirte de tal manera que te entregaras a él y te tiene enamorada hasta la médula?— razonó Sophie.

—Sin duda el tal Mark no era lo que aparentaba. Muchas formalidades para ciertas cosas, pero para otras, ¡vaya que sí deja sus costumbres de la edad de piedra de lado! Ahora, ya no tendrás que sufrir por esa boda. Debes estar deseando que llegue el matrimonio. ¡Si tus padres supieran que ya has vivido las noches de boda! Pareces sacada de un culebrón televisivo. ¡Vayas sorpresas nos das, Sanah!— las chicas sacaban alocadas conclusiones en un diálogo hilarante, sin sospechar ni un poco lo que realmente sucedía.

—¡Habla ya! ¡Cuenta cómo fue! ¿Dónde se han visto? ¿Cómo fue que comenzó a gustarte? ¡Porque estás deslumbrada!

Sanah lanzó una estruendosa carcajada y pidió a las chicas tranquilidad para relatar lo sucedido.

Cuando comenzó a explicarles con gran parsimonia sobre Corazón, aquel ermitaño profesor de Zeus, las chicas abrieron sus bocas un centenar de veces, sin poder creer lo que sus oídos escuchaban. Su primera reacción fue creer que Sanah había perdido la cordura, pero sus gestos y la ilusión que invadía su voz no dejaba la menor duda de su enamoramiento. Si bien el relato resultaba sorprendente, la actitud relajada de Sanah les dejaba ver una mujer completamente diferente a la que habían conocido hasta ahora. Su amiga sofisticada, estructurada, cautelosa, siempre atenta a que decir y pensar, se mostraba libre de ataduras, narrando su vivencia con gran espontaneidad y una expresión de sentimientos desusada en ella, tan racional en todo momento. Desde el primer momento en que se conocieron, las chicas habían congeniado por su pasión y compromiso con la carrera, que las había llevado a compartir innumerables momentos juntas, dando paso a un estrecho vínculo amistoso. No obstante, Sophie y Mey sabían que Sanah se reservaba lo más profundo de sí misma sólo para ella. Nunca ahondaba en lo que sentía y muchas veces parecía una chica demasiado rígida y disciplinada. Mientras escuchaban con atención, las chicas intercambiaron miradas que expresaban la dicha de que por fin su amiga se mostrara auténtica, real, alejada del perfeccionismo que parecía dominar su vida.

Cuando Sanah terminó su relato, las chicas se quedaron varios minutos contemplándola con ojos atónitos.

—Sí. Entiendo esa mirada porque todo esto me ha sorprendido a mí misma. Corazón ha sacado a luz al verdadero ser que habita en mí. Resulta que todo este manojito de sentimientos e ilusiones dormidos por años se despertaron ante la presencia de un amor que jamás imaginé. Debo reconocer que estoy orgullosa de ser lo suficientemente valiente para permitirme sentir sin restricciones, amar sin límites, sin atención a opiniones ajenas. Me siento libre y plena y no quiero perder este estado de felicidad por nada en el mundo.

Mey no pudo ocultar la emoción, y sus ojos se humedecieron al escuchar a Sanah. Tomó la mano de su amiga y la estrechó con fuerza, transmitiéndole su apoyo incondicional.

—¿Cómo tomaron esto tus padres y Mark? ¿Ya rompiste con él?— preguntó Sophie ansiosa por saber como avanzaba la historia.

—No. Honestamente, la relación con Mark fue la idiotez más grande a la que me sometí en mi vida. Bueno, si es que ese vínculo puede ser llamado relación. Mis padres organizaron esto, decidiendo por mí, y yo decido liberarme de esa pesada mochila. Ellos deberán ahora manejar ese peso. Eso ya no es mi asunto. Por otra parte, Corazón y yo no hemos revelado nuestro vínculo. Sólo lo compartimos con Annie y yo lo comparto ahora con ustedes, puesto que confío en su discreción. Deseamos que nuestro amor fluya despojado de comentarios ajenos y formalismos que no necesitamos. Sólo nosotros dos sabemos de que trata esto y la unión que existe entre nosotros. No quiero que nada opaque nuestra armonía. Por supuesto que mamá y Betty ya están sospechando todo tipo de cosas y realizando las más descabelladas suposiciones, pero he puesto mis límites. Soy una adulta, dueña de mis decisiones. Aunque les cueste ver que ya no estoy dispuesta a actuar con obsecuencia y hasta me consideren malvada por ello, tendrán que entenderlo algún día.

—No podría estar más de acuerdo contigo, amiga querida— expresó Sophie con una amplia sonrisa.

—¿Y la loca de Marilyn? ¿Cómo ha reaccionado a todo esto? Nos habías

contado que estaba loca tras el profesor de Zeus.

¡Marilyn! Sanah no había pensado más en ella y tampoco había abordado el asunto con Corazón.

—La había olvidado por completo. Creo les conté la discusión que mantuve con ella donde me adjudicó un sinfín de barbaridades. Pero ahora que me recuerdas, es algo que debo decirle a Corazón. No quiero que Marilyn y sus intenciones maliciosas estén cerca de mi novio.

¡Mi novio! ¡Qué extraño sonaba en sus labios! Las tres rieron al unísono ante la expresión.

Las chicas continuaban sin poder disimular su asombro, pero encantadas con aquella actitud. Sanah, valiente, enfocada en su felicidad. Su bello rostro resplandecía de felicidad. Sus pómulos estaban rosados y el brillo de su mirada había cambiado por completo. Nunca antes la habían oído reír con tantas ganas.

Sophie tuvo la brillante idea de que aquel momento histórico debía plasmarse en una fotografía. Sacó de su bolso una diminuta cámara que siempre transportaba con ella y era su gran aliada en su pasión por la fotografía que ejercía como hobby. Las tres se unieron en un abrazo y sonrieron ante el flash.

—¡Déjame ver! ¿No está mi pelo alborotado?—dijo Mey arrebatándole la cámara.

La fotografía era sencillamente perfecta. Un recuerdo único. Decidieron que la imprimirían para decorar sus habitaciones y homenajear su amistad. Una foto que reflejaba dicha.

Sanah se quedó pensativa al observar su retrato. La invadió una sensación extraña. Le parecía ver a una desconocida. No se reconocía con la sonrisa exultante, los ojos repletos de sueños. Tuvo la triste idea de que había desperdiciado mucho tiempo de su vida meramente existiendo, cumpliendo con tareas, pensando si lo que hacía o decía era correcto. Un mundo nuevo se abría frente a ella. Por fin todo su ser estaba en absoluta plenitud.

Capítulo XI

Corazón y coraza

Los días transcurrieron acentuando la pasión y el amor que unía las almas de los amantes. Cada noche, siempre con alguna excusa, Sanah se las ingeniaba para reunirse con Corazón. Ahora, dos aliadas se habían sumado a la labor cooperativa de Annie. Sophie y Mey estaban siempre atentas al llamado de la señora Jenny y lograban calmar su duda contándole lo agobiadas que todas ellas se encontraban en plena temporada de exámenes. No tenían más alternativa que ponerse a estudiar día y noche.

Betty continuaba viéndola espantada por su cambio y a su madre le llamaba la atención aquel desenfado súbito de su hija. ¡Ni preocupación extrema por sus exámenes mostraba!

Ella las mantenía al margen con alguna justificación.

—La preocupación no hará que apruebe ningún examen. Estoy feliz y deberían ustedes estarlo también. Parece que sólo desean verme angustiada para cerciorarse de que todo va bien conmigo.

Por supuesto que sus respuestas de repentina rebeldía les hacía sospechar más aún. No obstante, como no tenían ningún remoto indicio de lo que realmente sucedía, se tranquilizaban pensando que probablemente aquella etapa sería pasajera y ya regresaría la Sanah amorosa que conocían.

En sus noches, Corazón y Sanah no se dedicaban a otra cosa más que a ellos mismos. No permitían que ningún comentario o pensamiento negativo opacara su felicidad. Debían sufrir cada mañana actuando como desconocidos cuando el artista brindaba clases a Zeus. Pero compensaban todo ese anhelo cada noche, en cada beso, en sus cuerpos que no reposaban y aquellos abrazos que prentedían fusionar sus cuerpos tanto como sus almas. En aquellos meses

compartidos con Zeus, Corazón había desarrollado un amor inmensurable por el hermano de Sanah. La inocencia, el talento artístico y su afecto puro lo conmovían sobremanera. Las clases de arte habían despertado un nuevo Zeus. Sonreía más, se mostraba menos agresivo y había reducido su inquietud volcando sus sentimientos en los lienzos. Había logrado grandes avances y se sentía más seguro de sí mismo. La familia completa estaba sorprendida por los cambios que aquel extraño profesor había causado en Zeus. El amor por el pequeño los había embarcado en otro punto en común. Entablaban largas conversaciones sobre el niño y se sentían complacidos de compartir el mismo sentimiento. Es que de sentir a más no poder se trataba lo suyo.

—¿Recuerdas aquella vez que te enfureciste cuando te dije que no me parecías una economista?—preguntó Corazón acariciando lentamente el cabello de Sanah, recostada sobre su pecho.

Sanah se rió recordando aquel momento. Especialmente su particular desagrado hacia Corazón, los nervios que la agitaban los latidos nada más verlo. Rememoraba como nunca aquel día que lo descubrió desde su ventana y todo su cuerpo se paralizó. Desde el comienzo, aún sin poder predecir lo que sucedería luego, algo en su interior sabía a ciencia cierta que aquel hombre no llegaba en vano a su vida.

—Todo de ti me enojaba. Deseaba evitarte y encontrarte al mismo tiempo. Tu mirada me hacía sentir cosas totalmente nuevas y me aterrorizaba cada vez que estabas cerca. Creo que aunque no pudiera reconocérmelo a mi misma en aquel momento, te amé desde el primer instante. Aún en forma latente, algo en mí que no puedo explicar sabía que estaba destinada a ser tuya.

—¿Qué pensarías hoy si te reitero que mantengo la misma opinión sobre tu carrera?

La pregunta de Corazón la hizo sentarse suavemente en la cama. Cubrió con la manta sus piernas desnudas y se quedó mirando un punto en el infinito, pensando cuidadosamente lo cuestionado.

—¿Sabes que nunca me lo había preguntado? Suena loco, ¿verdad? Pero yo nunca anhelé nada por mí misma. La elección fue guiada por papá. Esa, como tantas otras, por supuesto. Siempre me exigieron ser excelente en mis estudios

y yo me esmeraba por lograr que se sintieran orgullosos de mí. Lo hacían, por supuesto. Cuando cursaba el bachillerato, papá decía que lo haría inmensamente feliz que pudiera trabajar a su lado en el futuro, ya que nadie cuidaría tan bien de sus negocios como su propia heredera. Yo me dejé llevar por su deseo y una vez más, quise ser admirada y sentirme amada por mis padres. Nunca me pregunté qué deseaba hacer realmente. Creo que tampoco lo sé. Todos dirigen el rumbo de sus vidas hacia ideales que planean y les causan felicidad, pero creo que de alguna manera yo tomé la cómoda postura de acatar sin chistar, sin hurgar dentro de mí en busca de respuestas.

—Entonces, ¿no te gusta la carrera que escogiste? Yo creo que en lo más recóndito de tu ser, tú sabes que anhelas para tí realmente.

—Todo lo que anhelo es tenerte a ti, y eso ya se cumplió— dijo Sanah melosamente estampando un efusivo beso en los labios del pintor.

—Pero quiero que me digas que sientes. Sanah, supe todo de ti nada más verte. Ambos tuvimos siempre la sensación de que teníamos un hilo invisible que nos atraía. No saliste de mi mente desde el primer momento en que te vi. No podía borrar tu imagen de mi retina, aún creyendo que eras una chica frívola y superficial. Mi corazón me decía que no lo eras. La tristeza que se reflejaba en tus ojos denotaba para quien supiera leerlos toda la presión que estabas sufriendo. Tu verdadero yo estaba oculto, y yo lo veía luchar por romper las cadenas en cada mirada huidiza que me dabas. No querías enfrentarme porque sabías que yo podía quitarte el velo. Así como nuestro amor te condujo por un camino de mayor autenticidad, quiero que la plenitud se extienda a todas las áreas de tu vida. Deseo que abras las alas sin temor y seas todo lo que desees ser.

Corazón tomó la mano de su chica y la retuvo entre sí por minutos. Sanah pensaba.

—Creo que llegaste a mí en el momento justo. Jamás hubiese tenido la valentía de desafiar a mis padres y mi vida continuaría así de infeliz, sin conocer ni sombra de la felicidad que disfruto hoy. Volviendo a la elección de mi carrera, nunca me opuse a realizarla, pese a que los números nunca fueron mi fortaleza y las matemática no era mi asignatura predilecta. Debo reconocer

que no me va mal dado el empeño que pongo. Pero siendo sincera, encuentro los temas algo sosos y aburridos.

—¿Y cual era tu asignatura predilecta? ¿Qué deseabas hacer de niña?—
inquirió Corazón, anhelante por saber las pasiones de su mujer.

—Bueno, siempre me agradó mucho la literatura y la filosofía. De niña era ávida lectora y solía pasar horas leyendo libros. Me transportaban a otro mundo. Soñaba con ser la heroína de esas historias y las reproducía en mi mente. De hecho, escribí unos poemas en la etapa escolar, y me sentí fascinada plasmando ideas y pensamientos en mi diario íntimo. Por supuesto que jamás hablé de esa pasión. Mis padres no hubiesen visto con buenos ojos nada de eso. Recuerdo que una vez, hace algunos años, una prima de mi padre, radicada en Australia, vino a visitarnos con el propósito de pasar unas breves vacaciones en Londres. Contó lo desesperada que se encontraba porque su adorado hijo quería ser actor. Realizó un gran dilema por la situación y mis padres asentían su pesar. Aquel holgazán los exponía al ridículo. Malgastaba las oportunidades que su familia le brindaba convirtiéndose en su peor vergüenza. Según ellos, el chico tiraba por la borda la posibilidad de transformarse en un hombre de negocios exitoso y reconocido. Así que ya puedes ver su mentalidad. Es más, ya es un paso abismal en sus mentes estrechas que permitan que Zeus tome clases de arte. Claro que tampoco pudieron objetar, dado que sus especialistas realizaron la recomendación. Aunque creo que en el fondo, jamás creyeron que dada su forma de aislarse, Zeus fuera a aceptarte en la forma que lo hizo. Sé que están dichosos viéndolo reír y progresar, pero apuesto a que en sus charlas a solas debaten la posibilidad de que tus formas no seas una buena influencia.

—He visto la mirada afligida de Betty cada vez que Zeus se compenetra en su arte. Muy a su pesar, tienen un apasionado artista que irá lejos con su talento, y como su mentor, aseguro que nadie podrá interferir con eso.

Aquello sonó como un juramento. Sanah sonrió, complacida.

—Como buen artista, tengo una especie de sentido extra para reconocer el arte que lo demás pueden ofrecer. Zeus ya me ha dado la posibilidad de verlo.

¿Qué hay sobre la otra integrante del riguroso clan Johnson?— expresó Corazón mirándola con picardía.

—¿Estás loco? Yo no creo tener ningún talento artístico. Sí, me fascina la escritura, pero no creo ser buena para ello— deslizó Sanah con desgano.

—¿Tú no creés ser buena o los demás no creen ni desean que seas buena? Sanah, tu estima personal y seguridad siempre han sido depositados en otros. Está bien si al final descubres que deseas ser una economista. Te apoyaré en ello con fervor. No obstante, deseo ver pasión, y ganas verdaderas en todo lo que haces. De modo que si de verdad me amas, me harás un favor.

—¿Qué quieres que haga?— preguntó Sanah curiosa.

—En los ratos en que descansas de la preparación para tus exámenes, vas a distender tu mente por completo y escribirás algo. Retomarás los viejos anhelos de la infancia. Cada noche, cuando llegue la ansiada hora de tenerte entre mis brazos, me leerás lo que escribiste, así como yo comparto contigo los avances en mis pinturas.

—¡Ah, no! Me daría mucha vergüenza eso— refutó Sanah con el ceño fruncido.

—Es una orden, y como niña obediente vas a hacer caso a lo que este hombre que te ama por encima de todo diga.

La miró con falsa seriedad.

—Está bien. Siendo usted tan exigente, me veré obligada a cumplir con mi deber—dijo Sanah emulando un «sí, mi capitán».

La idea no le desagradaba en absoluto. Amaba el arte en todas sus formas. Pasaba ratos sumergida en los retratos y paisajes que pintaban Corazón y su hermano, descifrando en ellos una multiplicidad de interpretaciones. Cada libro que almacenaba en su biblioteca despertaba en ella dulces recuerdos, haciéndole incentivar la creatividad y adquisición de conocimientos. Sí. Definitivamente, era una pasión que deseaba retomar. Sería agradable compartir el arte con su amor cada noche, alineados en todas las áreas de sus vidas.

Se quedaron abrazados, viéndose a los ojos, captando los más profundos sentimientos uno del otro.

Corazón fue el primero en romper el silencio. Movía sus manos con ansiedad y buscaba las palabras para expresarse.

—Hay algo que te he estado ocultando—dijo por fin.

—¿Sí? ¿Qué es?— preguntó Sanah algo sobresaltada.

—La obra que más atesoro y la que mayor placer me produjo dibujar es la tuya.

—¿Cómo es eso? ¿Tienes un retrato mío?.

Sanah no podía creer lo que oía.

—No lo creo—dijo con sospecha—. Nunca posé para ti ni manifestaste querer dibujarme.

—Comencé a dibujarte el mismo día que te conocí. Aún sin conocerte. Aquella mañana en que me dirigía a tu casa y me choqué con unos ojos perturbadores que me observaban desde la ventana de tu cuarto. Apenas entré, no hice otra cosa que buscar aquella mirada. Te descubrí en bata, en la cocina, con la excusa que querer tomar un café. Tarareabas una canción, y yo no daba crédito a lo que veía. Tu actitud huidiza me hizo anhelarte aún más. Fuiste un enigma a revelar desde el primer día. Así que fui tras de ti, y tomé una disimulada fotografía cuando llegaste a despedirte de Zeus, bellísima en aquel vestido con flores.

—¿Qué?—lo interrumpió Sanah— ¿Cómo es que me tomaste una foto y no me percaté?

—Sí, lo hice. Aunque reconozco que no debí utilizar la fotografía en exceso para retratarte. Cada expresión, cada detalle de tu rostro y tu cuerpo estaba grabado a fuego en mi memoria. Una imagen persistente que recurría a mi mente a cada segundo.

Sanah estaba anonadada por el relato de Corazón. Su cuerpo temblaba de emoción. Era tan grato saber que él la había amado desde el primer segundo. Jamás imaginó vivir semejante historia.

La curiosidad ganó lugar a la sorpresa, y Sanah rogaba por ver su retrato. Corazón cubrió sus ojos con sus manos de hombre y la dirigió al lugar donde lo guardaba, cubierto con una gran tela blanca.

Cuando tuvo la orden de mirar, Sanah quedó absolutamente perpleja. La

pintura era perfecta. Los colores utilizados, sus rasgos, sus expresiones. Todo estaba cuidadosamente pincelado. No obstante la sorpresa incluyó mucho más que verse retratada por el hombre que amaba. Resultaba fascinante verse desde afuera. Todos sus sentimientos y vivencias se reflejaban en aquel cuadro. La mirada triste, sus manos apretando con fuerza su bolso, la sonrisa forzada que dibujaban sus bellos labios. La primera impresión que daba el retrato era de acongojadora angustia. Aquella chica parecía tan frágil, tan vulnerable. El miedo se veía asomar a sus ojos y sus cabellos acompañaban la dirección del viento en un suave movimiento. Se veía sumamente bella, sofisticada. Su figura estilizada resultaba insinuante bajo aquel vestido que dejaba sus largas piernas al descubierto. No obstante, la sensualidad que podía demostrar aquel cuerpo, se desvanecía al ver el dejo de tristeza en su mirada. Parecía una niña huidiza, temerosa de su propia vida. Y era exactamente lo que Sanah sentía en aquella etapa de su vida, tan reciente aún. Sólo un desconocido había sido capaz de verla por completo, de ver su interior, y ayudarla.

Cuando Corazón la tomó por los hombros con fuerza, tras ver su reacción, ella se echó a llorar en sus brazos. Sentía miedo de que aquellas sensaciones regresaran, de no ser lo suficientemente valiente para afrontar este reto. Pudo conocer el sabor de la felicidad, de la libertad, y no deseaba perder aquello por nada.

—Mi amor—dijo Corazón en tono tranquilizador, secando sus lágrimas—, no tienes idea de cuán valiosa eres. Siempre vas a poder ser todo lo que deseés. Y yo estaré siempre a tu lado para que la inseguridad que te han hecho sentir de niña no vuelva. Si bien siempre supe que bajo esa coraza había una gran pasión, muchas veces dudé si serías capaz de hacer valer lo que querías y oponerte a tu entorno. Lo has hecho. Mucho más de lo que tu y yo pensamos que sucedería. Te vi luchar por tus ideales, ocuparte sólo de tu propia opinión y tratar de ser feliz. Hoy veo a la mujer que se escondía en toda su gloriosa existencia. Te veo sin coraza.

Sanah lo abrazó y besó sus labios dulcemente. ¡Cuánto la amaba! ¡Cuánto la conocía! «Sin coraza», se repitió mentalmente. ¡Qué estupenda sensación era

despojarse de aquel escudo! Era ella, natural, feliz, sin apariencias, sin el deber en su mente. Se estaba descubriendo, y se sentía en otro cuerpo, en otra mente. Quitarse la venda de los ojos era mucho más saludable de lo que podía imaginar.

—¿Sabes que cuando te retrataba encontré inspiración en un poema que te define tal como eres?—dijo Corazón, acariciando su rostro.

—Ésta sí que es una noche de sorpresas. ¿Qué poema es? ¿Lo conozco? He leído mucha poesía— indagó Sanah.

—Quizás lo conozcas. En mi viaje por América Latina descubrí a un poeta uruguayo maravilloso. Su nombre es Mario Benedetti y sus obras me dejaron estupefacto. Déjame buscar el libro, así puedo recitarte el poema que te mencioné.

Sanah no recordaba haber leído a Benedetti, pero estaba ansiosa por oír el poema.

—¿Cómo se titula?—preguntó, mientras Corazón sacaba el ejemplar en cuestión entre su gran colección de libros.

—Eso es lo más mágico de toda esta historia. Es un poema hecho para tí y para mí. Como si Benedetti lo hubiese escrito para nosotros. Todo en sus versos define nuestra historia de amor. Mi amor secreto. Tu resguardo. El nombre es «Corazón Coraza».

Corazón sonreía. Su sueño de compartir con Sanah su amor y su arte se estaba concretando.

—Leé, que estoy deseosa de escuchar— lo apresuró Sanah.

Y Corazón comenzó a narrar aquella pieza de magia con voz suave.

—Porque te tengo y no
porque te pienso
porque la noche está de ojos abiertos
porque la noche pasa y digo amor
porque has venido a recoger tu imagen
y eres mejor que todas tus imágenes
porque eres linda desde el pie hasta el alma
porque eres buena desde el alma a mí

porque te escondes dulce en el orgullo
pequeña y dulce
corazón coraza

porque eres mía
porque no eres mía
porque te miro y muero
y peor que muero
si no te miro amor
si no te miro

porque tú siempre existes dondequiera
pero existes mejor donde te quiero
porque tu boca es sangre
y tienes frío
tengo que amarte amor
tengo que amarte
aunque esta herida duela como dos
aunque te busque y no te encuentre
y aunque
la noche pase y yo te tenga
y no.

Corazón concluyó su lectura con los ojos húmedos.

—¿Qué te parece?—preguntó.

Sanah había quedado muda. ¡Cuánta inspiración! ¡Cuánta realidad e identificación propia en aquellas palabras, en su historia de vida y de amor!

—Estoy realmente perpleja. Es el poema más conmovedor que haya oído. ¿Cómo voy a agradecerte todo esto? Creo que amarte hasta el límite de mis fuerzas no bastará para compensar tanto bien que has traído a mi vida. No quiero ni preguntarme qué hubiese pasado conmigo de no encontrarte. Me aterra saber que puede haberme perdido todo esto.

—Ya me has dado todo lo que anhelaba, Sanah. Quise amar a esa chica que huía de mí, llevando su coraza a todas partes. Me has permitido amarte, me

has devuelto tu amor, y te mostraste ante mi sin barreras. Soy afortunado por eso. Lo único que ambos podemos hacer ahora es permanecer juntos infinitamente y amarnos con esta fuerza intensa que nos mantiene juntos.

La reflexión de Corazón fue seguida por innumerables abrazos. Toda su pasión emanaba uniendo sus cuerpos. Se besaban como un par de dementes. No les parecía suficiente el tiempo para poseerse, y cada noche maximizaban las horas en aquella cama que era testigo de tanto amor.

Ya amanecía cuando sus cuerpos agotados se dispusieron a unas pocas horas de sueño. Permanecían desnudos, al calor de la estufa a leña, fundidos en un tibio abrazo. Sanah dormitaba. Corazón ideaba algo.

—Estoy pensando que sí hay algo más que debemos hacer en nuestra historia juntos—, dijo besando la frente de su mujer.

—¿Mmm? ¿Qué?—preguntó Sanah con voz dormida.

—Si ya dibujé a la chica con coraza. Ahora debo dibujar a esta mujer que se me entrega en cuerpo y alma, sin la mínima restricción. Dibujé una joven hermosa y triste, con la melancolía a flor de piel. Ahora, quiero retratarte tal y como eres. Una mujer sin miedos, sin sombras, sin coraza. Sería mi mayor aspiración como tu amor y como pintor, poder plasmarte nuevamente. Por fin podría dibujar todo lo que vi escondido en ti. Mi musa de reprimidos ojos tristes, tendría ahora vida en cada gesto, mirada de goce y mayor belleza.

Sanah lo miró con agrado. Corazón continuaba brindando todas las muestras posibles de afecto.

—Puesto que tú me ayudaste a despojarme de mi coraza protectora, no puedo oponerme a tal petición—aceptó Sanah sonriente, aferrándose al torso desnudo de su amor.

—Esta vez será diferente. Ya no te tendré en recuerdos y una fotografía. Te tendré desnuda, posando para mí cada noche. Tu desnudez aludirá claramente a la inexistencia de la coraza previa. Contrastaremos luego ambos retratos, viendo la radical diferencia. Aunque no sé que tanta concentración pueda lograr viéndote desnuda ante mi— expresó con una carcajada.

—¡Vaya pervertido eres!—le reprochó ella, en tono jocoso.

Se quedaron dormidos tras largas horas. La paz que sus rostros irradiaban

era digna de contemplar como al más bello cuadro. Eran una combinación perfecta. El artista romántico y la joven que solía esconderse antes de que él la descubriera.

Eran nada más y nada menos que Corazón y Coraza.

Capítulo XII

Vivir sin coraza

Tal como lo habían acordado, Corazón comenzó a retratar a Sanah con la mayor inspiración que era capaz de sentir. Recordaba aquel primer retrato que él mismo definió como «La chica con coraza». Lo había pintado en base a recuerdos, realizando mil conjeturas sobre las razones que la llevaban a esconderse, amándola en cada trazo de su pincel y sin poder tenerla. La admiraba en silencio y sufría ante cada gesto de frialdad que ella le dedicaba. Casi estaba por convencerse de que quizás aquella coraza no existiera y Sanah fuese meramente lo que mostraba, cuando aquella noche lluviosa la encontró en plena calle, extenuada de sufrimiento, rendida en sus brazos, necesítándolo como nunca. En aquel momento, el retrato cobró aún mayor significado para él. Aquellos ojos tristes no mentían.

Ahora, por fin, tras desecharla con cada célula de su ser, Sanah posaba ante él, cubriendo sus senos con sus brazos ligeramente cruzados, y una resplandeciente sonrisa en su rostro, mostrando su blanquísima dentadura. Los ojos aportaban un brillo intenso. Su armonioso rostro lucía relajado y toda su imagen causaba una mezcla de belleza, genuidad y pura sensualidad. Corazón había dibujado a una niña tímida e insegura previamente. La que hoy surgía ante él era una mujer fortalecida, desprejuiciada, con su autoestima en el cielo y el amor inundando su ser. Aquella mujer tan fantástica era hoy suya, y aquel retrato parecía un milagro que la vida les ofrecía.

Corazón avanzaba cada noche en su pintura. Estaba entregado en cuerpo y alma a aquella obra, y la realizaba con el amor que sentía por su musa, lo cual añadía a su labor un plus enorme de creatividad y talento. Sanah no podía evitar la risa al verlo tan concentrado, tomando su pincel con fuerza y

esmerándose en cada detalle. Corazón la había salvado. Posar para aquel retrato era una devolución de amor, de entrega, de demostrar que era suya por completo.

Si bien Sanah se mostraba ansiosa por ver como avanzaba su retrato, Corazón insistía en que lo viera una vez finalizado. De modo que debía mantener sus ansias a raya.

No sólo Corazón era el que estaba realizando un arduo trabajo. Sanah también debía aportar su arte a su propio retrato. El poema de Benedetti daba vida y nombre a «Corazón Coraza», el primer retrato. Esta versión renovada y verdadera de Sanah merecía un poema acorde a lo representado, y sería ella misma quien lo redactaría. Había compartido con Corazón su pasión por la escritura, y éste la instó a escribir el poema, tras infundirle confianza ciega en su talento.

Es así que Sanah dedicaba un rato cada tarde a narrar su poema. Se sentía útil realizándolo y diferentes ideas rondaban su mente durante el día. Luego, tras culminar sus tareas relacionadas a la Universidad, se dedicaba a plasmar sus sentimientos, sintiendo enorme gratificación. Había encontrado una actividad que la llenaba por completo. Encontraba comodidad e ilusión escribiendo. Era muy distinta su labor con la Universidad. Se trataba de una responsabilidad asumida y estudiaba por cumplimiento, pero sin la entrega que la escritura le provocaba.

Le resultaba apasionante su tarea de poeta y descubrió una afición que jamás había planeado. Si bien desde pequeña su gusto por la escritura había sido notorio, nunca tuvo el valor de confesárselo a nadie. Tampoco había tenido la valentía de hacer de su pasión, su medio y forma de vida. Se imaginó a si misma expresando a sus padres que abandonaría la Economía por la escritura. Se rió al visualizar en su mente la expresión de asombro de su madre, las cejas fruncidas de su padre, y los gestos que indicaban sus pensamientos catastróficos. ¡Era lo único que le faltaba a esta niña para echarse a perder! ¡Nuestro mayor orgullo es ahora nuestra peor vergüenza! ¡Dios se apiade de su vida descarriada! ¿Que habremos hecho para merecer tamaña ingratitud? ¡Dos artistas es lo que pudimos lograr de nuestros hijos!

Luego recreó una escena de Betty, horrorizándose ante su elección. Sus risas deben haberse escuchado desde el pasillo, ya que su madre irrumpió en su cuarto con cara consternada.

—¿Qué estabas haciendo? ¿Que escribes en esa libreta tan decorada?— preguntó curiosa.

Una vez más deseaba saber todo cuanto su hija hacía, inmiscuyéndose irrespetuosamente en sus asuntos, y anhelando tenerla bajo control.

—Son unas notas para el proyecto de Ciencias Económicas. Estamos trabajando arduamente en ello— expresó con un falso suspiro de preocupación y cansancio.

—¡No me digas que piensas dormir fuera de casa otra vez, hija mía! Siempre te preocupaste en extremo por la Universidad, pero no por eso dejaste de dormir en casa. Eres una muchacha joven y soltera Sanah. Nadie ve con buenos ojos que pases las noches por ahí, como si no tuvieras un hogar. Los padres de Mey y Sophie deben pensar erróneamente que eres una cualquiera. Además, puede resultar molesto que te quedes en sus casas cada noche. Voy a llamarles para proponerles que algunas noches de estudio ellas puedan quedarse aquí también. No veo razón para que aún no hayas invitado a tus amigas a dormir a tu propio hogar.

La señora Jenny continuaba su discurso sin percibir el horror reflejado en el rostro de su hija.

—Después de todo nosotros también disponemos de una casa amplia y cómoda y Betty puede prepararles café— expresó con una sonrisa convincente que alarmó a Sanah.

Si su madre llamaba a los hogares de Sophie y Mey y no eran éstas quienes respondían, su mentira quedaría al descubierto. Se atemorizó al pensar en las posibles consecuencias. Tendría que explicar su mentira y ya no podría vivir su romance con tranquilidad, con la adrenalina que les causaba poder mantener su amor en secreto, guardado como el mayor tesoro en la privacidad de sus corazones, que palpitaban agitados esperando que la noche los reuniera.

Una vez más, sus padres deseaban el dominio de su vida, estropeando sus propios planes y su logro de la felicidad. Pero esta vez todo era distinto. Ella

era distinta. Su historia de amor había desenmascarado a la mujer guerrera que vivía en ella. Esta vez contaba con las armas necesarias para hacer valer sus deseos a cualquier costo, defendiendo su sed de libertad por encima de todo.

—Claro que no llamarás a sitio alguna mamá— respondió enérgica. Su mirada enfurecida.

— Ya no soy una niña en un pijama party. No tengo cinco años mamá. Nada te da derecho a ridiculizarme llamando a casa de mis amigas. Soy una mujer de veinte años, consciente de mis acciones y sólo yo decido donde quedarme o no, donde molesto o no. Y si justamente me quedo en casa de Sophie y Mey es porque sus familias tienen la mente lo suficientemente abierta y el realismo necesario para darnos la privacidad que merecemos para trabajar , sin ser tratadas como infantes realizando una carpeta escolar. Hay cosas que ya no puedes controlar. ¡Entiéndelo!— dijo entre lágrimas.

Más que una explicación, sus dichos sonaban como una súplica.

Recuperando el aliento que le faltaba, continuó enfatizando cuan imprescindible era el respeto por su espacio propio.

—Primero, su fijación por casarme con Mark. Luego de no lograrlo, buscan amarrarme por otro lado. Necesito liberarme de sus cadenas. No puedo vivir así. Van a respetar mi vida y mi edad aunque les duela hacerlo. Es increíble tener que ver a mis propios padres como mis enemigos—expresó decidida.

Era un mandato inviolable. Debían acceder.

Su madre la observaba como si esta estuviese poseída por un demonio maligno.

Sanah sabía que sus palabras habían sido duras, pero no daría marcha atrás. Los equivocados eran sus padres, aunque no pudieran admitirlo. No tenía dudas de eso. La venda en sus ojos se había caído junto con la coraza.

La señora Jenny no pudo ocultar su sorpresa. Su hija había cambiado tanto que le resultaba una extraña. Acostumbrada a sus modales dóciles, a sus ojos se veía como una niña maleducada e impertinente. Sus perspectivas no podían coincidir.

—¡Qué ingrata te has vuelto!—expresó sin disimular su disgusto—. Te criamos con el mayor amor posible, y después de años nos tratas tan

duramente y te avergüenzas de nosotros. No lo entiendo.

Sanah trató de calmarse.

—Mamá, no me puedes considerar injusta por pedir algo de privacidad. Quizás mis palabras fueron rudas, pero necesitas comenzar a verme desde otro ángulo— dijo mirando a su progenitora con ternura, serenando la situación.

Su madre se sentó al borde de su cama, con gesto agobiado. Sus arrugas estaban más pronunciadas.

—No creas que no te entiendo, Sanah. Sé tu edad a la perfección. Te llevé en mi vientre. Querer cuidarte no significa inmiscuirme en tu vida. Todo está siendo tan difícil. La situación con Mark, nuestro negocio, tu cambio de carácter. Tu padre y yo te respetamos, aunque eres consciente de que tu drástica decisión nos ha estremecido. Edward no deja de dar vueltas en la cama cada noche, sin poder conciliar el sueño. Aún no ha reunido el coraje para hablar con Mark. Se propuso hacerlo esta misma tarde. Tras esa charla, el destino de nuestras vidas será incierto. Quien más me preocupa es Zeus y el impacto de la ruina financiera en su atención y progreso que tanto dinero demandan.

Sanah no pudo contenerse.

—No seas catastrófica mamá. Siempre vaticinas lo peor. Puede que el tal desequilibrado de Mark arruine a papá, pero eso habrá sido también su culpa por dejar que un desconocido le brinde apoyo económico.

—¡Qué desconsiderada te has vuelto! Sabes muy bien que papá le dio esa confianza porque necesitábamos ayuda imperiosamente, y Mark tuvo la gentileza de ayudarnos.

—¡Vaya gentileza!—retrucó Sanah con euforia—. Mark hizo todo muy inteligentemente. Primero, su condición fue ser socio. Jamás su ayuda fue desinteresada. Luego, pidió mi mano como recompensa por su solidario acto.

—Y tú nunca te opusiste. Nos expusiste a esta situación, a la vergüenza de un compromiso que ahora debemos negar.

—¡Sigue culpándome! Ustedes me arrastraron a ese hombre. Fui idiota por permitirlo. Si, lo fui, y créeme que me arrepiento, pero si de algo estoy segura

es que yo no seré responsable por los juegos sucios de Mark o el futuro de la inmobiliaria.

Su madre se levantó de la cama, cansada de la discusión.

—Dejemos este tema Sanah. No hay forma de cambiar tu decisión, y tanto tu padre como yo estamos resignados a afrontar lo peor.

Sanah suspiró profundamente. Aquellas charlas repetitivas le provocaban un cansancio mental tan intenso como una jaqueca.

—No me agrada ese hombre en absoluto. Es como si ocultara algo— dijo la señora Jenny mirando por el amplio ventanal del dormitorio de su hija.

—¿Qué hombre?—preguntó Sanah, haciéndose la distraída.

—Ese pintor tan extraño. Aún no descifro que me causa tanto aborrecimiento, pero no me agrada su presencia en esta casa. Y no soy la única. Betty tiene la misma sensación.

Era lo que faltaba. Ahora también iban a torturarla con sus opiniones sobre Corazón.

—Pues, creí que estabas muy satisfecha por el progreso de Zeus. He estado escuchando sus risas toda la tarde y su cambio se nota. Está inspirado, más sociable, de buen humor. Yo creo que encontró a alguien que logró despertarle la pasión por algo y ha descubierto un gran talento— expresó Sanah con enorme orgullo por sus artistas tan amados.

—Sí. Le ha hecho muy bien a Zeus. Eso es inobjetable. Pero es él quien no me gusta. Actúa extraño. No habla de su vida, y para colmo de males es un perverso.

—¿Un perverso? ¿Qué quieres decir con eso?— preguntó Sanah curiosa.

—No es algo que quiera comentarte, pero lo he pillado mirando hacia tu ventana en varias oportunidades. Betty también ha visto como fija los ojos en ti cada vez que sales. No es bueno que te acerques a Zeus cuando está en su clase. Ese tipejo podría creer cualquier cosa.

Sanah tuvo que esforzarse para no sonreír, pero algo le hizo cosquillas en el pecho al escuchar aquel comentario de su madre. Por supuesto que Corazón la buscaba por toda la casa, deseando verla, y lo mismo hacía ella. Pero no estaba dispuesta a que su madre y Betty se percataran.

—¡Qué tonterías dices! Es un hombre de lo más educado. Jamás se me ha insinuado y su charla es muy interesante. Tiene una vasta carrera como artista. Ha recorrido el mundo, conocido grandes maestros y su talento es valorado en varios países.

—¿Cómo sabes esos detalles?—preguntó su madre inquieta.

—He leído varios artículos sobre él—expresó, encongiéndose de hombros.

—Pues será todo lo artista que quieras, pero no me gusta. Me da escalofríos verlo. Cierto que no tengo ninguna razón. Aunque el mero hecho de andar posando sus ojos sobre una mujer comprometida habla pésimamente de su valía como hombre.

—¿Y quién está comprometida aquí?—estalló Sanah.

—Él no tiene porqué saber que ya dejaste de estarlo—contestó su madre tajante.

—No me importa si el profesor de Zeus me mira o no y a ti tampoco debería importarte. Es más, estoy algo cansada y deseo descansar un rato antes de partir hacia lo de Mey—se excusó, deseosa por librarse de aquella charla.

—Está bien, hija. Te dejo tranquila. Llamaré a tu padre. No he tenido noticias de él aún. Si la conversación con Mark no resulta positiva, llegará a casa devastado—, expresó Jenny con pesar.

Sanah optó por no responder y sintió un gran alivio cuando su madre se retiró, cerrando la puerta de su dormitorio tras ella.

Con el mayor recaudo, se asomó a la ventana y envió un beso con su mano al hombre de ojos negros que la miraba desde abajo.

Luego, se dispuso a terminar la última estrofa de su poema. Estaba dispuesta a compartirlo con Corazón aquella misma noche. Él también planeaba tener su retrato listo. Una grata noche les esperaba.

Las horas pasaron lentas hasta que por fin el sol cedió su paso a la noche.

Sanah se dirigió a la casa de Annie, con la excusa de cada noche. Tras el alboroto que había causado la charla sobre las salidas nocturnas, su madre la despidió con un silencioso beso en la mejilla, con inusual discreción, cuando se dirigía escaleras abajo portando un cómodo bolso.

Cuando cruzaba la calle, le pareció ver una familiar silueta. Era Marilyn.

Apenas sus miradas chocaron, ambas retiraron la mirada con gran desaire, a medida que Sanah apresuró su paso. Le resultaba detestable coincidir con aquella mujer tan maliciosa. No sólo le había dicho cosas terribles, confirmando su envidia y desprecio de toda la vida por ella, disimulado en una falsa y conveniente amistad, sino que además había fijado los ojos en Corazón, lo que la volvía loca de celos y la hacía montar en cólera. Recordaba aquel momento en el que Marilyn le había expresado su plan para conquistar al artista, y hervía de furia. El amor despertaba los celos, sentimiento nuevo para ella.

Había charlado con Corazón al respecto. Él ya se había percatado del motivo de la concurrencia de Marilyn a sus clases. Lejos de estar interesada por el arte, la chica no hacía más que insinuarse sin el menor disimulo, provocándole gran incomodidad. Cómo el taller que estaba brindando sólo incluía unas pocas sesiones, decidió darlo por terminado antes de tiempo, aduciendo otros compromisos laborales, para así deshacerse de aquella aprendiz molesta. Además, Sanah le había narrado detalles y pormenores de su vínculo con Marilyn, haciéndole ver lo que él ya sospechaba. Marilyn era una chica perversa y caprichosa, que creía que todo lo que deseaba debía tenerlo, sin el menor escrúpulo para lograr sus objetivos. Cuando Corazón le dijo que había culminado con sus clases de pintura, Sanah sintió un gran alivio. Marilyn era además muy suspicaz, y debía ser el último ser sobre la faz de la Tierra que descubriera su amor. Le había propuesto a Corazón que se convirtiera en su profesor particular, tal y como lo hacía con Zeus, pero el artista se había negado, alegando tener un horario muy reducido. Sanah no deseaba verla. Aquella mujer había estado siempre obsesivamente pendiente de su vida, anhelando su infelicidad. Ahora lo veía con claridad. Sólo la deseaba lejos de ella y de su historia de amor. Tampoco le generaba culpa su relación con Corazón, a sabiendas de que Marilyn lo quería para ella. La conocía, y sabía de su alma turbia. Ella anhelaba a Corazón como un objeto más. No sentía amor verdadero, pero jamás podía aceptar que algo le fallara. Si se enterara de la relación que Sanah mantenía con él, lo desearía el doble, sólo por sentir que podía arrebatarse algo a quien consideraba injustamente una enemiga. Era

una chica sórdida, llena de rencores y delirios. Sanah vivía un momento de luz tan intenso que ver a aquel ser tan oscuro le molestó. Además, aún le dolía el momento en que Marilyn se desenmascaró frente a ella, haciéndole saber cuanto la odiaba por razones que su mente enferma había creado. Sanah la había considerado una amiga, la había ayudado durante años y le había entregado lo mejor de si misma a alguien que no lo merecía.

Cuando arribó a la casa de Annie, su mente sólo se enfocó en lo bueno de su vida.

Su amiga la condujo en su auto hasta el domicilio de su amor, como era costumbre cada noche.

Un rato después, Corazón la besaba apasionadamente frente a la chimenea que había sido testigo de aquel amor inmenso.

—¿Terminaste mi retrato?—preguntó ansiosa. Moría de ganas de verlo.

—Sí. Sólo me quedan detalles y algunos retoques. ¿Ha terminado usted el poema que haga honor a esta chica sin coraza?—preguntó él mirándola con picardía.

—Aquí lo tengo— expresó Sanah sonriente, extrayendo su cuaderno del bolso.

—Pero vas a prometerme que no vas a burlarte. Tampoco sé si será el poema definitivo. Quizás realice unas correcciones antes de escribirlo al pie del retrato—dijo, algo insegura.

—¿Por qué te avergüenzas de compartir tu arte conmigo? Todo lo que tu hagas siempre será mágico para mí. Necesito que creas en ti misma— le dijo acariciando su mejilla.

Definitivamente, Corazón estaba en lo cierto. Necesitaba incrementar su estima aún más.

Abrió la página donde había registrado su poema y se dispuso a leer serenamente, bajo la atenta mirada de su amante.

Sin coraza

Llegaste a mi vida, en la oscuridad de una noche tempestuosa.

Abrigaste el frío de mi alma helada, y trajiste luz a mi penumbra.
En la mayor soledad, te vi mi aliado. Y en tu abrazo blando, quebraste mi estructura.

Me entregaste amor y yo te entregué la vida entera.

Mi coraza se estremeció en cada beso.

Llegaste a mi vida, descifrando mi yo oculto.

Viste en la tristeza de mis ojos a la mujer presa en la coraza.

Te temí desde el primer instante. Sabio presagio del amor que aguardaba.

Una noche de lluvia, caí en la locura, y no quise recobrar la cordura.

Me fundí en tu cuerpo. Te conté el más recóndito secreto.

La coraza comenzó a desvanecerse.

Llegaste a mi vida cuando mi espíritu dormía.

En cada caricia, desperté del letargo. Te juré no morir en vida jamás.

Me sacudiste los prejuicios. Me viste verdadera.

Te confié mis miedos, y los ahuyentaste como por arte de magia.

Dejé caer el vestido mojado aquella noche de fuego.

Con él se cayó la vieja coraza.

Llegaste a mi vida trayendo una luz que deslumbró mis ojos ciegos.

Y ya no quise vivir con los ojos cerrados.

Tenías la paz para acallar los monstruos internos.

La pobre coraza no pudo resistirse a tu amor.

Se sintió inútil en tu presencia. Se avergonzó de su existencia.

Tu amor me pudo alcanzar cuando ella, mi coraza, me abandonó.

Llegaste a mí para enseñarme a reír con ganas, a vivir con errores.

Te creí loco y extraño. Pero todo eso era yo.

Todo lo que soy, lo viste por una rendija de luz que se filtraba por la coraza.

Te aventuraste a competir con ella. Quisiste arrancarla de mí.

Cuando tu paz llegó, me olvidé de mi vieja amiga protectora.

Cuando le di la bienvenida a tu amor, le dije adiós a la pálida coraza.

Llegaste a mí para demostrarle que no la necesitaba.

Nos despedimos con dolor, con miedo. Como dos viejas amigas.

Me conocía tanto ella, como conocen las rejas al reo que aprisionan.

Cuando partió, se llevó con ella años de memorias y pesadillas.
Su partida me dio alas. Ya podía volar sin cadenas.
Llegaste a mí para que ella se fuera. La echaste sin compasión.
Y partió con mi fantasma, dibujando la sombra de la que fui demasiado tiempo.

Verla partir, me acongojó el alma. Dolió ver que nuestro apego me lastimó.
Me desilusionó saber que aquel amarre me ocultó. Su abrazo me asfixió.
Dolió despedirla, porque con ella se fue una parte de mí.
Llegaste a mí, para que sin ella resurgiera más fuerte.
Nací de nuevo. Sin capa. Sin armadura. Con la fé de tu amor.
La coraza se esfumó y sentí la libertad en mi pecho.
Mi corazón limpio, se vació de celos. Te mostré todo lo que soy.
Hoy, conozco la plenitud de vivir sin resguardos.
Por tu amor, sé que vale la pena, la valentía de vivir sin coraza.

Capítulo XIII

Paolo, el corazón sanador

Tras la lectura de su poema, Sanah permaneció ruborizada, atenta a la mirada de Corazón, cuyos ojos atónitos develaban la gran admiración que sentía.

—Creo que jamás te soñé tan estupenda como en este momento. Sabía todo el espíritu que se escondía en ti, pero toda expectativa ha sido superada. Ahora, a todo el amor inconmensurable que siento por ti, se suma mi devoción por tu poesía.

Corazón la estrechó en sus brazos, besándola efusivamente, y besando también su cuaderno, donde lucía su bello poema, escrito con delicada letra cursiva.

—¿De veras te gustó? No sientas el compromiso de halagarme. Estoy incursionando en la poesía y me falta destreza. Aún hay cosas que debo corregir.

—¿Estás loca? ¡Claro que me gustó! Nunca sería deshonesto contigo. Creo fervientemente que eres una gran escritora y que debes dedicarte a esto. Has confeccionado el poema perfecto para tu retrato. La chica sin coraza tiene ahora sus propios versos. El propio Benedetti te aplaudiría de pie de tener el honor de escuchar estas palabras de la poeta más hermosa y sensible que el mundo haya podido soñar.

Corazón la hacía sentirse en una nube de felicidad. La forzaba a creer en ella misma y en sus capacidades.

—Nunca dejes de creer en este talento Sanah. Los artistas somos unos privilegiados, dotados de una magia especial que no debe ser desperdiciada. Juntos, transitaremos esta pasión. Serás quien dedique versos a cada uno de mis retratos, a cada paisaje— expresó Corazón, entusiasmado.

A Sanah le fascinaba la idea. La creatividad fluía en su mente y cada vez que tomaba su lápiz para escribir un poema, las palabras se trazaban suavemente y sin pausa, como guiadas por una fuerza invisible. Definitivamente, deseaba continuar vertiendo su arte en cada hoja, en cada obra de Corazón.

Luego del poema, llegó el turno del pintor de cumplir con la exhibición de su retrato culminado.

Cubriendo los ojos de su amada con sus manos, la llevó frente al enorme lienzo. Consciente del impacto que causaría, se quedó pegado a ella, abrazándola fuerte por la cintura.

«Corazón Coraza» y «Vivir sin Coraza» permanecían uno al lado del otro. Ambos eran tan bellos, pero tan radicalmente opuestos. Costaba percatarse de que ambos tenían a la misma protagonista. Pero si esa tarea podía resultar confusa para cualquier espectador, cuanto más para la propia musa que lo había inspirado, y que permanecía en estado de shock.

No se reconocía a sí misma en el primer retrato. Parecía que habían pasado años desde que había dejado atrás a aquella chica con coraza, tan llena de melancolía, tan frágil.

El retrato actual, la identificaba por completo. Lucía en toda su desnudez, cubriendo sus senos con sus delicadas manos. Su cabello, siempre tan aplacado e impecablemente peinado, parecía tener vida propia. Se veía despeinada e increíblemente sexy. Las primeras sensaciones al verlo eran la libertad, el goce de la pasión carnal, la euforia de vivir. En sus ojos expresivos se veía la ilusión del amor que la tenía en vilo. Su cuerpo modelaba sinuosas curvas de mujer provocadora, en contraste con la delgada silueta que se divisaba bajo aquel vestido floreado. Era asombroso su cambio. Jamás creyó que aquella rebelión interna modificaría tanto su apariencia exterior. Aquella mujer era un volcán en plena erupción de fuerza y valentía. Sus ojos no se cansaban de contemplar aquel retrato, de observarse a sí misma. La sorpresa se mezclaba con un merecido sentimiento de admiración por sí misma.

Ambos poemas eran perfectos para representar las obras. Figurarían debajo de cada retrato, como las historias que dieron vida y sustento a las pinturas.

Aquel había sido un trabajo compartido. Era su secreto mejor guardado. Corazón pensaba llevarlo a una importante exposición artística que tendría lugar en París el próximo mes, y Sanah lo acompañaría. Contaban los días para aquel evento. Era su oportunidad de compartir con el mundo sus obras, con la musa retratada en persona, narrando el surgimiento de los retratos. Sería aquel evento la cumbre de los grandes pintores, y el momento perfecto para que dos amantes celebren la cúspide de su éxito. No tenían duda al respecto. Para aquel entonces, la familia de Sanah iba a enterarse del romance que mantenían, pero no era aquello algo que los preocupara. Ocultaban su amor para impedir situaciones hostiles de quienes no lo comprendieran, pero tenían plena certeza de que vivir su amor a escondidas era algo temporal, puesto que tarde o temprano se develaría. Por otra parte, gritar su amor a los cuatro vientos era un deseo que ambos tenían. Sanah sentía orgullo de poder expresar que amaba a Corazón con todo su ser sin siquiera prestar la menor atención a comentarios o miradas de quienes desearan nublar su felicidad. La opinión ajena era un reto difícil de superar, pero sólo una vez que la coraza se cae, el ser puede sentirse liviano como una pluma. Al fin y al cabo, la acogedora coraza no es más que una mochila de piedras, con apariencia protectora. Nadie puede saber el valor incalculable de dejar una zona de supuesta comodidad hasta que se atreve a soñar, y para alcanzar los sueños hay que acallar los miedos. No se puede desplegar las alas con la coraza puesta.

Aquella noche cocinaron juntos, entre risas y bromas, donde no escatimaron en efusivas muestras de afecto. Amaban compartir tiempo juntos. Estaban magníficamente diseñados uno para el otro. Esa virtud de prodigarse felicidad mutua sólo la tienen unas pocas almas, selectas para unir sus caminos y amarse eternamente. Si bien los dos eran románticos por naturaleza, dudaban del amor para siempre. Corazón había sufrido algunos desengaños amorosos, pero que no tenían la menor comparación con el sentimiento que le unía a Sanah. Ella sólo había conocido a Mark, que fue un extraño más con quien compartió un tonto anillo de compromiso e ilusiones que jamás le pertenecieron. El amor que leía en cuentos de hadas, donde mágicamente aparece un príncipe

destinado a hacer feliz a la princesa, le sonaba totalmente fuera de este mundo. Ahora, ambos comprobaban que aquel sentimiento existía. Con sus imperfecciones, por supuesto. Pero resultaba esperanzador saber que existe un alma gemela rondando por ahí, dispuesta a unirse a su otra mitad. No todos llegan a conocer este amor. Algunos lo buscan toda la vida sin encontrarlo. Otros se unen a otras almas, incompatibles, desdichadas, pero que bien sirven para paliar la ingrata soledad. Sanah y Corazón bendecían cada noche el milagro de coincidir en esta vida, amantes de su Dios, y con la convicción de que su encuentro superaba lo terrenal.

Una vez acostados, se dedicaron a hacer planes para su futuro. Estaban sumamente ansiosos por el exclusivo evento parisino. Corazón estaba acostumbrado a la exposición, pero la fama era una cuestión bastante impredecible. El artista trabaja arduamente para complacer a su público, el cual es decisivo en su carrera. Corazón había tenido excelente maestros y guías. Sus obras habían sido bien recibidas en diversas exposiciones y gozaba de un amplio reconocimiento. Su nombre surgía en portales y revistas. No obstante, sabía que la fama podía ser efímera. De todos modos, hacer arte era su motor en la vida, y aquella pasión podía lidiar con cualquier fracaso. Sanah, por otra parte, jamás había compartido algo con los demás. Su coraza la había mantenido al margen de cualquier exposición. Esta vez, todo sería distinto para los dos. Sanah prepararía otros poemas para compartir. Todos ellos inspirados en creaciones de Corazón. Sentía cierto pudor pero enorme alegría. Sería un gran avance para ella y la confirmación de que la chica del retrato efectivamente se había deshecho de la coraza. La presentación de sus obras «Corazón Coraza» y «Vivir sin coraza», reflejando el rotundo cambio de una chica tras la llegada del amor, sería movilizante para los presentes. Eso esperaban ellos, al menos. Corazón pensaba brindar una pequeña reseña sobre el trabajo del gran poeta Mario Benedetti, para aquellos que desconocieran su obra. Aquel poema lo había ayudado a retratar a Sanah, y él era amante de los versos del latino.

Tras la exhibición, pensaban quedarse algún tiempo en París. Corazón había vivido allí algunos años y tenía amigos. La ciudad invitaba al amor y al arte,

perfecta combinación para ellos. Sanah no había ido nunca y estaba feliz de poder hacerlo de la manera más inesperada y de la mano de su amor. Estar lejos de su casa y sus padres le ayudaría a que se adaptaran a verla auténtica como no la conocían y a aceptar lo que ellos consideraban un drástico cambio, pero que no era más que haber dejado su máscara a un lado para vivir de verdad.

Sanah deseaba lanzarse como poeta. Había tomado el gusto a escribir y cada vez lo realizaba mejor, con mayor creatividad y sentimiento. Había aprendido a tomar riesgos, y se atrevería a ese también. No deseaba abandonar sus estudios de Economía. Le podían resultar útiles y era una alumna aplicada. No obstante, se tomaría un merecido receso durante sus vacaciones de placer y trabajo con Corazón. Ya tendría tiempo de retomar a su regreso o continuar sus estudios donde el destino les llevara. Las estructuras y el perfeccionismo que antes la dominaban se habían doblado, y lo veía todo desde otra perspectiva, más real y humana.

Corazón, pese a su estilo de vida sobrio y bohemio, tenía un cómodo pasar económico. De momento, podían arreglarse con los abultados ahorros que el pintor había logrado a lo largo de su carrera, percibiendo generosos ingresos. Sanah anhelaba poder hacer de la poesía su medio de vida, y sabía que con tenacidad lo lograría. Se quedó dormida mientras acariciaba el oscuro cabello de su hombre, perdida en aquellos ojos melancólicos que reflejaban su dura historia de vida, sus pérdidas, su lucha. ¡Lo admiraba tanto! El amor y la admiración iban de la mano en su historia.

La mañana del sábado se asomó gris y con algunas lloviznas, ideales para el descanso y la creatividad.

Sanah y Corazón permanecieron hasta tarde en la cama.

El celular de Sanah sonó en reiteradas oportunidades, anunciando el llamado de su madre. No respondió. Su madre la imaginaba ocupada con su proyecto de Economía y tanto Mey, como Sophie y Annie estaban muy atentas a llamadas y aleccionadas sobre qué decir para saciar la curiosidad de la señora Johnson. No deseaba hablar con ella.

Mientras Corazón tomaba una ducha, Sanah, vistiendo una larga camisa de su

novio que le sentaba estupendamente, preparaba el café y recitaba unos poemas de Benedetti, el poeta que Corazón le había hecho conocer y cuyas obras le resultaban tan apasionantes. El sonido del timbre, la desconcertó por completo. Quedó tiesa.

¿Quién podía acudir un sábado a la mañana? Corazón no recibía visitas, y mucho menos sin programación.

Se acercó al baño.

—¡Amor! Alguien llama a la puerta. ¿Quieres que abra? —consultó.

Se asomó por la puerta, indiscretamente, viendo el cuerpo torneado de Corazón bajo el agua.

—Debe ser el periódico o el correo. No estoy esperando a nadie— alegó Corazón, al momento que cerraba la ducha.

Con el cuerpo mojado envolvió a su mujer en un abrazo, atrayéndola contra su cuerpo desnudo.

—Abre mientras yo me visto. Sea quien sea, despídelo rápido, porque te quiero sólo para mí.

—¿Cómo voy a abrir si no me sueltas?— se quejó ella con picardía, al tiempo que se alejaba de los besos apasionados de su amante.

El timbre insistía. Se puso un saco largo y se dirigió hacia la puerta.

Antes de abrir observó por el ojo visor de la puerta. Distinguió un hombre alto, canoso, en sus sesenta años aproximadamente, que no conocía.

Abrió lentamente.

—Buenos días. ¿Qué desea?— preguntó tímidamente.

El rostro del desconocido se iluminó y sus facciones lucieron resplandecientes. Tenía una sonrisa bondadosa y unos ojos azules límpidos y agradables que le otorgaban un cálido mirar.

—¿Eres tú? ¿Eres Sanah? ¿La famosa chica de la coraza?— preguntó exultante.

Sanah se sorprendió. ¿De donde la conocía aquel hombre? ¿Cómo sabía de ella?

Corazón, ataviado en una bata y pantuflas, apareció tras ella.

—¡Bernard! Mi querido Bernard. ¡Qué placer tu visita en el momento más

propicio!— expresó con una sonrisa al acto que se fundía en un abrazo fraternal con el desconocido.

—Sanah, él es Bernard, mi Maestro. El hombre que ha cuidado de mí como un hijo y me ha dado innumerables oportunidades. Ya te hablé de él— explicó Corazón, poniendo algo de coherencia en la confusión de Sanah.

—¡Oh! ¡Bernard! Claro que me has hablado de él, aunque no había tenido el placer de conocerlo.

El señor Bernard, se dirigió a la chica, tomándola por los hombros con gran cariño.

—Eres aún más bella de lo que mi pequeño Paolo te describió. Y lo que veo en tus ojos, luce aún más hermoso y puro— dijo Bernard sonriendo complacido.

—¿Paolo?— preguntó Sanah tímidamente.

Corazón y Bernard estallaron en una carcajada mutua que desconcertó a Sanah.

—Este pequeño italiano, era Paolo hasta que yo lo descubriera en una galería de arte y quedara impactado por su talento. Era tal el sentimiento que reflejaba en sus pinturas que yo no encontré otro apodo más digno que Corazón. Además, todo gran pintor tiene un nombre artístico, y el que yo le asigné lo define por completo. Claro que al principio, él se quejó un poco, pero yo jamás dejé de llamarlo como tal, y lo di a conocer bajo ese mote, así que debió resignarse a utilizarlo— detalló Bernard, mirando a Corazón con inocultable orgullo, dando una afectuosa palmada en la espalda del joven.

Sanah sabía que Corazón era un nombre artístico, pero pese a sus reiteradas preguntas por saber su nombre real, él jugaba con su curiosidad, dejándola siempre con el misterio. Había tratado de adivinarlo, pero nunca había acertado con el nombre correcto.

Un rato más tarde, se encontraban los tres bebiendo café y charlando animadamente frente a la chimenea.

Bernard era un hombre inteligente y agradable, que tenía profundo aprecio por Corazón.

Sanah se sentía cómoda con su presencia. Eso también era nuevo en ella.

Cada vez que alguien visitaba su casa, ella prefería recluírse en su dormitorio, optando por no buscar temas de conversación. En este caso, por el contrario, se sentía relajada y alegre. Las anécdotas de Corazón y Bernard le hacían reír y conocer aún más al hombre que amaba.

—Sanah querida, debo agradecerte por llegar a la vida de este taciturno. Nunca lo vi tan feliz como cuando te conoció. Cierto que le hiciste vivir una pesadilla al comienzo, cuando soñaba con poder descifrarte y no lo lograba. Siempre confió en que podía ayudarte, en que su amor te salvaría. Así que me sentí feliz por él cuando me dijo que la chica que se ocultaba había acudido a sus brazos y que estaba viviendo en la mayor plenitud. Sé cuanto se lo merece. Su historia ha sido desdichada, pero ha tenido la valentía de superar cada obstáculo. Le pedí que te llevara a casa un centenar de veces, pero como no me obedeció, me superó la curiosidad de conocerte— expresó el artista de ojos claros y sonrisa buena.

Corazón rodeó al anciano con su brazo, palmeando su hombro con cariño. Había un vínculo fraterno muy especial entre ellos. Bernard había guiado a Corazón, le había ayudado a desarrollar su arte y triunfar con su talento. Contaba el muchacho con tal sólo dieciséis años cuando el Maestro lo descubrió exhibiendo sus cuadros en las calles parisinas, y quedó maravillado con la capacidad de creación del joven. Le brindó un hogar, conocimientos y el afecto que tanto necesitaba. Junto a Bernard y su esposa, Corazón había permanecido unos años en Londres, hasta que su alma aventurera emprendiera nuevos rumbos. En el tiempo transcurrido durante su ausencia, lo echaron de menos cada día. Por esa razón, el matrimonio no pudo contener su alegría cuando unos meses atrás recibieron el llamado de Corazón, anunciándoles su pronto regreso. Si bien sabían a ciencia cierta que el joven no pararía en Londres por mucho tiempo, anhelaban tenerlo a su lado nuevamente.

Lo vieron convertido en hombre. Aquel muchachito que se fue con su atril de madera una mañana de otoño, era ahora un joven de renombre, conocido en toda Europa por sus impresionantes obras. Corazón había logrado el mayor deseo de su Maestro.

Bernard había impartido clases de dibujo durante toda su vida. Poseía una

gran técnica, pero su destreza no bastó para alcanzar la fama que pretendía.

—El arte es un don. Unos pocos tocados por una varita mágica invisible tienen la oportunidad de compartir su talento con el mundo— expresaba el dibujante, ya retirado de su profesión.

Algo decepcionado por sus frustraciones y los sueños que no habían podido ser, sus deseos se aquietaron cuando su aprendiz logró el éxito. Corazón tenía la magia necesaria para que sus obras llegaran no sólo a los ojos, sino a los sentimientos de quienes las contemplaban. Su talento era indescriptible. A través del joven, Bernard vio cumplida su anhelada meta, sintiendo enorme orgullo por la labor de Corazón.

Por otra parte, el joven le guardaba infinito aprecio. Representaba aquella figura de padre que necesitaba. En la misma medida, Alice, la esposa de Bernard, había contribuido a su crecimiento profesional y emocional. Alice se había desempeñado como maestra preescolar hasta alcanzar la vejez. Se había entregado en cuerpo y alma a aquella profesión que amaba. Su rostro se iluminaba por completo cada vez que divisaba un pequeño. Quizás, fuera para ella una forma de canalizar la mezcla de amor y dolor eterno por la pérdida de su pequeño hijo. Bernard y Alice tenían su casa repleta de retratos del amado infante que la vida les arrebató demasiado temprano. El pequeño Bob tenía tan sólo cinco años cuando una intensa pulmonía invadió su cuerpo, trayéndole la muerte. La joven pareja había vivido años en un melancólico duelo. El fruto de su amor se había extinguido y no encontraban razones para continuar en un ciclo que carecía de sentido alguno para ellos. Fue en ese preciso instante que sus almas acongojadas, a punto de desfallecer, decidieron unirse más que nunca y potenciar su amor, en un intento desesperado de lucha por sobrevivir, por disfrutar de la vida nuevamente. El tiempo, magnífico bálsamo capaz de sanar heridas profundas, les había ayudado a replantearse como seres vivientes nuevamente. El recuerdo de Bob ha sido su motor desde siempre. Bernard se inspiró en aquel amor para crear las obras que más lograron captar la atención del público. Por su parte, Alice, pasaba sus días entre risas de pequeños que le traían gloriosos recuerdos.

Sanah no pudo evitar conmocionarse hasta el llanto. Aquella era una historia

dura. Se percató de que nunca había tenido un problema verdadero en su vida. Su coraza y la sobreprotección de su familia la habían limitado a un mundo pequeño, con una perspectiva muy estrecha de las diferentes realidades.

Un rato después, Bernard se despidió, rogándoles fueran a almorzar a su casa, a fin de conocer un poco más a Sanah y permanecer tiempo juntos. La pareja aceptó complacida.

Corazón había estado prometiendo a Bernard una visita, pero su tiempo con Sanah nunca le resultaba suficiente, y deseaba vivir aquel idilio en la intimidad de sus noches compartidas.

Sanah se había quedado pensativa tras la charla con Bernard. Le complacía que Corazón se hubiera explayado con su Maestro sobre su vínculo y los sentimientos que lo unían a ella.

La inesperada visita había sido increíblemente grata. Bernard era un hombre con una luz especial. A Sanah le agradó sobremanera conocerlo. Le gustaba verlo junto a Corazón, percibir ese afecto mutuo en sus miradas. Su Paolo era un hombre venerado y apreciado por quienes lo conocían verdaderamente. Tal y como su maestro había dicho, su apabullante talento era proporcional a su calidad de persona. Sanah sentía orgullo por su amado Paolo. Adoraba aquel nombre.

—¿Paolo, eh?— expresó con ironía, mirando a Corazón embelesada.

Él no pudo contener la risa.

—Mi secreto ha llegado a su fin— dijo melancólico—. Nunca me agradó mi nombre. Llegué a odiarlo cuando mis padres murieron y me vi sólo en la vida. El hecho de que Bernard haya escogido llamarme Corazón fue una forma de hacer las paces con mi pasado y olvidar al Paolo triste y abatido que fui por tantos años.

Sanah lo abrazó con fuerza, rodeando su cuello y susurrándole al oído.

—Nunca jamás el pequeño Paolo volverá a sentirse solo. Yo estoy aquí mi amor, y sanaré cada traspie que tengas, así como tu has curado todas mis heridas, entregándome una nueva vida.

Paolo, Corazón, cualquier nombre estaba bien para ella. No exageraba ni un poco cuando aseveraba que él le había cambiado la vida. La había ayudado a

vivir.

La única certeza que Sanah poseía sobre su presente era que aquel hombre daba sentido a sus días. Por lo tanto, era Paolo o Corazón y el mismo amor eterno. Paolo, el Corazón sanador.

Capítulo XIV

El pequeño Dalí

Unas horas después, se encontraban tocando timbre en la casa de Bernard y Alice.

Una mujer de rostro pálido y enormes ojos verdes abrió la puerta, sonriendo cálidamente al ver a la pareja.

Alice era un ser maravilloso. Sus ademanes eran expresivos y su voz tenía un tono dulce y suave que producía una sensación de paz a quien la escuchaba. Sanah se sintió cómoda entre ellos. Contaron detalles y pormenores de su relación, celebrando su amor. Si bien Alice y Bernard conocían parte de su historia a través de los relatos de Corazón, resultaba gratificante poder saber sus planes y compartir la dicha. Para los jóvenes enamorados, la experiencia de poder exponer su amor sin restricciones resultaba sencillamente espléndida. No había nada que disimular ni esconder. La situación que vivían a diario en casa de Sanah mientras Corazón impartía clases a Zeus resultaba difícil de sobrellevar. Betty y la señora Jenny estaban atentas a todo. Debían evitar las sospechas. Sin embargo, ¿cómo no dirigirse miradas?, ¿cómo resistirse a un abrazo?

Saboreaban la experiencia de compartir un almuerzo tomados de la mano frente a los amigos de Corazón. Podían ser ellos en total confianza y comodidad. Sanah se sentía en familia bebiendo té con Alice. La sencillez del matrimonio y su cálida acogida la halagaron profundamente. Amaban a Corazón y daban el visto bueno a su relación, demostrando aprecio por Sanah y haciéndola sentir parte de sus vidas desde el primer momento.

—Cuéntame de tu hermano Zeus, querida. Corazón me ha hablado tanto de él que muero de ganas de conocerlo. Los niños son mi debilidad—dijo Alice,

llevando las manos a su pecho en demostración de su devoción por los chicos.

Sanah habló a sus anchas sobre su amadísimo hermano. Debatieron sobre sus dificultades y progresos. Alice había trabajado con niños autistas y tenía amplio conocimiento en el tema.

Por su parte, Sanah adoraba contar anécdotas y detalles de la vida de Zeus. La señora Alice la escuchaba con gran atención y la charla resultaba agradable para ambas. Planearon que sería estupendo realizar un paseo con Zeus, para tener la posibilidad de conocerlo y para que el pequeño lograra tener un momento de distensión e interacción con personas nuevas, sin los resguardos de sus sobreprotectores padres. Sanah y Corazón consideraron que el plan era perfecto. Los dos amaban a Zeus profundamente, y compartir su relación con él sería muy gratificante. No sería difícil sacarlo de casa con alguna excusa y la invaluable ayuda de Annie, siempre dispuesta a colaborar con ellos.

El plan quedó programado para el domingo siguiente. La pareja poseía una cabaña en una playa en las afueras de la ciudad. Saldrían temprano en el coche del señor Bernard y pasarían el día allí, disfrutando del mar y la naturaleza si el clima acompañaba su buen programa.

Es así que transcurrió otra semana que pareció cuestión de minutos a los ojos de Sanah y Corazón, quienes como cada noche daban rienda suelta a su amor en el atelier del artista. Cada vez se conocían más, y su confianza crecía proporcionalmente al amor que se profesaban. Las mañanas continuaban siendo las partes más largas del día para ellos. Trataban de evitarse todo lo posible mientras Corazón pintaba con Zeus, bajo la atenta mirada de Betty, quien nunca bajaba la guardia en presencia del «sospechoso».

Sanah pasaba las tardes en la Universidad, compartiendo charlas con Mey y Sophie, quienes estaban maravilladas ante la felicidad y el cambio que observaban en su amiga.

Tan pronto regresaba a su hogar, se refugiaba en su cuarto a escribir poemas y esperar la hora indicada para acudir a casa de Annie.

Corazón avanzaba en sus obras, culminando detalles para el evento parisino. Sanah había dedicado un poema de su autoría a cada uno de los retratos que

Corazón exhibiría. Soñaban el momento en que pudieran compartir su trabajo en equipo con el mundo.

El domingo se acercaba y ambos estaban deseosos de cumplir el viaje estipulado con sus amigos.

Sanah y Annie se habían roto la mente ideando algún pretexto para poder sacar a Zeus de su casa sin que los señores Johnson se alertaran. Finalmente, tras varias opciones poco convincentes, Annie vino a dar con la idea justa. Podrían alegar que llevarían a Zeus a una tarde de picnic. El señor Arthur se encontraba en un breve viaje de negocios, por lo cual Annie se encontraba sola en su hogar. No había nada extraño en la invitación. Además, un poco de aire y espacio harían bien a Zeus. No obstante, la señora Jenny iba a querer ser parte del plan. Había que buscar la manera indicada de disuadirla. De lo contrario, comenzaría a generar sospechas el hecho de que no desearan involucrarla en tal agradable plan. Tras unos cuantos minutos de intenso pensamiento, la lamparilla se encendió en la mente de Sanah. ¡Listo! Tenía la excusa perfecta.

El matrimonio Smith poseía una casona en el campo a la que raramente iban, dados los compromisos laborales de Arthur, que siempre lo tenían de un lado a otro. Además, el campo no era del completo agrado de Annie. Tras unos días de descanso, comenzaba a extrañar la ciudad. No obstante, la finca había pertenecido a los padres de Arthur, pasando a heredarla tras la muerte de aquellos, por lo cual su marido guardaba gran valor sentimental hacia aquella casona rodeada de árboles, que traía gratos recuerdos de su infancia. Durante los dos años que pasaron fuera del país, la propiedad estuvo sola. De hecho, Arthur había comentado a los señores Johnson, en más de una oportunidad, que deseaba tomarse unos días de receso para poder viajar a la antigua casa de sus padres. La vieja casona se encontraría repleta de polvo e insectos por doquier. He allí la ventaja del plan ideado por Sanah. Su madre era alérgica. Cada vez que Betty limpiaba el sótano, Jenny comenzaba a toser sin cesar. Lo mismo ocurría con los cambios de estaciones. La primavera ya estaba acercándose por lo cual el polen de las flores silvestres no sería indicado para su salud. Eso por no mencionar su fobia a los insectos. Cuando Annie se quejara de las

telas que tenía que sacar de aquella casa húmeda y vieja, solicitando la ayuda de su amiga, ésta entraría en pánico, imaginando arañas por toda la casa. Confiaban en que su estrategia daría el resultado esperado. La desventaja era que el programa terminaba afectando a Annie. Sus padres hablaban con el señor Arthur a diario. Éstos le contarían el plan de las mujeres de limpiar la casa de campo y tener allí una tarde de picnic, disfrutando del bello paisaje. El señor Arthur se sentiría sorprendido y halagado por el gesto de su mujer, instándola a ir allí cuanto antes, ya que la casa estaría en condiciones de ser habitada. Lo que significaba que si querían mantener todo sin la menor intriga, Annie debía ingeniárselas para conducir hasta allí y poner orden en la propiedad. No quería ni imaginar tan horrenda tarea. Para su desgracia, eso no era todo. Arthur insistiría en pasar unos días allí a la brevedad. Acostumbrada a su vida ajetreada, cada día en el campo se le hacía una eternidad.

—Si pudiera quererte un poquito menos, no haría nada de esto— se quejó Annie con falso enfado.

Sanha la abrazó con fuerza. Le estaba profundamente agradecida.

—Me tomaré la molestia de ir hasta allí, abrir las ventanas y trapear un poco, pero nada en exceso. Me llevaré un buen libro para pasar el resto de la tarde leyendo en una cómoda reposera— expresó Annie, conformándose a sí misma.

Es así que el sábado por la tarde, la señora Smith acudió a la casa de los Johnson y tras tomar el té con Sanah y Jenny, propuso la invitación. Sanah simuló sorpresa, mirando a Annie pícaramente. No obstante, ambas entraron en pánico cuando Jenny expresó su alegría por tan magnífica idea. ¡Qué estupendo sería pasar una tarde todos juntos en el campo! ¡Hasta Edward podría ser de la partida!

Sanah miraba a Annie con desasosiego. Por suerte, ella supo manejar la situación de manera inmejorable.

—Gracias querida mía por aceptar mi invitación. Arthur está deseoso de visitar esa casona, pero me da mucha pereza ir sola. La casa está inhabitable, plagada de musgo, humedad e insectos. Arthur no concibe una empleada que se encargue del lugar en su presupuesto. De modo que no tengo más opción que

dejarla en condiciones, por lo menos retirando algo de polvo e insectos de las habitaciones. Es mucho trabajo para mí sola. Pero todo se hará más simple con ustedes. Tras limpiar, nos dedicaremos a nuestro succulento picnic. Bueno, tras lidiar con la maleza del lugar previamente. No queremos incluir arañas en nuestro menú. ¡Qué bichos tan espeluznantes! Ese lugar está repleto de ellos, especialmente en esta época del año— expresó Annie con enfado.

La señora Jenny abrió sus ojos desmesuradamente al escuchar las palabras «polvo» e «insectos».

Sanah y Annie rezaban silenciosamente para que todo fuera como esperaban.

—Annie querida, siento decirte que no puedo colaborar con tus planes de limpieza por mi alergia. Además, tengo fobia a los insectos. ¿Qué te parece si Betty y Edward colaboran mientras yo recorro el lugar con los niños?— propuso Jenny con una gran sonrisa.

—Pero mamá, Betty necesita hacer sus tareas aquí, y papá trabaja arduamente durante la semana como para dedicarse a cortar pasto y lidiar con quehaceres de limpieza un domingo. Ya sabes lo mucho que disfruta descansar hasta tarde y desayunar leyendo el periódico. Supongo que Annie querrá salir temprano en la mañana para tener todo listo para el mediodía— dijo Sanah.

—¡Oh, sí! Precisamente, muy temprano—continuó Annie, rápida de reflejos—. Siento haberles propuesto un plan tan incómodo. Ha sido una pésima idea. Discúlpenme por favor. No debería haber propuesto tal cosa. Iré yo sola, y tan pronto Arthur regrese iremos todos juntos a disfrutar de una tarde campestre sin preocuparnos por nada más que disfrutar.

—Eso suena estupendo amiga mía— expresó Jenny, más aliviada.

—Es mucho trabajo para ti sola Annie. Deja que yo te acompañe. Además, Zeus puede ir con nosotras. Le fascina corretear con las gallinas, recoger flores y observar insectos. Será bueno para él. Nunca sale demasiado— expresó Sanah, tratando de convencer a su madre.

—¿Estás segura Sanah? Estás tan ocupada con tu proyecto para la Universidad. Esta niña ya ni duerme trabajando en ello. Acude cada día a casa de sus amigas para poder avanzar en la tarea, ¿puedes creerlo?— contó Jenny con pesar.

La señora Annie tuvo que hacer un gran esfuerzo por no estallar en una carcajada. No le agradaba mentir, pero sabía que estaba contribuyendo al bien de Sanah. Eran mentiras piadosas, y no le generaban ni una pizca de culpa mientras viera a la muchacha tan llena de felicidad.

—Eso no está nada bien Sanah. Necesitas despejarte, cielo. No todo se trata de estudiar. Yo creo que este día de campo también será bueno para que te relajés tras estos días de trabajo y tensión— arengó Annie.

—Tiene razón hija. Ve a distraerte. Les hará bien a tu hermano y a ti. Siento no poder ser de la partida, Annie querida, pero prometo ir tan pronto se deshagan del polvo y los insectos— expresó Jenny.

Sanah se sintió inmensamente feliz. Tras intercambiar miradas cómplices con Annie, prosiguieron la charla ultimando detalles para el día siguiente.

La noche del sábado no podría ver a Corazón. Annie pasaría por Zeus y ella temprano en la mañana, por lo cual debía dormir en su casa y esperar allí el domingo, para no arruinar lo logrado despertando inquietudes de su madre. Se sintió triste, pero no había otra opción. Su cuerpo se había acostumbrado a dormir junto al de su novio. Le costó conciliar el sueño aquella noche, pero se tranquilizó pensando en el día que les esperaba.

El domingo se presentó soleado y perfecto para su escapada a la playa con Bernard y Alice.

Zeus estaba contento con el plan. Sanah lo abrazó con cariño y ambos sonrieron. Betty había preparado un cesto con todo tipo de viandas para el supuesto picnic. Sanah sintió remordimiento. Aunque podría compartir aquellas delicias con su compañía. Betty era una estupenda cocinera.

A las ocho en punto, Annie hacía sonar la bocina de su coche.

Se despidieron apresurados y salieron a su encuentro. Unos minutos más tarde ya estaban frente al domicilio de Corazón.

—Nunca voy a encontrar la manera de agradecerte todo esto Annie— expresó Sanah, dándole un sonoro beso en la mejilla a su amiga madre.

—Ve y disfruta. Cuida de Zeus y no te preocupes por mi. Tras ventilar un poco la casa, me dedicaré a tomar algunas fotografías y tomar sol mientras leo.

No pienso cumplir con la limpieza exhaustiva que le inventamos a tu madre— dijo Annie sonriente.

Zeus corrió a los brazos de Corazón nada más verlo. Sanah los miraba con ternura. Se fundieron en un abrazo los tres, prodigándose mimos y cosquillas. Caminando de la mano, se dirigieron al hogar de Bernard y Alice, quienes ya estaban prontos para partir.

Zeus se mostró reacio al verlos. Le costaba interactuar con desconocidos. Pero Alice sabía perfectamente como brindarle la espontaneidad que necesitaba, sin forzarlo a nada.

A bordo del vehículo, Corazón, Sanah y Zeus en el asiento trasero se deleitaban con las vistas que divisaban. Corazón señalaba los animales, las montañas, contándole a Zeus sobre ellos y pidiéndole recordara aquellos paisajes para plasmarlos en sus pinturas.

Tres horas después, llegaban a la coqueta cabaña de madera. Se encontraba a tan solo metros del mar. El agua era pura y cristalina. El lugar era tranquilo y desolado. Unas pocas cabañas entre el mar turquesa y las montañas que surgían majestuosas. Simplemente paradisiaco. No había otra palabra para describirlo. Zeus se descalzó de inmediato y comenzó a recoger piedras brillantes y caracoles con Alice. Bernard se encargó de realizar el fuego para preparar su especialidad, pescado con verduras grilladas.

El almuerzo transcurrió con gran algarabía. Charlaron animadamente, sentados en la enorme mesa de madera del patio. El sol calentaba el día, anunciando la inminente llegada de la primavera. De postre, todos degustaron con fruición los postres preparados por Betty.

Tras la comida, los jóvenes novios reposaron en la amplia hamaca paraguaya, mientras el matrimonio correteaba por la arena con el pequeño Zeus, quien ya había vencido su desconfianza inicial.

De pronto, unos gemidos llegaron a sus oídos. Reclinándose en la hamaca, Sanah divisó un pequeño cachorro que parecía perdido. Era un perrito diminuto e indefenso.

—¡Alice! ¡Bernard! Vengan aquí— llamó Sanah.

No era la primera vez que veían animales abandonados en la zona. La

carretera estaba próxima y muchos inescrupulosos aprovechaban el lugar poco poblado para deshacerse de cachorros o perras con sus crías, desamparándolos a su suerte.

Bernard y Alice, amantes de los perros, tenían cuatro ejemplares en su casa, todos ellos rescatados durante su estadía en la cabaña playera. Sumar un quinto integrante era mucho, pero cualquier duda fue superada al ver aquellos ojitos negros que aclamaban ayuda. Zeus y Sanah se encargaron de alimentarlo y darle agua. Zeus amaba a los animales. Varios de los especialistas a cargo de su tratamiento, habían sugerido que una mascota le ayudaría a desarrollar su empatía y mejoraría sus habilidades sociales, reforzando su autoestima. Sin embargo, a sus padres no les hacía gracia tener una mascota en la casa.

Sanah disfrutó tanto de aquel día que deseaba prestar detalle a todo, para que cada momento quedara plasmado en su retina. Se encontraba abrazada a Corazón, con sus pies descalzos sintiendo el mar que los colmaba de energía y buenas vibras. Sentía una paz que jamás había experimentado. Zeus los miraba con ojos felices. Aún sin poder expresarlo, Sanah y Corazón sabían que se percataba de su noviazgo y que eso le daba seguridad y alegría.

El cachorro ya había olvidado su tristeza y corría tras Zeus, causando las carcajadas del niño. Ya no corría a abrazar a su hermana ante cada temor. Había logrado mayor independencia.

El sol comenzaba a acostarse sobre el amplio mar, cediendo su turno a la noche. Era hora de regresar. Annie estaría en casa de Corazón a las nueve en punto para recoger a los hermanos.

—Quiero volver a este lugar contigo mil veces más. ¿Me lo prometes?— pidió Sanah, mirando a Corazón a los ojos.

—No te lo prometo. Te lo juro, amor mío— profirió él, besando a su amada.

De regreso, Sanah agradeció a Bernard y Alice la invitación y su camaradería.

Los agradecidos eran ellos. Amaron pasar tiempo con el pequeño Zeus y todos estaban de acuerdo en que debían repetir aquellos momentos más a menudo.

Cuando llegaron, algo retrasados, Annie ya los estaba esperando. Una vez

más, Sanah y Corazón debían pasar la noche separados. Se fundieron en un abrazo, a la vez que Corazón alzaba a Zeus en brazos para prodigarles efusivos besos de despedidas a él y a su hermana.

En el trayecto de regreso a casa, Annie y Sanah se contaron brevemente como habían sido sus días. Annie había tenido un buen día, dedicándose a hacer cosas que le gustaban, aún en el campo. Escucharla hablar con entusiasmo, mitigó la culpa de Sanah, quien se sentía mal por exponerla a aquellas situaciones.

Betty y su madre querían que les contara detalles y pormenores del picnic y la limpieza de la casona. Como no le agradaba mentir, se limitó a decir que habían pasado una maravillosa jornada (lo cual era cierto), pero también agotadora, por lo cual deseaba ir a la cama pronto. Zeus, con una sonrisa imborrable en su rostro daba testimonio del excelente día vivido.

A la mañana siguiente, la alarma de Sanah sonó a las nueve en punto. Le agradaba ver llegar a Corazón y enviarle un beso desde su ventana. Era un ritual diario. Especialmente tras haberlo extrañado tanto las dos noches previas. Se sorprendió al ver que traía una caja en sus manos. Pero su sorpresa fue mayor cuando vio una colita negra moverse con rapidez y divisó al pequeño cachorro abandonado en la playa. Abrió la boca estupefacta, mientras Corazón le dirigía una sonrisa.

Bajó las escaleras apresurada.

Zeus, que tomaba su desayuno en el jardín, corrió a abrazar con fuerza a Corazón.

—Mira lo que tengo para ti, Zeus. Este amigo va a ser tu fiel compañero. Debemos buscar un nombre para él— dijo al tiempo que le entregaba el cachorro al pequeño.

Zeus reía feliz mientras el pequeño lamía su cara.

Sanah se acercó a la escena.

—¿Qué haces? Bernard y Alice habían acordado quedarse con el perrito— expresó en un susurro, viendo hacia la cocina para corroborar que Betty no estaba viendo.

—Me lo trajeron esta mañana. Consideraron que este pequeño le vendría

muy bien a Zeus y Alice insistió en que se lo trajera. Zeus será el mejor dueño que pueda tener— explicó Corazón.

Sanah sonrió complacida. Zeus rodaba por el jardín jugando con su mascota.

—Te amo y te he extrañado mucho. Te veo en la noche —expresó Sanah hablando bajo y a toda prisa.

Luego se alejó rápidamente para evitar ser vista junto a Corazón.

Tras ducharse, se dirigió a la cocina a tomar su desayuno como cada mañana. Betty la recibió con gran pamento.

—No vas a poder creer lo que ha sucedido. El atrevimiento de cierta gente no tiene límites—expresó furiosa.

—¿Qué fue lo que pasó?— preguntó Sanah con falsa curiosidad.

—Ese pintor, profesor de Zeus, bueno para nada, se ha presentado hoy trayendo un perro con él. Dice que es un regalo para Zeus y está hablando con Jenny— explicó Betty.

Sanah se acercó a la ventana para ver la escena. Su madre aparecía seria, cruzando sus brazos mientras Corazón dialogaba con ella, probablemente tratando de convencerla de que permitiera a Zeus mantener a su mascota.

—¿Tú has visto tamaña falta de respeto antes? ¿Quién se cree este tipejo para venir con un perro? Después de todo, no parece un sujeto de fiar. El perro parece abandonado. Puede tener alguna peste— continuaba Betty.

Sanah optó por no responder. Se dirigió con la bandeja del desayuno al living. No podía comer, soportando el pesado discurso de Betty.

Un rato después su madre acudió a saludarla.

—He visto a Zeus con un adorable cachorro. Me sorprendió verlo jugar tan feliz. Betty me dijo que fue su profesor quien se lo obsequió— dijo Sanah, anhelante por saber que había decidido su intransigente madre al respecto.

—Sí. Este hombre dice que tener una mascota será terapéutico para Zeus. Es un irrespetuoso. Debió preguntarnos antes y saber nuestra opinión. Este pintor se toma demasiadas atribuciones, Betty está en lo cierto cuando dice que no es de confiar. Ahora Zeus está entusiasmado con el cachorro, y no soy capaz de quitárselo— expresó su madre con desdén.

Sanah suspiró con alivio.

—Mamá, no veo nada malo en ello. El profesor debe haber supuesto que les agradaría su gesto. Además, no es la primera vez que los especialistas te recomiendan una mascota para Zeus— dijo Sanah.

—Pues, sí. Pero no son maneras de proceder— porfió Jenny, indignada por la osadía de aquel profesor.

Sanah se levantó de la mesa con gran algarabía. Subió las escaleras rápidamente y se acicaló para acudir a la Universidad.

—¿Cómo va el proyecto?—preguntó su madre a través de la puerta entreabierta de su dormitorio—. Se suponía que debían presentarlo durante esta semana. Por fin estarás liberada en pocos días. Han trabajado en ello tanto, que imagino estarán deseando culminar.

Su madre siempre encontraba un tema de conversación fastidioso. Mentir no era parte de su esencia. Últimamente no hacía más que inventar excusas, arrastrando a otros en sus mentiras. Sabía que sus inventos tenían un buen propósito, pero deseaba terminar con aquella actitud lo antes posible. Además, no estaba cometiendo delito alguno. El amor y la felicidad que sentía debía ser expresada abiertamente y sin tapujos. Sin embargo, sabía que de momento, contar la verdad le traería grandes complicaciones. Sus padres se escandalizarían. Más que por ella, temía por Zeus. Si lo alejaban de Corazón, todos sus progresos y alegrías en este último tiempo se desvanecerían.

—Olvidé mencionarte que nos han otorgado una prórroga especial— dijo, algo insegura. No era buena improvisando mentiras—. Todos estamos desbordados con este proyecto. Es una tarea muy ambiciosa para ser cumplida en el plazo que nos brindaron. Los docentes entendieron la petición y han decidido extender la entrega unas dos semanas.

—¡Qué bien! Les irá de maravilla. Estoy segura de eso— expresó su madre, besándole la frente.

Nuevamente, la culpa la invadió.

Unos minutos después, cruzaba el jardín, vistiendo unos jeans claros y sandalias de tacón que delineaban maravillosamente su silueta.

Se detuvo a saludar a Zeus y jugar con el pequeño cachorro que saltaba a sus piernas, loco de felicidad.

Zeus tenía las mejillas ardientes entusiasmo.

Sanah miró a Corazón con picardía.

—Gracias por tan amable gesto, señor Paolo— le dijo risueña.

—Por nada, señorita— respondió él con gracioso formalismo—. Junto a su hermano hemos decidido que el perro de un artista debe llevar un nombre que haga honor al mismo. Por lo tanto, este pequeño será de ahora en más «Dalí». Zeus ama sus obras. Ha imitado varias de ellas con increíble talento. Así que yo creo que la elección de nombre para este cachorro ha sido correcta.

—No podría concordar más con ustedes— dijo Sanah complacida.

Dalí correteaba por el jardín. Lejos había quedado su abandono. Todos en aquella historia habían cambiado para bien. Los últimos meses no habían traído más que felicidad. Corazón y ella vivían un romance verdadero y efusivo. Por su parte, Zeus mostraba una faceta nueva, superando sus dificultades y gozando mayor dicha en su vida. Los malos ratos habían quedado atrás. Para ellos tres, y para el pequeño Dalí.

Capítulo XV

Días grises

Aquel lunes por la tarde, Sanah regresaba a su casa temprano en la tarde, tras las clases en la Universidad.

Cuando llegaba a la entrada, se sorprendió al ver aparcada la camioneta de su padre. Nunca terminaba su trabajo hasta casi entrada la noche. Era un adicto a sus obligaciones y pasaba el día entero en la oficina, sacando adelante el negocio familiar.

Sanah se inquietó. Aquello era extremadamente atípico. Su mente y su corazón se agitaron. Apresuró el paso, entrando a la casa casi corriendo.

Betty la recibió con gesto adusto, como si la juzgara con su mirada.

Su madre estaba en la sala, llorando desconsoladamente. A su lado, su padre sostenía un vaso de whisky, con la mirada vacía. Ni siquiera se percataron de su presencia.

—¡Mamá! ¡Papá! ¿Qué ha ocurrido?— preguntó con desesperación.

—Ha ocurrido lo peor. Lo que nos temíamos— dijo su madre, sin dirigirle la mirada.

Aquello tenía que ver con Mark sin lugar a dudas. Sanah respiró profundamente.

—¿Qué es lo peor?— indagó.

La señora Jenny, se levantó de su asiento y la miró desafiante.

—¿Te atreves a preguntar? Todos aquí sabíamos lo que sucedería una vez que tu compromiso con Mark se diluyera. Estamos en la ruina. Tu padre ha dedicado años de su vida a algo que ya no le pertenece. Todo le ha sido arrebatado de las manos. Tu capricho nos ha dejado sin nada. Mientras tú

andas el día sonriendo, nosotros ya predecíamos este oscuro final— expresó la señora Jenny con rigidez.

Sanah trató de ser fuerte al escuchar aquellas palabras injustas, pero no pudo lograrlo. Las lágrimas llegaron pronto a sus ojos, dejando salir el dolor que le causaba ser incomprendida por el ser que le había dado la vida. Pero tomó coraje. Se había vuelto valiente.

—No me culpes por algo que no he hecho, mamá. Estás siendo severa y desmedida— gritó secando sus lágrimas a manotazos.

Su padre lucía devastado, cansado. Las arrugas de su frente estaban más acentuadas que nunca. Su pelo largo, sus canas, la corbata desarmada, le daban un aspecto mayor. Era la representación de un hombre desesperanzado, que parecía no encontrar salida. Llevaba años lidiando con aquella inmobiliaria que había consumido toda su juventud y le había traído la vejez prematura. Cada logro adquirido le había costado gotas de sudor. Nada le había sido sencillo en su vida. Siempre se desvivió por dar a su familia un buen pasar. No obstante, su habilidad para los negocios nunca había sido exitosa. Todo implicaba una mezcla de azar y sacrificio. Él siempre había puesto su máximo esfuerzo, pero la suerte jamás había estado de su lado. Hoy, todo lo había perdido. Miraba a la nada con amargura. Sentía que la vida se burlaba de él. Había luchado tanto, para perder todo en un santiamén. Le preocupaba el destino de su familia.

Sanah se sentó frente a su padre, tomando sus manos y acariciando su rostro envejecido. Siempre lo había visto trabajar duramente. Se daba cuenta de que no había reparado últimamente en la tristeza que destilaban los ojos de su padre, su agobio. Había estado enfocada en sí misma, y no había querido percatarse de lo que ocurría a su alrededor.

—Papá— expresó con voz cálida— ¿Puedes contarme qué está sucediendo?

Su padre levantó su mirada hacia ella, con infinita ternura. Su voz sonó quebrada, sin fuerza.

—Hemos perdido todo hija mía— dijo débilmente—. Cuando meses atrás estuve al borde de la quiebra, Mark me ofreció su ayuda. Me brindó una suma que sacó adelante el negocio inmobiliario. Por supuesto que tal acción fue en

base a garantías. Él adquirió el cincuenta por ciento de las acciones y nuestra casa a modo de garantía. Aún así la empresa continuó ofreciendo pérdidas. Mark se volvió el capitalista fundamental en el último tiempo. Él decía que no debía preocuparme, puesto que pronto seríamos familia y tenía intereses de ampliar el negocio. Sin embargo, ahora que ya nada nos une, él está en su derecho de disolver la sociedad y recuperar su inversión. Ya no tiene que cargar conmigo como un lastre.

Sanah no daba crédito a lo que oía. Jamás imaginó que su padre había comprometido absolutamente todo lo que tenía.

—¿Cómo confiaste en ese hombre, papá? Debiste buscar otra solución— expresó Sanah entre lágrimas.

Su padre sólo bajó la mirada al piso, sacudiendo su cabeza lentamente.

—¿Cómo te atreves a reprocharnos algo, Sanah? Estamos en quiebra por tu capricho de romper el compromiso con Mark. Tú eres la culpable. Aceptaste casarte con él sin decir una palabra para luego deshacer todo sin explicación. Nos ridiculizaste frente a todos. Mark sintió que le tomaste el pelo, y está en lo cierto— dijo su madre, con la mirada cargada de ira.

Sanah se limitó a mirarla con pena. Estaba fuera de sí.

Su padre le pidió silencio con un gesto de cansancio.

—Deja de gritar Jenny, por favor. No hay culpables aquí. Mark me ayudó porque le era conveniente. Nada en su accionar fue sin interés. Me tranquilicé cuando anunciamos la boda, puesto que al convertirse en el esposo de Sanah, nuestros patrimonios quedarían unidos. De todos modos y pese a la inversión, el negocio no prosperó. La ruina nos iba a alcanzar de todas formas. Perder todo a causa de las deudas o entregárselo a Mark da igual. El resultado no cambia para nosotros— expresó el señor Edward al borde de sus fuerzas.

—Claro que cambiaría si Sanah no hubiese jugado con ese hombre y la palabra que le dimos. Hace semanas que venimos pensando en que este asunto no terminaría de otra manera. Ahora sabrá muy bien cuanto debió valorar lo que le dimos, cuando no tengamos donde vivir, no pueda continuar su bendita carrera y Zeus no pueda atenderse debidamente— vaticinó amargamente su madre, como si ella no estuviera presente.

El señor Johnson cerró los ojos, hastiado de todo.

Sanah sentía que aquello no era su culpa. De todos modos, no podía evitar afligirse por la situación.

En aquel momento, el timbre de entrada, anunció la llegada del matrimonio Smith. Annie y Arthur distendieron el momento.

El señor Smith se quedó charlando con su amigo Edward, realizando su mayor esfuerzo por calmarlo.

Por su parte, Annie subió con Jenny al dormitorio, tras hacerle un guiño tranquilizador a Sanah. No las acompañó. Su madre necesitaba calmarse y su presencia la desestabilizaba.

Sanah tenía la certeza de que Annie y Arthur brindarían todo su apoyo emocional y más. Sin embargo, la situación económica en la que habían quedado tras la desvinculación de Mark, era extremadamente desafortunada. En cuestión de días, serían despojados de todos sus bienes. Por supuesto, que podrían hospedarse en casa de los señores Smith momentáneamente, pero eso no mejoraba el panorama. Para su padre, sería arduo perderlo todo. Tampoco sería sencillo recomenzar un negocio a su edad, sin dinero alguno. Sanah sufría pensando en todo lo que perderían. Una pérdida material, por supuesto, pero que implicaba mucho. Eran años de vida, de esfuerzo de su padre, de horas diarias dedicadas al trabajo, a brindar un buen pasar a su familia. Quería ayudar, pero no tenía los medios y su mente se agotaba pensando que lo peor aún estaba por llegar.

Tomó su bolso y salió sin avisar a nadie. Sus padres continuaban en compañía de los señores Smith.

Cuando sus amigos se retiraran, la pareja necesitaría un momento a solas, transitando como siempre los momentos difíciles en su mutua compañía, en la serenidad de su amor de años, que se había hecho fuerte y sabio a base de tropiezos. Sus padres tenían una gran resiliencia. Habían superado las dificultades que implicó la discapacidad de Zeus. Cada golpe que la vida les propinaba les hacía resurgir. Este momento también pasaría.

Sanah necesitaba ver a Corazón. Tenía la imperiosa necesidad de refugiarse en sus brazos protectores y desahogar sus penas con él. Veía todo oscuro y la

invadía un sentimiento de impotencia. Cubrió caminando las extensas cuadras que la separaban del hogar del artista. El frío de la noche se colaba hasta sus huesos. Iba ensimismada en sus pensamientos, dando pasos como una autómatas.

Corazón la envolvió en un abrazo apretado nada más verla llegar. Intuyó el problema que denotaba la tristeza profunda en los ojos de su amada.

Sentados frente al fuego, charlaron largo y tendido sobre la situación. Corazón había superado innumerables batallas desde su edad más temprana. Sabía de problemas y pérdidas como pocos. No obstante, comprendía la esencia humana y las diversas luchas internas con las que cada ser se enfrenta. Especialmente, comprendía a Sanah como nadie, y lejos de minimizar su dolor y consternación, supo entenderla y darle el afecto necesario para transitar aquella etapa de a dos, con el amor inmenso y respetuoso que ambos se tenían. No sólo hablaron de la complejidad de la situación, sino que además Corazón se mostró optimista planeando posibles soluciones. Ahora que el vínculo de los padre de Sanah con Mark estaba roto, quizás estos asimilaban la relación de su hija con Corazón de mejor manera. Por otra parte, la pareja de artistas se encontraba confiada con la labor que habían realizado uniendo pinturas y poemas. Corazón no poseía los medios financieros necesarios para ofrecer dinero, pero quizás la exposición que realizarían en cuestión de semanas en París, lograra catapultarlo a una fama mayor y lograr rédito económico mediante su arte. Si bien era un artista reconocido, el arte y dinero no siempre iban de la mano, y tampoco era éste un asunto que le preocupara, puesto que su énfasis no estaba puesto en la acumulación de bienes materiales. Sin embargo, sabía que los señores Johnson necesitaban resurgir tras la pérdida que derivó del quiebre del negocio inmobiliario. Si la suerte estaba de su lado, quizás Sanah y él pudieran ayudar a los padres de ésta. Ambos se llenaron de optimismo pensando en aquella posibilidad y visualizaron un porvenir favorecedor para todos. Se dedicaron a hacer planes para su futuro como el par de soñadores que eran. Tras la exposición parisina, podrían compartir su romance con el mundo. La situación familiar de Sanah se estabilizaría tarde o temprano, gracias al esfuerzo de todos. Soñaron con vivir en un lugar rodeado

por la naturaleza, inspirados por los paisajes bellos y capturándolos en su arte, criando a sus hijos en un entorno único, formando una familia en base al amor infinito que poseían.

A la mañana siguiente, Sanah se dirigió a su hogar sintiéndose mucho más optimista y confiada. Corazón había propuesto ir juntos, ya que anhelaba ver a Zeus y distraerlo, puesto que la situación de su entorno podría haberlo inquietado. No obstante, Sanah prefirió adelantarse y arribar a su hogar sola para no generar comentarios en medio de la crisis de sus padres.

Le hizo bien sentir el viento frío en su rostro preocupado. Temía llegar a su casa, enfrentarse a su madre, revivir las discusiones y sentimiento de culpa. Dirigió su mirada hacia arriba pidiendo ayuda Divina. El cielo representaba claramente su estado de ánimo. Unos nubarrones ocupaban gran parte del cielo azul. Su alma se encontraba exactamente así. Su felicidad se veía nublada por aquellos días grises.

Capítulo XVI

Un vuelco al corazón

Al entrar a su casa, se encontró con Zeus, que jugaba animadamente con Dalí, sentado frente a la gran estufa a leña. Su rostro se iluminó al ver a su hermana. Era increíble el cambio que el arte de Corazón y la compañía del adorable cachorro le habían brindado. Estaba feliz, más sociable, menos temeroso. Se expresaba con mayor facilidad, provocando la felicidad de sus allegados. Sanah correspondió a su efusivo abrazo con una mezcla de amor inmenso y de cierto miedo. Ella se había demostrado a sí misma ser lo suficientemente fuerte como para afrontar cualquier avatar que la vida le destinara. La falta de dinero, la quiebra, no acabarían con su vida. Saldría adelante. No obstante, la atención de Zeus requería grandes gastos. Temía que su hermano comenzara a retroceder en su avance. ¡No! Eso no sucedería. Junto a Corazón, le infundirían todo el amor y confianza que necesitaba. No sentiría los cambios si contaba con ellos, y Zeus tenía pleno conocimiento de la incondicionalidad de su hermana. Respiró hondo, cargándose de positivismo y buenas vibras.

Tras jugar un rato junto a Zeus y Dalí, disfrutando enormemente aquel contacto, se dirigió a su dormitorio con el fin de cambiarse y acudir a la Universidad. Necesitaba despejarse. Su casa la asfixiaba. La cara larga de su madre, la mirada distante de Betty, que parecía juzgarla, la hacían sentir nerviosa.

Se apresuró tanto como pudo y unos quince minutos más tarde ya bajaba las escaleras. Sus ojos chocaron con unos ojos hundidos tras las arrugas de angustia, cubiertos por el cabello canoso largo y despeinado. Su padre lucía acongojado. Sanah sintió que su corazón se estrujaba.

En un impulso, corrió a los brazos de aquel hombre que le había dado vida, que en sus aciertos y errores la había criado con amor, y le había inculcado todo lo que sabía. Pese a sus diferencias, amaba a su padre con todo su ser.

—¿Vas a la Universidad, hija mía?— preguntó con voz apenas audible.

No quedaban rastros de aquel hombre vigoroso y feliz, siempre animando las veladas con algún chiste pese al cansancio que siempre lo invadía dado su trabajo y el estrés que éste le generaba.

—Sí, papá— dijo suavemente, con una mano en el rostro de su padre.

Sentía amor y pena al mismo tiempo.

—Siempre tan brillante, tan perfecta, hija mía. No te preocupes por la Universidad. Serás una excelente Economista. Aunque debas abandonar tu carrera ahora, eres joven aún. Tengo esperanzas de que en un futuro cercano, pueda resurgir de las cenizas y renacer tras haber perdido todo para así volver a darles la vida que se merecen. ¡Siento tanto todo esto, hija mía! Mi mayor temor se hizo realidad. Siempre luché tanto para ofrecerles una vida cómoda, con el miedo de que algo les faltara, y ahora no tengo nada que ofrecer. Soy el más completo fracaso.

Su padre se quebrantó. Sujetándose a la pared, sus ojos se humedecieron, liberando la tensión acumulada. Era la imagen de un hombre que había sido fuerte demasiado tiempo, mucho más de lo debido.

Sanah lo sostuvo y lo ayudó a sentarse en la escalera. Él se derrumbó por completo.

—Papá, no debes preocuparte. Saldremos adelante entre todos. Viviremos en lo de Annie y Arthur cuando debamos desocupar la casa. Sé que no será tan cómodo, pero hemos logrado buenos amigos y los vínculos humanos son tan importantes como lo material— trató de serenarlo Sanah.

—Lo sé, hija. Siempre estaré orgulloso de ti. No dejes que tu madre te atormente, tratando de hacerte sentir culpable por mis propios fracasos— dijo su padre mirando hacia los lados, como si temiera la presencia de su esposa.

Sanah acarició su pelo, y lo besó en la frente dulcemente.

Su madre interrumpió en la sala.

—¿Vas a estudiar, hija?— cuestionó la señora Johnson.

—Así es, mamá— dijo sin dirigirle la mirada.

—No hemos pagado la cuota correspondiente a este mes. Pronto surgirán los rumores sobre nuestra situación. Deberás abandonar tus estudios antes de incrementar nuestras deudas.

Para su madre, la opinión de los demás era su mayor dilema. No obstante, Sanah no tenía ganas de contradecirla y generar una discusión que tensara aún más a su padre.

—Apelaré a un fondo de becas. Siempre he sido una óptima estudiante. Si presento nuestra situación económica ante los directores, puede que me concedan una beca— alegó Sanah.

—Esa posibilidad sería estupenda hija mía— expresó el señor Johnson.

—Siendo así, tal vez tu logres la suerte que no tendrá tu hermano. El pobre Zeus no contará con los cuidados y la educación que merece. Lamentablemente, hay un insospechado egoísmo en nuestra familia— dijo Jenny con tono duro.

Edward se limitó a agachar la cabeza. No tenía sentido discrepar con su esposa. Ella siempre creía estar en lo correcto. Sin embargo, no estaba dispuesto a permitir que le inculpara culpas a su hija.

—¡Por Dios, Jenny! Exactamente en el momento en que necesito de tu apoyo, tú no dejas de accionar con injusticia. No puedes culpar a nuestra hija por mis errores. No quiero dudar de la gran opinión que siempre he tenido de ti como madre— disparó el señor Johnson, con firmeza.

—Está bien, papá— lo tranquilizó Sanah— .Son momento arduos y debemos unirnos más que nunca para hacer frente a este caos.

Pese a todos los esfuerzos por poner paños fríos a aquella disyuntiva, la señora Jenny era una mujer difícil de callar.

—¿Soy yo la culpable ahora? Críamos a nuestra hija con todo el amor del mundo. Jamás dejamos que nada le haga falta. Nos ha dado incontables momentos de dicha. Pero no puedo ocultar cuanto dolor me causa su falta de solidaridad en este momento. Ni en mis peores pesadillas hubiera imaginado semejante accionar de su parte. Accedió a comprometerse con un hombre

estupendo por donde se le mire, y se arrepiente por mero capricho en nuestro momento más deplorable.

Sanah se limitó a cerrar los ojos y respirar profundo. Las explicaciones ya no servían. Su madre jamás comprendería que su futuro y su felicidad eran más valiosos que cualquier fortuna. Por supuesto que era una excelente madre, pero no la comprendía. Sus ambiciones en la vida, su forma de ver el mundo, eran diametralmente opuestas. Para su madre, un hombre adinerado con quien casarse era sinónimo de felicidad.

Sintió una ráfaga de felicidad al ver la comprensión reflejada en los ojos de su padre. Si bien él también había sido culpable por precipitar aquella unión, Sanah sabía que la amaba infinitamente y que admitía que el error había sido suyo, evadiendo a su hija de toda responsabilidad.

Salió a la calle rápidamente y llenó sus pulmones de aire fresco y puro.

Miró en todas direcciones, esperando encontrar a Corazón. Ya era la hora de su clase con Zeus. A su pesar, no logró divisarlo. La calle estaba desierta. Probablemente, su novio había decidido retardar un poco su llegada, dado el clima hostil que había en su casa. La decisión era acertada, sin lugar a dudas. No obstante, Sanah moría de ganas de verlo. No hacían cuatro horas que había abandonado su lecho y ya anhelaba encontrarse en sus brazos nuevamente, su único refugio de paz y comprensión en el mundo entero. Priorizando la razón ante sus sentimientos, era mejor no verlo. En aquellos momentos de sensibilidad a flor de piel, no sabía si tenía la fortaleza suficiente para contenerse y no acudir a su abrazo. Verlo sin poder acercarse, sólo acabaría por desestabilizar sus emociones aún más.

Lo más prudente era esperar la llegada de la noche para compartir con él sus inquietudes y disfrutar de aquel amor bendito.

Caminó a toda prisa, liberando su angustia en cada paso. Miraba al suelo, absorta en sus propios pensamientos. No percibió que una silueta familiar se acercaba a su encuentro.

—¡Pssst! ¡Sanah!—.

Marilyn se acercaba, realizando todo tipo de ademanes para llamar su atención. Se veía eufórica. Corría hacia ella, agitando sus manos, luciendo

como la desequilibrada que era.

Sanah creía ver un espectro. ¿Cómo se atrevía a dirigirse a ella tras aquellas acusaciones? Era una descarada y probablemente tenía serios problemas mentales. Era la última persona sobre la faz de la Tierra que esperaba ver, y por encima de todo, su mera presencia le resultaba deleznable, generándole una profunda sensación de rechazo.

Sanah bajó su vista al suelo nuevamente, y continuó su marcha sin darse por aludida. Deseaba evitar a aquella criatura. Había escogido el peor momento para molestarla. Optó por ignorarla por completo. Pero Marilyn parecía hacer caso omiso a su evasión. Interceptó su paso, dispuesta a ser escuchada.

—¡Sanah! Escúchame. Sé que probablemente estés molesta tras nuestra última charla, pero deseo que sepas cuan arrepentida estoy por todas las barbaridades que dije. Ya sabes que soy impetuosa y que no siempre mido lo que digo. No deberías tomarte todo tan a pecho— dijo Marilyn con voz convincente.

Sanah intentó seguir su camino sin responder. ¿Estaba loca aquella chica? ¿Creía que podía ir por la vida ofendiendo a los demás, agraviando con sus palabras y luego solucionar todo con un perdón? Sanah tenía muy claro la clase de persona que Marilyn era. Toda su vida había estado engañada con respecto a aquella falsa amistad. Marilyn sólo se había aprovechado de ella, de su solidaridad, y la había utilizado para sus promociones, sus calificaciones, para que la apañara con sus mentiras a sus padres. Jamás sintió aprecio por ella. De hecho, aquella mujer estaba llena de despecho y envidia, un resentimiento irracional hacia Sanah, que había dejado muy claro en aquella charla. Y Sanah sabía muy bien que aquellas palabras no habían surgido de un acto de impulsividad, aquel brillo de odio en sus ojos, el veneno que destilaba en cada agresión. Se había desenmascarado por completo. Decidió ser muy clara con ella, para que entendiera de una vez y para siempre, que aquella tonta a la que siempre había utilizado, ya no existía.

Detuvo su paso, y habló con voz firme.

—Mira Marilyn, no sé de que deseas hablarme ni me interesa. Dada tu calidad de persona, supongo que vienes a pedir algún favor. Posiblemente

deseas que cubra alguna mentira o te ayude con alguna tarea. En tal caso, debes saber que no estoy dispuesta a hacer absolutamente nada por un ser tan ingrato y aborrecible como tú. Por otra parte, tus disculpas llegan sospechosamente más de un mes después de aquella conversación tan dolorosa. Durante este tiempo sólo me has ignorado. No deseo involucrarme con gente de tu calaña.

Marilyn la observaba anonadada. Debía estar confundida al ver una Sanah completamente nueva ante sus ojos. Aquella chica serena y educada, que jamás levantaba la voz, que era excesivamente ingenua y bondadosa, parecía ahora una fiera, dispuesta a defenderse con uñas y dientes de cualquier mal. Sanah estaba harta. Todos la habían utilizado de una manera u otra. Marilyn debía estar claramente sorprendida al percibir tal cambio en su ex amiga.

No obstante, era una persona maliciosa y envolvente, capaz de todo por lograr sus metas.

—Lo sé, Sanah. Tienes absoluta razón en todo lo que dices. Pero estás equivocada. No vengo a ti a pedir favor alguno. Todo lo contrario. Soy yo quien desea disculparme por todo lo que te he dicho. Tu sabrás si creés en mi arrepentimiento o no. Creo que una mujer que siempre se vanagloria de sus valores, no debería guardar tanto rencor en su corazón. Un perdón no debe ser negado. Especialmente viniendo de ti. Reconozco, además, que mis disculpas debieron llegar antes. He pasado todas estas semanas pensando en como abordarte y lidiando con mi orgullo. Estoy ahora aquí, rogándote disculpas. Y no pido nada más que tu perdón a cambio— dijo Marilyn con voz melosa.

Sanah dudó. Marilyn jamás era tan amable. Aunque sonaba realmente arrepentida. Tampoco parecía acudir a ella para solicitar favor alguno.

—Visto que tanto te interesa mi perdón, está concedido. Puedes considerarte disculpada. Efectivamente, trato de no acumular odio hacia nadie. Particularmente porque creo que toda emoción que uno emite, vuelve a uno. Debo aclararte que tu pedido de disculpas, no borra en absoluto la opinión que tengo de ti. No deseo ser tu amiga en lo más mínimo. Por supuesto que tendré un vínculo cordial y un saludo cada vez que te vea, pero hasta allí llega mi bondad por ti. No te deseo cerca de mí. Estoy algo retrasada, así que sigo mi

camino— argumentó Sanah, acelerando su paso, deseando desasirse de aquella falsa.

Caminó, dejándola atrás. ¡Qué momentos le estaba tocando vivir!

—Te lo agradezco, Sanah. Sé que lo que dije fue extremadamente doliente. Espero algún día podamos reconstruir el vínculo que alguna vez tuvimos. Deseo pagarte con creces lo que has hecho por mi. Siempre fuiste la persona más generosa que conocí en mi vida. Y mis celos hacia ti fueron de admiración. Créeme que he cambiado mucho en este tiempo. El amor de Corazón me ha hecho dar un giro. Me ha enseñado...

—¿Qué dijiste?— Sanah dio un respingo al escuchar el nombre de Corazón en boca de Marilyn. Se dio la vuelta como si hubiese recibido un choque eléctrico. Se acercó tanto, mirando a Marilyn fijamente a sus ojos, que la otra retrocedió con miedo.

—Disculpa si he dicho algo malo— dijo Marilyn confundida—. Sólo te decía que quería además agradecerte por aquella vez que me ayudaste a prepararme para la clase de Corazón. Creo que esa primer impresión que causé en él fue lo que lo cautivó. Sabes que siempre he sido muy solitaria y carezco de amigas de verdad. Creo que tú eres la única que realmente me ha querido. Ahora que disfruto de este amor, con una persona tan increíble como Corazón, toda mi vida es diferente. Yo misma he experimentado sentimientos nuevos. Él saca lo mejor de mi. Quizás te suene aburrido que comparta esto contigo. Sé que nunca te agradó Corazón, pero tengo fé en que cambiarías de opinión si lo conocieras más.

Marilyn hablaba con los ojos llenos de lágrimas, y un amor desbordante.

Sanah la dejaba hablar. Escuchaba su voz como un eco, con cada palabra como un puñal en su pecho. ¡No! ¡No! Aquella escena de terror no era cierta. Corazón había interrumpido las clases con Marilyn. Ambos habían hablado sobre el amor que ella sentía por él. Corazón también se había percatado y había decidido poner distancia. Todo tenía que ser un invento de aquella víbora. ¡Si! No quedaba duda alguna. La ira de Sanah se mezcló con vergüenza por dudar de su hombre. Fue una idiota al escuchar a aquella farsante. Su mente hacía rápidos razonamientos. Era mentira. No había duda. Corazón no

mantenía ninguna relación con Marilyn. No obstante, ¿porque mentía ella tan descaradamente? No podía probar nada. Tampoco podía ser por afectarla, puesto que no tenía forma de saber que Corazón y ella tenían un noviazgo. Ambos habían cuidado su relación con el mayor recelo. Annie, Sophie y Mey eran las tres personas en quienes más confiaba en el mundo. Sus bocas eran tumbas. Eso era un hecho. Además, la propia Marilyn parecía aturdida por su comportamiento agresivo y alegaba que a ella jamás le había agradado Corazón. ¡Uff! Aquello era como una pesadilla de la que deseaba despertar lo antes posible. Lo más sano frente a una conversación poco cuerda era cortarla de raíz. Hizo un esfuerzo sobrehumano por sobreponerse a sí misma y quitar aquel rostro de aflicción. Hablaba con Marilyn, después de todo. No podía creer una palabra de aquella mujer.

—Pues, me alegro mucho por tu relación. Es lo que puedo decirte. Que seas feliz, Marilyn. ¡Adiós!— dijo apresuradamente. Aquello era lo más confuso que vivía en toda su vida.

—Te agradezco tu deseo infinitamente. Eres la misma persona buena y gentil con la que crecí. ¿Podría simplemente darte un abrazo de despedida? No sé si volveré en algún momento— dijo Marilyn acompañando su paso.

¿Qué? ¿Iba a mudarse aquella loca o qué? Ojalá así fuera. Que viviera en el otro lado del mundo y dejara de atormentarla con sus inventos.

Sanah se limitó a mirarla asombrada.

—Pues, sé que quizás me estoy precipitando un poco, ya que recién nos estamos conociendo, pero confío mucho en el amor que Corazón y yo nos tenemos. Él viajará a una exposición en París en un par de semanas y lo más probable es que yo lo acompañe. Además, es también mi proyecto. Tenemos una pintura en común, que representa nuestro amor, así que quiero estar más que presente en tal evento. No puedes imaginar mi alegría— expresó Marilyn, con una sonrisa enorme iluminando su rostro.

Sanah quería que el suelo se abriera y desaparecer para siempre. ¿Era verdad? ¿De qué pintura hablaba? ¿Cómo podía aquella mujer inventar tanto, y tan acertadamente? Nadie sabía que Corazón y ella compartían un retrato. Eso no se lo había confesado a absolutamente nadie. Era un secreto entre ellos. No

era posible que Marilyn husmeara aquello. Sus narices no podrían haber llegado hasta allí. De eso estaba segura.

—¿Te vas a París? ¿Cómo que comparten un retrato?—dijo Sanah, temblando, ansiosa y temerosa por la respuesta.

—Sí. Corazón dice que yo cambié mucho desde que él me conoce. Su amor me hizo una chica más madura, más sentimental. Conoció una chica rebelde y la transformó en lo que ves ahora. Es así. Nuestra historia me modificó. Yo comparto su pasión por el arte, así que nos embarcamos en la aventura de describir nuestra historia de amor mediante la pintura. Cuando Corazón se enamoró de mí, me dedicó un retrato. Luego, cuando comenzamos nuestro romance, yo misma posé para su pincel. Corazón dice que mi mirada expresa otras emociones ahora. Y como estoy totalmente entregada a su amor y sacó lo mejor de mí, me retrató desnuda. Soy yo en toda mi plenitud. Pero de eso no quiero contarte porque me ruborizo— dijo Marilyn con una pícaro sonrisa.

Sanah estaba aturdida. Gotas de sudor corrían por su rostro y sentía que iba a desvanecerse. ¡No era posible! ¡No lo era!

Marilyn no podía saber tantos datos. ¿Cómo que la había retratado en un antes y después, cómo a ella? No era posible. Corazón ni siquiera la veía.

La intrigaba enormemente aquello. Aún así no quería creer. No podía ser verdad. Sólo había una forma de saberlo. Si veía los retratos que Marilyn mencionaba, sabría si el autor era Corazón. Él tenía su propia firma y su propio estilo, imposibles de copiar. Ya no podía permanecer impassible ante aquella escena. Todos sus esfuerzos por disimular su ira eran vanos. Su rostro estaba enrojecido y no lograba evitar las lágrimas, al tiempo que su corazón se aceleraba de tal modo que sus manos temblaban y creía estar a punto de desfallecer.

—¿Dónde tienes esos retratos que mencionas?—preguntó fríamente, como si la investigara.

Marilyn se encongió de hombros.

—No es algo que comparta con el resto, Sanah. Es parte de nuestra historia. Nunca pensamos en mostrarlos hasta la exhibición. Entiendo tu curiosidad, pero ya tendrás oportunidad de verlos— se disculpó Marilyn.

—Eres una estúpida mentirosa. Eres tan maldita que sólo quiero abofetearte — le espetó Sanah, con incontrolable ira.

Sus gestos siempre apacibles estaban ahora cargados de fuerza y un enojo descomunal. Realmente deseaba desahogar todo su sufrimiento golpeando a Marilyn, haciéndole retroceder en cada una de sus mentiras, librándola de aquel tormento. Necesitaba actuar con inteligencia y llegar al fondo de aquel asunto.

Marilyn retrocedió temerosa. Sus ojos desorbitados mostraban lo estupefacta que estaba al ver a Sanah totalmente fuera de sí.

—¿Por qué reaccionas de este modo? Yo vengo a ti en son de paz, a pedirte perdón. Tengo el gesto de compartir contigo una historia de la que no he hablado con nadie más, y tú me insultas gratuitamente. Me decepcionas. Veo que eres incapaz de perdonarme, así que te dejo tranquila con tus asuntos. Después de todo, resultaste ser igual a tus padres, queriendo decidir que pareja debe tener uno. Está bien si creés que Corazón no es un sujeto apropiado para mi, pero es quien me hace feliz, y no necesito opiniones— dijo Marilyn alejándose, ofendida.

Sanah no podía pensar bien. De una cosa estaba segura. No podía vivir con aquella duda. Necesitaba saber si ese hecho era mentira, y necesitaba saberlo urgentemente. De lo contrario, iba a volverse loca.

Perisguió a Marilyn, tomándola por el brazo, desesperada. Deseaba controlarse para no golpearla y disimular su estado. Pero era imposible. Las lágrimas la invadían.

—¿Qué te ocurre Sanah? ¿Por qué te pones así? ¿Qué te he hecho? ¿Tienes algún problema que quieras compartir conmigo?— dijo Marilyn, entre asombrada y comprensiva.

Sanah debía actuar, aunque todo fuera tan duro para ella. Debía saber la verdad.

—Pues, sí. He estado con varios problemas últimamente, y tu noticia me toma por sorpresa. Ya que tienes el gesto de disculparte, y considerando que no voy a volver a verte tras tu viaje, quisiera que me mostraras los retratos de los que hablas— dijo aún con su voz entrecortada por el llanto.

—Me tranquiliza saber que te emociona mi noticia. Parecías estar totalmente loca. Jamás te había visto en tal estado. ¡Cuéntame tus problemas! Sé que siempre he sido bastante egoísta, pero estoy dispuesta a remediarlo. Aunque suene imposible, Corazón me hizo percatarme de muchos defectos. Puedo subsanar mis errores contigo. Déjame a mí ser ésta vez quien te escuche y aconseje— expresó Marilyn, con una tranquilidad y ternura desusada en ella.

Sanah creía no poder soportar todo aquello.

—No. De verdad no deseo compartir mis problemas en este momento. Tiene que ver básicamente con el estrés de esta instancia de exámenes. Sólo eso— dijo Sanah apresurada.

—Es entendible. Siempre has sido una alumna diez. Pero todo irá bien. Sólo debes estar tranquila y confiar en ti misma. A propósito, mamá me comentó unos rumores sobre un supuesto distanciamiento con Mark. Yo le sugerí hacer oídos sordos a los chismes de los charlatanes del vecindario, pero ahora que te veo tan angustiada, me atrevo a consultarte sobre ese tema. ¿Acaso ustedes se distanciaron?— preguntó Marilyn cautelosa.

Sanah se quedaba sin ideas. ¡Qué mostrara los malditos retratos que decía tener y acabara pronto con aquel padecimiento!

—Sí. Verás. Hubo un pequeño conflicto y por supuesto que los nervios de la boda me tienen un poco ansiosa— expresó Sanah, pronunciando rápido y sin poder limitar su ansiedad.

Marilyn acarició su mejilla, en un gesto de empatía que le causó repulsión a Sanah. No creía aquella actuación bondadosa de la egocéntrica chica que vió por años.

—Querida, no tienes razón para preocuparte por tu boda. Mark te pretendió desde el segundo que te conoció. Desde pequeña, cada chico que te conoce cae rendido a tus pies. Lo cual no es para menos, dado lo hermosa que eres. Debo confesar que siempre sentí celos de ese poder de seducción tuyo. Yo creía no poder conquistar a ningún hombre que me gustara hasta ahora, que me siento profundamente amada y correspondida por Corazón, quien además de amarme, me dio plena seguridad en mí misma.

Cada vez que Marilyn mencionaba a Corazón, Sanah sentía una llaga viva

ardiendo en su pecho, lastimando su alma.

—Te agradezco tus palabras. Disculpa si me puse algo agresiva. No tiene que ver contigo. Sólo creo que ya que tuve la bondad de disculparte, de abrirme contigo en mis conflictos, y puesto que en breve no volveré a verte, podrías tener el mínimo gesto de compartir conmigo esas pinturas que tienen tanta importancia para tí— expresó Sanah, observando en detalle la reacción de Marilyn.

Sanah aún confiaba en que todo aquello fuera una mentira. No obstante, Marilyn no parecía asustada por tener que mostrar los retratos mencionados. Parecía simplemente dudosa sobre si era correcto hacerlo o no, lo cual hacía estallar la tensión de Sanah.

—Sanah, no imaginas cuanto valoro tu perdón. Ahora sé que estuve mal y me siento orgullosa de poder repararlo. Si bien compartí contigo mi historia de amor, considero que los retratos son parte de nuestra relación de pareja. Debería consultarlo con Corazón antes de tomar individualmente la decisión de mostrarlos a un tercero. Particularmente, yo prefiero guardar el momento para la exposición. Es un evento de gran importancia y las novedades van a ocupar los periódicos. Ahí será el momento de compartir nuestro arte con el mundo. ¡Estoy tan ansiosa por ello! ¡No veo el momento de que todo lo que venimos planeando se materialice!— expresó Marilyn, visiblemente entusiasmada.

Sanah razonaba ágilmente, tratando de sacar sus propias conjeturas. Si no accedía a mostrarlos, entonces tales cuadros no existían.

—¿Y dónde guardas esas pinturas?—preguntó, algo ruda, Sanah.

—En mi taller. A las pocas semanas de comenzar mis clases de pintura con Corazón, él decidió cerrar el grupo por ser pocos alumnos. Sin embargo, como yo tenía mucho interés en continuar aprendiendo y todos mis deseos de conquistarlo, le pedí que me diera clases particulares tal y como lo hace con Zeus. Él se negó en varias instancias pero terminó por aceptar. Como mis padres me vieron tan entusiasmada con las clases y observaron como mi conducta mejoraba notoriamente, me instalaron un taller aledaño a la casa para despegar allí mis obras. Fue en ese pequeño atelier que tuvieron lugar nuestras

clases, nuestras charlas, y el amor genuino que fue surgiendo. Luego vinieron las pinturas. En fin, ese es el resumen de un romance que anhelé dure para siempre— dijo Marilyn.

Sanah sintió que sus piernas le temblaban y debió aferrarse a una pared para sujetar su cuerpo. Su presión arterial había descendido y una palidez mortal invadía su rostro.

No podía ser. Se rehusaba a creer aquella fábula, pero Marilyn se mostraba tan segura de su relato. Corazón y ella habían tenido una charla sobre Marilyn apenas comenzó su noviazgo, y él le aseguró que se había percatado del interés de la chica desde el primer instante y había decidido cerrar su grupo de pintura, dada la incomodidad que aquel coqueteo le causaba, sumado a sus tiempos limitados. También compartió con ella que Marilyn le había propuesto que le brindara clases particulares y que él rechazó la propuesta. Cuando Sanah le contó el enfrentamiento que tuvo con Marilyn, Corazón la contuvo y le confió que él había percibido cierta actitud maliciosa y un aura oscura en su por entonces ex alumna. ¿Cómo podría alguien ser capaz de mentir de esa manera? Corazón era la persona en quien había puesto todo su amor, su cuerpo, sus deseos más íntimos, su confianza. Ella creía conocerlo plenamente. Era un hombre transparente y lleno de bondad. ¡No! Aquello no era cierto. Lo más probable era que de alguna forma solapada, Marilyn haya descubierto su romance y sus narices entrometidas llegaran a sus pinturas, tratando de emular una situación similar para poner a prueba el amor de Sanah y separarla del amor que Marilyn deseaba para sí misma.

Sanah se repuso con una sonrisa, convenciéndose a sí misma de que aquello carecía de sentido y veracidad. Corazón la amaba y era incapaz de una acción tan vil.

De todas formas, el bichito de la duda ya se había instalado en su mente y su alma, y necesitaba corroborar aquello por completo. Si de una cosa estaba segura, era de poder identificar entre millones un trabajo realizado por Corazón. Sus pinturas tenían un estilo único e irrepetible, imposible de copiar. Había dedicado horas a apreciar el arte de su novio. Lo había visto utilizar su táctica de dibujante en las largas horas que pasó posando para él.

—Me alegra saber que tengas una pasión tan desarrollada por el arte. Quizás puedas llamar a Corazón y preguntarle si le molestaría que me mostraras las pinturas— dijo Sanah, con mirada desafiante.

—Corazón está en clase con tu hermano a esta hora. Él es muy respetuoso de su labor y jamás respondería una llamada en un momento de trabajo— respondió Marilyn, encogiéndose de hombros.

Aquella maldita sabía cada paso de Corazón. Sanah no podía evitar tanta bronca.

—A propósito—prosiguió Marilyn—, tengo la certeza de que ustedes dos se agradarán cuando se conozcan mejor. Sé que nunca has tenido una buena impresión de Corazón y le has hecho padecer un poco su paso por tu casa con tu trato hostil, pero las impresiones engañan. Le he hablado mucho de ti, y deseo convencerlo de que no eres la chica soberbia y arrogante que él cree.

¡Aquello era intolerable! No bastaba inventar lo de las pinturas y su amorío, sino que además ahora pretendía que creyera que el hombre que más la amaba sobre la faz de la Tierra creía barbaridades de ella y no tenía reparos a la hora de expresarlo. Aquella situación estaba aniquilando su paciencia y sus nervios.

—Marilyn, si de verdad quieres que te perdone, muéstrame esos retratos. Si tú no tienes ese gesto tan simple conmigo, no será posible que crea en tu arrepentimiento— insistió con voz firme.

¿Qué pretendía aquella idiota? ¿Qué se arrastrara rogándole? ¿Qué asaltara su supuesto taller para saber la verdad? Le gustaría desterrar sus dudas, mas no le era posible. La curiosidad estaba inexorablemente clavada como una espina en su corazón. Aquel relato tenía muchos datos que Marilyn no podría saber. Algo turbio había allí y necesitaba descubrirlo.

Marilyn levantó las cejas, en además de sorpresa.

—Realmente Sanah, no logro entender tu interés por ver las pinturas. Quizás ni siquiera debí comentártelo. No veo relación entre mi historia de amor y la autenticidad de mi aprecio por nuestra amistad, sumado a las disculpas que ya ofrecí.

Sanah se hartó.

—Pues si no puedes mostrarlos, es porque no los tienes. Has inventado toda esta historia. Eres una fabuladora que sólo desea aprovecharse de la felicidad de los demás. Tú eres una escoria sin remedio— gritó Sanah, apretando sus puños con fuerza.

Marilyn abrió sus ojos desmesuradamente.

—Veo que yo he cambiado mucho, pero tú has cambiado para peor. Pareces poseída por un demonio. Jamás te oí hablar así. Está bien. Yo te he ofendido, pero la Sanah noble que yo conocía es capaz de perdonar. Ahora te cuento que estoy enamorada y te pones así de desenfrenada. Yo creo que la envidiosa aquí eres tú. No encuentro otra explicación. Lo que no voy a permitir es que me califiques de mentirosa. Vamos ya a mi casa. Te mostraré las pinturas si eso implica tanto para ti— dijo con firmeza.

Sanah tragó saliva. Estaba dispuesta a mostrar los retratos. Un escalofrío sacudió todo su cuerpo. Enseguida se sobrepuso a sus sensaciones. Evidentemente se trataría de alguna copia, un plagio realizado por algún artista contratado por la demente de Marilyn. Ver las pinturas falsas le ayudaría a tranquilizarse.

Luego deberían averiguar como todo había llegado a sus oídos, pero ya pensarían como indagar una vez que abordara aquel asunto con Corazón.

Se dirigió presurosa a casa de Marilyn, casi corriendo.

—Hay una cosa que debes mantener en secreto—expresó Marilyn—.Eres la primera persona que conoce mi romance y mis planes. Mis padres no están enterados de nuestro noviazgo y menos aún de nuestro viaje a París en unas semanas. Por supuesto que lo sabrán. Pero estamos pensando en la manera de decírselo. En fin. Ya sabes que mis padres son algo anticuados y no verán con buenos ojos que me haya relacionado con mi profesor. Por no mencionar el hecho de que haya escogido el arte y desestimado su deseo de volverme una afamada Economista. Por favor, no menciones nada delante de ellos si te los cruzas.

Sanah asintió con la cabeza. El aplomo y seguridad con el que hablaba Marilyn le causaba temblores. Su cuerpo se sacudía en medio de sudores y repentinos escalofríos.

La corta distancia a la residencia de los Griffin le pareció una eternidad.

La madre de Marilyn, sonrió amabilísima nada más ver a Sanah.

—¡Qué alegría verte por aquí querida! Ya sabes como siempre hemos valorado tu amistad con Marilyn y la influencia tan positiva que ejerces sobre ella. Te hemos echado mucho de menos en este hogar. ¿Han venido a estudiar? — preguntó la señora Susan, abrazando a Sanah cariñosamente.

—Sí mamá. Hemos venido a revisar unos apuntes de la Universidad y Sanah me ayudará con una tarea. Estaremos en el atelier. Es más cómodo— se adelantó Marilyn.

—Últimamente, te pasas las horas en esa habitación. Sabes Sanah, Marilyn ha desarrollado una pasión arrolladora por el arte, lo cual le ha sentado estupendamente. Debo reconocer que ha cambiado mucho y estamos felices con ello. Definitivamente, dejarla tomar clases con Corazón fue muy fructífero. De todos modos, espero que se dedique a la pintura como un pasatiempo, sin descuidar sus estudios que han estado algo flojos en el último tiempo. Estoy plenamente segura de que tu compañía le será de enorme ayuda— expresó la señora Griffin.

—Gracias, Susan. Ahora si nos disculpas, desearía ver esos apuntes que tomó Marilyn, ya que estamos en época de parciales y el tiempo es oro para nosotros en este momento— dijo Sanah apurada, deseando desasirse del palabrerío de la madre de Marilyn.

Su corazón latía con tanta fuerza que parecía iba a escapar de su pecho.

—Vayan niñas. No les quito más tiempo. Estudien mucho. Avisame antes de irte, Sanah, para poder despedirme y enviarle mis saludos a tus padres— dijo Sara, permitiendo a las chicas dirigirse velozmente al atelier de su hija.

Sanah respiró profundamente antes de ingresar. Olía a pintura fresca. El mismo aroma que rondaba la casa de su amado. Un olor que había aprendido a amar.

—Apresúrate—le ordenó Marilyn—. Entra para que pueda cerrar bajo llave, ya que no permito que nadie entre aquí. Este es el único lugar del Universo donde Corazón y yo podemos encontrar sosiego y la inspiración necesaria para que nuestro amor se vuelva arte.

Sanah exploró el lugar. Habían varias pinturas desprolijas y de poca creatividad. Probablemente habían sido pintadas por Marilyn. Sanah se tranquilizó. Aquella farsa estaba a punto de acabar. La falta de talento en todos los retratos delataban la ausencia de Corazón allí.

—Sé que mis obras no son las mejores, pero voy evolucionando. Corazón me incita a practicar y expresar todo lo que siento en mis retratos, sin preocuparme por la técnica. Él me apoya en todo. Seré una buena artista algún día. Aunque jamás podré alcanzar su magia. Corazón toma un pincel y realiza maravillas. Es un pintor sumamente detallista y preciso. Mi admiración por el solo me hace amarlo más— explicó Marilyn, embelesada.

—Entonces, ¿son estas las pinturas de las que hablabas?— inquirió Sanah.

—Claro que no. Los retratos que formarán parte de la exposición parisina fueron realizados por Corazón— dijo sonriendo.

En un rincón, dos enormes pinturas estaban cubiertas por sábanas blancas.

—¡Ven!—indicó Marilyn— Voy a mostrarte.

—Déjalos al descubierto, por favor— pidió Sanah, casi implorando.

—No sabes lo difícil que es para mi compartir algo tan íntimo como esto. Que conste que sólo lo hago para compensarte por el error que cometí—dijo Marilyn, algo indecisa.

—Por favor, retira las sábanas de una vez— expresó Sanah rudamente, elevando el tono de voz.

Cuidadosamente, Marilyn retiró los cobertores.

Cuando los retratos quedaron expuestos ante los ojos de Sanah, ésta no pudo más que llevar sus mano a la garganta para ahora un grito de dolor. Las lágrimas fluían ahora a raudales. Todo a su alrededor se volvía borroso, a la vez que su cabeza daba mil vueltas.

Marilyn, asustada ante la reacción de su amiga, la tomó de los hombros y la llevó a un banco próximo.

—Quédate aquí. Voy por un vaso de agua. Este lugar es poco ventilado al carecer de ventanas. Ya me ha bajado la presión más de una vez estando aquí— dijo Marilyn.

A solas, Sanah levantó sus ojos enrojecidos hacia los cuadros que figuraban

frente a ella.

En el primer retrato, Marilyn la observaba desafiante y rebelde, con un brillo de insolencia en la mirada.

En el segundo retrato, los gestos se habían suavizado y la imagen invadía al espectador con sensaciones de amor y gran sensibilidad.

El pincel de Corazón había dibujado aquello. Como si los pulcros matices y la maravillosa técnica utilizada no fueran suficiente evidencia, en la esquina inferior derecha de cada retrato, lucía majestuosa la firma inigualable del auténtico pintor.

Sanah apretaba sus puños con fuerza. Deseaba que alguien la pellizcara y la sacara de su ensueño. Pero era la cruda realidad. Debía afrontarla. Corazón había estado jugando con ella. Le había mentado descaradamente. Ella se había entregado a él en cuerpo y alma, y él la había traicionado.

Sanah se sentía burlada, repleta de ira. ¿Cuántas chicas habría retratado? Le había jurado que ella era la única mujer que sus manos pintaban. Y sus palabras habían sonado tan verdaderas, pronunciadas con sinceridad en su oído, prometiéndole amor eterno en cada beso de fuego. ¿Con cuántas habría jugado a retratar los cambios que su amor provocaba en la mujer que amaba? ¿Cuántos antes y después habría pintado aquel cínico?

Había sido un excelente actor. ¡Vaya que si era un artista completo! Aquel sinvergüenza iba por la vida seduciendo mujeres, haciéndolas caer en sus brazos irresistibles, con el mero propósito de alimentar su egolatría.

—Aquí tienes querida— dijo Marilyn, ofreciéndole agua— ¿Deseas que llame a un médico?

Sanah se incorporó de inmediato y miró a Marilyn fijamente.

—Si bien el aprecio profundo que sentía por ti se desvaneció irremediadamente, debo advertirte que te alejes de ese infame. Ese tipejo no ama a nadie más que a sí mismo— expresó Sanah, con la voz cortada por las lágrimas.

—Qué pena que desees ensuciar a un hombre que no conoces por puro rencor. Te pido que dejes mi casa, Sanah. Ha sido un error compartir esto

contigo. Lejos de alegrarte por mi dicha, intentas calumniar a mi novio— dijo Marilyn visiblemente enojada.

Sanah huyó corriendo de aquel lugar, secando sus lágrimas, ahogando su llanto, sintiendo que moría por dentro.

—¡Sanah! ¿Qué ocurrió niña? ¿Acaso pelearon?— preguntó la señora Griffin alarmada, al verla en aquel estado.

Sanah continuó hacia la puerta sin detenerse. No deseaba oír nada. Ya había visto lo suficiente. Su mundo, su felicidad se habían desplomado como el castillo de arena más frágil.

Deambuló varias horas por las calles, sin saber donde estaba, perdida en sus pensamientos.

¿Por qué? ¿Por que? La pregunta calaba hondo en su alma. ¿Cómo era posible tanta crueldad en el hombre que tanto había amado? ¿Qué le había hecho ella para merecer tamaño golpe?

Había confiado en él ciegamente. Hubiese jurado que todo aquello era una obra maléfica de Marilyn. Deseaba tanto que aquello no fuera real. Pero lo era. Nada ni nadie en el Universo entero podía imitar las obras de Corazón, ni aún sabiendo su historia y sus retratos fielmente guardados en el secreto de ambos.

La habían engañado como una tonta. Se había enamorado del ser más deplorable sobre el planeta. Le había dado su vida entera a quien no lo merecía. Resultaba increíble como todo puede cambiar en un instante. Su vida había dado un giro con tan solo observar aquellos retratos grabados a fuego en su retina. El amor que sentía, su confianza, su futuro, todo se había puesto al revés. Ya no tenía certeza sobre nada. La invadía el miedo. Sólo deseaba morir. Sin duda cerrar sus ojos para siempre sería menos doloroso que vivir aquello, sentir su alma desgarrándose, con aquel dolor en el pecho que le dificultaba la respiración.

La noche había llegado, y con ella el frío y la neblina. Pero Sanah sólo podía prestar atención al caos que se desataba en su interior.

Su teléfono celular sonaba sin cesar. Era Corazón. Cortó la llamada con furia. Jamás iba a permitirle tomar ventaja de su inocencia, de sus miedos,

para burlarla.

Controlando su llanto, llamó a Annie para que acudiera a buscarla.

Quince minutos más tarde, el coche de Annie se detenía frente a ella. La amiga de su madre se alarmó al verla tendida en medio de la acera, aterrorizada y angustiada como jamás la había visto. Annie corrió hacia ella.

—¡Sanah! ¿Qué ocurrió cariño mío? ¿Por qué estás aquí a esta hora? Yo te hacía en casa de Corazón. Me alarmé enormemente cuando me llamó preocupado porque no sabía nada de ti y tampoco estabas en casa de tus padres. ¿Fuiste asaltada? ¿Alguien te lastimó? ¡Responde, Sanah!

Annie la abrazó fuertemente, y la abrigó con su tapado.

Claro que la habían robado. Le habían quitado toda su alegría, sus sueños, sus anhelos. Le habían secado el corazón, mutilado sus esperanzas. ¿Si la habían herido? Por supuesto. Una herida tan grande que dolía como una puñalada en medio de su pecho.

Sujetándose a Annie, caminó lentamente al auto.

—Te llevaré con Corazón de inmediato. Si no puedes decirme a mi que te ha pasado, lo hablarás con él. Me estás asustando Sanah— dijo Annie.

Sanah reaccionó como una fiera.

—No me llevarás jamás con ese sujeto, porque es el ser más aborrecible que conozco y todo esto es su culpa— gritó Sanah, en un vaho de lágrimas.

Annie acarició su cabello con amor maternal.

—Sé que debe haber algún malentendido aquí, pero ya lo hablaremos cuando estés más tranquila. Vayamos a casa. Tomarás una ducha caliente y te cuidaré como sólo las madres podemos hacerlo. No creas que por el mero detalle de no compartir tu sangre, carezco de las habilidades para cuidar como una leona a una cría herida— dijo Annie, conmovida.

Sanah la besó en la mejilla con afecto. Adoraba a Annie y sólo ella podría comprenderla en aquel momento.

Desafortunadamente, se trataba de mucho más que una herida. Era un vuelco al corazón.

Capítulo XVII

Coraza sin corazón

Sanah recorrió la distancia hasta casa de Annie con los ojos cerrados, adormecida por el suave movimiento del coche. Estaba exhausta. Tenía la sensación de haber vivido mil días de tragedias en tan sólo unas horas. Su cuerpo y su mente no encontraban sosiego.

Annie se limitaba a observarla preocupada. Estaba anhelante por saber los motivos de aquella depresión, pero debía respetar a Sanah. Era un problema atroz sin lugar a dudas. Por su mente, desfilaban todas las situaciones posibles, sin acertar. No cabía duda de que Corazón la había lastimado, pero ¿por qué?. Apenas lo conoció, Annie vió en sus ojos un inmenso amor hacia Sanah, y un alma honesta.

No podría haberse equivocado de tal manera. Si un don tenía ella, era el de intuir las cualidades de una persona nada más verla. Pocas veces sus impresiones fallaban.

Súbitamente, el celular de Annie comenzó a sonar alarmante. Era Corazón.

—¡No atiendas!— atinó a gritar Sanah.

—Es mejor si atiendo y le digo que no te sientes bien. No ha cesado de llamarme. Está claramente preocupado. Al parecer no tiene idea de que estás en este estado por su causa. ¿No sería propicio que tuvieras una charla con él? — inquirió Annie, intentando que Sanah entrara en razón.

Además, estaba segura de que había alguna malinterpretación allí. No tenía sentido alargar aquella angustia pudiendo obtener una explicación del propio Corazón sobre lo sucedido.

—¡No! Te aseguro que verlo sólo me dañaría más aún. No existe argumento en el mundo capaz de reparar esto. Lo menos que necesito es verlo. Deseo

borrarlo de mi memoria y pretender que jamás existió— dijo Sanah, reanudando su llanto.

Annie hizo una mueca comprensiva, sin entender bien la situación.

—Haremos lo siguiente. Atenderé el teléfono y le diré alguna excusa. Ha estado desesperado sin saber tu paradero ni poder hablar contigo— argumentó Annie—. No sé que habrá hecho para merecer este trato, pero me apena muchísimo esta angustia de ambos.

—Te pido que no lo atiendas, por favor. Quiero que desaparezca de mi vida— exigió Sanah, visiblemente devastada.

Annie tomó su mano y atrajo a la joven hacia su hombro, para depositar un maternal beso en su cabeza.

Ya se aproximaban a casa de Annie. La noche estaba fría y lloviznaba.

—Me alegra que Arthur haya partido esta tarde para concretar un posible negocio en las afueras de la ciudad. Y especialmente, fue bueno que no haya cedido ante su insistencia para que lo acompañara. Es como si hubiese actuado con el tacto justo frente a esta situación inesperada. Podremos tener la privacidad de charlar a solas. Arthur no volverá hasta el mediodía de mañana. Muero de ansias por saber que está acaeciendo. Pero por encima de todo, por buscar la solución a esto. Las desilusiones en los noviazgos son cosa corriente, Sanah. Hay gato encerrado aquí. Pongo mis manos en el fuego al asegurar una confusión— dijo Annie, segura de sus palabras.

Sanah movió la cabeza, negando la certeza de su amiga.

—No hay nada erróneo aquí Annie. Ya lo entenderás. No imaginas la falta que me haces en este momento. Tenerte aquí para ayudarme significa el mundo para mí. Desde que era niña siempre tuve más confianza contigo para charlar sobre mis problemas. Ya sabes que mamá tiene una perspectiva del mundo muy diferente a la mía. Por no mencionar a Betty— dijo Sanah, agradeciendo el gesto de Annie.

Annie no pudo contener su emoción ante tan cálidas palabras. Sanah siempre había sido la hija que Dios no había querido darle. Su instinto materno había podido canalizarse a través de aquella niña que la buscaba cada vez que tenía un problema.

—Mi niña adorada, me alegra tanto oír esas palabras. De sobra sabes que siempre te hemos amado como a una hija. Te echamos tanto de menos en estos años fuera de Londres. Sin embargo Sanah, no debes subestimar a tu madre. Yo también me quejo de su actitud conservadora y de lo mucho que cuida las apariencias. Desde joven ha sido así, estructurada y perfeccionista. Pero si de una cosa no dudo ni por un instante, es que en el acierto y en el error, Jenny y Edward te aman más que a sus propias vidas. Han vivido golpes fuertes en los últimos años y se han encerrado aún más en sí mismos— expresó con visible cariño y comprensión por sus amigos de toda la vida.

—Lo sé. Yo también los amo profundamente, aunque sólo logro conectarme con mi hermano. Es el único en casa que sabe como me siento y que me comprende con sólo una mirada.

Segundos después el coche se deslizaba por el suntuoso jardín de los Smith.

Ambas mujeres gritaron de estupefacción al ver que una silueta se aproximaba al auto.

Era Corazón.

Sanah sentía que su pecho iba a estallar de dolor y sorpresa.

Annie no sabía como manejar la situación. Enmudiecieron por completo las dos.

—Te dije que debí atender el teléfono e inventar una excusa. Era evidente que no se quedaría de brazos cruzados sin saber nada de ti— dijo Annie.

Sanah no podía pronunciar palabra.

Sufría tanto al verlo allí, aguardando, anhelante. Sufría porque no era el hombre sincero que creyó. Sufría porque aún tenía puesto su disfraz de amor incondicional hacia ella. Pero ahora sabía que todo era un montaje, que detrás de esos ojos oscuros y esa mirada que la enamoraba, había un ser despreciable que había jugado con sus sentimientos.

—Vamos, Sanah. Sal del coche. Deberás hablar con él. Tarde o temprano tendrás que hacerlo— dijo Annie, abriendo la puerta.

Corazón se mostraba confuso al ver la escena. Parecía no entender que había pasado. ¡Sinvergüenza! De sobra sabía que le había mentado descaradamente.

La señora Mercedes, empleada de la casa de los Smith, salió al patio

apresuradamente.

—Señora, este joven ha insistido en hablar con usted. Como no se encontraba en casa, decidió que esperaría aquí hasta que regresara. Ha estado esperando en la sala desde entonces.

—Está bien, Mercedes. Muchas gracias— dijo Annie.

Corazón se avalanzó sobre Sanah apenas descendió del coche.

—¿Qué te ha sucedido? ¿Por qué no has respondido a mis llamadas? He estado preocupado por ti. ¡Mi amor! ¿Qué ocurre?— interrogó Corazón, con preocupación. Su novia tenía los ojos hinchados, y su tristeza era inocultable.

Sanah se limitó a dirigirle una fría mirada de desprecio que desconcertó al muchacho.

—Chicos, ingresemos a la casa, por favor. Los dejaré a solas para que puedan charlar tranquilos— dijo Annie.

Una vez en el living de los Smith, Corazón exigía una explicación que justificara aquella actitud.

Sanah no podía contener su ira.

—Lo que me ocurre tú ya lo sabes. Lo has sabido todo este tiempo. Pero eres tan miserable que continúas haciendo de cuenta que sigo siendo la estúpida que creía tus palabras. He descubierto la verdad y sé el monstruo que escondes detrás de esa coraza. Qué irónico saber que no sólo yo tenía una. Pero mi capa era para protegerme, la tuya te sirve para traicionar a los demás. Tu coraza es la piel de oveja de un lobo sin sentimiento ni escrúpulo alguno— dijo Sanah, mordiendo las palabras, liberando su bronca en la cara de aquel tipejo que ya nunca más volvería a aprovecharse de su inocencia.

—¡Te has vuelto totalmente loca Sanah! ¿Qué delirio es éste? ¿Qué cosa te han hecho creer? ¿Ha sido tu madre? No logro entender nada. Tampoco comprendo como puedes haber creído mentiras sobre mí siendo la mujer a la que le mostré mi vida entera. Me desnudé en cuerpo y alma frente a ti. Puse mi corazón a tus pies. Y vienes a arruinar nuestra felicidad con argumentos poco claros y absurdos— dijo Corazón, que se sentía tratado con injusticia.

—No metas a mi familia en esto, porque ellos no han tenido nada que ver. Mi madre y Betty han tenido la visión correcta de ti siempre. Por eso jamás les

agradaste. Porque siempre supieron que escondías algo, y efectivamente así es. Sólo lograste engañarnos a Zeus y a mi, con tu falsa faceta de artista honrado. Eres la persona más inhumana y despreciable que conozco. No quiero que vuelvas a buscarme o te demandaré por acoso. Juro que lo haré. No quiero volver a escuchar otra sucia mentira de tu boca. Quiero olvidar que alguna vez te amé— dijo Sanah, con enojo y dolor en su voz.

Corazón se dejó caer sobre un sillón, totalmente desorientado.

—¿Puedes por favor dejar de decir barbaridades que no merezco y explicar puntualmente que ocurrió para que tengas ese concepto de mi? De lo contrario, creo que voy a volverme loco de tanto pensar. No pienso dejar de buscarte, no pretendo poner un pie fuera de esta habitación sin que me digas que pasó. Lo único que has hecho es insultarme sin brindarme al menos una explicación — expresó ofuscado.

Se levantó con fervor y tomó a Sanah por los brazos, obligándola a verlo a los ojos.

—¿Qué te he hecho yo, más que amarte y cuidarte, más que planear una vida entera a tu lado? Sabes a la perfección que te amo más que a mi mismo, más que a nada en este mundo. No puedes dudar de eso. Por eso quitas la mirada. Porque sabes que no miento. Me duele y desilusiona que seas capaz de desconfiar de mi— dijo Corazón, con la voz quebrada y lágrimas en los ojos.

Sanah luchó por desasirse de los brazos que la amarraban. Luchó consigo misma para no caer en las mentiras que aquel charlatán, para no ser víctima de su hipocresía. Forcejeó para salvarse a si misma de aquel farsante. Aunque alejarlo le desgarraba el alma. Porque aquel amor de ensueño que creía estar viviendo, había sido pisoteado al enterarse de la verdad. Su vida entera estaba al revés.

—Me has engañado. Lo mismo que hacías conmigo lo hacías con otra. Yo me entregué a ti en todas las maneras posibles. Abrí mis sentimientos a quien no los merecía. Debiste haber tenido horas de diversión burlándote de mi, de mi amor, de mis recelos, de mis poemas estúpidos. Te atreviste a retratarme desnuda, humillándome por completo. Y eres tan poco inteligente y tan perverso de utilizar los mismos artilugios y engaños con todas tus conquistas.

Te crees un Dios, logrando cambiar a cada mujer que conoces, generando falsas expectativas en base a un amor falso y lastimoso. Retratos, poemas, exposiciones, dime¿ que más pretendías hacer para engañarme y culminar de destruir mi vida? Porque eso es lo que has hecho. Y todo es mi culpa por confiar en alguien como tú. Culaquier improprio que pueda decirte no lograría representar la basura que eres— dijo Sanah con rencor.

Sus ojos destilaban un odio que asombró a Corazón.

El artista estaba sin palabras, anonadado. La mujer dulce y compasiva que conocía lo enfrentaba, recriminándole toda clase de actos que parecía no entender.

—Sanah, me gusta verte así de liberada, de enojada. Te he visto amarme sin coraza, en tu total plenitud, y ahora te veo enojada, y expresando tus pensamientos sin rodeos. Me enorgullece que hayas dejado tus límites por completo. Esta Sanah pasional y auténtica fue la que me hizo enamorar como un loco. Pero estás siendo injusta. Dices cosas sin sentido. Yo no he hecho nada que pueda defraudarte o lastimarte— dijo Corazón, tratando de razonar aquel asunto.

Sus palabras que pretendían calmar a Sanah, la habían vuelto una fiera. Se lo quedó mirando por unos segundos, mordiendo sus labios con incalculable ira, y antes de que el joven pudiera adivinarlo, le propinó un sonoro golpe en la mejilla.

—Una peste como tu que se regodea engañando a los demás, merece mucho más que este golpe, pero confío en que el destino se encargue de devolverte con creces el mal que haces a los otros— dijo Sanah, como si estuviera lanzando una maldición sobre Corazón.

Éste aún tocaba su mejilla, como si no pudiera creer lo que estaba sucediendo y necesitara otro golpe para caer en cuenta de la cruda realidad. Desconocía a Sanah.

Perdió el también los estribos. Ya había sido suficiente de tratarla con afecto e intentar razonar con ella. La ofensa era inadmisibile para él.

Elevando el tono de voz, con el ceño fruncido y su índice apuntando a la muchacha, se defendió de aquel trato.

—No voy a tolerar este comportamiento, Sanah. Yo no soy un juguete que puedes amar un día y desechar al siguiente porque algún comentario o lo que sea que te haya puesto así, haciéndote pensar locuras de mi. No voy a permitirte tus agravios y golpes, simplemente porque soy un hombre digno y no he hecho nada para merecerlo. O dejas la cobardía de lado por una vez en tu vida y me dices que ha pasado o me iré de aquí, y tu arrepentimiento no servirá de nada cuando decidas buscarme para disculparte por tantas calumnias.

—¿Disculparme? Tú eres quien debería pedir perdón de rodillas. Tú eres el cobarde y canalla. Sólo tú, que eres tan poco hombre que ni siquiera admites la falta que cometiste. Eres un verdadero sádico, un psicópata. ¿Porque no vuelves a echar un vistazo a los retratos que hiciste de Marilyn, a ver si eso te refresca la memoria? Sal ya de mi vista o llamo a la policía, y créeme que lo haré— dijo Sanah.

Corazón analizaba cada palabra sin responder. ¿Marilyn? ¿Retratos?

Cabizbajo y absorto en sus pensamientos, abandonó la sala y ni siquiera oyó cuando Annie, expectante, salió a su encuentro en busca de alguna explicación. Se limitó a caminar a paso lento, como un zombie, hacia la puerta de salida, y abandonar la residencia con un suave golpe al cerrar la puerta.

Una vez a solas con Annie, Sanah dio rienda suelta a todo su dolor. Le contó con lujo de detalles todo lo que había descubierto, la traición de Corazón, aquellas pinturas de Marilyn y el sufrimiento que padecía, sumado a la bronca de sentirse utilizada.

Annie permanecía incrédula. Aquel relato la dejaba realmente impávida. Su desconfianza se basaba en más de un motivo. Corazón amaba a Sanah y eso era algo indiscutible. No habían ojos en el mundo que brillaran más que los del joven artista cuando veía a aquella muchacha. Por otra parte, lo consideraba incapaz de poner en riesgo su amor. Cómo si tanto argumento no fuera válido, se sumaba a la historia Marilyn. Aquella chica le había causado gran desagrado desde pequeña. Su envidia y recelo por Sanah eran evidentes, aún ocultos en una falsa amistad. Además, ella había manifestado su amor por

Corazón. Debió haberse sentido despechada cuando se enteró de que éste había elegido a Sanah y había montado aquella farsa para separarlos.

—Escucha, Sanah— dijo Annie, cuya mente no cesaba de pensar—. Me estás diciendo que Marilyn asegura tener una relación con Corazón. ¿No te llama la atención? Me dices además que se mostró adulatora y amable contigo. Si hay algo que esa chica no posee son modales. No la creo capaz de disculparse genuinamente, ni de acercarte a ti con otro propósito más que engañarte. Además, Corazón afirmó que había cesado sus clases con ella, para evitar que continuaran sus intentos de seducirlo. Tú misma me contaste que tuviste una charla con él al respecto. Corazón se percató de que ella quería conquistarlo y cortó el vínculo por lo sano. Imagina el rechazo que debió sentir al verse desplazada. Esa chica tiene una mente maquiavélica. Desde siempre me ha generado escalofríos su comportamiento. Toda su vida ha buscado dañarte. Te aseguro que no es el tipo de mujer con la que se involucraría Corazón. Él no es ningún tonto. Sabría que de tener una relación simultánea con Marilyn, tu acabarías enterandote tarde o temprano. Nada de esto tiene el menor sentido. Debemos saber como se enteró Marilyn de su romance. Esa es la cuestión— expresó Annie, pensativa.

—No hay ninguna cuestión aquí Annie. No implica nada el hecho de que se haya enterado o no de nuestra relación. Eso no hace la diferencia. La prueba tangible e inobjetable son los retratos. Créeme que yo no tomé en serio ni una sola palabra de Marilyn hasta tener aquellos dos retratos ante mis ojos. Si ni siquiera tú que eres la única persona en el mundo con quien comparto todo sabías que Corazón me había retratado, imagínate si iba a saberlo ella— dijo Sanah, indignada. Le causaba asco todo aquello.

—Sé que es difícil, pero imaginemos que para una mujer capaz de todo por destrozarte tu amor y tener lo que desea, podría hallar la forma de utilizar cualquier truco para descubrirlo. Ella pudo espiarlos, colarse por algún lugar, allanar la morada de Corazón. No lo sé. Todo es posible— expresó Annie, intentando indagar en aquel asunto. Aquello requería investigación, sin lugar a dudas.

Sanah hizo un gesto de cansancio, llevando las manos a sus sienes como si

fueran a estallar.

—No tiene sentido que des rodeos frente a lo que está más claro que el agua. Todas tus hipótesis ya las formulé previamente, y no encajan. Aquellas pinturas que denominábamos «con y sin coraza», se suponía eran nuestro mayor secreto. Ambos prometimos mantener aquello tan íntimo bien resguardado. No compartí mis planes con nadie. Pero él no lo cumplió. Se rió de mi todo el tiempo. Aún si Marilyn hubiese hurgado en el hogar de Corazón, lo cual es descabellado, pero imaginemos que así fue. Presuponiendo que ella observó los retratos, ideó un plan, ¿cómo hizo para que Corazón la retratara? ¿Por qué asegura viajar a una exposición en París? Corazón tuvo la osadía de invitarme a aquel evento en el que presentaríamos nuestros retratos. Decía que sólo yo sabía de aquella exposición que tendría lugar. La única verdad aquí es que es un maldito, un manipulador, un mentiroso— dijo Sanah, llorando.

—¿Y si alguien imitó esos retratos, Sanah? Marilyn pudo haber contratado a algún pintor que la dibujara— reflexionó Annie, incapaz de creer que aquel idilio tan bello fuera un cruel engaño.

—Eso no. Yo vi esas pinturas con mis propios ojos. La firma de Corazón estaba allí, su forma de dibujar, sus detalles, todo era suyo. Nadie sobre la Tierra podría copiar eso. He visto infinidad de pinturas suyas y todas tienen un sello único, muy personal. Esa posibilidad es más que remota, totalmente imposible— afirmó Sanah.

La charla terminó allí. Annie ya no tenía más ideas para añadir. Y lo último que necesitaba Sanah eran excusas para ocultar lo irremediable. Todo estaba aclarado. Annie debía apoyarla, ayudarla a transitar aquel momento. Cuanto antes odiara a Corazón, más pronto lograría olvidarlo. Cada insulto que le dedicaba en aquellas horas de insomnio mitigaban su dolor. Pasaron la noche en vela, conversando de a ratos, pensando otros. Annie la consolaba pero le preocupaba mucho aquella situación. Sanah se había transformado con tanto dolor. La desilusión había hecho que su coraza volviera a rodearla. Aunque ahora, era una Sanah más fuerte. Aquella niña dulce, estaba ahora llena de odio y rencor. Su escudo volvía para ponerle freno, para impedirle amar,

confiar. Ya nunca más caería en las trampas de nadie. Annie temía por su amiga. Aquel enojo, tanta tristeza y odio no eran buen motor para su vida.

A la mañana siguiente, Sanah reunió valor para regresar a su casa. En su mente, tenía una clara decisión. No la había compartido con Annie, puesto que ella no estaría de acuerdo con su accionar, pero su idea era indeclinable. Todos en su casa habían estado en lo cierto. Corazón era un sujeto indeseable. Después de todo, no era tan aborrecible el accionar de sus padres al querer unirla a Mark. ¿Podía algún hombre ser peor que Corazón? No. Definitivamente nadie podría dañarla de aquel modo. Volvería sobre sus pasos y se casaría con Mark. No lo amaría, por supuesto. Su corazón tenía una coraza de hierro. Sería incapaz de sentir amor por ningún hombre. Jamás se volvería a ilusionar con almas gemelas inexistentes. Pero unirse a Mark le daría tranquilidad a sus padres. Hasta ella lograría tranquilidad. No más enamoramiento, no más expectativas, no más dependencia y necesidad de un amor. Se llenaba de rabia al pensar lo mucho que anhelaba ver a Corazón cada día, el placer de caer en sus brazos y sentirse tan amada. Jamás había sido amada, y nunca más quería volver a amar.

Annie la acompañó hasta su casa y se despidió, visiblemente consternada.

Su padre ya estaba levantado. Se encontraba sentado en la mesa, bebiendo un café lentamente, con la mirada perdida.

—Papá— le llamó Sanah, suavemente.

—¡Hija! Ya regresaste. Annie llamó anoche para avisar que dormirías en su casa. Entre tus amigas y Annie, ya casi ni vienes a dormir y te echamos de menos. ¿Cuando terminan con ese trabajo tan demandante?— dijo el señor Johnson cariñosamente.

Sanah se sintió culpable por haber mentido a sus padres sobre sus ausencias nocturnas. Aquel sujeto no merecía sus mentiras.

—Ya lo culminamos papá. Nuestro proyecto está listo. Ya no pasaré más noches fuera de casa. ¿Qué hacías tú?— preguntó Sanah, al ver que su padre tomaba notas en una agenda.

—Estaba realizando algunos números. Hoy firmaré los trámites con Mark y diré adiós a mi amada inmobiliaria. Es algo que ya he asumido. Hemos

afrontado tantas cosas que sé que saldremos a flote nuevamente. Tengo unos pocos ahorros y quiero administrarlos prudentemente. Lo primero que debo hacer es un recorte de gastos. Debemos adaptarnos a una vida más sobria y prescindir de varias cosas. Me duele mucho por ti y tu hermano, pero es la única salida— expresó Edward.

—Papá. Justamente deseaba hablar contigo sobre mi boda con Mark. Sé que mi comportamiento ha estado cambiante últimamente. He estado muy agobiada y me producía cierto pavor unirme a Mark, dado que no lo conozco lo suficiente, pero he recapacitado, y deseo que pongamos en pie aquella idea nuevamente— dijo Sanah.

Su padre la observó entre compasivo y confuso.

—Mi amor, ya hablamos de esto. Tu madre y yo fuimos los equivocados aquí. No debes sentir ninguna culpa. Tú no eres responsable de nada. Me enorgullece ver que tienes un corazón tan grande hija mía, pero jamás priorizaría nuestro bienestar económico a tu felicidad. Zeus y tú son lo más importante para mi. Soy un fracasado en los negocios, pero un padre exitoso— dijo el señor Johnson con una sonrisa.

—Tengo plena certeza de que desean mi felicidad, papá. Especialmente tú, me apoyaste cuando me negué a casarme y entendiste mis razones. No estoy haciendo esto por nuestras finanzas. Yo no sobrevaloro lo material. Tengo fé ciega en tus capacidades. Todos lograríamos sobreponernos a la quiebra y resurgir como tantas otras veces. Sólo deseo retomar el proyecto de mi boda con Mark porque así lo deseo. Estoy en edad de formalizar una relación y realmente quiero hacerlo— dijo Sanah, convincente.

—Hija, creo que no debes precipitarte. Un matrimonio no debe ser tomado a la ligera como bien me enseñaste. Está bien que hayas cambiado de parecer, pero debemos tomar el asunto con calma. Mark se molestó bastante cuando le presenté la situación, y no sé si el te aceptaría tras este desplante. Es mejor que dejemos las cosas como están, hija mía. Tarde o temprano, llegará a tu vida un hombre de quien te enamores y tendrás una boda maravillosa. Tiempo al tiempo, hija mía.

¡Enamorarse! ¡Vaya palabra! En su vocabulario, en su corazón, ese concepto

estaba proscripto.

—Está bien, papá. De todos modos, voy a llamar a Mark. Creo que me comporté algo grosera con él. Quizás pueda ofrecerle disculpas por no dar la cara en su momento— dijo Sanah.

—No hija, no lo hagas. Fui yo quien lo anotició sobre la cancelación de la boda puesto que a mi me correspondía hablar. Yo fui quien te involucró en esto. No necesitas disculparte por nada— dijo su padre, tajante.

—Sí, lo sé. Aunque yo fui culpable por acceder y luego declinar. Creo que una charla no costaría nada— expresó Sanah.

Su padre hizo un gesto de duda y tristeza. Temía que Sanah tomara aquella decisión sólo para rescatarlo de la inminente ruina. En parte, aquella impensada reacción, tenía como propósito resolver el problema económico familiar, pero el motivo que verdaderamente la empujaba a Mark era la rabia, el odio, la venganza, la posibilidad de devolver con aquella acción un poco de todo el dolor que Corazón le había causado. Le dolería ver que se había percatado de todo, y podría restregar en su cara que se había salvado a tiempo, que había descubierto aquella trampa y ya no sería jamás un objeto de su colección, una musa más a quien herir con su falso amor. No buscaría amor ni felicidad en su vida. Todos los riesgos que había tomado siguiendo ilusiones la habían hecho trizas. Ahora veía el mundo desde una perspectiva nueva y real. Su coraza la envolvía ahora como nunca. Necesita protegerse de todo. Cualquier escape de su armadura podía acribillarla.

Un cuarto de hora más tarde, el majestuoso auto de Mark atravesaba el jardín. A juzgar por su rápido accionar, parecía estar dispuesto a volver a aceptarla como su prometida.

Betty se quedó anonadada tan pronto abrió la puerta y vio al arquitecto. Estaba tan asombrada que sus labios tardaron en poder emitir un saludo. Luego su mirada se dirigió a Sanah, buscando respuesta para aquella presencia.

—¿Por qué está Mark aquí?— se apresuró a susurrar Betty en su oído.

—Aguarda y luego te contaré— explicó Sanah en un murmullo.

Afortunadamente, su madre se encontraba fuera de casa en compañía de Zeus. Sanah no podía imaginar el alboroto que provocaría de ver a Mark allí.

Una vez dentro del despacho del señor Johnson, Sanah tomó coraje para expresar lo que debía decir.

—Mark, te he llamado para ofrecerte una disculpa por mi decisión de cancelar el matrimonio. Probablemente te confundió mucho mi cambio, puesto que estábamos comprometidos. Espero entiendas que tuve los temores y dudas que son lógicos para una chica de veinte años. No tuve mucho tiempo para analizar cada paso que di y no me sentí preparada para una boda. En este tiempo he reconsiderado mi posición y he visto que obré mal— dijo como si se tratara de un discurso aprendido.

Mark la observaba con seriedad.

—Acepto tus disculpas, Sanah, aunque debes comprender que me has causado un grave daño. Soy un empresario de renombre en esta ciudad. Nuestro compromiso figuró en los periódicos locales. Mi familia y clientes fueron partícipes del evento. Tu actitud me tomó por sorpresa, pues no lo esperaba de una mujer coherente y juiciosa como tú— dijo con firmeza.

Sanah no sabía si reír o llorar ante aquella manifestación tan solemne. No creía que cancelar una boda fuera un asunto tan grave. Al parecer, Mark y su familia iban en la misma línea de pensamiento. En su mente, el único deseo era mostrarse superada, aún si para eso debía casarse con aquel idiota con ínfulas de grandeza. Se sintió ruin al pensar que estaba accediendo a una boda para causar mal a otros. Jamás había actuado por despecho o malicia, pero ahora no podía evitar sentir odio en su alma. Quizás a Corazón su matrimonio le importara un bledo, pero al menos mostraría dignidad. Vería que él no había significado nada para ella y que sus engaños no habían arruinado su vida ni mucho menos.

—¿Entendiste lo que acabo de decir, Sanah?— inquirió Mark, inquieto ante el silencio de su ex prometida.

—Sí, por supuesto— se apuró a decir Sanah— .Puedes estar tranquilo que las dudas no tendrán lugar esta vez. Puedes confiar en mi sensatez. Comprendo el compromiso que asumo y no te defraudaré— dijo Sanah, con convicción.

En verdad, no mentía. No daría marcha atrás en su plan. Mark podía calmarse al respecto. Se casaría como la niña buena que siempre había sido.

Después de todo, obedecer era lo suyo. Cuando creyó que tenía la valentía de dirigir su vida, todo se desplomó sobre su cabeza. Era mejor volver a la coraza. Definitivamente lo era.

—Voy a otorgarte mi voto de confianza, Sanah—intervino Mark—. Pero en tal caso, la boda debe ser realizada a la brevedad. Es la única manera de probar que aquel compromiso que efectuamos y que varios presenciaron no perdió su vigencia y nuestros planes de matrimonio siguen en pie. Además es la forma ideal de acallar todos los rumores de ruptura que han surgido en este tiempo y que incluso ha llegado a páginas de reconocidas revistas. Para ser mi esposa, debes acoplarte a tu rol a la perfección, Sanah. Mi carrera ha ido en progreso gracias a mis éxitos empresariales y el estilo vanguardista que he traído a esta región. Deseo ser alabado por mi talento como arquitecto y no por asuntos personales que damnifiquen mi reputación. Tú decides si estás a la altura de las circunstancias— expresó Mark, con mirada rígida.

—No seré yo quien obstaculice tu trayectoria. Puedes contar con ello. La boda se efectuará cuando lo indiques— dijo Sanah.

Aquello le parecía excesivo. Está bien. Mark era un hombre de negocios reconocido y la prensa local siempre destacaba sus propiedades, además de figurar en las secciones sociales de todos los periódicos, pero era exorbitante creer que una ruptura amorosa pudiera afectar su supuesto honor. No estaba casándose con un Príncipe o convirtiéndose en la Primera Dama de un afamado Presidente. Pero al parecer, Mark cuidaba las apariencias con lujo de detalles.

El señor Johnson balbuceaba buscando decir algo, pero sin valor para decirlo.

—¿Qué pasa, Edward?— preguntó Mark.

—Eh.. Mark, tú sabes cuanto te aprecio como profesional y persona. Ha sido muy valiosa la ayuda que me brindaste. No obstante, no quiero que mezclemos las cosas. El hecho de que mi hija haya decidido retomar su camino al matrimonio junto a ti, no significa que yo no vaya a saldar mi deuda contigo. Cuando Sanah me contó sobre la decisión que había tomado tras arrepentirse de romper su unión, yo temí por lo que tú pensarías. Esta decisión ha sido suya

y créeme que no he intervenido para sacar rédito de esto. Mi situación seguirá siendo la misma. Mi empresa te pertenece y prometo ir pagando todo lo que te debo— dijo el señor Johnson con lágrimas en los ojos.

Sanah sintió pena por su padre. Haber perdido su negocio realmente lo había afectado. Había sido un golpe enorme a su sacrificio de años.

—Jamás pasó esa idea absurda por mi cabeza, señor Edward. Lamento que haya tenido que dejar la compañía. Los negocios requieren una habilidad e ingenio que no todos poseen— expresó Mark con una arrogancia que hizo que Sanah deseara golpearlo en el rostro.

—Papá ha trabajado incansablemente para formar su negocio. Todo lo que obtuvo en su vida salió del sudor de su frente, de sus horas en vela. Creo que tus palabras son ofensivas e injustas. Mi padre posee una capacidad extraordinaria para todo lo que hace. Pone su pasión y su perseverancia en cada emprendimiento. Lograr que un negocio sea exitoso requiere mucho más que ingenio. Muchas veces, el éxito va ligado a la suerte y a la falta de escrúpulos para realizar acciones corruptas que puedan beneficiar a uno a costa de los demás. Por encima de un excelente hombre de negocios, mi padre ha tenido un increíble don de gente que lo ha hecho cuidar de cada empleado suyo, forjándolos a crecer y formando vínculos entrañables con todos sus clientes, lo cual lo llevó a ser respetado y admirado en su área. Hay muchos profesionales con éxito en este país, pero pocos de ellos tienen el corazón enorme de mi padre— expresó Sanah con fuego en sus palabras y una pasión desorbitada por defender a su progenitor de aquellas palabras tan idiotas como quien las pronunciaba.

Se produjo un silencio incómodo tras su discurso de defensa. ¿Se habría excedido? ¡No! Él se lo merecía. Necesitaba lavarse la boca antes de hablar de su padre. De eso no le cabía duda. Alguien debía poner a aquel ídolo de barro en su lugar.

Su padre la miraba con preocupación y susto en sus ojos.

Mark soltó una risa molesta.

—Sanah, no tuve intención de molestar a tu padre con mis palabras. Eres estudiante de Economía y sabes como funcionan estas cosas. En fin, no voy a

discutir sobre negocios contigo. Me hace mucha gracia tu enojo y tus mejillas ardientes como si hubiera proferido un insulto a tu padre. Para tranquilizarte, debo decirte que si me hubieras permitido expandirme, iba a decir que confío en las habilidades de tu padre, y puesto que seremos familia muy pronto, voy a pedirle que retomemos nuestro lazo empresarial. Señor Edward, sea bienvenido nuevamente al negocio inmobiliario que tan bien conoce. Esperemos que los números sean más prósperos en esta segunda instancia. Por precaución, yo continuaré con el ochenta por ciento de las acciones— dijo Mark, con satisfacción, como si acabara de realizar un gran acto de bondad.

Su padre bajó la cabeza con vergüenza.

—Eres muy amable Mark, pero buscaré otra forma de pagar el préstamo que me brindaste. Deseo que mantengamos nuestros negocios separados. Especialmente porque serás mi yerno y deseo evitar cualquier tipo de problema— dijo Edward con timidez.

—Vuelve a tu negocio, papá. Es lo que mereces y es la forma en que lograrás pagar tu préstamo y volver a adquirir la totalidad de las acciones. No renuncies a lo que has construido durante décadas— dijo Sanah, tomándolo de la mano.

—Creo que está en lo cierto, Edward. Tómallo como una segunda oportunidad. Yo seguiré al mando de la compañía hasta que la deuda que contraíste me sea devuelta. Al menos, podrás intentar revertir la situación y quizás algún día logres recuperar tu negocio— expresó Mark, bebiendo un sorbo de licor.

—Está bien. Prometo que daré lo mejor de mi para que la inmobiliaria prospere como en su mejor época de esplendor, algunos años atrás. He sorteado tantos obstáculos para progresar, que a nada temo. Te agradezco mucho, Mark— expresó el señor Johnson con sinceridad.

Cuando salieron a la sala, Betty estaba pegada a la puerta pretendiendo que pasaba un plumero sobre el cuadro y la señora Jenny los miraba buscando respuestas en sus ojos.

Una vez que Mark contó que la boda tendría lugar a la brevedad, los chillidos de alegría no se hicieron esperar. Su madre no pudo contenerse y fue

corriendo a abrazarla.

—¡Mi Sanah adorada! Yo sabía que este momento ocurriría. Estaba tan preocupada por ti. Por fin vuelves a ser mi mujercita que me enorgullece— dijo al tiempo que estampaba un beso en la frente de su hija.

Cómo si no se sintiera lo suficientemente azorada, Betty se unió a las felicitaciones por su cambio de actitud, celebrando que todo volviera a la normalidad.

—¿Dónde está Zeus?— preguntó Sanah, deseosa de ver a su hermano.

—Está en el jardín con su profesor de pintura. Estaba ansioso por llegar— dijo Jenny con una amplia sonrisa que reflejaba su felicidad.

Sí, al parecer todos allí estaban felices con las rutinas.

La cara de Sanah se transformó al oír que Corazón se encontraba allí. No pudo evitar que los nervios invadieran su estómago.

—Te acompaño hasta tu coche, Mark— dijo amablemente.

Su objetivo era que Corazón la viera con su prometido. Y que la viera feliz y radiante.

Tomó a Mark por el brazo y ambos atravesaron el jardín hacia el lujoso auto importado del arquitecto, quien se encontraba sorprendido ante la efusiva muestra de cariño de su arisca prometida.

A pocos metros de allí, Zeus estaba concentrado con su pintura, volcando su arte en un lienzo blanco. Sanah sintió como la mirada del profesor la seguía con intensidad.

Cuando Mark abrió la puerta de su coche, ella lo besó en la boca, dejándolo estupefacto.

Luego pronunció una melosa despedida que se aseguró llegara a oídos del pintor.

De regreso a la casa, se detuvo a darle un apretado beso a su hermano y le dirigió una mirada de desprecio al docente, quien la contemplaba con sorpresa.

Luego caminó con paso firme por el jardín, pero una mano sujetó su brazo y la hizo virar con fuerza.

—¿Qué se supone que estás haciendo? ¿Era esto lo que querías? ¿Acaso no

era más digno que me dijeras que sigues siendo una cobarde, que no querías perder tu oportunidad económica y que deseabas volver con tu prometido y tus mimos de niña rica en vez de ensuciar nuestra relación con mentiras?

Corazón gritaba como un loco, con una furia destemplada.

Sanah jamás lo había visto así. Parecía estar al borde de la locura, como si hubiese perdido el juicio. Y si bien aún lo amaba, deseaba verlo sufrir como ella. Se lo merecía.

—Lo único que deseo es alejarme de un desgraciado como tú. No vuelvas a acercarte a mí— dijo Sanah con tono amenazador.

No obstante, Corazón no estaba dispuesto a dejarla ir. Tomó la cabeza de la joven entre sus manos atrayendo su rostro hacia sí.

—¡Mi amor! No quiero vivir sin ti un sólo día de mi vida. Tú me amas y eso no lo puedes ocultar. Salgamos de aquí, de esta casa que agoniza, hablemos todo lo que desees. Confía en mí Sanah, te lo ruego. Me rehusó a creer que la mujer fuerte y libre que amé sea lo que acabo de ver. Tú no eres así. No cedas a presiones de tus padres. ¡Se valiente por nuestro amor! No te refugies en esa coraza de infelicidad e incertidumbre.

Corazón parecía rezar sobre sus labios, implorándole que volviera a su lado.

Pero ahora Sanah sabía que había sido la presa fácil de un depredador. No volvería a caer en su juego jamás.

—¿Qué ocurre aquí?.

La señora Jenny interrumpió la escena, sorprendida al ver aquello.

Sanah se deshizo de los brazos que la amarraban.

—Mamá, será mejor que despidas a este hombre y busques un artista decente que pueda impartir clases a Zeus. Este tipo se ha tomado atribuciones y ha pretendido propasarse conmigo— dijo Sanah, sobreponiéndose a sí misma, luchando con su dolor.

Corazón sacudía la cabeza sin poder creer lo que veía.

Zeus se acercó, alertado por los gritos que llamaron su atención.

Con lágrimas en los ojos, Corazón se arrodilló ante el niño.

—Zeus, hay unos compromisos que debo asumir en París. Voy a dejar de venir por un tiempo, pero juro que pensaré en ti cada día y te echaré mucho de

menos mi querido amigo. Promete que seguirás dibujando y perfeccionando todo ese talento que tienes. También debes cuidar de Dalí, ¿está bien?— expresó acariciando el cabello del chico.

Zeus lo abrazó con todas sus fuerzas, expresando todas sus palabras y emociones en aquel gesto. Sanah dio la espalda a la escena y entró a su casa. Corrió a su habitación y lloró a raudales. Lloró por todo lo que pudo ser y Corazón lo arruinó, por lo despiadado que era y por lo mucho que lo añoraba. Por lo feliz que hacía a Zeus y lo feliz que fue ella, aún cuando nada fue cierto.

Lo vió rechazar un sobre de su madre, probablemente con sus honorarios, y luego lo vió partir lentamente, enjugando sus lágrimas y mirando a su habitación, sin poder encontrarla.

Su tristeza le retorció el pecho porque ya sabía que Sanah tenía una coraza, que la tuvo por mucho tiempo, pero también sabía que él la había desnudado por completo y había amado a una mujer estupenda. Pero lo que no lograba alejar de su dolor es que esta vez, parecía que la coraza tenía vida propia. No dejaba asomar ni un sólo destello del alma que guardaba. Había visto una conocida coraza sin corazón.

Capítulo XVIII

Un nuevo amanecer

Los días siguientes, Sanah se resguardó en la seguridad de su casa, temiendo que Corazón la buscara. Supo por Annie que había llamado en reiteradas oportunidades y que parecía no darse por vencido.

Por su parte, Betty y su madre estaban frenéticas de dicha por la inminente boda. Sus conversaciones y acciones tenían que ver siempre con el matrimonio de Sanah.

Mark la llamaba por las tardes y trataba de ser cordial con él, para no despertar posibles sospechas de un nuevo arrepentimiento.

Vivía agobiada de simular una ilusión que no sentía, y que ya no volvería a sentir jamás. Los colores a su alrededor parecían menos vibrantes. Su vida había perdido intensidad.

Su padre había vuelto a sonreír y se mostraba optimista con respecto a su recomienzo en su compañía de siempre. Mark, cauteloso, había planeado una boda bajo el régimen de separación de bienes, para no ver sus intereses afectados bajo ninguna circunstancia. Por otra parte, era una manera de asegurar que Sanah no se estaba casando con él por su holgado pasar económico. ¡Si supiera que ésta sentía tanto desprecio por él como por sus bienes!

Quien más le preocupaba era Zeus. La tristeza del pequeño desentonaba con las risas que invadían la casa. Añoraba su rutina junto a Corazón, y lo expresaba en nuevas rabietas y enojos, expresados mediante empujones a su madre y a la propia Sanah, quien lo abrazaba hasta tranquilizarlo, reafirmando en su mirada cuanto lo amaba. Le hería el alma como una puñalada haberle causado aquel sufrimiento a su hermano. Justamente ella, quien deseaba tanto

el bienestar del pequeño. Jamás se perdonaría verlo retroceder en sus avances. Sin embargo, cuando lo pensaba cuidadosamente, estaba segura de que había estado en lo correcto. Corazón era un estafador sentimental. Le había hecho bien a Zeus, así como a ella. Pero escondía un alma turbia que acabaría dañando al pequeño tarde o temprano, de igual manera en que la había destruido a ella hasta hacer sus sentimientos añicos.

Para revertir el impacto del cambio de rutina, Sanah dedicaba sus mañanas a pintar con el pequeño en el jardín, en el mismo horario en que lo hacía con Corazón. Quería mitigar su tristeza y continuar promoviendo su destreza para la pintura. Por otra parte, resultaba sumamente sanador pasar su tiempo juntos. La inocencia de su hermano calaba hondo en su ser y la liberaba de su resentimiento.

Uno de aquellos días, recibió la visita de Mey y Sophie. ¡Las había extrañado tanto! En la intimidad de su dormitorio, se abrió con ellas y contó todo lo que había vivido, su desilusión al descubrir al engaño de Corazón y la penuria que estaba atravesando. Sus amigas no podían salir de su asombro. No podían creer que Corazón la traicionara de aquella manera. No fue bueno para Sanah revivir su angustia a través de su relato, pero las chicas supieron mostrar su lealtad, conteniéndola con gran cariño e incluso sacándole varias sonrisas con sus clásicos disparates e impropiedades. Corazón tenía suerte de no poder ser alcanzado por todas aquellas maldiciones que lanzaban las muchachas.

—Sanah, entiendo todo tu rencor, ¿pero no creés que al casarte con Mark intentando dañar a otros, terminarías hiriéndote a tí misma?— dijo Mey, retomando el rumbo serio que la charla merecía.

—¡Ah, no—! intervino Sophie, con su clásico desparpajo— Déjala que se case con Mark. Muero por ver la cara de esa punk arrepentida y el pintorzuelo cuando se enteren de la noticia. Debes demostrarle a ese tipejo que lograste el amor de un hombre de verdad, y que su intento por arruinar tus días fracasó rotundamente. Claro que Mark es un pesado, pero podrás librarte de él cuando quieras. Es más, ¿sabían que el setenta por ciento de los matrimonios terminan

en divorcio? Y no lo estoy inventando yo. Lo muestran las estadísticas— expresó Sophie, defendiendo sus argumentos acaloradamente.

—No eres tú quien tiene que opinar al respecto, Sophie— rezongó Mey, señalando a Sanah.

—En verdad, ambas están en lo cierto. Sí admito que me mueve el odio hacia Corazón y mis ansias de venganza. Y tengo pleno conocimiento de cuán infeliz seré con Mark, sólo que no me importa en lo más mínimo. Ya estoy sufriendo a causa de la desilusión más grande que podré tener en mi vida, y sé que eso es irreversible. Por favor no digan que debería hacer terapia o viajar o pasar bailando en discos. Nada me quitará este sinsabor de mi vida, y nadie puede saber lo que siento más que mí misma. Así que aquí o en la China, en la Universidad, en esta casa, casada con Mark o con cualquier Fulano, nada cambiará para mí. Por supuesto que tampoco soy masoquista. Me libraré de Mark tan pronto pueda, pero esperaré a que mi padre pueda recuperar su negocio— explicó Sanah, ante la mirada entre estupefacta y preocupada de sus amigas.

Las horas transcurrían lentas en compañía de Betty y su madre. No se arriesgaba a visitar a Annie, ya que Corazón podía estar rondándola. No soportaría verlo. Era reabrir una herida enorme, y recordar tantas cosas que deseaba desterrar de su memoria. No podía ver esos ojos que parecían mentir tan sinceramente, y debía llamarse la atención a sí misma y recordar quien era aquel sujeto.

A su vez, cada vez que Annie la visitaba, su madre no las dejaba un segundo en privado.

De todas maneras, sonrió complacida cuando vio a Annie cruzar la verja aquella tarde soleada. Lucía angustiada.

—Buenas tardes, mi niña— la saludó, depositando un cálido beso en la frente de la joven.

—¿Pasó algo?— preguntó Sanah, quien conocía muy bien a su amiga.

—Sí. Debo decírtelo rápido, antes de que tu madre o Betty me vean— dijo Annie en un susurro— .Corazón me dejó esta carta en la mañana y me rogó que te la diera.

La señora Smith extendió un sobre hacia ella.

—¿Qué? ¿Una carta? ¿Creé que por mucho que repita sus mentiras voy a creerlas?— dijo Sanah, enojada.

Su madre y Betty salían al jardín en aquel preciso instante, presurosas por saludar a Annie.

Sanah se apresuró a ocultar el sobre sin éxito.

—¡Amiga querida! ¡Por fin nos honras con tu visita! No tienes idea de los diseños de tarjetas de invitación que me ha enviado la organizadora de eventos esta mañana. ¡Son todos tan bellos, tan delicados y refinados que no sé cual escoger! Sanah nos pide que nos hagamos cargo de todo sin dar su opinión sobre nada. ¡Es una novia muy perezosa por cierto! Aunque sus nervios son evidentes. ¿Puedes creer que hasta está faltando a la Universidad? ¡Pues sí! Dice que necesita descansar para poder disfrutar de su boda con total plenitud. ¡Ven conmigo! Voy a mostrarte todos los diseños para que me ayudes a escoger el correcto. No hay mejor gusto para estas cosas que el tuyo. Betty y yo no logramos ponernos de acuerdo en nada— dijo Jenny, apresurada.

—Esta niña nos tiene tan orgullosos con su decisión— dijo Betty levantando las manos como si agradeciera a Dios por alguna bendición—. Yo estaba segura de que todos esos cambios y rebeldía que tuvo este tiempo fue la forma de manifestar toda su ansiedad por la boda. Y cuando se tranquilizó y se percató de que estaba perdiendo a Mark, no dudó en luchar por su amor. Él fue tan caballero de aceptar sus disculpas y retomar los planes de boda. Sanah jamás encontrará un marido más comprensivo que ese.

Annie apenas podía contener la risa ante tan disparatado análisis de la situación que tanto distaba de la realidad.

—¿Qué es ese sobre, hija?— preguntó la señora Johnson, señalando la carta de Corazón que Sanah estrujaba en sus manos.

Sin que Sanah ni Annie pudieran prever lo que iba a ocurrir, la mano indiscreta de Betty tomó el sobre con ímpetu.

—¿«Mi amada Coraza?» ¿Quién te envía esto? ¿Mark? — preguntó Betty, mientras su madre observaba el sobre con curiosidad.

—No hacía a Mark tan romántico. ¡Lee esa carta para nosotras, hija querida!

Nada más hermoso que las dedicatorias de los enamorados. Disfruta de esos detalles que sólo son al comienzo. No tendrás nada de eso tras la primer década de matrimonio. ¿No estoy en lo cierto, Annie?— dijo Jenny con una carcajada.

Sanah estaba pálida.

—Eh.. No he tenido tiempo de abrirlo aún pero no es nada importante. Debe ser un error o incluso una broma de las chicas— dijo Sanah, jalando del sobre sin lograr arrancarlo de manos de Betty.

Annie intervino para sacarla del apuro.

—¡Por favor, Betty, no abras ese sobre o me harás quedar como una verdadera entrometida!— gritó horrorizada, arrancando el sobre de las manos que lo sostenían con fuerza— Este sobre llegó hoy a mi casa y como parecía tratarse de una carta de amor, yo me dije a mí misma ¿para quién más puede ser una carta romántica sinó para nuestra Sanah que es la única enamorada en nuestro entorno? Pensé que quizás Mark había equivocado la dirección y decidí traerle la carta a Sanah, sin saber que no era ella la remitente. Para mi fortuna, antes de que Sanah pueda abrirlo, recibo un llamado de Mercedes, mi empleada, quien me pregunta si no vi en la correspondencia una carta que le envió su novio. ¡La carta era para ella y yo me apresuré trayendo esto a Sanah!

—¿Desde cuando Mercedes tiene novio?— indagó Jenny, asombrada— ¡Qué extraño!

—Pues, ella es una mujer bastante reservada en lo que compete a sus asuntos personales— se excusó Annie, intentando ocultar sus nervios.

—¡Qué increíble!— acotó Betty— Pensar que me la cruzo a diario en el supermercado y charlamos de todo. Le preguntaré mañana mismo sobre su prometido. Deberá contarme.

Sanah no podía creer que aquellas mujeres no se satisficieran con ningún argumento.

—Betty, por favor, no seas indiscreta. Si ella no lo ha contado debe ser porque es algo que prefiere reservar para ella. Tu pregunta podría resultar incómoda— dijo Sanah, tratando de convencerla.

—¿Y si se trata de un hombre casado? Después de todo es muy extraño que

de la nada un novio le envíe una carta, y sin incluir su nombre allí. Era evidente que Annie iba a darle la carta a cualquiera a menos que dijera su nombre. Deben usar pseudónimos para no ser descubiertos. ¡Pero nunca la hubiera creído tan desvergonzada!

Sanah admiraba la imaginación de Betty para sacar las ideas más disparatadas.

—Hagamos lo siguiente— dijo Annie—. Betty, tu no preguntarás a Mercedes sobre el tema. He tomado su carta y ha sido una falta de respeto de mi parte. Si llega a saber que estamos haciendo todo este tipo de comentarios infundados sobre su situación sentimental se enfadará mucho. Mercedes es una mujer que hace años está en mi casa y nuestro vínculo jamás se vió afectado. Al entregarle la carta y disculparme por mi error, yo misma la abordaré al respecto y veré si ella desea contarme o no.

—Y llámanos para contarnos de inmediato—expresó Betty eufórica, como si estuviera presenciando su culebrón televisivo favorito.

Cuando Sanah acompañó a Annie a la salida, tras ver los diseños de vestido e invitaciones, ambas pudieron desahogarse.

—¡Por Dios! ¡Qué insistente es Betty!— se quejó Annie.

—Ni me lo digas— asintió Sanah—. ¿Qué haremos ahora? ¿Y si Betty no controla su curiosidad y le pregunta a Mercedes sobre la carta?

—No te preocupes por eso. Si hay una virtud que Mercedes tiene es saber guardar secretos. No olvides que ella vió a Corazón en casa la noche que discutieron. A partir de esa situación, yo hablé con ella y me prometió absoluto silencio. Si Betty le pregunta, no dirá nada. Puedes estar tranquila.

—¡Por fin alguien que guarde secretos!— resopló Sanah, aliviada.

Annie echó un ligero vistazo a la puerta para cerciorarse de que nadie las oía.

—¿Qué vas a hacer con la carta?— preguntó Annie.

—No lo sé— respondió Sanah dubitativa—. No quiero leerla, pero a su vez siento curiosidad. Sólo deseo que la boda llegue y que Corazón jamás me busque para lograr algún día borrar esa historia y todo el daño que me ha causado.

—Cielo, no quisiera entrometerme en tus decisiones porque sabes que estoy de tu lado y yo también estoy furiosa y decepcionada con Corazón, pero yo no puedo quitar de mi mente ese brillo triste en sus ojos. Se lo nota confuso y sin saber que sucede.

—Es claro que está actuando Annie— interrumpió Sanah—. No tiene la hombría de reconocer que cometió un error.

—Pero fue muy insistente conmigo a la hora de abordarme sobre lo que sucedía, y cuando le dije que él debía saber muy bien lo sucedido con Marilyn, sus expresiones fueron de verdadera sorpresa. No le di más detalles y le rogué te deje vivir en paz y llevar a cabo tus decisiones tal y como deseas, aunque en el fondo sepas que éste es sólo un paso más para tu infelicidad. No necesito decirte que si estás sufriendo ahora, puede que seas aún más desdichada uniéndote a quien no amas. En el fondo de mi ser, rezo para que te enamores de Mark, pese a todo lo que nos desagrada— expresó Annie, visiblemente preocupada.

—Veremos lo que el destino me depara. Vete ahora o nuestra charla levantará sospechas. Vuelve mañana por favor. Te necesito más que nunca— dijo Sanah, echada a su suerte, abrazando a Annie con fuerza.

Viendo a todos lados, puso el sobre bajo su blusa y subió corriendo a su habitación.

Oprimió el botón de seguridad para sentirse más tranquila. Tanto su madre como Betty tenían la pésima costumbre de invadir su dormitorio sin aviso.

Caminó con la carta en la mano, respirando hondo y tratando de controlar la ansiedad. El corazón parecía querer salir de su pecho. Deseaba que aquella carta no la afectara tanto, que tuviera la valentía de tomar un encendedor y olvidarla por completo, o hacerla trizas y tirarla a la basura. Pero no podía. En el fondo, seguía siendo la misma tonta ilusa de la que se habían burlado. Muy en el fondo aún amaba. ¿Y si aquella carta tuviera una explicación convincente? ¿Y si existiera una justificación que encajara con aquel engaño? ¡No! No era posible. Todas las pruebas estaban frente a sus ojos. El recuerdo de los retratos de Marilyn puso lágrimas en sus ojos y en un ataque de rabia, abrió violentamente la carta, reconociendo de inmediato la letra de Corazón.

Coraza,

Escribo estas líneas con el corazón oprimido por tu ausencia. No creo tener que decirte lo que has sido en mi vida en este breve tiempo a tu lado, porque lo sabes de sobra. Sólo por si acaso, te repetiré lo que tantas noches te expresé teniéndote en mis brazos. Desde el momento en que te vi, pude ver en tu mirada un algo inexplicable que no se fue de mi mente. Desde aquella mañana en que encontré unos ojos tímidos que me observaban desde la ventana, supe que mi vida no sería igual. Sólo Dios sabe cuanto te amé y deseé en silencio, deseando develarte, con la seguridad de que aquel espíritu que asomaba detrás de tu coraza era mi complemento. Y mi convicción no falló. Fuiste y serás por siempre mi alma gemela. Luego tuve la dicha de conocerte despojada de tus recaudos aquella noche de lluvia que el destino nos unió. Desde esa noche, fuimos uno sólo. Disfruté cada momento a tu lado. Nos juramos la vida entera juntos. Te conozco o creí conocerte hasta en lo más profundo y recóndito de tu ser. Sabes que nunca fui feliz y que desde pequeño debí afrontar los retos más arduos. No obstante, contigo conocí el paraíso. Debe ser por esa sombra de mis recuerdos tormentosos que no deja de seguirme que siempre tuve miedo de que nuestra felicidad se viera obstaculizada. Pero tu seguridad que se reforzó a mi lado, el amor que mostrabas por mi y nos hacía luchar juntos por lo que sentíamos, me daba la confianza de que jamás permitiríamos que nuestra relación se viera afectada. Yo jamás dejé que eso sucediera. Te amo como el primer día o más aún si es que eso es posible. ¿Qué hay de ti? ¿Qué miedo monstruoso te atrapó y forzó a hundirte en aquella coraza que creí no volverías a vestir jamás? A mi lado, tu coraza era inútil. No puedes imaginar la decepción que sentí cuando nuevamente te vi fría y soberbia, con la coraza más ajustada que nunca, alejándome de tu vida. Ni siquiera en esos ojos claros que no mienten pude ver lo que conocí antes. Vi odio y desprecio y tu silencio me está volviendo loco. ¿Creés que es así como debemos terminar nuestra historia? ¿Qué hice yo más que amarte y brindarte todo de mi? No quiero dejarme llevar por la ira y creer que quizás me equivoqué, que fui para ti un recreo hasta que los prejuicios y las tontas ideas que te han impuesto se apoderaran de ti, volviendo a ser la chica sumisa que hace lo que debe, porque no se atreve a vivir sin miedos, y prefiere decepcionarse a sí misma que a los demás. Pero luego leo tus poemas y te recuerdo en aquellas noches y sé que aquella chica que vivía de apariencias es un fantasma que juntos logramos persuadir. ¿Qué pasa contigo? ¿Qué te hace alejarte de mi sin explicación? ¿Qué mentira o enojo te lleva a odiarme? ¿No merezco al menos

una explicación? ¿Me dejarás aquí, lidiando con mil hipótesis, añorándote hasta morir, respondiendo mis preguntas retóricas de mil formas sin saber tu respuesta? ¡Sanah, no te cases! ¡No lo hagas, te imploro! Sé que sentias presión por la economía de tus padres. Ya habíamos hablado al respecto y prometimos buscar una solución, pero juntos. ¡JUNTOS, SANAH! Intuyo que tus padres se enteraron de nuestra relación y te presionaron para que te unas en matrimonio y salves sus divisas. ¿Vas a vender tu felicidad por un maldito negocio? ¿Creés que quien te ama prioriza unos billetes a tu bienestar? ¡No! Tú no eres así. Yo lo sé. Zeus lo sabe. Además de castigarme con tu ausencia, me quitas la posibilidad de acompañar a mi pequeño amigo. A su vez, Annie se niega a brindarme explicaciones y ya no sé que más hacer. He intentado contactarte por todos los medios. Sé que estás recluida en esa casa que te aprisiona, pero me dejas sin posibilidad de ayudarte. Siento dolor y siento enojo. Me rehuso a creer que estés tirando por la borda nuestra felicidad y todos los planes que proyectamos juntos. Con tu decisión cobarde muere también tu única posibilidad de ser libre por primera vez en tu vida, de amar sin límites, de VIVIR. Pero parece que prefieres seguir existiendo, sin brillar, sin marcar huellas, atormentada por tus prejuicios y máscaras. Mañana vuelo a París temprano. Lejos de la algarabía que aquel proyecto me provocaba por poder vivirlo junto a ti, hoy me siento desdichado. Viajo a un evento con el que soñé por años, y no puedo disfrutarlo. Cualquier logro se opaca si no te tengo. Ésta era tu oportunidad de darte a conocer como la talentosa poeta que eres. No puedo creer que la inseguridad te haya vencido. ¡Sé fuerte! Tan fuerte como lo fuiste todo este tiempo. Si queda algún destello de aquel amor que vivimos, ven conmigo. Olvida la boda, los negocios, los deberes. Piensa sólo en ti. Y estoy seguro de que si haces eso, vendrás corriendo a mi . Por un resto de compasión, te pido que respondas mi carta. Piensa que no puedo tener mayor condena que la imposibilidad de amarte, como para que me azotes con dudas sobre lo que te está sucediendo. ¡Sanah, estoy aquí! Estoy aqui en mi atelier, en nuestro lugar, tan lleno de ambos. ¡Ven corriendo hacia mi, amor!

Si tu no me amas, no estoy dispuesto a quedarme interfiriendo en tu vida. Seré un fantasma yo también y vagaré sin rumbo como tantos años lo he hecho. Por lo menos, tengo los recuerdos que me ponen en los labios una sonrisa triste, pero que son mi prueba irrefutable de que amé y viví como nunca antes. En cuanto a ti, si es que no das marcha atrás en tus planes, deseo seas feliz con otro, y no se corra ni un poco la coraza en vuestras charlas sobre economía y demás trivialidades de la gente superflua que carece de pasión. Ojalá él nunca descubra en tus ojos que no lo amas y que debes ceñir

la máscara cada vez que le sonríes para complacerlo y mostrar a todos una felicidad que no sientes.

Debes saber que sin importar la decisión que tomes, yo siempre estaré aquí esperándote. No importa cuanto tiempo haya pasado. No importa el lugar o la distancia, debes tener la certeza de que puedes volver y encontrarme de brazos abiertos, dispuesto a estrecharte contra mi pecho y hacer que esa estúpida armadura se caiga en mil pedazos. Soy la única persona en el mundo que te conoce plenamente y te ama incondicionalmente. Concluyo mi carta rogándote consideres tu accionar y no arruines nuestras vidas. ¡Quítate las vendas una vez más y vuelve! Escucha a tu corazón y a nadie más. La mujer de quien me enamoré tiene el coraje para luchar por sus sueños. Es fuerte como una roca aunque la vean como una niña débil. La verdadera Sanah ama y se entrega a vivir cada deseo. Enfrenta sus miedos y los espanta con su confianza. ¡Deja la coraza para siempre y ven a mi!

Siempre tuyo,

Corazón.

Sanah terminó de leer la carta con un nudo en la garganta y la sensibilidad a flor de piel. Unas ganas locas de correr hacia él la invadían. Sentía ganas de abrazarlo, de besarlo, y luego golpearlo, decirle a gritos lo que había descubierto y exigirle una explicación.

Los recuerdos se reavivaban como cenizas encendidas y no podía evitar sufrir hasta volverse un rollo en su cama, apretando la carta, extrañando tanto a Corazón. Sentía que había perdido su oportunidad de ser feliz y que nunca experimentaría nada así. Lo imaginaba escribiendo la carta. Imaginaba con detalles cada expresión de su rostro cuando se concentraba al pintar. Sus cejas se juntaban y sus ojos lanzaban destellos que ella amaba contemplar. Su mente reproducía con nitidez cada rincón de su atelier, cada objeto, cada color, cada detalle, cada aroma. Sentía que pertenecía aquel lugar como a ningún otro en el mundo. Como había leído alguna vez, «uno siempre vuelve a los lugares adonde amó la vida». Pero ella no volvería. No podía hacerlo. Aunque quisiera, las cosas no eran como Corazón las planteaba. Mientras leía la carta sintió pena de imaginarlo extenuado, sufriendo por su ausencia, buscando explicaciones. El amor la acechó nuevamente. Pero luego recordó que él

estaba mintiendo y ella lo sabía de sobra. Aquella carta era otro acto falso, una hipocresía más. Corazón insistía en evaluar que tan tonta ella podía ser. Por un momento sintió ganas de responder a aquella carta. ¿Cómo tenía la osadía de llamarla cobarde? ¿Ella era la cobarde? Mil veces cobarde era él. La ira no la dejaba razonar. Pensaba toda clase de insultos que encajaban con un acto tan deleznable. Pero no. No respondería. No iba a mostrarle una vez más que era la estúpida de siempre, dispuesta a que le tomen el pelo cuantas veces deseen. Si respondía, él iba a sentirse importante. Su vanidad iba a crecer pensando que no sólo logró enamorarla y engañarla sino que además ella ahora le dedicaba su tiempo para leer sus mentiras y emitir una respuesta. Si lo ignoraba, quizás creyera que ni siquiera había abierto esa maldita carta. Que su recuerdo era tan vago que aquel sobre no le había causado el menor interés, que no había podido hacerle ni la décima parte del daño que había pretendido.

Absorta en sus pensamientos, no escuchaba los golpes ansiosos de su madre en la puerta.

—¡Sanah! ¿Qué estás haciendo? ¿Porqué trancaste la puerta? ¡Abre ya!— gritaba Jenny.

—Ya voy, mamá— dijo al tiempo que metía la carta en un cajón de su mesa de luz.

Su madre entró a la habitación desconfiada.

—Tú nunca cierras la puerta, Sanah— expresó sorprendida al tiempo que analizaba el rostro de su hija— ¿Has estado llorando o es mi percepción?

—Claro que no, mamá. Presioné el botón de la puerta sin darme cuenta— se excusó.

No tenía respiro en aquella casa. Su madre la trataba como una niña pequeña a quien había que controlar. Irse de allí era lo único positivo de su boda con Mark. Por lo menos, tendría un dormitorio propio, un espacio que los demás respetaran.

—Hija, ¿has sabido algo de Marilyn últimamente? preguntó la señora Johnson con curiosidad.

Sanah se agitó de sólo escuchar aquel nombre. ¿Qué habría sucedido?

—Acabo de ir a casa de los señores Griffin a fin de poder entregarles la invitación a tu boda y la madre de Marilyn estaba desconsolada. Parece que su hija anda en amoríos con un sujeto al que no conocen y como si fuera poco viaja con él a Francia mañana. Me preguntó si Marilyn te había mencionado algo, pero no supe que responderle ya que ustedes no han estado tan cercanas en el último tiempo— expresó Jenny.

Sanah ya no pudo contener las lágrimas producto de su bronca y dolor. ¡Era cierto! No paraban de sumar evidencias. Corazón había tenido la maldad de escribirle una carta en la que se definía acongojado por tener que viajar sin su compañía y resulta que se iba acompañado de Marilyn, con quien la engañó y realizó el mismo juego de retratos. ¿Qué mente maquiavélica podía conspirar esa artimaña?

—¿Qué sucede hija?— preguntó la señora Johnson, al ver a su hija en aquel estado.

Pero Sanah no podía pronunciar palabra. No podía desahogarse con su madre y sólo quería que la dejaran llorar a solas. Tenía ganas de arrojar objetos para calmar su angustia.

—Yo sé que Marilyn y tu, pese a sus diferencias, siempre fueron muy unidas. El hecho de que no pueda asistir a tu boda no implica nada. La conoces y sabes como es ella de impulsiva. Además, yo siento cierta tranquilidad de que no concurra. Marilyn y ese estilo suyo, esas maneras tan groseras, no serían bien vistas por el entorno de Mark. Nosotros ya nos hemos acostumbrado a aceptarla así. Siento pena por los señores Griffin. Su hija siempre les ha dado tantos dolores de cabeza. Cada vez que veo su ejemplo pienso cuan afortunados somos nosotros por tener una hija sensata, que no nos dará malos momentos— reflexionó la señora Jenny, en un monólogo que no se correspondía en absoluto con la preocupación de su hija.

Se sentó al borde de la cama y abrazó a su hija.

—Tranquila, hija mía. No llores así. Tienes buenas amigas como Sophie y Mey. Claro que Marilyn es tu amiga desde la más temprana infancia, pero es tan voluble esa chica.

—Sí, mamá. Estoy algo sensible nada más. ¿Creés que podrías dejarme

descansar un rato? Me siento cansada— imploró Sanah.

—Claro. Duerme un par de horas hijas y Betty te despertará tan pronto la cena esté lista. Puedes estar tranquila que si Mark llama le diré que su bella durmiente le devolverá el llamado sin tardanza— dijo suavemente, besando a su hija en la frente y arropándola.

Una vez a solas, Sanah dio rienda suelta a su angustia. Las lágrimas rodaron por sus mejillas hasta secarse. El dolor en su pecho no cedía. Se levantó en un impulso para observar su imagen en el espejo. ¡Estaba tan cambiada! Era como si la metamorfosis interna que había sufrido se reflejara en su exterior. Su mirada, sus facciones expresaban mayor madurez. Lucía triste y apagada. Su cuerpo parecía haber crecido, dejando constancia de portar a una mujer que había dejado la adolescencia para transformarse en una joven adulta, que ya había experimentado el amor. Ya no podía encontrar a la chica que habitaba en ella tan sólo unos meses atrás. No importaba cuan dócil fuera. Daba igual que su familia la rodeara como una niña. No lo era. No sería la misma jamás.

Respiró hondo y lavó su rostro enrojecido. Se prometió a si misma ser fuerte. La desilusión recibida la impulsaba a protegerse, a desarrollar su carácter y no permitir jamás que alguien la dañara a ese nivel. Jamás volvería a ser humillada y utilizada de aquella forma. Sintió que su corazón se endurecía y se sintió satisfecha por ello. Siempre había sido extremadamente sentimental. Ahora se percataba de que lejos de ser una cualidad, era un defecto que la hacía una presa fácil de acechar.

Con ímpetu, tomó una caja de fósforos bien guardada en su armario y observó como la maldita carta se desintegraba por completo, destruida por el fuego. Segundos después la pisó con todas sus fuerzas, pasando su tacón sobre las cenizas una y otra vez, como si de esa forma pudiera devolver un poco del dolor que le causaron.

Se dispuso a tomar un baño, dejando el agua recorrer su cuerpo, sumergiendo su cabeza en la bañera con el propósito de despejar su mente, de limpiar sus energías y depurar su alma dolida. Una vez más, reforzó el juramento de no derramar una sola lágrima más.

Cuando Betty interrumpió en su habitación para anunciar la cena, la encontró

culminando de vestirse.

—¡Qué linda estás!— expresó.

Lo estaba realmente. Había un halo de femineidad y elegancia entorno a ella.

—¡Ese vestido te sienta de maravilla!— continuó Betty con su catarata de elogios—. La verdad es que estabas algo desaliñada últimamente. Tú cuidas de tu imagen con garbo desde niña. Mark ha elegido una mujer inmensamente bella, pero debes continuar arreglándote para tu marido. Créeme que los años de matrimonio hacen mella y las mujeres debemos dedicarnos a gustar siempre a nuestros esposos. ¡Donald siempre me halagaba! Pero tras su muerte, mi imagen ya no tuvo más sentido para mí. Menos ahora, gorda y repleta de arrugas— finalizó Betty con nostalgia.

—Tienes razón Betty. Pero yo creo que las mujeres debemos arreglarnos para nosotras mismas. Vernos bien nos hace sentir bien. Ese es mi único objetivo. Si a Mark le agrada será estupendo, y sinó no me importaría. Mi bienestar está por encima de todo— expresó su opinión Sanah.

—¡Ay! Esa cabecita moderna— exclamó Betty tomándola del brazo.

—Espera un segundo. Baja tú que yo ya te alcanzo— dijo Sanah recordando algo repentinamente.

Abrió el primer cajón de su mesita de luz y rescató del fondo del mismo aquella cajita lujosa que contenía su anillo de compromiso. Lo calzó en su dedo sin pizca de duda.

La cena transcurrió en armonía. Sus padres estaban satisfechos con su decisión. Su padre parecía haber vuelto a la vida. Su historia con Corazón había marcado un antes y un después en su vida. Eso era innegable. Ahora sólo restaba enterrar esos recuerdos y dar lugar a una nueva etapa. Había vivido aquel amor como sus días más luminosos. Pero tras ellos, le tocó experimentar las noches más crueles y oscuras. Era hora de un nuevo amanecer.

Capítulo XIX

Vívida pesadilla

El día de la boda había llegado. Sanah había pasado las últimas semanas siendo arrastrada de un lado a otro. Tenía que concurrir a citas diarias. La estilista, la modista, la wedding planner la agobiaban. Cómo si no bastara con eso, debía soportar los nervios e histeria de su madre y Betty quienes vivían cada momento con desusitada euforia. No obstante, lejos de sentirse extenuada, Sanah se encontraba en un estado de desinterés y paz interior que la ayudaban a mantener la compostura. Todos admiraban su tranquilidad y no se explicaban como una novia podía mostrarse tan serena en los preparativos de su casamiento.

—La ansiedad no es buena compañera— era la siempre lacónica justificación de Sanah.

Era complejo explicar cómo se sentía y las razones que tenía. Era como un mar en calma en medio de la tormenta. Todo a su alrededor era un torbellino que no la inmutaba. No se sentía parte de lo que ocurría. Estaba logrando dormir y despejar su mente. Era un gran avance. Su tiempo con Zeus contribuía a añadir aún más paz interior.

Esa mañana despertó temprano y tomó su desayuno de manera habitual sin prestar atención a los movimientos en su casa.

Una hora después fue reclutada en su dormitorio y ya no tuvo un segundo de descanso. La peinaban, maquillaban, perfumaban con gran esmero y alegría. Su poca locuacidad no lograba apagar ni por asomo tanto alboroto.

De pronto, un comentario de Betty la hizo brincar en su silla, entorpeciendo el dedicado trabajo de la manicurista.

—Esta noche te convertirás en toda una mujer— susurró Betty a su oído, acompañada por la risa cómplice de su madre.

Sabía a que se refería. Nunca había pasado por su pensamiento esa idea. La imagen vino a su mente como un aluvión y se alarmó horrendamente. Mark había sido un prometido frío y distante. Para ella, había sido relativamente sencillo manejar aquellas aburridas cenas y charlas. Excepto aquel episodio del beso, no había vuelto a propasarse con ella, pese a estar en todo su derecho. Una vez casados, debería compartir la cama con aquel hombre. Lo que era aún peor, debía entregar su cuerpo a alguien que no amaba y que no le generaba más que asco y desprecio. Mark era un sujeto soberbio y petulante. ¿Cómo sería esa noche? ¿Cómo serían los días venideros en su casa? Jamás había vivido en otra casa que no fuera la suya. Se sintió una idiota por no haber pensado en ello antes. Por lo menos, podría haber preparado su mente para lo que debería enfrentar.

Su madre caminaba de un lado a otro realizando ademanes de todo tipo mientras se vestía y acicalaba con ayuda de las chicas.

Una hora después, Sanah brillaba en todo su esplendor, enfundada en un hermoso vestido blanco que resaltaba su esbelto cuerpo. Se trataba de un modelo delicado, especialmente diseñado para ella, con cuidadosos apliques y bordados. Su peinado consistía en unos suaves bucles y una tiara de pequeñas flores naturales en tono blanco. Cuando todo el staff de maquilladores, estilistas y modistas se retiraron, Sanah quedó en su habitación en compañía de Betty, su madre y Annie, quien no podía ocultar su consternación. Sanah estaba abatida tras tantas horas de preparación.

Annie la tomó de las manos, con ojos vidriosos por la emoción.

—Desde que eras pequeña soñé con el momento de tu boda. No necesito reiterarte que siempre has sido la hija que Dios decidió no poner en mi vientre. Lo único que anhelo ahora es una sonrisa en ese rostro tan bello y triste— expresó Annie, visiblemente movilizada por la situación de Sanah.

Sólo Annie sabía cuanto sufría aquella muchacha.

Por su parte Betty también se acercó a ella, estrechándola en un efusivo abrazo.

—Mi niña. Es sorprendente como los años han pasado y pasaste de ser la niña a quien peinaba cada mañana antes de ir al colegio para convertirte en la mujer que eres hoy. Soy afortunada por haber sido parte de esta familia y por haber podido criar a una criatura tan dulce como tu. Sé que tenemos diferencias en nuestros pensamientos, que a veces me consideras anticuada, pero en lo que nunca podremos estar en desacuerdo es en la inmensidad de mi amor por ti— dijo Betty, con lágrimas en los ojos, provocando también el llanto de Sanah.

—¡Basta de llorar! Pasamos horas acicalándonos para arruinar nuestro maquillaje con sensiblerías— dijo Jenny, quien tampoco lograba aplacar su emoción.

—Quiero agradecerles sus palabras y todo el amor que me han brindado. En el acierto y en el error, ustedes tres son las mujeres de mi vida y yo las amo mucho. Tengo suerte de tener tres madres— expresó Sanah, manifestando su aprecio.

Betty se aproximó a ella, entregándole una caja amarillenta.

¿Qué es?— preguntó Sanah sorprendida, tomando el curioso obsequio.

—Allí, dentro de ese estuche que ha estado en mis manos por más de cinco décadas, está el camisón que usé en mi noche de bodas con Donald. Fue un obsequio de mi madre, quien lo había recibido de manos de mi bisabuela, a quien no pude conocer. Este camisón es una herencia y una leyenda en mi familia. Mi madre me lo regaló como un legado y una especie de amuleto que nos auguraba matrimonios duraderos y felices. En mi historia de amor con mi adorado Donald, la continuidad nos fue arrebatada por una ingrata jugada del destino, pero sí tuvimos un amor del más puro y noble que haya podido existir. Siempre soñé con el día en que pudiera entregar esta valiosa prenda a mi primera hija. Sin embargo, también esa posibilidad me fue negada tras la muerte de Donald. Tú, Sanah, eres lo más cercano a una hija, y contigo conocí el incondicional amor maternal. Acepta por favor este camisón y úsalo en esta noche tan especial— expresó Betty con entusiasmo.

Todas estaban enmudecidas por el conmovedor relato.

Sanah no sabía que decir. Sabía que Betty le entregaba aquel camisón con su

mejor intención. Sin embargo, ella no estaba feliz de aceptarlo. No se casaba con el hombre al que amaba y tampoco era aquella una noche especial. Lejos de las fanatasías de Betty y su madre sobre aquella noche, lejos de tratarse de un anhelado momento, para ella sería una pesadilla. No tenía el menor deseo de dormir con Mark. Le resultaba repulsivo el sólo hecho de imaginar que aquel sujeto la tocara o besara. La noche en que debió vestir aquel camisón ya había pasado, y Betty se escandalizaría de saberlo. Aquella noche de lluvia en la cual entregó su pasión, su virginidad, su pureza a Corazón había sido la noche más especial de su vida, y ella solo vestía ropa mojada. Dirigió su mirada a Annie quien le devolvió un gesto de comprensión y resignación.

Luego abrazó a Betty y le agradeció aquel obsequio inusual que tanto había significado en su historia y la de su familia.

Cuando Zeus entró en el dormitorio de su hermana, se unió al abrazo colectivo, logrando que las mujeres cambiaran su llanto por risas.

Zeus, un niño aún, lograba entender lo que sucedía, y expresaba su enojo y malestar por la situación con prolongados aislamientos, berrinches, desconfianza y negación a la interacción. Sanah lo besó y miró a los ojos con aquellas expresiones tan suyas que constituían un lenguaje claro que solo ellos dos entendían. Zeus traía consigo un retrato que había realizado con Corazón, en el cual habían pretendido representar a Sanah.

Su hermana sonrió con tristeza y dulzura. Tomó la pintura y acarició el rostro del niño intentado transmitirle confianza y paciencia. Sanah sabía que Zeus quería expresarle su añoranza y la confusión que le provocaba la ausencia de Corazón, sumado al amor que el artista y su hermana se profesaban y que había terminado súbitamente.

—¡Qué guapo estás, hijo mío!— dijo Jenny, arreglando el moño de su hijo— Zeus anda con sus retratos de aquí para allá el día entero. Creo que extraña a ese sujeto que le daba clases. Buscaremos un nuevo maestro de pintura. Las clases le hacían muy bien.

Sanah pidió un momento para estar a solas con Zeus. Ella también necesitaba aquella conexión con su hermano.

—Está bien, hija. No te demores— autorizó su madre.

Tras unos minutos de abrazos y miradas, ambos se encontraban más calmos y mejor preparados para afrontar la boda.

Media hora más tarde, Sanah cruzaba el altar de una coqueta capilla, sosteniendo con firmeza el brazo de su padre, quien se encontraba emocionado de vivir aquella situación.

Sanah mantuvo su cabeza erguida y la mirada hacia delante sin prestar atención a las decenas de conocidos y desconocidos que presenciaban la ceremonia y la seguían con ojos curiosos.

Una vez frente al sacerdote, se liberó de su padre para tomar la mano que le extendía Mark, quien se mostraba impasible y con su clásica expresión adusta y severa.

El sacerdote leyó emotivos fragmentos sobre el amor y dirigió a los recién casados sabios consejos sobre como llevar su nueva vida juntos por un sendero de armonía y felicidad, criando a sus hijos con valores cristianos y manteniendo la unión familiar.

Sanah escuchaba aquellas palabras con cierto sarcasmo. En la mayoría de las parejas, aquellos sentimientos que juraban a Dios se disipaban a la brevedad, dando lugar a las traiciones, la monotonía, el desamor. Ella lo había experimentado y sufrido en carne propia. Se había prometido a sí misma no amar a ningún hombre por el resto de su vida. Para su suerte, Mark no representaba el menor riesgo. Lejos de intentar enamorarla, su marido mantenía aquella actitud irascible y esas ínfulas de superioridad que lo hacían tan despreciable a los ojos de la sentimental Sanah, tan diferente a él.

Al momento de los votos, los novios brindaron un «sí, acepto» escueto y seco, quizás tanto como su presunto amor.

El momento del beso fue el redondeo de la ceremonia más incómodo para Sanah, quien debió corresponder a los labios de su esposo, luchando por desasirse de los brazos que la aprisionaban.

Una vez finalizado el enlace nupcial, los novios e invitados se dirigieron a una pequeña y sofisticada chacra en las afueras de la ciudad.

La decoración mostraba excelente buen gusto y máximo cuidado en cada detalle. Unas lámparas esféricas colgaban del techo, emitiendo una luz tenue

que inundaba el salón.

Había flores por doquier, cuidadosamente ubicadas y la cálida atmósfera invitaba a una celebración pacífica y sofisticada. Sanah, de espíritu sensible y melancólico, sentía que aquel ambiente hacía honor a su tristeza y le daba la resignación necesaria para afrontar con parsimonia aquella situación.

Tras las nupcias, los novios se vieron envueltos en un sinfín de abrazos y deseos de dicha para su matrimonio. Sanah se limitaba a agradecer con una leve sonrisa, mientras que Mark apretaba con un gesto enérgico la mano de sus invitados, la mayoría de ellos empresarios o colegas suyos. Sus acciones eran planeadas y carecían de espontaneidad. Era la clásica conducta de quien desea quedar bien frente a los demás, mostrando una simpatía y amabilidad poco visibles en su siempre grosera actitud.

Luego fue el turno de las fotografías. Nuevamente, Sanah esbozaba forzadas sonrisas ante la cámara. A Mark comenzaban a hacerle efectos las burbujas del champán, abrazando en exceso a su reciente esposa, quien no podía ocultar la incomodidad frente a las deleznable muestras de cariño que le prodigaba su marido.

Tan pronto pudo deshacerse de él, Sanah comenzó a recorrer el salón, en busca de sus amigas Sophie y Mey. Estaban sentadas junto a un grupo de chicas jóvenes desconocidas, probablemente primas o parientes de Mark.

Las tres chicas se fundieron en un apretado abrazo. Sólo ellas y Annie sabían cuales eran sus verdaderas sensaciones en aquel momento. Con ellas no era necesario fingir, lo cual resultaba un verdadero alivio.

—¡Qué linda estás!— exclamó Sophie, encandilada por la belleza de su amiga.

—Sanah, estas chicas de aquí son algunas familia y otras colegas de Mark— presentó Mey al grupo de su mesa.

Sanah había olvidado todo tipo de cortesía al ver a sus amigas. Fantaseaba con que todos los invitados, incluido Mark se fueran corriendo de aquella boda y poder quedarse a solas con quienes la conocían de verdad.

—¡Oh, disculpen! Hay tanta gente a quien saludar que ya estoy mareada. Es un placer conocerlas— dijo Sanah saludando a las chicas.

Todas ellas correspondieron con simpatía y elogios, excepto una de ellas. Una chica con un llamativo vestido dorado, cabello oscuro y bello rostro la examinaba con desdén y visible disgusto. Sanah apartó sus ojos de ella de inmediato. Ya bastante tenía con Mark y sus padres como para seguir tolerando parientes insoportables y amargados.

Tomó a Mey y Sophie del brazo y las tres se alejaron.

—¡Wow, Sanah! Esta fiesta es de cuento de hadas— expresó Mey, deslumbrada por la celebración—. Debo confesar que por una fiesta así yo me caso sin pensar. ¡Qué platillos tan deliciosos! Creo que los dos kilos que logré adelgazar este último mes ya están volviendo a mi cuerpo— expresó Mey con su clásico humor, tocando los rollitos de su abdomen.

Sanah y Sophie no pudieron contener la risa.

De pronto, la charla se vió interrumpida por la presencia de Mark, que venía a reclamar la compañía de su esposa.

Haciendo uso del micrófono, la señora Claire pedía a los huéspedes que abandonaran el salón y se dirigieran al jardín para presenciar una sorpresa.

Todos se dirigieron al exterior y elevaron la vista al cielo para presenciar un maravilloso espectáculo de luces y fuegos artificiales que produjeron todo tipo de exclamaciones entre la desconcertada audiencia que disfrutaba del inesperado espectáculo.

Tan pronto el estruendo de los fuegos y las luces se propagaron por el aire, Sanah corrió en busca de Zeus, quien había regresado asustado al salón y se había refugiado bajo una mesa, cubriendo sus oídos, sin encontrar respuesta a aquello que lo alteraba de tal modo.

Sanah y toda su familia tenían plena conciencia del efecto perjudicial de las luces y sonidos fuertes para el pequeño niño autista. Zeus no lograba comprender la fuente de tal alboroto y su confusión lo hacía sentir miedo, generándole angustiosas sensaciones de nerviosismo y ansiedad.

Sanah levantó los pavorosos manteles de todas las mesas, sofisticadamente decoradas con telas blancas, hasta que finalmente vió a su hermano, apretando fuertemente su cabeza y temblando de miedo.

Sanah se quitó con furia los incómodos zapatos de tacón y se unió al refugio

de su hermano, abrazándolo con fuerza y secando el sudor de la frente del pequeño, intentando tranquilizarlo. Lo mantuvo largamente contra su pecho. Era su pequeño. Sanah sufría doblemente viéndolo sufrir. Era una mezcla de pena y enojo. No entendía como aquella estúpida sorpresa había tenido lugar. Desde que Zeus nació toda su familia tuvo sumo cuidado de evitar exponer al niño a situaciones de ruidos intensos. Incluso cuando una tormenta se avecinaba, Zeus era recluido en su cuarto, con las persianas bajas y sumido en una atmósfera de tranquilidad y confianza hasta que la tempestad cediera. Lo mismo ocurría con los festejos navideños. De hecho, varios vecinos evitaban la pirotecnia, solidarizándose con ellos. El año anterior a que Annie y Arthur viajaran, el matrimonio tuvo la sensacional idea de brindar a mitad de la calle con todo el vecindario.

Una vez que el ruido por fin cesó, Sanah y Zeus abandonaron la mesa ante la mirada asombrada de todos. Sanah lucía descalza y llorando.

—¡Hijo! ¿Estás bien? Mamá y papá no tenía idea de que esto iba a suceder mi amor— exclamó Jenny visiblemente afectada, al igual que su esposo. — ¿Dónde estaban? Estábamos desesperados buscando a Zeus.

—Lo encontré bajo la mesa— explicó Sanah, escuetamente.

—¿Qué es lo que está pasando aquí?— inquirió la odiosa señora Claire con su tono de voz soberbio y petulante— Sanah, ¿por qué estás descalza? Una boda no es el momento ni lugar apropiado para brindar escenas en público o lidiar con enfermedades— expresó con fastidio, creyendo que debía poner a Sanah en su lugar.

—Disculpa Claire— intervino Jenny— No fuimos notificados sobre la sorpresa para poder evitar este mal rato. Como tú ya sabes, nuestro hijo padece autismo y dado su trastorno, los fuegos artificiales lo hacen padecer más de lo que puedas imaginar.

—Entiendo querida— expresó Claire con arrogancia, cuyas joyas tintineaban con cada movimiento— .Esta idea fue mía. Soy una gran anfitriona y las sorpresas siempre están presentes en nuestras veladas, especialmente en esta noche especial para Mark.

Sanah sentía escalofríos de escuchar a aquella mujer de alma de hielo.

Mark entró abruptamente, sorprendido por la escena.

—¿Qué pasa aquí?— preguntó con hostilidad— La gente está rumoreando. Vamos afuera Sanah. Tu ausencia llama la atención. Ya sabes que todos mis clientes y colegas están aquí. No es momento de causar malas impresiones.

—Sucede que tu madre, en su extrema ignorancia, preparó un show de fuegos artificiales sin tener en cuenta la situación de Zeus y el daño que podía causarle— dijo Sanah, alterada, con la frente erguida y capaz de todo por defender a su hermano.

—Calma hija mía— expresó Edward tomando a su hija por los hombros. La señora Claire se echó a reír.

—Está bien, querida. Puedes enfadarte si quieres. Si tienes un hermano enfermo, lo prudente sería no haberlo traído aquí. No podemos considerar todos los problemas en una boda de esta magnitud. Toma mi consejo así puedes seguir vanagloriándote de tu supuesta inteligencia— dijo con una sonrisa sarcástica la madre de Mark— ¡Ah! Otra cosa, linda. Una novia descalza es lo más atroz y vulgar que he visto en mi existencia.

Sanah mordió sus labios para evitar lanzar una palabrota a aquella mujer presumida cuya vida giraba en torno a compras y superficialidades.

—El problema aquí, señora Claire— expresó tras recuperar la calma—, es que el trastorno de Zeus mejora paulatinamente sin afectar su calidad de vida ni el alma pura que posee, mientras que usted es una enferma de mente y corazón, quien no posee la menor empatía ni consideración. Y créame, que la podredumbre de sus escasos sentimientos van a volverla tóxica por el resto de su vida.

Jenny y Betty escuchaban horrorizadas, mientras que Annie expresaba aprobación, tan indignada como Sanah por lo sucedido.

—¡Cálmate, hija!—intervino la señora Johnson, en un desesperado intento de apaciguar las aguas— Tu marido y su familia han querido darnos una bella sorpresa. No están familiarizados con las conductas de Zeus. Han tenido la mejor intención y los invitados están boquiabiertos con tamaño espectáculo.

—El bienestar de mi hermano es nuestra prioridad. No voy a tolerar jamás algo que lo afecte. Esta es mi boda y por tanto debí ser consultada sobre este

show de fuegos artificiales cuyo mero objetivo es impactar a los asistentes. Parece que la familia Brown cuida las apariencias más de lo debido— expresó Sanah sin clemencia.

La señora Claire estaba pasmada ante el descaro y la osadía de aquella muchacha, quien no tenía reparos en enfrentarla.

—¡No vuelvas a dirigirte a mi madre en esos términos— espetó Mark, con enojo—. Recuerda que ella es tu suegra y le debes respeto.

—Cada uno da lo que recibe, Mark— contestó Sanah, mirándolo con desafío.

Recobrando la compostura, Sanah volvió a calzar sus tacones, a medida que los invitados retornaban a sus mesas, todos ellos comentando el show de luz que habían presenciado.

El señor John, padre de Mark, no obtuvo respuesta cuando preguntó si todo estaba bien.

Sanah apenas los conocía, pero daba la impresión de que el padre de Mark era un hombre dominado por su esposa Claire, sin tener la menor inferencia en las decisiones de la misma, quien tomaba las riendas de la casa y sus respectivas vidas. Muchas veces, daba la sensación de ser un títere que Claire llevaba y traía. Sin producirle desagrado, Sanah creyó que John no podía ser buen hombre bajo la influencia de aquella mujer maquiavélica, que sin duda había repercutido en la educación de su hijo, logrando un sujeto pedante y ostentoso como Mark.

Todos trataron de mostrar naturalidad y superar las rispideces. No era momento de brindar un escándalo público.

Por último tuvo lugar el tortuoso momento de cortar la torta y fingir sonrisas de falsa felicidad. Agradadamente, el momento fue breve, y pronto se encontraban despidiendo a los invitados, quienes expresaban haber pasado una maravillosa velada.

Un rato después, la boda llegaba a su fin, permaneciendo en el recinto sólo los allegados a la pareja.

—¡Qué noche tan gloriosa!— expresó Betty, sin contener su emoción.

—Queda una sorpresa más esta noche— dijo Mark, acercándose a Sanah—

.Ya que no podremos tener una luna de miel como corresponde debido a mi apretada agenda laboral, te ofrezco este valioso collar de diamantes como una pequeña compensación. Prometo que el próximo mes viajaremos a un destino que te apetezca para tener unos días de descanso como esposos.

Sanah aceptó la lujosa caja sin emitir palabra. Su mente había quedado fija en una frase «luna de miel». ¿Cómo es que tampoco había pensado en eso? No se le había cruzado por la mente ni por un segundo. Su corazón había estado tan oprimido que la tristeza y preocupación no le permitieron pensar ni prever nada. Ahora que Mark lo mencionaba, la fallida luna de miel era una bendición. Sentía jaqueca de imaginarse junto a Mark días y noches enteras en un hotel de alguna isla paradisíaca.

—¡Que belleza de collar, hija! Agradece a tu esposo— instó su madre.

—Nada como una joya para hacer feliz a una mujer— añadió tontamente la señora Claire.

—Muchas gracias. Es lindo en verdad— expresó Sanah.

Annie la miraba con pena, mientras que Arthur estaba feliz viendo a su querido amigo Edward tan radiante como hacía tiempo no lo veía, especialmente tras el estrés que había sufrido cuando su negocio estuvo a punto de quebrar.

—Te echaremos de menos, hija— expresó Jenny acongojada.

—¿Por qué? ¿Qué tan lejos es la casa de Mark de la nuestra?— inquirió Sanah asustada.

—No es una distancia significativa— explicó Mark— Podrás ver a tu familia tanto como deseés.

Sanah suspiró con alivio. Otra buena noticia. Jamás había preguntado donde iba a vivir una vez casada y tampoco le interesaba. Pero saber que estaría cerca de los suyos resultaba liberador. Podría ver a Zeus a diario, desahogarse con Annie y ver a sus amigas.

—Hablando de tu nueva casa, Sanah, debes conocer a nuestra ama de llaves, la señora Kristen— intervino Claire—. Ella ha trabajado con nosotros por años, e incluso fue niñera de Mark. Ahora, ella permanecerá en tu casa y

estará bajo tus órdenes. A propósito, recuerda que una mujer casada permanece en su hogar todo el tiempo posible.

La señora Kristen se acercó y saludó con amabilidad. Era una mujer en sus sesenta años, de apariencia robusta y enérgica.

La señora Claire continuaba dando cátedra de cómo debía ser su vida como esposa de Mark. ¿Qué se creía?

—Tienes mucha razón, querida Claire— asintió Jenny—. No podría estar más de acuerdo contigo. La mujer cumple un rol fundamental en la casa. La clave de un matrimonio duradero es una esposa dedicada. Yo tengo plena certeza de que Sanah será una excelente esposa y nada faltará a Mark estando a su lado.

—Claro que lo será— acotó Kristen—. Además, yo estaré pendiente de sus órdenes y la guiaré siempre que me lo pida.

Sanah no tenía vocación de mandar a nadie. Betty trabajaba con ellos sí, pero era parte de la familia, no era considerada como una empleada. Era parte de sus vidas y cumplía un rol fundamental.

—Es un placer conocerla y trabajar para usted, señora Sanah— se presentó Kristen—. Espero poder satisfacerla en todas las tareas que me asigne. Me tomé el atrevimiento de poner algunos adornos en su cuarto, que usted puede cambiar si no son de su agrado. Las cocineras realizan un estupendo trabajo. Poco a poco veremos los platillos que a usted le agradan para incorporarlos a nuestro menú.

—Muchas gracias Kristen— expresó Sanah, sin saber que decir.

—Bueno, es hora de dejar que los novios se vayan a su hogar a disfrutar su primera noche— dijo Betty con alegría.— A propósito, Kristen, si tienes alguna duda, puedes contactarte conmigo. Yo conozco a Sanah como la palma de mi mano.

—Nos vamos retirando entonces— expresó el señor Jhon—. Es mejor que los novios vayan a su casa y disfruten de las mieles del amor. ¡Qué belleza la juventud! Espero muchos nietos de este enlace— culminó con dicha.

¿Nietos? Sanah no pensaba tener un sólo hijo con aquel patán.

—Claro que sí, papá. Espero que mi esposa me brinde una larga

descendencia— dijo Mark con decisión, como si tener un hijo fuera un trámite, y dependiera sólo de la mujer.

—Es hora de retirarnos— expresó enfáticamente Claire, quien no cesaba de dar órdenes— ¡Sube al auto Jhon!

—Yo conduzco, querida— protestó el señor Brown— No bebí una sólo copa de alcohol.

—Yo conduciré. Es de noche y hay niebla. Lo sobrio no te quita lo miope. ¡Vamos! ¡Andando!— exigió despidiéndose.

El hombre aceptó con un fastidioso chasquido los mandatos de su esposa.

Sanah abrazó con fuerza a Annie quien le susurró palabras de aliento y le prometió estar para ella siempre. Sanah se sentía reconfortada. Luego abarazó a sus padres, a Betty y especialmente a Zeus.

—Prometo que te veré todos los días y pintaremos los cuadros más lindos juntos— prometió sonriendo y besando todo el rostro del pequeño que la observaba con ojos tristes.

Minutos después, el costoso auto de Mark se deslizaba por la carretera, rumbo a su casa.

—Conduce con cuidado. Has bebido en exceso— reclamó Sanah.

—Sé lo que hago, querida— respondió Mark con su clásica cortedad expresiva.

Treinta minutos después, el portón eléctrico de una suntuosa mansión se abría.

Sanah descendió del vehículo, observando todo a su alrededor. Era una residencia lujosa en verdad.

Kristen los estaba esperando, aún con su vestido de gala, para darle a Sanah un cálido recibimiento.

—Bienvenida a tu nuevo hogar, Sanah. Estuve organizando tu ropa en el armario. Si algo te desagrada no tienes más que decirlo y lo cambio. Me retiro a mis aposentos. Estaré a su disposición ante cualquier necesidad. ¡Qué tengan los señores una excelente noche!— deseó Kristen, despidiéndose con una reverencia.

—Gracias Kristen. Hasta mañana— devolvió Sanah.

Su dormitorio contaba con una amplia cama matrimonial y un enorme ventanal con vista al jardín y la amplia piscina.

Sanah se quitó los zapatos y masajeó sus doloridos pies.

Mark comenzó a desvestirse también sin emitir palabra. Sanah sentía miedo. No quería intimar con él.

Se dirigió al baño y mojó su cara y nuca. Estaba ardiendo. Luego se quitó el incómodo vestido y se puso su camisón. No quería cambiarse delante de Mark.

Cuando regresó a la habitación, Mark la miraba con ojos de deseo.

Se acercó a ella y la tomó fuertemente por la cintura buscando su boca.

—Disculpa Mark. Creo que algo no me cayó bien. Siento una leve molestia estomacal y me duele la cabeza. No estoy acostumbrada a beber— se disculpó Sanah, luchando por librarse de los brazos que la amarraban como tentáculos.

—¿No tienes una excusa más original querida? ¿No quieres inventar que estás con tu período?— soltó Mark, acompañando sus palabras con una odiosa risotada.

Sanah sentía que lo detestaba más y más cada segundo que pasaba.

—No lograrás librarte de mi esta noche. Hace tiempo deseo tu cuerpo. Además, eres formalmente mi esposa. Imagina si me enfado contigo y rompo todo tipo de vínculo con el negocio de mala muerte de tu padre. Estoy en mi derecho de hacerlo, preciosa. Sin embargo, si tu eres una buena esposa, yo seré un marido generoso contigo— dijo riendo nuevamente.

Luego comenzó a besar su cuello y oler su cabello.

—Me vuelves loco— repetía, sujetándola con violencia— ¡No pretendas ser una chica recatada! No creería el cuento de que eres una chica virgen que se conservó hasta el matrimonio. Eso déjalo para tu madre y tu sirvienta que viven atascadas en una burbuja. De seguro, ya te has acostado con varios hombres. Esa cara de santa no me convence. Conozco muy bien a las mujeres.

Sanah forcejeó por librarse de él.

—¡Suéltame idiota! No tienes ningún derecho a ofenderme. Con cualquier sujeto con quien me haya acostado, te aseguro que valía mucho más que tú que no sabes como tratar a una mujer. Yo no soy tu trofeo— gritó indignada.

Mark se avalanzó sobre ella, cubriendo su boca con su mano potente de

hombre.

—Vas a callarte ahora o llamarás la atención de la servidumbre. No me obligues a lastimarte.

Sanah se sentía abatida. Su boca ardía y sus brazos dolían. Usó todas sus fuerzas de sus jóvenes veinte años para morder con ímpetu la mano de Mark quien la soltó dando un alarido de dolor para luego volver sobre su víctima y tomarla del pelo hasta tirarla con fuerza sobre la gran cama.

Lo que ocurrió después fue algo que Sanah luchó por sacar de su cabeza durante años. Se vió abatida, imposibilitada de moverse, castigada, violentada como nunca en su vida. Las lágrimas rodaban por sus mejillas y apretaba sus ojos, tratando de evocar los momentos más puros de su vida. Nadie jamás le había levantado la mano. Siempre había sido tratada con gentileza y afecto. Ahora se sentía un objeto, una presa frágil, inerte.

Pasó largas horas bajo la ducha. Sus genitales, su cuerpo entero dolía. Se sentía violada, ultrajada, maltratada. Sentía miedo de Mark. Demasiado miedo. Ahora sabía realmente que se había unido a un demente, un golpeador. No volvería a desafiarlo. Pensó en aquellas mujeres que contaban relatos sobre violencia en el talk show que Betty veía a la tarde. Siempre se estremecía de escuchar tales relatos. Toda su vida creyó que esas cosas pasaban a otra clase de mujeres, en otros lugares del mundo. Ahora lo vivía en carne propia. Tenía arañazos en el abdomen y piernas. Dejó que el agua recorriera su cuerpo, llevándose su recuerdo y sus lágrimas.

Horas después caminó a la habitación. El ogro dormía. Despacio se sentó en la cama y luego se acostó en el más absoluto silencio. Sus lágrimas no cesaban. No pudo dormir en toda la noche. Tampoco pudo evitar recordar sus noches con Corazón, el amor con que el la trataba. Su primera vez con él había sido un acontecimiento tan hermoso, tan lleno de pureza. La naturalidad con la que ambos unían sus cuerpos siguiendo su deseo, basado en un amor profundo y respeto absoluto por el otro. Eso era amor verdadero sin lugar a dudas. No podía evitar idealizar aquellos momentos, pese a todas las fallas de Corazón.

El sol asomaba por la ventana y Sanah continuaba en vela, con los ojos muy abiertos y el alma inquieta, estremecida de dolor y angustia.

Su futuro era un verdadero misterio. Había creído que la boda con Mark sería un simple juego. Tan sencillo como casarse y divorciarse. Ahora sabía que había cometido un error garrafal. ¿Cómo serían sus días venideros al lado de ese monstruo? ¿Tendría el valor para vivirlos? ¿Había escapatoria?

El coqueto reloj de su mesa de luz indicaba las ocho en punto. Media hora más tarde, el celular de Mark hacía sonar su alarma. El ogro se movía en la cama. Sanah cerró sus ojos con fuerza y congeló su respiración. Escuchó los ruidos del baño, la ducha, lo oyó vestirse y dejar la habitación con un ligero portazo.

Sanah dio un profundo respiro de alivio. Un rato después, sintió el motor del coche. Se levantó para observar por la ventana como Mark se alejaba en su descapotable. Estaba a salvo, al menos por unas horas.

Deseaba con todas sus fuerzas que alguien apareciera y le diera un pellizco.

—¡Hey, despierta de este mal sueño!

Pero no. La cruel verdad era que estaba inmersa en una vívida pesadilla.

Capítulo XX

Crisis

Poco a poco se fue incorporando en la cama, moviendo su cuerpo aún dolorido.

Unos suaves golpecitos llamaban a su puerta.

—Señorita Sanah. Traigo su desayuno. ¿Puedo pasar?

Era Kristen.

—Un segundo, por favor— respondió Sanah.

Se puso su bata para cubrir sus heridas y abrió la puerta.

—¡Oh! No era necesario que se levantara. Traje su desayuno a la cama, para que empiece su vida de casada agasajada y con energía. ¡Qué pena que el señor Mark no pudo quedarse a desayunar con usted! Me pidió que la dejara dormir, pero ya es tarde. Debe usted tener hambre. Mark trabaja demasiado— expresó Kristen con amabilidad.

—Te agradezco, Kristen, pero prefiero tomar mi desayuno en la cocina. Ahora voy a vestirme así puedo acudir a clase tan pronto tome mi café. Nuevamente, muchas gracias— se disculpó, Sanah.

—Como usted prefiera. La estaré esperando en la cocina— dijo Kristen retirándose.

Sanah analizó las marcas en su cuerpo en el espejo y sintió pena de ella misma. Había tenido educación religiosa y siempre oraba por Zeus, por sus exámenes, dedicando velas y ofrendas a sus santos junto a Betty y su madre. Ahora, estaba descreída de todo. ¿Qué mal había hecho ella que siempre fue buena en exceso, tomada por tonta a veces? ¿Por qué se le asignaba tanto sufrimiento?

Lentamente, se vistió y arregló un poco su rostro, cubriendo las ojeras y la hinchazón de sus ojos.

Cuando bajó las suntuosas escaleras, Kristen la estaba esperando para acompañarla a la cocina. Allí le presentó a la cocinera, una mujer afable, ya entrada en años, y al jardinero.

Sanah estaba incómoda. No estaba acostumbrada al trato con sirvientes y tampoco pensó que Mark disponía de tantos empleados en su casa.

—Señorita, ya le sirvo el café— dijo Kristen, tomando una coqueta cafetera.

—Puedes llamarme Sanah. Resulta más cómodo para mi, y me hace sentir menos mayor— expresó Sanah, con cordialidad.

—Haré lo posible. Es difícil llamar a un patrón por su nombre, pero haré mi mejor esfuerzo por adaptarme. ¡No hable de vejez, por favor! ¿Qué dejás para mí, entonces?— se quejó Kristen— Yo tengo una hija de tu misma edad.

—¿Ah, sí?— se sorprendió Sanah.

—Sí. Su nombre es Lynda y es mi mayor orgullo. Estudia arquitectura y trabaja en la empresa de Mark. ¡Ella tiene tanta admiración por él! Yo trabajé toda mi vida en casa de los señores Brown, así que Lynda y Mark crecieron prácticamente juntos —contó Kristen.

—¿Y ya no trabajas más con ellos?— indagó Sanah.

—Una vez que el joven Mark compró esta enorme casa, la señora Claire me pidió que me trasladara junto a él, ya que yo tengo experiencia para manejar al resto del personal y lograr que todo funcione a la perfección, tal y como siempre exige el señor Mark. Además, la señora Claire tiene muy buenas sirvientas. De modo que pueden prescindir de mi— relató Kristen.

—Me gusta mi trabajo y estoy adaptada a esta familia. Los Brown me ayudaron mucho con la crianza de Lynda, ya que mis padres me echaron de casa cuando descubrieron mi embarazo— acotó con cierta angustia.

—¿Y el padre de tu hija?— quiso saber Sanah.

—Teníamos diecisiete años. Era muy complejo para ambos. La noticia del embarazo nos impactó. El provenía de una familia adinerada y si la noticia llegaba a oídos de sus padres, ellos no lo apoyarían. Fue así que decidimos que yo siguiera con mi embarazo sola. Meses después supe que él había

viajado a estudiar en una Universidad en España, probablemente para no verme más y olvidar lo que había ocurrido. En fin, todo pasa por alguna razón — continuó Kristen su amarga historia.

—Lo siento mucho. Es una pena. Parece que los malos momentos son parte de la vida— expresó Sanah, sin saber que decir.

—¡Mira! Ella es mi hija— dijo Kristen, extendiendo su teléfono celular a Sanah. —¿No es preciosa?

Sanah observó con detenimiento la bella figura de una chica que le resultaba familiar. Trato de forzar su memoria para recordar. ¡Claro! Era la chica antipática de la boda. La joven sentada junto a Mey y Sophie, que la había observado con visible desprecio.

—Es bonita, en verdad. Felicidades— dijo Sanah, confundida. —Por cierto, el desayuno está delicioso, pero ya debo irme.

—Tenga usted una buena jornada, señorita. Perdón. Ahí va otra vez. ¡Qué tengas un gran día, Sanah!— rectificó Kristen.

—Gracias. No volveré para el almuerzo. Voy a pedir un taxi— dijo Sanah, despidiéndose.

En el trayecto iba pensando en las últimas veinticuatro horas. Parecía que habían sido días. Todo era tan confuso en su mente. Pensaba a donde dirigirse. No podía ir con Annie. Ella descifraba lo que le sucedía con sólo verla. Acabaría echándose a llorar en sus brazos y revelando todo. Si contaba a Annie lo sucedido, la forzaría a ir a la policía. No la expondría al riesgo de volver a esa casa con Mark. Debía actuar con inteligencia y cautela. Su mente estaba formulando planes. Con Mey y Sophie podría desahogarse y pensar. Luego, tras charlar con las chicas, lograría estar más tranquila para ir a casa de sus padres. Tenía la imperiosa necesidad de ver a su hermano.

Cuando llegó a la Universidad, no tenía la menor intención de acudir a clase. Permaneció en el aula deprimida y pensativa, anhelando el recreo para poder hablar con sus compañeras.

Por fin, el ansiado timbre sonó.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué tienes esa cara?— preguntó Mey.

—¡Dios mío! Te sentó pésimo la noche de bodas. Pareces un cadáver de tan

pálida— acotó Sophie.

—Chicas, necesito hablar con alguien, porque de lo contrario voy a estallar o a morir. Busquemos un lugar aislado— imploró Sanah con ademanes nerviosos y las palabras ahogadas por el llanto.

Sophie y Mey quedaron sorprendidas y preocupadas. Era algo definitivamente serio.

Una vez sentadas en un solitario parque a cuerdas de la Universidad, Sanah escupió toda su tragedia, mordiendo el llanto, las palabras. Lo dijo todo, sin ocultar nada, aliviando el dolor en su corazón y agitando los terribles recuerdos en su mente.

Las chicas no sabían que decir. Estaban acongojadas por el relato. Mey fue la primera en hablar.

—Sanah, tu vida está en peligro. No puedes volver a ese lugar. Hay una estación de policía cerca de aquí. Nosotras estaremos contigo y no te dejaremos solas— dijo Mey con firmeza, mientras Sophie asentía.

—¡No!— gritó Sanah— Si justamente vine a ustedes es porque sé que puedo confiarles esto y que sea nuestro secreto. Me casé con un cobarde, un miserable, pero no voy a transitar este infierno en vano. Voy a ser fuerte y lograr salir de esta situación sin afectar a mi familia. Mi padre no puede perder su negocio. Mi hermano y su tratamiento se verían afectados, nuestra casa, todo lo que poseemos.

—Es que no vas a tener vida para ayudarlos, Sanah. Entiende el peligro al que te expones— suplicó Sophie, tratando de que su amiga entrara en razón.

—¿Recuerdan a la chica de vestido dorado que estaba sentada anoche junto a ustedes?— inquirió Sanah, pensativa.

—Sí. Una amargada, por cierto. Pero, sigo sin entender tu plan. ¿Quién es ella y que tiene que ver en esta historia?— preguntó Mey, desconcertada.

—Su reacción de mujer despechada me llamó la atención nada más verla. Hoy supe que es hija de Kristen, la ama de llaves de Mark. Esta mañana mientras me servía el desayuno, su madre me contó que trabaja en la empresa de Mark y que lo admira mucho. Yo creo que ellos tienen algo. De lo contrario, su actitud en la boda no tiene explicación— argumentó Sanah.

—No lo sé, amiga. Quizás tenía un mal día y estaba de mal humor. Quiero creer en tu intuición, pero tampoco entiendo en que te beneficiaría eso. En tal caso, además de sufrir los abusos físicos y sexuales de Mark, serías víctima de infidelidad. No comprendo a que quieres llegar—contestó Mey, dubitativa.

—Ni yo— agregó Sophie.

—Si mi sospecha es cierta y Mark tiene una relación extramatrimonial con Lynda, cometiendo por tanto adulterio, puedo lograr chantajearlo. Mark tiene una fortuna mucho mayor a lo que creí y cuida en extremo su reputación. Su nombre sale en los periódicos todos los días, destacándose como el arquitecto del momento. Si logro pruebas de ese romance, podré amenazarlo con entregar el material a la prensa. Estoy convencida de que se horrorizará y estará dispuesto a llegar a un acuerdo. Por las capitulaciones matrimoniales nada de lo suyo me pertenece en un divorcio ni yo quiero un sólo euro de ese miserable, pero puedo lograr que renuncie a las acciones de la inmobiliaria de mi padre, salvando nuestro negocio y alejándolo de mi vida para siempre. Lo único que deseo es investigar esto pronto para poder salir de ese infierno a la brevedad— explicó Sanah, en detalle.

Mey y Sophie razonaron el plan por unos minutos.

—Así como lo presentas, puede funcionar. Pero, ¿qué harás si tus sospechas no resultan veraces? ¿Continuarás bajo el yugo de Mark?— preguntó Sophie, preocupada por su amiga.

—No, Por supuesto que no. En ese caso, me refugiare con mis padres o Annie de inmediato. No voy a poner mi vida en manos de Mark. Ayer supe que es capaz de todo esto y mucho más— dijo Sanah.

Con vergüenza, levantó su holgada remera, dejando al descubierto los arañazos y moretones que Mark le había provocado.

Luego de ver las atónitas miradas de sus amigas, bajó la prenda con parsimonia y tristeza.

Mey y Sophie estaban enmudecidas. Si ya el relato había resultado escalofriante, ver aquellas heridas era desgarrador.

—Sanah, reacciona— gritó Mey, tomándola por los hombros y sacudiéndola —.No lograrás nada más que golpes. ¡Al diablo la inmobiliaria! Denuncia a

ese canalla por lo que te ha hecho y que la prensa se encargue de destruir su inexistente honor con algo que es un delito. Al lado de esto, una infidelidad es lo mínimo—

—¡No es tan sencillo, Mey! Mark es un hombre de poder. La policía no me hará caso. Él dirá que era nuestra primera noche y en su torpeza me dañó sin intención. Los portales, los noticieros están repletos de casos de violencia doméstica donde la víctima muere. Además, Mark puede hacerle daño a mi familia. Si revelo esto, no se que pueda pasar. Tiemblo de pensar que algo le ocurra a Zeus— dijo Sanah, llorando.

Tenía razón. Los femicidios eran cuestión cotidiana. La policía se tomaba su tiempo y los jueces optaban por medidas perimetrales que tarde o temprano permitían al agresor matar a la víctima. Sumado a eso, Mark podía manipular a cualquier funcionario jurídico con su dinero y poder.

—Está bien, Sanah. Concuerdo contigo— manifestó Sophie—. Sin embargo, no puedes hacer esto sola. Si logras las pruebas, no puedes ir a reclamárselo a solas en su alcoba, debes estar con alguien más y en otro lugar o él acabará contigo.

—Sí. Ya pensé en eso— afirmó Sanah—. Andaré con pies de plomo. No imaginan lo que significa para mí en este momento poder contar con ustedes.

Las tres amigas se unieron en un abrazo triste y apretado.

—Sanah, ¿tomaste los recaudos necesarios anoche, verdad?— indagó Mey.

—¿Qué?— preguntó Sanah confusa, sin saber a que hacía referencia la pregunta.

—Supongo que no desearás un embarazo. Sería lo peor que podría ocurrirte en este momento, si hay algo peor de lo que estás viviendo— explicó Mey.

Sanah dio un brinco. Otro detalle no menor que su mente había pasado por alto y en lo que no había reparado. Afortunadamente, allí estaban sus amigas para ayudarla.

—No. No me cuidé ni él lo hizo. Además todo el tiempo repite que desea un hijo, un heredero es lo que menciona. Mark no es capaz de brindar amor a nadie. Está diseñado para dañar, únicamente. ¿Qué hago ahora?— exclamó sollozando.

—Tranquila amiga— la calmó Sophie—. Iremos de inmediato a la farmacia a comprar una de esas «píldoras del día siguiente». Yo las he tomado en algunas oportunidades de descuido. Además, podrás librarte de ese inescrupuloso esta noche con la excusa del período.

—Concuerdo con Sophie— dio la razón Mey—. De todos modos, ya sabes que ese tipo de píldoras son usadas en casos de emergencia, como éste. No puedes tomarlas a diario. ¿No tomabas anticonceptivos cuando estabas con Corazón?

—No— aclaró Sanah—. No nos cuidábamos. Siempre fantaseábamos con la posibilidad de ser padres juntos. No resultó y fue mejor así, tomando en cuenta lo que descubrí después y el desenlace horroroso de nuestra historia.

—Toma las que yo tomo— convenció Sophie—. No sólo son efectivas como anticonceptivas, sino que además favorecen la piel, evitando espinillas y demás. ¡Son estupendas!

—Tú no tienes pareja estable, Sophie— rezongó Mey—. Es una irresponsabilidad que sólo tu te cuides cuando no conoces bien a la otra persona y lo que puedes contraer de su parte.

—¡Claro que no, tonta! Cada vez que estoy con alguien, exijo que se cuide. No soy una loca ni una desinformada. Cuido mi salud y mi cuerpo. Pero doble prevención es mucho mejor aún— sentenció Sophie, algo molesta.

—Estoy de acuerdo, chicas. Hagamos esas compras de inmediato— interrumpió Sanah.

—¡Vamos!— dijeron las chicas al unísono.

—Si mis sospechas sobre Mark y Lynda son ciertas, yo tampoco estoy en una pareja estable— dijo Sanah, como si reflexionara en voz alta, a medida que caminaban.

—No. No creo que lo estés— dijo Sophie con pesimismo—. Pero Mark no accederá a cuidarse si quiere un hijo a quien dejar su legado y te usa a ti como medio para darle eso. Por cierto, sé cuidadosa de esconder las píldoras anticonceptivas para que no las descubra.

—Lo seré. Por favor, no hablen como si fuera a estar casada y viviendo bajo el mismo techo que ese idiota por mucho tiempo. Pienso librarme de esta

pesadilla cuanto antes— expresó Sanah en tono de súplica.

—Eso si sales viva— se le escapó a Sophie y de inmediato llevó sus manos a la boca como si se tratara de un exabrupto. Lo era. Pero no por eso dejaba de ser cierto.

Mey le dio un pellizco en el brazo en señal de callarse.

Una vez que Sanah se despidió de las chicas, su celular ya indicaba las cinco de la tarde. Estaba exhausta. Su mente estaba agitada. Necesitaba ver a Annie y a su hermano.

Camino a su casa, los pensamientos, los recuerdos se agolpaban en su memoria y ponían un nudo en su garganta que le impedía respirar. Sintió que se ahogaba, que el aire le faltaba. Luego, todo se volvió borroso. Se sujetó al muro familiar de la esquina de su casa, donde de pequeña solía jugar, manteniendo su equilibrio, mientras su padre la observaba riendo.

Todo su cuerpo comenzó a sudar y su corazón se agitó de manera tal que parecía iba a escapar. Sentía una fuerte puntada en el pecho y un ahogo mortal. Tuvo miedo de morir allí mismo, a pasos de las personas a quienes amaban.

Sólo pudo atinar a tomar su móvil temblando y marcar el número de Annie.

—Annie, ven. Me estoy muriendo. Me ahogo. No puedo respirar.

Annie corrió con todas sus fuerzas a su encuentro.

Su cuerpo dio un brinco al ver a Sanah tendida en el suelo. Tenía la frente y los labios perlados de sudor. Se encontraba paralizada y no lograba articular las palabras ni moverse. Sentía su lengua dormida.

Un rato después, la sirena de una ambulancia se acercaba. Un equipo médico la trasladó a su casa, y allí en su habitación de siempre, la examinaron. Le realizaron un electrocardiograma que indicó que su corazón se encontraba en óptimas condiciones.

Luego el médico puso una píldora color azul bajo su lengua y le ordenó cerrar los ojos por unos minutos.

Sanah comenzó a respirar lentamente y se sintió mejor.

Una chica joven que acompañaba al doctor abrió la puerta de la habitación para autorizar a Annie, Betty y su madre a ingresar tras los chequeos correspondientes.

—¿Qué le ocurre, Doctor?— preguntó la señora Johnson, notoriamente preocupada.

—Ha tenido un ataque de pánico. Es un mal de estos días donde todos nos encontramos en situaciones de ansiedad extrema. Si bien se trata de una chica joven y saludable, hay que cuidar y prestar particular atención a su salud mental. Les recomiendo que le brinden su comprensión y primordialmente, debe visitar a un psiquiatra a la brevedad. La crisis de ansiedad se trata con medicación y ayuda terapéutica— explicó el médico.

—¡Ah! ¡Qué susto! Creímos que estaba enferma— expresó Betty con alivio.

—Lo está, señora. Su cuerpo está somatizando la depresión. La paciente vive los síntomas como reales porque lo son, pero las causas no son de orden fisiológico. Ya prescribí la medicina para esta semana hasta que vea al especialista— repuso el médico, tratando de ser lo más claro posible.

—Por supuesto. Todos aquí la ayudaremos— dijo Betty, sin entender media palabra.

—Contrajo matrimonio ayer— explicó la señora Jenny—.Imagínese los nervios de una boda.

—. ¿Cómo no va a estar ansiosa? Tuvo una boda de ensueño, su primera noche junto a su esposo en una casa magnífica. Créame que la felicidad y los nervios propios de tales cambios desestabilizan a todas las mujeres.— continuó clarificando con orgullo Betty—. Vaya con Dios Doctor, que ya pronto lo llamaremos por otra clase de síntomas. No tengo duda de que nuestra Sanah nos dará un fruto de ese amor a la brevedad.

—Entiendo— dijo el médico—. De todas maneras, la paciente debe estar transitando un momento de peculiar estrés cuyos orígenes pueden remontarse a otros períodos de su vida, dependiendo del caso.

—Conozco una terapeuta especializada en trastornos de ansiedad y depresión. La llamaré para coordinar una cita— dijo Annie, interviniendo en la charla y poniendo un poco de coherencia al intercambio con el galeno.

—Me parece estupendo— asintió el médico—. La medicación la ayudará mucho también. Si me permiten, les voy a pedir un momento a solas con la paciente.

Las mujeres abandonaron la habitación, respetando su petición.

—Gracias, Doctor— agradeció Sanah—. Esa píldora fue estupenda. Me siento calmada y sedada, como si todos los problemas abandonaran mi cuerpo. Le juro que creí me moría.

—Te creo. Es así como funciona. La ansiedad exagera los síntomas en un círculo vicioso. A mayor ansiedad, mayores síntomas y a la inversa. Debes estar atravesando momentos difíciles—

—Sí. Pero me siento mejor ahora. Voy a tomar esa bendita medicina a diario y visitar a los especialistas— dijo Sanah obedeciendo las instrucciones previamente dadas.

—No creas que no vi esos rasguños o los moretones en tus senos y brazos mientras te examinaba— dijo el médico, con seriedad—. No te pediré explicaciones, pero debes realizar una denuncia a la brevedad. Es mi deber advertirte.

Sanah no sabía que decir.

—Lo haré. Sólo no lo mencione con mi familia de momento, por favor. Créame que no serán ellos quienes me ayuden— imploró Sanah.

—Está bien. Pareces una chica sensata e inteligente. Espero puedas salir de esta situación— deseó el médico, para luego retirarse.

Su madre entró a la habitación y besó su mejilla con cariño.

—¡Qué susto nos has dado, hija mía! Acabo de hablar con Mark. Se sorprendió mucho. Esta viniendo a buscarte.

—Mamá, deja que me quede aquí esta noche, por favor. No me siento bien aún— rogó Sanah.

Annie la miraba con preocupación. Estaba desesperada por hablar con Sanah a solas y se sentía irritada por no poder lograrlo. Sin embargo, conocía muy bien a Sanah y por sus palabras, Annie comprendió que lo último que deseaba era regresar a casa junto a Mark.

—Deja que se quede aquí, Jenny. Podremos cuidar de ella. Ya tendrá tiempo para volver a casa de Mark. No fue un buen día. Ha pasado por una experiencia desagradable. Espera hasta mañana por lo menos. Mark lo entenderá— trató de convencer Annie.

—Yo estoy en descacuerdo— disintió Betty, para variar—. Estos médicos no saben nada. Qué tontería esa moda de los ataques de no se que y las enfermedades mentales. En mi época eso no existía. Ahora inventan cosas nuevas todos los días. Sanah está bien y no es correcto que deje solo a su marido. Ya no es una mujer soltera para dormir en casa de sus padres. Fue examinada y se encuentra bien. ¿Qué mujer abandona a su marido por cualquier malestar sin importancia?

Annie le dedicó una mirada fulminante.

—¿Qué dices, Betty? Trata de ser contemplativa con Sanah— rezongó.

El timbre sonó en ese momento, logrando que Betty, ofuscada por las palabras de Annie, bajara de inmediato para abrir.

Segundos más tarde, Mark, con su semblante inexpresivo, se encontraba en la habitación.

Jenny relató lo sucedido.

—Comprendo. Iremos a casa ahora. Estará bien cuidada— fue la escueta respuesta de Mark.

—No hay mejor lugar para una mujer que junto a su marido— añadió Betty—. Aplaudo tu decisión, querido.

—Sanah propuso pasar la noche aquí. Ten en cuenta que aún está algo débil y alterada— se atrevió Annie, bajo la mirada espantada de Sanah.

No podía desafiar a Mark de esa manera. El precio podía ser demasiado elevado. Haría lo que Mark ordenara. No había otra alternativa. Si ella le llevaba la contraria, podía provocar su ira en un nivel desmedido. Tenía miedo, mucho miedo.

—No, Mark. Claro que no. No pasaré la noche aquí. Iré a casa contigo. Sólo hice ese comentario para ver a mi hermano, pero lo dejaré para mañana, cuando me sienta mejor. No quiero asustar a Zeus. Vamos cuando tu decidas— dijo Sanah, levantándose de la cama.

Estaba pálida y temblorosa aún. Los sedantes surtían efecto paulatinamente, haciendo que sus ojos se entrecerraran.

Annie la miraba asombrada. No entendía porque Sanah no insistía en permanecer en casa de sus padres si era eso lo que deseaba.

—Cielo, quédate aquí. Mañana, cuando estés descansada, yo misma te llevo a tu hogar— propuso Annie con insistencia, mirándola fijamente a los ojos, cómo si pretendiera develar el misterio que torturaba a Sanah.

—Gracias, Annie. Prefiero ir a casa, pensándolo mejor. Estoy a gusto allí y es donde pertenezco ahora— expresó, acariciando el rostro de Annie, con tristeza y agradecimiento.

—Te espero en el coche. No demores— fue la respuesta de Mark.

Sanah se abarazó fuerte a Annie quien le susurró al oído que pasara por su casa a la brevedad.

Luego fue al dormitorio de Zeus y cubrió de besos y cosquillas al pequeño, tratando de llenar su cuerpo con la inocencia y bondad de aquellos ojos sanadores.

Una vez en el auto de Mark, éste no tardó en increparla.

—¿Qué clase de espectáculo diste en tu casa? Tu madre me llamó a los gritos, pidiendo fuera por ti. Debí suspender una reunión importante. A propósito, no creas que vas a estar todo el día por ahí, haciendo lo que te dé la gana. Debes permanecer en casa— dijo, acelerando el auto y apretando los nudillos de una forma que espantaba a Sanah.

—Iba a volver a casa apenas culminó la clase, pero me sentí muy mal. El médico dijo que tuve un ataque de pánico. Debo tomar medicación psiquiátrica— trato de explicar, Sanah, rezando para que aquel cobarde no se alterara aún más.

—¿Psiquiátrica? ¿Estás loca o qué? Creí me casaba con una mujer sana, no con una demente que pueda acabar en un manicomio. ¡Dios! Se me eriza la piel de llegar a pensar en eso y lo que podrían decir mis padres si eso ocurriera. Como no tienes la menor apariencia de loca, no voy a creer ninguna de tus pantomimas. Por tu bien, te sugiero que el episodio de hoy no vuelva a ocurrir. ¿Entendiste, cariño?— dijo tomando la mano de Sanah y apretándola con furia, hasta hacer sollozar a la muchacha.

—No ocurrirá, Mark. Te lo juro. Puedes soltarme. Mi mano está doliendo mucho. No va a pasar más. No voy a comentar esto que pasó con nadie y volveré a casa temprano siempre— prometió Sanah.

—¡Eso espero!— dijo con hostilidad—. Con respecto a tus estudios, ya que ahora soy yo quien está pagando la Universidad, deberás traer tu escolaridad cada mes. Cómo yo vea un examen desaprobado, dejo de pagar. No permito que nadie me engañe. Si vas a estar fuera de casa que sea para estudiar realmente, y no para andar paseando por ahí.

Sanah tembló nuevamente. Desde su romance con Corazón, su percepción de la carrera y de lo que realmente quería hacer en la vida había cambiado. En aquel momento, estaba convencida de que su amor era tan fuerte que nada podría destruirlo. Había dejado los miedos atrás y se animó a ver su interior, descubriendo sus más recónditos deseos. Había pensado en viajar junto a Corazón, dedicarse a la poesía, que era su verdadera pasión y buscar siempre su felicidad. No sólo su amor se vió aniquilado cuando descubrió las trampas de Corazón, sino también sus proyectos. En el último tiempo, su aflicción no le había permitido enfocarse en la carrera. No había realizado los exámenes del segundo semestre y no había rastros de la alumna brillante que solía ser. Debía mentir para no despertar a la fiera. Pronto se vería libre de él, de su violencia, su control que la asfixiaba.

—¿Eres sorda?— preguntó Mark malhumorado, ante la ausencia de respuesta.

—No. Disculpa. Estaba pensando en mis exámenes. Pediré una copia de mi escolaridad para ti— dijo Sanah, con voz trémula.

—Está bien— asintió Mark—. No creas que haberte casado con un millonario te hará millonaria a ti también. Si creíste que me estabas «cazando» por dinero, debo decirte que fuiste muy ingenua. Muchas como tú creerían que por estar a mi lado, lo mío les pertenece, y esa supuesta viveza es la mayor burrada.

Aquel hombre no se agotaba de herir y ofender. Sus palabras necias y agresivas, Sanah las podía tolerar, pero sus golpes eran la peor pesadilla que alguna vez creyó vivir.

—Yo no me casé contigo por dinero, Mark. Por si no recuerdas, tú fuiste quien se interesó en mí y quien pidió mi mano en matrimonio— aclaró Sanah, tratando de cuidar sus palabras.

Tantos insultos venían a su mente, mas no podía expresarlos.

—Es cierto. Yo te pedí en matrimonio y deberías prender velas todos los días para agradecer esa bendición. ¿Qué otro hombre de mi nivel se casaría con la hija de un empresario al borde de la ruina? Tu padre es el peor negociante que vi en mi vida entera. Ni con mi apoyo financiero es capaz de sacar la inmobiliaria adelante. Espero no hayas heredado tanta ineptitud o serás la peor Economista del país— expresó con tono burlón y su clásica risa, celebrando sus estúpidas ocurrencias.

—Pero, ¿vas a devolverle las acciones a mi padre?— preguntó Sanah, con temor— Yo confío en su capacidad.

—Confía tú por sus clientes, entonces. Tu padre aún no me devuelve ni el cincuenta por ciento de la suma que le presté para sacar su negocio a flote. ¿Qué te hace pensar que un inútil así pueda dirigir un negocio por sí mismo?

Sanah sintió bronca. Los latidos de su corazón se aceleraban y temía una nueva crisis. Trató de respirar hondo y relajarse.

Cuando llegaron a casa, Sanah entró apoyando su mano en las paredes, buscando la firmeza que sus piernas no le daban.

—¿Estás bien, Sanah? Te encuentras pálida— preguntó Kristen.

—Todo está perfecto, Kristen— respondió Mark por ella—. En cuanto a ti, refiérete a tus patrones con respecto si no quieres terminar en la calle. No es tu amiga para que le hables así.

—Yo fui quien se lo pidió. Es más natural para mí— aclaró Sanah, defendiendo a Kristen de tamaña injusticia.

—Perdón señor Mark. Sólo obedecí una orden de la señora. Me retiro a la cocina— dijo Kristen, con ojos llorosos.

Sanah subió las escalera con dificultad hasta su cuarto y se dejó caer en la cama.

Mark cerró la puerta con un fuerte golpe.

—Voy a aclararte por única vez algunas reglas de la casa. La servidumbre es tratada como tal. No porque la insoportable de tu sirvienta Betty se inmiscuya en todo, yo voy a permitir que hagas lo mismo con mis empleados. Está prohibido hablar de asuntos personales con Kristen, ¿comprendiste?—

—Si— dijo Sanah, quien era incapaz de emitir más palabras. Se encontraba al borde de sus fuerzas.

—Te prohíbo mencionar algo de tus problemas mentales o lo que sea hayas inventado. Ya fue suficiente casarme con una mujer con un hermano retardado, como para que además ahora tú sumes enfermedades— expresó con fastidio, para luego dejar el dormitorio.

Sanah lloró toda su angustia, mordiendo la almohada para acallar sus gritos de rabia. Sentía que iba a morir de seguir un segundo más viendo el rostro de aquel hombre. ¿Cómo se atrevía a referirse así a su hermano? La ignorancia y maldad de aquel sujeto estaba fuera de su entendimiento. Necesitaba abrazar a Annie, a Zeus, gritar lo que le sucedía a los cuatro vientos. Deseaba bajar las suntuosas escaleras de mármol y correr con todas sus fuerzas, como un convicto que ha soportado años de sometimiento lo haría.

Su vida aparecía tan inmunda, tan carente de sentido, que deseaba que aquellos ataques de pánico fueran infartos fulminantes, para evitar aquel dolor.

No había probado bocado en todo el día, pero no tenía hambre. Sentía molestias estomacales, producto de su conmoción.

Buscó en su bolso los medicamentos y duplicó la dosis indicada por el médico. Lo necesitaba.

Cuando Kristen subió con la cena, la encontró profundamente dormida, aún con la ropa puesta.

Se encontraba en un estado que jamás imaginó. Todos los momentos de pesar que había vivido antes se volvían superfluos a sus ojos. Hoy sabía lo que era estar en un estado de profundo pánico, viviendo con miedo, sufriendo sin respiro. Debía juntar sus partes rotas y hacer frente a la crisis.

Capítulo XXI

Depredador

Era ya pasado el mediodía cuando Kristen decidió ir a despertar a Sanah. Le costó mucho lograr que la joven abriera los ojos. El exceso de antidepresivos y ansiolíticos la habían ayudado a descansar. Sólo quería dormir y olvidarse del mundo entero.

—Vamos, señora Sanah. ¡Haga un esfuerzo, por favor!— la instaba Kristen a incorporarse, a la vez que le ofrecía una aromática taza de café.

Despacio, con movimientos robóticos, Sanah se sentó en la cama y bebió unos sorbos que ayudaron a despejarla.

Sentía que flotaba y dudaba de la realidad de lo que veía. Kristen la llevó a la ducha, ayudando sus pasos temblorosos.

Cuando Sanah se vió en el espejo, le costó identificarse. Parecía un zombie, sumamente demacrada y con un aspecto terrible.

Sentía el agua correr por su cuerpo, alivianar su cabeza cansada, sus músculos tensos.

Kristen la ayudó a vestirse. Aún estaba temblorosa y somnolienta.

Tras la ducha, volvió a la cama nuevamente. Le dolía el cuello, probablemente por haberse dormido en una postura incómoda y sus pies estaban marcados. Mark ni siquiera le había quitado los zapatos. Mejor así. No quería pensar en tener aquellas manos sobre su cuerpo. Su forma de agarrarla, apretando su cuerpo, sin dejarla casi respirar. Mark provocaba heridas que dolían mucho más. El miedo y la ansiedad se apoderaron de ella tras revivir esos momentos. Su carne maltratada, su piel marcada, su cuerpo enajenado, sobre el que no tenía ningún derecho cuando Mark la tomaba, como un objeto, una cosa a ser utilizada. Al mismo tiempo, se encontraba

imposibilitada de volver a repetir una crisis de ansiedad. Si eso sucedía la furia de Mark sería incontrolable. Resultaba absurdo. No tenía el derecho de enfermar. Su cuerpo no podía manejar lo que sentía y Sanah comenzó a sudar nuevamente y a sentir los latidos rápidos de su corazón. Temía volverse loca, volver a padecer aquel dolor en el pecho y la sensación de que el aire no ingresaba a sus pulmones. Se dejaría morir antes de pedir ayuda. Mark había sido muy claro con respecto a las consecuencias de lo que él consideraba un nuevo escándalo. Debía ser fuerte. Era cuestión de días. Luego, lejos de Mark, su mente y su cuerpo sanarían.

Respiró profunda y lentamente, tal y como se lo enseñó el médico y se repitió a sí misma que todo estaría bien.

—¿Qué le ocurrió, señora? Disculpe mi atrevimiento, pero no la veo bien. El señor Mark no me dio ninguna indicación esta mañana cuando salió a su oficina pero yo creí que ya era muy tarde para que permaneciera en cama, tomando en cuenta que no cenó anoche— dijo Kristen, sacando a Sanah de su ensimismamiento.

Sanah le tomó la mano. La conocía hacía un par de días, pero había sido su única interacción noble en aquella casa. Por lo menos, podía charlar y acercarse a ella. Ahora podía apreciar mucho más a Betty y su madre. Si bien estaba en desacuerdo con muchas de sus formas y pensamientos, siempre la habían tratado con amor y cuidados. Ahora sabía cuanto valía ser tratado con afecto y respeto. Algo que ella siempre tomó con naturalidad, asumiendo que aquel amor filial tenía lugar en todas las familias. En aquellos días fatídicos, Kristen, una completa desconocida era alguien que le ofrecía su ayuda y cálidas palabras. Nunca había imaginado que algo tan simple podía ser tan importante. Era como tener un poquito de paz en pleno infierno. Tenía a los suyos lejos, sin poder contarles la verdad. Mientras ideaba su plan para escapar de Mark, debería soportar las torturas físicas y verbales a diario.

—No es un atrevimiento en lo más mínimo Kristen. Tuve una crisis de angustia y ansiedad y tomé unas cuantas píldoras para sentirme mejor. Sólo eso— contó Sanah, tratando de minimizar la situación, dado que Mark le había prohibido hablar del tema y no quería imaginar su reacción si se enteraba de

que lo había desobedecido—. Te agradezco inmensamente tus cuidados y atenciones. De paso, aprovecho para pedirte disculpas por el problema que tuviste por llamarme por mi nombre delante de Mark— expresó Sanah.

—No hay nada que disculpar, señora. Cuidar de usted y de la casa es mi función aquí. No se preocupe por el joven Mark. Conozco su carácter desde niño y estoy acostumbrada a su trato. Duele a veces, claro que sí, pero yo lo cargué en mis brazos sus primeros días de vida, lo alimenté, lo crié, lo ayudé con sus tareas escolares. Tengo un amor maternal hacia Mark. Si le soy sincera, debo decir que no se convirtió en el hombre que yo esperaba, pero en mi cariño maternal sólo trato de ver sus virtudes y aceptarlo como es, con confianza ciega de madre y la seguridad que detrás de esa apariencia fría se ocultan nobles sentimientos— expresó Kristen con lágrimas en los ojos.

—Por favor, no vaya a comentar nada de esto con su marido. Él podría irritarse conmigo nuevamente— pidió.

—Puedes tener la certeza de que todo lo que hablemos quedará entre tu y yo. A su vez, tampoco comentes sobre mi malestares. Mark me prohibió hacerlo— aseguró Sanah.

—Es usted una buena muchacha. Mark no puedo haber elegido mejor esposa. Si bien no la conozco mucho aún, es fácil percibir su carácter noble y sereno — elogió Kristen—. ¡Vamos! Coma sus tostadas que se van a enfriar. Voy a pedir que preparen un succulento plato para su almuerzo. Con tanta medicación, usted necesita alimentarse bien, para que sus defensas aumenten y se reponga pronto. Además si toma tantas medicinas pierde el dominio de sus movimientos. Tiene varios moretones en su cuerpo. Debe haber topado con varios muebles en ese estado de adormecimiento.

—Sí. Así es. Gracias por tu atención. Voy a descansar otro rato— agradeció Sanah.

—Está bien. No se levante ni realice ningún esfuerzo. Yo le subiré el almuerzo tan pronto esté listo.

—A propósito Kristen, ¿tienes idea de la hora a la que Mark regresa de su trabajo? Como ya sabes, llevo tan sólo unos días aquí y desconozco sus horarios— preguntó Sanah, quien vivía alarmada ante la posibilidad de que

aquel sujeto se apareciera para terminar con el estado de tranquilidad que estaba logrando.

—El señor Mark es un hombre muy estructurado y rutinario. Siempre llega en el entorno de las siete de la tarde. Desde que montó su propia empresa, siempre respeta el mismo horario de trabajo. Tiene la misma rigurosidad para con sus empleados. Mi Lynda siempre es puntual, porque sabe que Mark lo considera imprescindible. Es natural que un hombre de su porte desee rodearse de personal apto y responsable— explicó Kristen.

Las siete. Faltaban horas aún. Sanah se serenó. Tenía la tarde para descansar y reponer energías. Tomó una de las píldoras prescritas por el médico y cerró los ojos.

Segundos más tarde, su celular sonaba sin cesar, ya casi sin batería.

Era Annie. Pudo percibir que tenía docenas de llamadas perdidas.

—Hola Annie— saludó, con cierto nerviosismo.

Annie era demasiado incisiva y la conocía mucho como para creer que todo estaba bien.

—¡Sanah! Por fin respondes. Estaba a punto de ir a buscarte. Sólo me contuve porque tu madre llamó y la empleada le dijo que estabas durmiendo, que te daría el recado cuando despertaras. Luego, enfrié mi cabeza y supuse que efectivamente deberías estar descansando tras lo acontecido ayer.

—¿Cómo te sientes hoy? ¿Tomaste tus medicinas?— preguntó Annie, preocupada.

—Sí. Acabo de tomar una de las píldoras. No estoy bien, pero me siento mejor— relató brevemente.

—Ya tienes turno con la terapeuta. Yo iré contigo— prosiguió Annie con entusiasmo—. Estuve leyendo mucho sobre lo que te sucedió y la terapia te ayudará. No eres la única que ha padecido ataques de pánico. Lograrás superarlo con la valentía que siempre has tenido. Afortunadamente, se está avanzando en el tratamiento y la identificación de los trastornos de ansiedad. En fin, tú sabes. Los médicos siempre buscan causas de orden fisiológico más que psicológico. Si es por mi, debo admitir que cuando te vi en aquel estado, con las manos en tu pecho, creí que estabas padeciendo un infarto.

Annie sonaba realmente preocupada por su salud y dispuesta a todo por ayudarla. Hablaba sin cesar como si estuviera brindando una conferencia sobre los trastornos psicológicos y como lidiar con ellos.

—Basta ya, Annie— pidió Sanah, riendo—. Me causa risa oírte hablar así. Te falta el título para terapeuta.

—¡Mira! Estoy tan entretenida con la lectura sobre el estrés y la ansiedad, que pronto me pongo a escribir mi propio libro de autoayuda. ¡Quién me vería!— dijo Annie, festejando su ocurrencia.

—No imaginas cuanto agradezco poder charlar así contigo— dijo Sanah, devolviendo el tenor serio a la charla—. Para Betty y mamá, lo que sucedió no tuvo mayor trascendencia.

—Si. Me extraña que Jenny, que ha vivido tantos años brindando un trato especializado a Zeus, no pueda ver que tu problema tiene una repercusión en tu vida mucho mayor a lo que ella imagina. De todos modos, está afligida por ti. Yo creo que en el fondo, su temor consiste en que tu inestabilidad emocional pueda impactar en tu reciente vínculo matrimonial con Mark— expresó Annie.

—Tienes todas las evidencias para pensar eso. Tanto Betty como mi madre se aterrorizan con la mera idea de que mi matrimonio falle— dio la razón Sanah, con pesar.

—Hablando de tu matrimonio. ¿Cómo han sido estos días con Mark? ¿Lo has padecido demasiado?— inquirió Annie— Estoy ansiosa por saber como va todo.

Sanah se sobresaltó. No era buena para mentir, y mucho menos cuando se trataba de personas que amaba. Sin embargo, no era el momento de ser brutalmente sincera con Annie, revelando aquellos episodios de violencia. Lo haría en el momento apropiado. De lo contrario, Annie no podría mantenerse callada y debería tirar por la borda su plan de dejar a Mark sin que la economía de su padre se viera afectada.

—Pues, ya sabes— tartamudeó—. Han sido apenas unos días y Mark está ausente la mayor parte del tiempo. Ya te contaré más detalles.

—Ya mismo voy para ahí. Ahora que puedo oír tu voz y saber que estás mejor, voy a hacerte una visita por varias razones. La primera es que estoy

muriendo por conocer esa mansión de Mark; la segunda y primordial es que te extrañe demasiado y finalmente, puedo aprovechar la instancia para llevarte la información sobre la terapia y los días que asistirás— anunció Annie, exultante.

Sanah titubeó. Mark jamás se había referido a ese tema. No le había prohibido llevar a nadie a su casa, pero tampoco lo había autorizado. ¿Y si se molestaba?

—¿Qué dices, Sanah?— insistió Annie, extrañada ante el silencio de Sanah.

—No se si sea una buena idea, Annie. Yo iré mañana y charlaremos más cómodas. No le dije nada a Mark y no sé si lo tomará bien— se excusó con pesar.

—¿Por qué habría de tomarlo mal? Además es también tu casa. No necesitas permiso de tu esposo para que tu familia te visite; especialmente en este momento en que no te encuentras nada bien. ¡Qué absurdo!— expresó Annie, molesta.

Annie desconocía que Mark enfurecía por todo, y esa furia no era fácil de sobrellevar.

Por fin, tomó valor.

—Está bien, Annie. Ven ya— dijo rápido y con coraje, para evitar arrepentirse.

Media hora más tarde, Annie arribaba a la casa de Sanah.

La muchacha apenas lograba mantenerse despierta. Sentía que caminaba sobre algodón.

Tras estrechar a su amada amiga en un cálido abrazo, Sanah le mostró las instalaciones y le presentó a Kristen, quien demostró ser una excelente anfitriona, sirviendo un estupendo almuerzo para la ocasión.

Una vez en la privacidad del dormitorio de Sanah, ambas se sintieron con mayor comodidad para charlar.

—Aún estás pálida, sin apetito y temblorosa— observó Annie, preocupada—. Sé que todo esto llevará su proceso pero me angustia verte así. ¿Sabes? La terapeuta me dijo que si bien las causas de los ataques de pánico pueden remontarse a situaciones de la infancia u otros episodios emocionalmente

movilizadores, muchas veces la persona se encuentra en un estado de depresión profunda que dispara la crisis. Sin duda, tú has soportado muchos momentos difíciles en el último tiempo. Sé que la ruptura con Corazón y la decepción que tuviste te hizo sentir muy mal, pero debes mirar hacia adelante. Ambas sabemos que tu boda también fue una situación de estrés en la que te viste envuelta sin real voluntad, pero vendrán tiempos mejores. Te lo aseguro. No hay mujercita más fuerte y buena que tú— expresó Annie con absoluta devoción y cariño.

—Sí— reconoció Sanah—. No he tenido gratos momentos últimamente.

—¡Oye! ¿Qué es esa marca en tu brazo?— preguntó Annie tocando su profundo y doloroso moretón.

Mark cada vez dejaba huellas más difíciles de ocultar.

—¡Ah! Me caí en la bañera. Anoche tomé un baño y como estaba aún muy sedada no coordinaba bien mis movimientos— explicó Sanah, con un inevitable nudo en la garganta.

—Debes tener cuidado, querida. Aplica alguna crema allí para que el hematoma se disipe— sugirió Annie, con cuidado maternal.

—Eso haré— asintió.

Sanah sentía que no podría controlar el llanto si continuaba hablando.

—¿Cómo te sientes con respecto a tu marido? ¿Creés que puedas lograr amar a Mark algún día?— quiso saber Annie.

Sanah estuvo a punto de gritar ¡no! con todas sus fuerzas. Si había alguien a quien odiaría cada segundo de su vida, esa persona era Mark.

—En absoluto— respondió con convicción—. No amaré a Mark jamás.

—¿Pero, así, de manera tan tajante? ¿No creés que debes darle un tiempo, la oportunidad de conocerlo más al menos? El hecho de que tu primer amor haya sido un sujeto despreciable no implica que todos los hombres sean así— dijo Annie, considerando que la perspectiva de Sanah resultaba extrema en exceso.

—Te aseguro que hay sujetos infinitamente más despreciables que Corazón— expresó Sanah en un impulso.

—¿Vas a divorciarte entonces?— inquirió Annie— No tiene sentido que estés ligada a un hombre que no te hace feliz.

—Sí. Lo haré. Aunque no quiero que la ruptura afecte a papá y su negocio. Buscaré la forma. Déjame ver como resuelvo esto sin perjuicios.

—No debiste casarte, Sanah. Te lo advertí. Actuar por venganza o despecho sólo iba a dañarte. Era previsible que esto pasaría— se lamentó Annie.

—Sí. Estabas en lo cierto. Pero actué por rabia, por impulso y cuando vi el error garrafal que estaba cometiendo ya era muy tarde.

—Bueno. No te aflijas. Eres joven. En unos años esto será una anécdota. Hay miles de matrimonios que duran tan solo unos pocos meses y nadie muere por ello. Lo importante es tu bienestar— razonó Annie con optimismo.

Sanah planeaba que aquel matrimonio durara días. No resistiría vivir con Mark por meses.

—Hay algo que quiero decirte, pero sé que no es el momento oportuno— dijo Annie, con nerviosismo—. Es que temo que te enteres por ti misma y deseo prevenirte.

—¿Qué sucede Annie? ¡Cuéntame por favor!— pidió Sanah.

—Lo último que necesitas en este momento es estresarte. Aunque lo sabrás tarde o temprano— prosiguió Annie, dudando si hablar o no.

—Dilo ya, Annie. Tus preámbulos me ponen más ansiosa. ¿Pasó algo con Zeus, con mis padres?— preguntó Sanah, alterada.

—No. No es eso. Tiene que ver con Corazón— dijo Annie, mordiendo sus labios.

Sanah dio un respingo. No podía evitar los nervios, las cosquillas en su estómago cada vez que sabía algo de él, aunque sólo recibiera sinsabores.

—Dilo—apuró, Sanah.

—Está triunfando en París. Los periódicos, los medios digitales están todos hablando de sus obras— explicó Annie.

—Bien por él y por Marilyn. ¡Qué disfruten tanto reconocimiento y fama!— dijo Sanah, en un fallido intento de sonar desinteresada.

—Es que eso no es todo. Tú apareces en sus obras. Me habías contado que su plan era presentar aquellos retratos y que tú posaste para él. A propósito de eso, Sanah. ¡Qué cuadros tan extraordinarios y qué poemas tan bellos! Si bien me habías hablado sobre su trabajo, jamás imaginé un talento de tal magnitud.

Quedé absolutamente embelesada. ¡Oh! ¡Y ese poeta latinoamericano cuyo poema inspira la primera obra! ¡Qué poemas tan bellos ha escrito! He estado leyendo varios de su autoría en la web. ¿Te imaginas el giro que tu vida habría tenido de haber consolidado aquel soñado plan de presentarse juntos en la exposición? Hoy serías una poeta en ascenso, y mejor aún, estarías al lado del hombre que amas. No cabe dudas de que tu relación con Corazón te cambió por completo, logró que abrieras tu alma cómo nunca lo habías hecho. Yo quiero volver a ver la felicidad que irradiaban tus ojos cuando estabas a su lado — siguió Annie, absorta en espléndidos pensamientos, con una frustrante sensación de impotencia frente a lo que el destino decidió no favorecer.

Sanah comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación, tratando de entender el extraño comportamiento de Corazón.

—¿Cómo se atreve a exponer mis retratos? Si bien son de su autoría, es mi imagen la que se refleja. Está exponiéndome y pisoteando nuestro sueño en común. Aquel evento parisino iba a ser de ambos. No le bastó con humillarme con su engaño, que sigue haciéndome daño a la distancia.

Sanah estaba acongojada.

—No te pongas así. Me forzaste a contarte esto prometiendo calma— pidió Annie—. No hagas que me arrepienta. Lo ibas a ver tu misma en cualquier portal de noticias e iba a ser un balde de agua fría. Hay cosas a las que debemos hacer frente.

Sanah buscó los fármacos en su cajón y tomó dos píldoras. Respiró hondo y realizó su mayor esfuerzo por serenarse.

—¿Y Marilyn? ¿Aparece ella a su lado? ¿Expone también sus retratos?— quiso saber, Sanah.

—No. Eso es lo que llama mi atención. Marilyn no está mencionada en ningún momento y los retratos que presentó tampoco figuran— dijo Annie, desconcertada—. Me parece peculiar este comportamiento. Además, debo añadir que Corazón me ha enviado decenas de cartas e incluso e—mails donde me pide revele la razón de tu enojo y se describe devastado por tu ausencia. Me da mucha pena. Por supuesto que no he respondido nada. Si bien sabes de sobra que esta historia no me cierra, jamás haría algo sin tu autorización. Se

dirige a mí porque sabe que los recibiré y que soy la única que puede hablar a su favor contigo. Yo tengo mis dudas con respecto a lo que sucedió y el supuesto engaño, Sanah. Él te ama.

Annie estrujaba ideas en su mente, con el ceño fruncido en clara muestra de desconcierto.

—No puedes negar lo que yo vi Annie. Nadie me contó nada. Yo vi todo con mis propios ojos. También sabemos que Marilyn está en Francia, acompañándolo. Quizás decidió no exponer a su enamorada y mostró mis retratos, sólo para perjudicarme— concluyó Sanah, con visible ira, pretendiendo persuadir a Annie de sus dudas.

—No lo sé. Es todo tan raro— dudaba Annie—. Lo que me preocupa es que pasará si Mark ve la noticia y te reconoce.

Sanah no había pensado en eso aún. Se le heló la sangre de tan sólo imaginarlo. Creía sentir las manos potentes de Mark en su cuello. La mataría sin lugar a dudas.

—Eso no puede suceder, Annie— dijo, entre sollozos—. Si Mark se entera, no se que pasará.

Sanah perdió la compostura por completo, con el mero hecho de imaginar las consecuencias letales de tal acontecimiento.

—Tranquilízate. No debes tener miedo— dijo Annie, intentando en vano que Sanah se calmara—. Leí todas las entrevistas que brindó. Por suerte, ninguna ha sido televisiva. En todas las notas, él se niega a brindar la identidad de su musa. Opta por decir que su nombre no importa, pero que es la mujer más fascinante que haya conocido y que la ama con todo su ser. Además, él leyó tus poemas con tanto amor, que es difícil poner en duda la veracidad de sus sentimientos. Como si con eso no bastara, no habla de sus sentimientos como si fueran parte del pasado. Expresa su amor en presente, como el motor de su arte y hasta de su existencia.

—Puras tonterías, Annie— se fastidió Sanah—. Lo único que le interesa es ganar fama. Debe haber preparado un discurso amoroso que brinde convicción a sus creaciones. ¿Estás segura de que mi nombre no aparece en ningún lugar? — preguntó, alterada.

—No. He leído absolutamente todo y pese a que la prensa insiste en poner un nombre a tan bella imagen, él se niega a revelarlo. Responde con rodeos, diciendo que eres su gran amor, y que tu poema inspiró su obra. En cada entrevista, reitera que sus pinturas fueron realizadas en conjunto con la mujer retratada, quien es una talentosa poeta, de corazón noble e incomparable belleza. ¡Mira!— dijo Annie tomando su celular con entusiasmo y entregándolo a Sanah— ¡Lee lo que dice en este portal!

—¡No, Annie! ¡Por favor, no! Leer sobre él solo me provocaría reavivar recuerdos dolorosos. Deseo enterrar esos momentos para siempre. Lo único que me preocupa de todo esto es la repercusión mediática de sus obras y la posibilidad de que alguien asocie mi nombre con la chica de los retratos. Ese sería mi fin— expresó Sanah, conmocionada hasta lo más profundo de su ser.

—¿Qué haré si Mark lo ve? ¡Ayúdame, Annie!— imploró , muerta de miedo—. De nada sirve que mi nombre no esté, si mi rostro y mi cuerpo figuran en cada pintura.

—Pues sí, querida. Creo que dado el creciente interés que surgió en Francia en torno a Corazón y el misterio que genera el anonimato de la mujer retratada, las noticias no cesarán. Pronto se lo podrá ver en programas de televisión, sumado a otros eventos de gran investidura. Será cuestión de tiempo para que Mark y el mundo entero lo sepan.

Sanah temblaba abrazando sus piernas. Estaba aterrada.

—¡Calma, Sanah! Parece que tuvieras miedo de Mark. No hay necesidad de ponerse así, cariño. Claro que te ayudaré — intentó calmar Annie, sorprendida por tan exagerada reacción—. ¡Mira! ¡Hagamos esto! Si él lo ve, le dirás que no tienes la menor idea de lo que ocurre y te mostraras sorprendida. Alegarás que el sujeto debe estar loco y que como te veía cuando daba clases a Zeus, probablemente se haya enamorado de ti sin tu saberlo y luego retratarte, todo en tu absoluta ignorancia de la situación.

—Sí. Puede funcionar. Pero, ¿y mi cuerpo? Todo está expuesto en los retratos. Hay lunares, pequeñas marcas, la cicatriz de mi cirugía de apendicitis. Corazón fue muy meticuloso en sus retratos— dijo con pesar.

Sanah sentía que su cabeza iba a estallar.

—En ese caso, puedes decir que una tarde de calor, lo viste observándote cuando estabas a punto de meterte a la piscina. Que le pediste que se alejara de inmediato tan pronto como notaste que te observaba insistentemente. Te mostrarás indignada. Tú misma argumentaste que él te asediaba cuando le solicitaste a tu madre que lo despidiera. Todos van a creerte — continuó Annie, con una lucidez admirable en aquellos momentos en que Sanah no podía pensar.

—¡Eres una genia!— dijo Sanah, tomando las manos de su amiga y besándolas— No sé que haría sin ti. No sólo debes graduarte como terapeuta, sino que además deben darte el premio a la amiga más confiable y creativa del mundo.

—Entonces, problema resuelto. Ya no te aflijas más y guarda la calma. Tienes que cuidarte. No hablemos más de Corazón— resolvió Annie, inquieta al ver que Sanah no estaba nada bien y continuaba su trayecto nervioso a lo largo del cuarto.

—Mark cuida su imagen. Ve a diario lo que sale en las noticias sobre sus trabajos. Si alguien más me reconoce y se propaga la noticia de que la esposa del magnate Brown figura en retratos de un artista famoso, habrá chismes y relatos insidiosos por doquier. Mark volcará su furia sobre mi.

Annie abrió los ojos, mostrando sorpresa.

—Sanah, hablas como si temieras a Mark. Pese a ser un hombre desagradable en sus maneras, ¿se ha mostrado violento contigo?— indagó Annie.

Sanah se había excedido confesando sus temores.

—¡No! ¿Cómo creés algo así?— trató de persuadir.

—Es que te pones excesivamente nerviosa. Además, tú no temes perder a Mark. Lo más grave que puede suceder si ve esos retratos es que te pida el divorcio y no desee verte en su vida, lo cual sería extraordinario para ti que desees verte libre de este vínculo. Pensándolo bien, quizás sea propicio que lo descubra. Sea como sea, ya me guardé en mi móvil esas imágenes tuyas. Estás tan bellísima en ambas. Siempre admiramos tanto tu belleza externa e interna, y esos cuadros te representan con exactitud—dijo Annie.

Sanah apretó sus labios. No. Mark no la dejaría. No con vida, al menos. Ella sabía muy bien de lo que era capaz aquel energúmeno.

— ¡No! Annie, te aseguro que no debe descubrirlo. Yo seré quien lo abandone muy pronto. Aunque antes de eso debo asegurarme algunas cosas.

—¿Estás tramando algo?— quiso saber Annie.

—Nada. Sólo el momento indicado para separarme. Eso es todo— fue la concisa explicación de Sanah.

Aunque muriera de ganas de contarle sus planes, Annie no le permitiría un segundo más junto al infame de Mark de saber que su integridad física corría riesgo.

Minutos después, Sanah se sobresaltó con el sonido del motor de un coche. ¡Mark estaba llegando! La tarde junto a Annie había pasado sin que se percataran del tiempo que pareció volar aquellas horas transcurridas. Temía que Mark se molestara por la visita. No contaba con la fortaleza física y mental para tolerar nuevos agravios.

—Mark está aquí, Annie. Será mejor que te vayas. A fin de cuentas, ya no podremos hablar a solas con él aquí— intentó convencer, Sanah, con la mayor sutileza posible.

Mark se mostró extrañado cuando vió a Annie descendiendo las escaleras junto a su esposa.

—¡Qué bueno verte, Mark! Vine a ver a Sanah y de paso a conocer vuestra casa. Te felicito por tan buen gusto. Ahora puedo comprobar con ojos propios tus dotes como arquitecto— saludó Annie, con cordialidad.

—Es un placer verla, señora Smith— devolvió Mark, con los ojos posados en Sanah, como si la culpaba de algo.

Una vez que Annie se retiró, Mark continuaba con su mirada pesada puesta en ella.

—Annie sólo vino a saludar. Ya sabes que somos muy unidas. Fue una visita imprevista. Apareció aquí y debí recibirla. Espero no lo tomes a mal— se excusó Sanah, intentado por todos los medios no provocar la furia de Mark.

—Debes saber que no es correcto tomar decisiones en mi casa. Aquí las decisiones las tomo yo. Soy yo quien decide como y cuando tendremos visitas.

¿Está claro? Respeta tus límites o no querrás saber las consecuencias de atribuirte libertades que no te corresponden— amenazó Mark, tajante.

—Claro que te respeto. No volverá a suceder. Puedes darlo por hecho— juró Sanah.

—¿Fue mi impresión o la señora Smith me miraba raro?— preguntó de mal talante.

Sanah no había notado ninguna mirada extraña.

—No percibí nada extraño. Annie te saludó con amabilidad y quedó fascinada con tu residencia— explicó Sanah, intentando que aquella súbita paranoia no incrementara.

—¿Y de qué hablaron la tarde entera? ¿Te dedicaste a mostrarle la casa por horas?— preguntó con tono burlón.

—No. Estuvimos charlando de temas triviales. Nada relevante— contó, Sanah.

—¿Hablaste sobre nuestro matrimonio? ¿Qué le dijiste sobre mí?

Mark pronunció su última interrogante acercándose a Sanah con el puño cerrado, iracundo.

—No hablé sobre ti, lo juro. Dije que soy feliz y que eres un marido excepcional— dijo Sanah, sollozando.

Mark estaba pegado a ella, con su mano golpeando constantemente la pared. Sanah volteó el rostro para no ver aquellas expresiones cargadas de enojo.

—Sólo esta vez, creeré que dices la verdad— sentenció Mark—. Ante la menor sospecha de que has estado ventilando detalles de nuestra intimidad, juro que lo lamentarás. Cómo yo me entere que me estás adjudicando golpes, me conocerás en verdad. No solo tú podrías padecer los efectos de difamar a un hombre como yo. Tienes una familia, y un pobre hermano defectuoso que no merece pagar por tu imprudencia.

Sanah sentía su aliento invadiendo su rostro. Las manos fuertes apretaban una vez más sus doloridos brazos.

—Yo nunca diré nada. No pongas a mi familia en medio de esto, por favor. Yo no tengo nada que decir de ti— susurró Sanah.

De un violento empujón, Mark la envió al suelo frío de la habitación,

cerrando la puerta con un estruendo a su salida.

Sanah lloró largo rato su espanto. Su idea de chantajear a Mark se hacía cada vez más débil. Ni siquiera sabía si podría salir de aquel horror ilesa. Se sentía como un animalito frágil e inofensivo, capturado en una emboscada, entregado a la fiera que lo oprimía, apresado en las crueles garras de un depredador.

Capítulo XXII

Ansiada libertad

Los días venideros transcurrieron lentos y dolorosos para Sanah, quien no encontraba escapatoria a la relación tortuosa a la que estaba sometida. Se culpaba a diario por haberse prestado a aquella boda. Pero, ¿cómo imaginar la violencia de Mark? ¿Cómo iba ella a adivinar que aquel sujeto arrogante y desagradable era capaz de semejantes golpes? ¿Cómo predecir que aquel hombre desconocido le haría palpar el miedo cada segundo de su existencia? ¿Cómo saber que su vida sería una pesadilla? Lo peor aún era que no encontraba la manera de salir de aquella situación. Recordaba su momento de dolor cuando se enteró que Corazón había jugado con sus sentimientos. Había malgastado tantas lágrimas, tantas fuerzas que ahora necesitaba. Todos los problemas que habían acontecido en sus veinte años parecían ahora tontos a sus ojos. Se recordaba a sí misma tan sólo un mes atrás. En aquel momento no sabía valorar la bendición de vivir sin temer por su vida cada vez que Mark se acercaba a ella. No sabía lo afortunada que era por el mero hecho de no recibir golpes a diario, por cualquier error que Mark pudiera encontrar, por cualquier insignificancia que lo molestara. A veces, por nada. No llegaba a imaginar lo que era ser forzada a tener relaciones sexuales en la más zafia brutalidad. Tan ingenua había sido que ni siquiera había pensado en su noche de bodas. ¿Cómo si ella tuviera la libertad de decidir sobre su cuerpo! ¡Qué ilusa!

Su único momento de dispersión era acudir a la Universidad, con el mero propósito de ver a Sophie y Mey. Para las clases no tenía cabeza. Su mente estaba encapsulada en la pesadilla en que vivía. Afortunadamente, Mark no

había vuelto a mencionar el tema de la escolaridad. Llegado el caso, podría postergarlo alegando demoras en la burocracia universitaria.

Si bien lograba desahogarse con las chicas, guardaba los detalles más crudos para sí misma. Un poco por pena por ella misma, otro poco por vergüenza. Además, temía que las chicas realizaran una denuncia en un acto de impulsividad y falsa creencia de que podrían ayudarla de ese modo.

Las pocas veces que visitaba la casa de sus padres, se recluía en la habitación de Zeus, recobrando en sus pequeños brazos, la paz que le faltaba. Muchas veces lo encontraba ausente, desinteresado o excesivamente enfocado en algo. Cada vez resultaba más difícil lograr la interacción con su hermano y captar su atención. No obstante, la conexión volvía en sus miradas que hablaban sin palabras. El pequeño había retomado las clases de pintura, pero el resultado no fue ni por asomo el que logró Corazón. Sumado a la añoranza por su querido maestro, ahora sufría la ausencia de su hermana, manifestando su frustración mediante el aislamiento y la agresión hacia quienes lo rodeaban y muchas veces hacia sí mismo. Sanah le juraba que volvería a su lado muy pronto y en aquellas promesas a su amado hermano, renacía en ella la esperanza casi extinta de poder dejar a Mark sin padecer las consecuencias.

Con Annie, el diálogo era casi siempre telefónico. Annie la increpaba sobre su vínculo con Mark, le repetía que la encontraba extraña y que deseaba verla. Era claro que en su mente rondaban ideas que deseaba cotejar, especialmente tras haber apreciado aquel moretón en su brazo.

En cuanto a su crisis de ansiedad, la situación con la que debía lidiar a diario no cooperaba a disminuir sus miedos. Sin embargo, la medicina la ayudaba a descansar bien. Dormía profundamente con el fin de olvidar todo su dolor. Muchas veces se encontraba en un estado de poca claridad mental y somnolencia. Pese a la insistencia de Annie, se negó a acudir a la terapeuta con quien su amiga había reservado una cita. No se sentía con el valor de abrir su corazón con nadie. Sentía que si decía todo lo que estaba sintiendo su mente iba a estallar. Corría el riesgo de ser internada, incomprendida, e incluso temía que dada su situación, la confidencialidad de su relato no fuera respetada. Como excusa, optaba por decir a Annie que se encontraba mejor,

que ya iniciaría la terapia cuando se sintiera preparada. No importaba su coartada, Annie permanecía dudosa e incrédula.

Finalmente, tras innumerables horas de exprimir su cerebro pensando en una solución, había alcanzado una decisión. Escaparía de las fauces de Mark, de sus amenazas, sus gritos. Para lograrlo, debía arriesgar su pellejo. Se trataba de todo o nada. Era tan radical como huir o morir en el intento. No había otro modo. Si realmente deseaba vivir, debía actuar, exponiendo su vida una vez más.

Todas las posibilidades habían sido cautelosamente revisadas. La mayoría de las salidas que podían ser viables implicaban una muerte segura. Si iba con la policía, Mark tenía el poder y los contactos necesarios para anular su denuncia. A cambio, le propinaría golpes mortales por su osadía. Si se refugiaba en su familia, ellos no le creerían. Recreaba la situación en su mente y podía figurarse a Betty diciendo que las peleas eran parte de toda relación, que las parejas debían permanecer juntas y superar los motivos de discordia. Que Mark era un marido excepcional y que ella debía cuidarlo en vez de buscarle defectos para abandonarlo ante el primer conflicto. Diría que las parejas modernas habían caído en el libertinaje. Que esas cosas no sucedían en su época. Y su madre asentiría. Su padre ya tenía suficientes problemas con su negocio como para involucrarlo en aquel asunto que tanto lo angustiaría.

Annie, por su parte, le creería sin dudas. La incitaría a realizar una denuncia, manteniéndola refugiada y a salvo en su casa. Pero no podía vivir escondida. Tarde o temprano, Mark la encontraría para efectuar su venganza. Aún peor, no solo su vida corría riesgo. Mark había amenazado con dañar a su familia si ella revelaba lo que sucedía. Se le paralizaba la respiración de pensar que podía lastimar a su hermano. ¡No! Nadie tocaría a Zeus, y menos por culpa suya. Mark estaba envuelta en diversos negocios que rozaban la mafia. Podía realizar cualquier maniobra sin ensuciarse las manos. Era tan simple como contratar a alguien para realizar el trabajo.

Vistas todas las alternativas, sólo quedaba una jugada para implementar: Lynda y su romance clandestino con Mark. Si lograba descubrir que sus sospechas eran ciertas, si era capaz de reunir las pruebas y divulgar la

información desde un lugar seguro, quizás pudiera salir victoriosa. Necesitaba contar con mucha valentía. Y lo logró. Estaba en una situación extrema donde no había nada que perder. Era la lucha o la huida. Se trataba de vivir en el infierno, morir en cualquier momento, o tener el coraje para intentar recuperar su vida, aunque las probabilidades de escape fueran ínfimas.

Durante unos días, se dedicó a investigar la clave del teléfono celular de Mark. Como un detective, realizó su trabajo con calma y sin llamar la atención. De reojo, observaba los movimientos de los dedos al marcar la clave. Pronto, realizó los cálculos de sus maniobras y obtuvo el patrón de desbloqueo. Era un pequeño paso que la acercaba al menos un poco a su fin.

Luego, esperó el momento indicado para continuar llevando a cabo su plan.

Esa noche, Sanah se encontraba ya en cama, ojeando un libro, cuando Mark entró a la habitación. Sin emitir palabra, se quitó su cinto, luego su reloj y por último sacó del bolsillo del pantalón el ansiado celular, colocando un objeto tras otro sobre un aterciopelado banco de amplias dimensiones, ubicado justamente delante del lecho matrimonial. El paso siguiente sería que entrara al baño y tomara una ducha, siguiendo el ritual nocturno que Sanah había analizado minuciosamente. Como una fiera a punto de atacar, agazapada y atenta, Sanah prestaba atención a cada detalle, mirando de reojo cada movimiento.

Una vez que Mark ingresó al baño, Sanah agudizó su oído y no se movió hasta escuchar el sonido del agua. Mark estaba bajo la ducha. Contaba con escasos minutos para revisar su celular.

Con las manos temblorosas y el corazón agitado, tomó el costoso móvil y dibujó con sus dedos la clave de desbloqueo, temiendo fallar. ¡Resultó! Ya tenía acceso a los datos de Mark. Fue directamente a los mensajes de texto. Su respiración se entrecortaba y sentía la adrenalina recorriendo su cuerpo. Había una gran lista de mensajes recibidos. Entre algunos contactos agendados por sus apellidos o profesiones, figuraban cuatro mensajes consecutivos enviados por «Lynda».

Ágil en su razonamiento, Sanah comenzó a leerlos por orden, a fin de que el diálogo resultara comprensible.

El primero de ellos, decía:

«Ya están aquí los Directivos, aguardando tu llegada para iniciar la reunión. No te demores»

Sanah se golpeó la frente para contrarrestar la decepción, sin dejar de prestar atención al sonido del agua. ¿Sería posible que su intuición fallara? ¡No! Recordaba las miradas celosas que Lynda le dirigió en la boda. Además, Kristen había enfatizado la admiración que su hija sentía por su jefe. Sólo una tonta enamorada podría sentir simpatía por aquel sujeto despreciable en todas las áreas de su vida. Otra posibilidad era que Mark tuviera la astucia de borrar cualquier mensaje comprometedor. Respiró profundo y abrió el segundo con curiosidad.

«Me perdiste el día que te casaste con otra. No hay nada que puedas hacer ahora para que olvide que «jamás te casarías con la hija de una sirvienta». No has hecho más que lastimarme y utilizarme como un juguete»

Ahora la situación cobraba creciente interés. Efectivamente, Mark y Lynda tenían un romance. Al parecer, él estaba tratando de reconquistarla tras el enfado que le había causado su matrimonio.

Sanah evocó mentalmente a Lynda. Era una joven realmente bella. ¿Por que habría de tolerar la humillación de Mark? Quizás el hecho de crecer juntos había hecho que lo idealizara desde niña. Sin importar la razón, Sanah sintió pena. Cobró la última cuota de valentía para abrir el penúltimo mensaje. Mark tenía decenas de textos, pero no podía arriesgarse a leer los más antiguos. Cada segundo valía oro en aquella instancia.

«No voy a quedarme encerrada en tu despacho tras terminar el trabajo nunca más. ¡Qué te atienda tu esposa! A ella no necesitas esconderla como a mi. Nunca valoraste mi amor»

Sanah se apuró a abrir el último mensaje, con los dedos aún torpes por los nervios que aquel riesgo le causaba.

«Antes de volver a amenazarme, recuerda que estás en mis manos. Puedo ir con tu esposa y contarle todo. Puedo hacer un escándalo, o mejor aún, voy con la policía y denuncio tus negocios fraudulentos. No abuses de mi amor por ti Mark»

Sanah estaba absolutamente atónita interpretando el mensaje cuando se percató de que el sonido de la ducha se había detenido. Bloqueó el celular y lo dejó en su lugar rápidamente. En ese preciso momento, Mark salía del baño, envuelto en una toalla.

Sanah estaba aún agazapada, al borde de la cama.

—¿No viste un pendiente con una perla? Debe haber caído al suelo. Acabo de darme cuenta de que no lo traigo puesto. Me falta uno— preguntó Sanah, buscando con sus manos el inexistente accesorio, para explicar aquella postura, sin generar la menor sospecha.

—Pide a Kristen que lo busque mañana— contestó Mark.

—Claro— asintió Sanah, retomando su lugar en la cama.

Sanah lo observó con disimulo. No parecía estar desconfiado o extrañado por la situación.

Respiró con alivio. Estaba totalmente desacostumbrada a acciones como aquella. Sabía muy bien que no debía provocar a Mark. Sentía escalofríos de sólo pensar que por cuestión de segundos no la encontró con su móvil en la mano.

Cuando Mark se acostó, ella volteó su cuerpo en dirección opuesta, separando su cuerpo del hombre tanto como era posible, rozando el borde del lecho. Acto seguido, tomó la suntuosa sábana de seda y se cubrió tanto como pudo, apretando la tela con ambas manos a la altura de su cuello. Mentalmente, rezaba para que Mark no la forzara a nada aquella noche. Sentía que no podía tolerar un segundo más de agresión, de sacudones. Había descubierto información que podía ser su pasaporte a la libertad. Si aquello resultaba, sus días de tortura estaban contados.

Para su fortuna, Mark apagó la lámpara. Minutos después sus ronquidos ratificaban que estaba profundamente dormido.

Sanah trató de serenarse. Poco a poco, su corazón retomaba su ritmo habitual y la neurastenia cedía. De todos modos, las ideas circularon en su cabeza la noche entera, sin que los fármacos le prodigarán el descanso.

Al día siguiente, Sanah se levantó temprano para acudir a la Universidad. Necesitaba compartir todo lo que había sucedido con Sophie y Mey.

Kristen le ofreció el desayuno con su característica amabilidad, pero Sanah lo rechazó gentilmente. Sentía unas ganas locas de huir de aquella casa. Se sentía como un ave aprisionado en una bella jaula. No era capaz de comer nada. Ya no podía ni respirar allí.

Una vez en el Campus, debió esperar a que las chicas salieran de su clase. No podía afectar el desempeño de sus amigas a causa de su problemática. Se recordó a ella misma tan sólo unos meses atrás, y su vida entera. Siempre había sido la mejor de su clase, la que mejores calificaciones obtenía. Ahora, no tenía cabeza para afrontar esa responsabilidad. Su mente sólo podía enfocarse en el trauma que estaba vivenciando y no era capaz que poner atención a otra cosa.

Cuando las chicas estuvieron libres, Sanah les narró lo sucedido con todo detalle. Le urgía oír sus opiniones al respecto.

—¿Qué respondió él?— preguntó Mey, asombrada.

—Creéme que muero por saberlo— se lamentó Sanah—. Pero apenas pude leer los mensajes recibidos y casi me atrapa con las manos en la masa.

—Ahora ya sabes que tus sospechas son ciertas. Debes usar esa información en tu beneficio— opinó Sophie, acertadamente.

—No sólo confirmaste el romance, sino que además Mark realiza gestiones turbias en su empresa que podrían llevarlo a la cárcel— añadió Mey.

—Si. Efectivamente, así es. Mark no deja de sumar detalles oscuros. Descubrí más de lo que esperaba, pero no tengo modo de demostrarlo. Eso es lo que me preocupa— dijo Sanah con desasosiego.

—Pues, las actividades ilícitas o de fraude, no puedes confirmarlas. No tienes pruebas para eso. Sin evidencia, no puedes emitir una denuncia y estaría arriesgando tu pellejo— razonó Mey.

—¿Y si Lynda colaborara contigo? Ella tiene pruebas fehacientes. Además, está ofuscada con Mark por haberse casado contigo— aportó Sophie.

—No. Pedir colaboración a Lynda sería un riesgo enorme y vano. Más allá de su molestia, ella está perdidamente enamorada de Mark. Lo ha estado toda su vida. En los mensajes menciona humillaciones y amenazas. Si de verdad quisiera dañar a Mark ya lo hubiera hecho. Era su forma de vengarse cuando

él se casó conmigo. No lo hizo ni lo hará porque lo quiere. No concibo como puede albergar sentimientos hacia ese patán. En fin. ¡Allá ella!— expresó Sanah.

—Tienes razón. Lejos de ayudarte, si tu te declaras en contra de Mark y con deseos de perjudicarlo, ella verá allí una oportunidad para quitarte del camino y quedarse con él. Apuesto que iría corriendo a informar a Mark sobre tus planes y lo que él pueda hacerte mejor no lo imaginemos— dijo Mey, desmoralizada.

—Sanah, lo único que puedes hacer es conseguir pruebas del adulterio que Mark comete y así podrás tenerlo en tus manos. Se verá obligado a darte el divorcio y alejarse de tu vida para siempre. No puedo pensar en otra solución— reflexionó Mey.

—Si. Estoy de acuerdo— afirmó Sanah—. Daría lo que sea por poder revelar todo lo que ese monstruo debe esconder, pero no tengo como. En un principio, creí que este idilio de Mark me ayudaría a deshacerme de él sin afectar el negocio de mi padre. Pensaba extorsionarlo para que dejara el negocio familiar fuera de esto y le devolviera sus acciones. Claro que en aquel momento no sabía que tan peligroso podía ser Mark. No me atrevería a realizar esa jugarreta sabiendo a que me expongo. En este momento, lo único que quiero es salir de esa casa con vida y disfrutar de mi libertad nuevamente. La economía de mi padre no vale mi propia vida. Mark es capaz de matarme si le pido el divorcio. No obstante, no pagará el precio de un escándalo público por retenerme. Puedo imaginar su rostro demudado al verse en las portadas de revistas, en los programas televisivos. Su cuidada apariencia estallaría en pedazos— dijo Sanah, saboreando la fantasía de vislumbrar a ese rufián probando un poco de todo el dolor que causa a otros.

—Imagina los titulares «El prestigioso arquitecto Brown fue encontrado infraganti con su secretaria»— bromeó Sophie.

—Sumado a eso, Mark humilla a Lynda por ser hija de quien lo criara y fuera desde pequeño su sirvienta. Sólo la utiliza como un objeto sexual. Jamás se casaría con ella. ¡Si esa tal Lynda tuviera la mínima idea de cuan afortunada

es por no tener que convivir con esa bestia!— expresó Sanah, con elocuentes ademanes.

—Yo creo que esa chica está totalmente cegada de amor. Se enamoró de un patán que la utiliza y la maltrata, pero no lo puede revertir— opinó Mey con tristeza.

—¡Bueno! Basta de pensamientos. Llegó la hora de idear el plan. ¿Cómo haremos para pescarlos juntos?— indagó Sophie.

—Por lo que Sanah leyó, sus encuentros amorosos tienen lugar en la oficina tras culminada la jornada laboral. Una vez que todos los empleados se hayan ido, ellos deben aprovechar para estar juntos en secreto. Debemos fotografiarlos saliendo juntos de la oficina. Estoy segura de que tarde o temprano habrá una foto que los comprometa— explicó su táctica Mey.

—Lo que me preocupa, es que en los textos ella sonaba desilusionada y dispuesta a romper su vínculo. Recuerdo claramente las palabras «ya no me quedaré en tu despacho», o algo así. ¿Qué haré si ella se mantiene firme en su posición? No puedo esperar días a ver que ocurre. Cuento los segundos para salir de este infierno— intervino Sanah, desilusionada.

—Yo creo amiga, que ahora tu eres quien debe enamorarla para tener la certeza de que volverán a estar juntos— indicó Sophie.

—¿A que te refieres? ¿Cómo puedo enamorarla yo?— preguntó Sanah, confundida.

—Debes hablar con ella. Puedes ir a la oficina, buscar un momento en que Mark no esté e iniciar una charla con Lynda. Claro que no será fácil, dada la antipatía que siente por ti, pero tú llegarás a su punto de interés. Disimuladamente, puedes comenzar hablando del trabajo de Mark, de cuanto querías conocer su oficina y luego entrarás en una amistosa confianza donde le revelarás que si bien amas mucho a tu esposo, creés que él no está enamorado de ti. Inventarás que lo notas ausente, como si sus pensamientos estuvieran en otra mujer. Luego te despides y la dejas con el equívoco pensamiento de que Mark la ama a ella. Volverá corriendo a sus brazos. Ya lo verás— detalló minuciosamente Sophie.

Mey y Sanah habían enmudecido. Era un buen plan, en efecto, pero

conllevara un gran desafío.

—No puedo ir a la oficina de Mark—razonó Sanah—. Si llega a verme allí o saber que estuve no le gustará nada. Pagaré con golpes mi atrevimiento. Debo buscar a Lynda en otro lugar. Averiguaré que hace fuera del trabajo, si tiene otras actividades y la seguiré hasta allí para charlar. Lo consultaré hoy mismo con su madre.

—Pero ten mucho cuidado. Habla con cautela y sin quedar en evidencia. Sé que tienes labia para eso— impulsó Mey.

—Si. Me armaré de valor y lo haré— sentenció Sanah—. ¿Y que haremos tras la charla con Lynda? ¿Cómo voy a fotografiarlos juntos? ¿Qué haré si me descubren?

—Por eso no te preocupes. Yo lo haré por ti. Aguardaré afuera del edificio y los vigilaré. No creo que Mark y Lynda me recuerden pero voy a tomar mis precauciones de todos modos. Un pañuelo en la cabeza y grandes gafas me harán irreconocible. Estaré atenta para lanzar el flash en el momento oportuno— propuso Mey.

Sanah no sabía que decir. No imaginaba que sus amigas fueran capaces de tanto por ella. Tanto su amistad como la de Annie constituían un valioso tesoro.

Las tres se abrazaron con lágrimas en los ojos. Las chicas sabían cuanto estaba sufriendo Sanah, y también conocían la bondad de su corazón.

—No imaginan cuanto les agradezco todo esto— expresó Sanah, subyugada por la emoción.

—¿No harías tú lo mismo por nosotras? ¡Fuerza! Saldrás de esta situación. Planea el encuentro con Lynda y del resto nos encargaremos nosotras— dijo Mey.

—Yo iré contigo y llevaré mi cámara también— se sumó Sophie.

Pero Mey se negó rotundamente.

—Podríamos llamar la atención. Sólo una debe ir. Reconoce que eres algo más despistada que yo— rezongó.

—Está bien. Pero te esperaré en algún café cercano mientras tú estás en la misión—dijo Sophie con cierto enfado.

El plan estaba trazado. Las chicas entrelazaron sus dedos y se desearon suerte.

Esa misma tarde, Sanah se dispuso a charlar con Kristen. No le resultó difícil. La mujer le sirvió un estupendo jugo de naranja con unas galletas caseras tan pronto la vió llegar.

—Muchas gracias, Kristen. No hace falta que te molestes. ¡Siéntate conmigo! Me hace falta algo de compañía—pidió Sanah.

—Será un placer acompañarla— accedió la mujer.

—El señor Mark trabaja en exceso. Debería pedirle que tome unos días de descanso, para que puedan disfrutar juntos. El inicio del matrimonio debe ser la etapa más bella.

Si su matrimonio era «bello» ahora, Sanah no deseaba imaginar lo que sería más adelante.

—Es una buena idea. Aunque yo también estoy ocupada con la Universidad. Un viaje ahora sería poco propicio. Hablando de trabajo, ¿cómo se encuentra tu hija? ¿Muy cansada? Imagino que Mark es un jefe riguroso— deslizó Sanah.

—Lynda ama su trabajo. Ella ni toma vacaciones. Está tan acostumbrada a compartir tiempo con Mark que creo que pasaron de las tardes enteras de juego cuando eran niños a la responsabilidad del trabajo adulto como si nada cambiara. Siempre fueron muy unidos. Lynda siempre estaba encima de Mark y era la única que le sacaba una sonrisa. Usted sabe que su esposo tiene un carácter un tanto árido, pero yo creo que es una buena persona. Se crió con excesivos lujos. Eso no siempre conduce por el mejor camino. Pero lo importante es que pese a pertenecer a dos mundos opuestos, ellos siempre congeniaron bien. Las amistades son una parte esencial en la vida de toda persona— contó Kristen.

—Sin lugar a dudas. Pero es una chica muy joven aún. Debe salir a bailar, pasar tiempo con amigos sin enfocarse solo en lo laboral— opinó Sanah, intentando obtener más información sobre Lynda y sus actividades.

—Pues, por lo que ella me cuenta, no sale muy a menudo. Ella es bastante reservada, incluso conmigo. No me cuenta si tiene novio o si algún chico le gusta. Esas cuestiones las guarda sólo para ella. Nunca le gustó ir a la disco,

pero estoy segura de que tiene sus momentos de esparcimiento. Le encanta la actividad física. Desde pequeña, siempre formó parte de los equipos deportivos del colegio. De adulta, su pasión sigue intacta. Acude cada mañana al gimnasio y realiza una rutina bastante exigente. No me puedo quejar. Tengo una hija bella y saludable— dijo Kristen con orgullo.

La palabra «gimnasio» resonaba en la mente de Sanah.

—¡Qué bueno! ¿Sabes que me indicaron actividad física para reducir el estrés? Pero la verdad es que soy una holgazana para el ejercicio. Tampoco conozco ningún gimnasio— dijo Sanah, con disimulo.

—Puedes ir al que va Lynda. Queda cerca de aquí y por lo que ella me ha dicho, cuenta con gran equipamiento. No cuesta nada probar. Quizás encuentres una actividad que te resulte placentera—aconsejó Kristen.

Sanah había logrado el dato que buscaba.

—Seguiré tu recomendación. Pásame la dirección e iré un día de estos. No le diré nada a Mark. Así, si luego abandono, no podrá regañarme— expresó Sanah con simpatía.

—Descuide. No diré nada. El señor Mark no es una persona locuaz. Apenas me dirige la palabra. Aunque yo sé que me aprecia. Después de todo, yo contribuí a su crianza y ahora lo acompaño en su propio hogar—dijo Kristen, con tristeza—. ¡Pero no se desanime! Comience a ejercitarse con entusiasmo y pronto le tomará el gusto.

A la mañana siguiente, Sanah salió con la excusa de asistir a la Universidad. Se despidió de Kristen con un «hasta luego» y evitó el desayuno para no mencionar nada sobre sus planes para el día.

El gimnasio se encontraba ubicado en el centro de la ciudad en una zona que Sanah desconocía. Tomó un taxi para llegar allí lo antes posible. El reloj indicaba las ocho de la mañana. No sabía a que hora acudía Lynda. Por sus conjeturas, debía ser temprano, puesto que debía estar en la oficina antes que Mark. Sin embargo Mark ya debía estar en su lugar de trabajo y Kristen aseguró que la secretaria acudía a su trabajo antes que su jefe. ¡Uf! Sería imposible salir de casa estando Mark allí.

Descendió del vehículo temblorosa. Tenía miedo. Aquel plan aumentaba su

ansiedad.

Inhaló y exhaló repetidas veces, conteniendo el aire en sus pulmones. Luego, más relajada, se decidió a entrar. Llevaba puesto unos pantalones informales y un buzo algo grueso. No era la indumentaria ideal para realizar ejercicio, pero fue lo más apropiado para la ocasión que consiguió en su armario.

Permaneció un rato observando el lujoso complejo. Unos jóvenes se ejercitaban con pesas, mientras que unas chicas charlaban animadamente mientras utilizaban el caminador. No había rastro de Lynda allí.

Cuando una entrenadora le ofreció ayuda, se excusó diciendo que estaba observando las instalaciones para luego matricularse.

Subió al segundo piso donde se encontraba la sala de natación. Una chica con un bañador rosa y esbelta figura salía de la amplia piscina en aquel momento. ¡Era ella! A paso ligero, ingresó a la ducha sin percatarse de su presencia. Sanah no sabía que hacer. Si la abordaba en aquel momento, Lynda creería que la estaba acechando. Debía ser un encuentro casual. De lo contrario, su plan no funcionaría.

Corrió escaleras abajo y salió del gimnasio. Aguardaría a Lynda en la entrada. Simularía un encuentro fortuito.

A través de los grandes vidrios del gimnasio, observó con paciencia, simulando que veía hacia otra dirección gracias a sus gafas. De repente, vio una silueta femenina caminando a paso firme hacia la salida. ¡Era Lynda!

Apenas Lynda se acercó a la puerta, Sanah se aproximó, pretendiendo entrar al edificio al mismo tiempo.

—¡Oh! Disculpa. Casi te llevo puesta— dijo Sanah— interrumpiendo el paso de la chica, ambas enfrentadas en la puerta.

Lynda se quedó viéndola con detenimiento, absolutamente petrificada, como si viera un espejismo.

Tan pronto pasaron aquellos segundos de incómodas miradas, Lynda se apresuró a intentar salir.

—¿Es mi percepción o te conozco de algún lugar?— expresó Sanah con natural simpatía, entrando al gimnasio. Lynda debió dar unos pasos hacia atrás, para darle lugar a la otra.

—No lo creo— replicó secamente Lynda, pretendiendo salir.

—¡Ah! Ya recuerdo— dijo Sanah, golpeando su frente, como si una idea hubiera entrado a su mente en aquel momento—. Eres la hija de Kristen, ¿verdad?. ¿Cómo es tu nombre? ¿Tú estabas presente en mi boda, cierto?

Lynda tartamudeó sin saber que decir. Su malestar por aquel encuentro era notorio. Luego aclaró su garganta y emitió una débil respuesta.

—Sí. Creo que asistí a tu boda. En fin. ¡Qué gusto verte! Debo irme— intentó despedirse ásperamente.

—Claro. Supongo que ya debes estar próxima a tu entrada a la oficina. Mark habla mucho de ti. ¡Debes ser una secretaria muy eficiente!— felicitó Sanah con una amplia sonrisa, mientras se preguntaba a si misma como continuar aquella situación y retener a tan antipática mujer.

No obstante, tan pronto el nombre de Mark fue mencionado, Lynda levantó una ceja con curiosidad. Un grupo de jóvenes ingresaron al gimnasio en aquel momento, obligando a que las mujeres se distanciaran de la puerta, a fin de facilitar el acceso. Sanah suspiró aliviada. Era realmente incómoda aquella lucha en la puerta, con Lynda deseando escapar.

—¿A qué te refieres?— preguntó Lynda, visiblemente interesada.

—Tu madre me comentó que trabajas con Mark y mi marido siempre menciona cuan responsable eres— dijo Sanah, pretendiendo no excederse.

—Entiendo. Hago mi trabajo lo mejor que puedo— respondió Lynda.

¿No tenía más palabras aquella mujer? Era imposible mantener un diálogo con ella.

—Por supuesto que si. Mark necesita gente como tú a su alrededor. Yo creo que eres indispensable en su oficina. Mi esposo trabaja en exceso muchas veces. Es una gran virtud, aunque muchas veces el trabajo y el matrimonio no van de la mano— se lamentó Sanah, tratando de despertar la curiosidad de Lynda. ¡Y lo logró!

—Están apenas casados. No veo que el trabajo pueda afectar vuestra relación—opinó Lynda, ya más relajada.

—No lo sé. Es una sensación muy extraña. Dirás que estoy loca, pero muchas veces creo que Mark piensa en otra mujer o llego a pensar que quizás

no deseaba casarse conmigo realmente y se arrepiente sin expresarlo. ¡No quiero aburrirte con mis problemas! Son solo fantasmas en mi cabeza. Es normal tener inseguridades con un marido como Mark— explicó Sanah, esforzándose por sonar consternada.

—No sé que decirte— dijo Lynda, inmóvil, mirándola como si deseara más información. Toda su prisa se había esfumado.

—Soy una tonta. No debería ni imaginar esas cosas— expresó Sanah. ¿Me acompañarías a ver las instalaciones? Es mi primer día en este gimnasio y no sé por donde empezar.

—Lo siento. No puedo demorarme más. Cualquier entrenador te guiará. Es un complejo estupendo— se disculpó Lynda.

—Ha sido un placer verte. Nos veremos pronto por aquí. ¡Qué tengas una buena jornada!— deseó Sanah.

—Igualmente para ti.

Lynda se alejó nerviosa y pensativa. Sin lugar a dudas, las palabras de Sanah habían surtido efecto. Sanah salió del gimnasio a los pocos minutos sintiéndose satisfecha. Se sentía como un prisionero, contando con anhelo los días restantes para su libertad. Si todo funcionaba como esperaba, aquella tarde Lynda perdonaría a Mark, volvería a creer en su amor y disfrutarían su reencuentro una vez a solas en la oficina.

De inmediato, se comunicó con Mey para informarle lo sucedido y notificarle la dirección del despacho de Mark. Su amiga ya estaba preparada para realizar la guardia, armada con su cámara y sus ganas de cooperar.

Tras pasar unas horas caminando por un arbolado parque para calmar su mente y disminuir su ansiedad, Sanah se dirigió a casa de Mark. Esperó anhelante el llamado de Mey por horas. Intentó enfocarse en la lectura sin éxito. No podía pensar en nada más que en obtener aquellas pruebas. Por otra parte, temía que Lynda le contara a Mark sobre su encuentro y lo que le había confesado. ¿Lo haría? De ser así, Mark volcaría decenas de golpes sobre ella. Pero serían los últimos. Escaparía de aquella casa y le enviaría las pruebas, refugiada en casa de Annie. Permanecería oculta el tiempo que fuera preciso si de defender su vida se trataba. Pensó en adelantarse y marcharse en aquel

preciso instante. Pero, ¿y si Lynda no lo perdonaba? ¿Si Mey no podía capturar una imagen comprometedoras? En ese caso, también incitaría la furia de Mark por irse de su casa. Sin contar con que debería rendirle explicaciones a su familia.

Varias veces pensó en llamar a Mey. Luego pensaba que podía distraerla o perjudicarla y se abstenía. Tomó el celular y lo mantuvo en sus manos por una hora, revisando la batería y la señal a cada instante.

La noche ya estaba entrando. A esa hora Mark ya estaba de regreso en casa en un día habitual. Sanah no podía controlar su desesperación. ¿Le habría ocurrido algo a Mey?

Finalmente, tras cuarenta minutos que parecieron un siglo, el celular sonaba anunciando la llamada de Mey.

—¡Amiga! ¡Cuéntame! ¿Pudiste tomar la foto?— gritó Sanah, anhelante.

Del otro lado, Mey sollozaba sin poder emitir palabra.

—¿Mey? ¿Qué ocurrió? ¿Por qué lloras? ¿Alguien te hizo daño? ¿Acaso Mark te descubrió?— inquirió con preocupación.

—Sanah... Sanah.. Ella.. La chica.. Lynda.. ¡Está muerta, Sanah! — dijo Mey entre lamentos, con la voz entrecortada.

Sanah no lograba entender lo que sucedía.

—Mey, cálmate y explícate por favor. Voy a volverme loca. ¿A qué te refieres con que Lynda murió? ¿Cómo que murió?

—Si. Está muerta. Muerta frente a mis ojos. Nunca vi nada igual. Sal de esa casa ya mismo amiga. Aléjate de Mark— pidió Mey, sin poder controlar su llanto.

—¡Mey! ¿Qué fue lo que viste? ¿Él la mató? Dime por favor!— rogó Sanah.

Las sirenas de policía y ambulancia de fondo, daban crudo testimonio de que el relato de Mey era real.

—Me estoy yendo de este lugar— explicó Mey, enjugando sus lágrimas— ¡Sanah! Lo vi todo.

—¿Qué viste? Tranquilízate y explícame mejor.

—Yo.. Yo.. Me encontraba esperando con mi cámara. Fue fácil identificar la oficina de Mark. Una de las cortinas estaba corrida y se lograba divisar algo

desde un buen ángulo. Busqué el lugar que me brindaba la mejor vista y luego vi como todos los empleados salían del edificio a la hora que tú mencionaste. Ellos se quedaron solos en el despacho y yo podía ver las siluetas. Hubo una discusión. Ambos gritaban, y de pronto— Mey cortó su relato, frenada por la congoja.

—¿Qué pasó después, Mey? ¿Qué pasó?— gritó Sanah.

—Él ... Él la empujó. Ella cayó desde la altura, empujada por él. Yo lo vi. Yo lo vi Sanah. Y la chica estaba muerta en medio de la calle, con un charco de sangre a su alrededor y a metros de mi. Fue lo más horroroso que vi en mi vida. No podré dejar de recordar esta noche nunca. Esa imagen me perseguirá por el resto de mis días. ¿Cómo puede alguien cometer actos tan brutales? Esa pobre chica— lloraba Mey.

—¡Mey! ¿Pudiste tomar fotos del momento?— preguntó Sanah.

—No. No pude. Estaba tomando mi cámara apenas vi que sus figuras se acercaban. Primero se besaron, luego se desató una discusión, forcejearon. Después vi como él la arrastraba a la ventana. Todo fue muy rápido y yo estaba en shock. Aún no puedo creer lo que vi.

—Lo siento, Mey. Siento que hayas tenido que pasar por esto— dijo Sanah, desbordada por la angustia.

—Sanah. No menciones que yo estaba en esa escena del crimen. Por nuestra amistad y lo que he hecho por ti, no lo hagas por favor. No quiero tener el mismo destino que Lynda. Jamás entendí la violencia de la que hablabas tanto como ahora. Ese hombre es un demonio. ¡Ve a tu casa! No regreses a su lado. Yo jamás revelaré lo que vi. Ese hombre podría matarme. ¡Yo quiero vivir, Sanah!— imploró Mey, devastada por lo ocurrido y temerosa de que aquella tragedia la alcanzara.

Mey cortó el llamado y Sanah no se atrevió a insistir. Su amiga estaba destruida por el crimen del que había sido testigo y ella la había expuesto a esa situación.

Tomó su cabeza con ambas manos, sintiendo que iba a estallar. Sentía mucha culpa. Mey estaba shockeada por su causa y Lynda estaba muerta. Sanah evocaba la charla de la mañana con gran pesar. Si ella no la hubiera alentado,

Lynda olvidaría a Mark. Se habría negado a quedarse junto a él tras la jornada. Pero ella le dio esperanzas e involuntariamente la llevó a la muerte. No sólo Mark había matado a Lynda. Era como si ella también hubiera colaborado con aquel empujón que le quitó la vida. Lynda era tan joven. Había sido víctima de su amor enfermo. Sanah podía imaginar los gritos de Mark. No cabía duda de que ella había accedido a retomar los encuentros, pero exigiéndole su divorcio. Mark, de seguro, la había humillado con los mayores descalificativos. Lynda debió sentir su desprecio y desamor nuevamente, percatándose de que había sido una ilusa al creer que Mark podía amar. Luego, ella, con sed de venganza, le habría dicho que pagaría el dolor que le causaba muy caro; que lo denunciaría por sus negocios turbios y que ventilaría su romance clandestino. Él, posiblemente la vió como una potencial amenaza en su vida y no pensó dos veces antes de deshacerse de aquella mujer que lo acompañó desde niña. Sin el menor afecto, la habría tomado con sus brazos potentes y dirigido directamente a su muerte. Sanah recreó aquella escena en su mente con horror. Aún palpitaba en su mente la imploración de Mey. ¡Quiero vivir! Ella también lo quería. Su futuro ahora era incierto.

Pronto, gritos desgarradores se escucharon en la sala. Era Kristen.

Sanah bajó la escaleras de inmediato. Vió a la mujer en un estado de profunda angustia. Golpeaba el teléfono y profería blasfemias, negándose a creer lo sucedido.

—Mi hija. Mi hijita linda. Mi niña. ¿Por qué? ¿Por qué te la llevaste mi Dios? Si ella era tan buena, si ella tenía tanto por vivir— sollozaba Kristen.

Sanah trató de consolarla, tomándola fuerte por los hombros. Toda palabra de aliento era vana en aquel momento. No había nada que pudiera calmar el dolor por la pérdida de un hijo. Una parte de Kristen había sido arrancada para siempre, como si le quitaran de cuajo las entrañas.

En aquel momento, Mark entró a la sala, visiblemente nervioso. Kristen lo tomó por la chaqueta y comenzó a zamarrearlo en busca de explicaciones.

—¿Qué pasó? Dime que pasó. ¿Por qué está muerta mi hija? ¿Por qué? Responde Mark— pidió a gritos Kristen.

—Kristen, sé cuan difícil es este momento para ti pero debes calmarte.

Lynda se quitó la vida. Desconozco los motivos que la llevaron a suicidarse. ¡Siempre fuimos tan cercanos! Lynda era como una hermana para mí. Ella nunca me mencionó ningún problema. Este suceso nos toma por sorpresa a todos. Yo estaré para ti. ¡Siempre cuentas conmigo Kristen!— explicó Mark con falsa bondad, abrazando a la mujer.

—Pero..¿cómo? ¿Cómo pudo mi niña cometer un suicidio si ella era tan feliz? No. No. Me niego a creerlo. ¿Qué hacían los demás? ¿Dónde estabas tú? ¿Por qué dejaron que mi hija hiciera esa barbaridad?— exigía respuestas Kristen.

—El resto del staff ya se había retirado. Pero Lynda me pidió quedarse un momento más para enviar unos e—mails urgentes. Por supuesto que concedí su petición. Lynda era de mi entera confianza y tenía las llaves de la oficina. Le advertí que no se quedara demasiado rato para no agotarse y luego me retiré. Cuando estaba bajando las escaleras hacia el tercer piso , noté un ruido extraño en el despacho. Subí de inmediato. Al ingresar, Lynda no estaba, y la ventana estaba abierta de par en par. Luego me asomé y vi lo peor. Es todo lo que puedo decirte Kristen, y lo mismo que narré a la policía. No sólo tu estás sufriendo. Yo adoraba a Lynda. Ella fue mi mejor amiga toda mi vida.

Sanah no podía creer la cobardía y deshonestidad de aquel hombre. Su perversidad no tenía límites.

—Lo sé. Lo sé, Mark. Pero, ¿por qué lo haría? ¿por qué?— se empeñaba Kristen.

—Lamentablemente, deberemos vivir con esa pregunta en nuestras cabezas por siempre—se lamentó Mark, con desdeñable hipocresía—. Yo me haré cargo de todos los gastos del funeral. Ya realicé los trámites de defunción, habiendo la policía constatado el suicidio. Lynda será enterrada mañana a primera hora.

Krsiten no obtenía consuelo. Tenía entre sus manos una foto de su hija y la apretaba con fuerza.

—¡No! ¡No! No es posible. Yo buscaré la razón que obligó a mi hija a terminar con su vida. No había ser que irradiara mayor luz que Lynda.

Sanah observó como Mark palidecía, acobardado, temeroso.

—Claro que investigaremos. Puedes darlo por hecho. Voy a exigir un exhaustivo análisis de la situación. Deja eso por mi cuenta. Para colmo de males, su celular fue robado hoy por unos maleantes, minutos antes de ingresar a la oficina.

Ahora contamos con una fuente de evidencia menos para la policía— explicó Mark, defendiendo con fervor sus fábulas.

Kristen estaba inconsolable. Su rostro parecía haber envejecido una década. Sanah permanecía impávida.

—Querida— la llamó Mark con desusado cariño—. Voy a pedirte que acompañes a Kristen en estos días, así como mañana en los rituales fúnebres. Yo realizaré un viaje que no puedo posponer. Lamentablemente la vida sigue y los negocios no esperan. Además necesito despejar mi mente y lidiar con el dolor por esta muerte tan inesperada. Si me quedo aquí, no podré manejar el sufrimiento. Necesito cambiar de aire para poder seguir adelante. No sé que va a ser de mí sin mi amiga y mi fiel secretaria.

Sanah se limitó a asentir con la cabeza. Sentía ganas de matar a aquel canalla.

Apenas Mark subió al cuarto para preparar su equipaje, Sanah, envalentonada, fue tras él.

—¡Qué extraño lo que ocurrió con esa chica!— le dijo, mirándolo fijamente, sin una pizca de miedo en los ojos.

—Cosas que pasan— se limitó a responder Mark.

Estaba nervioso y no podía ocultarlo. Era el momento de acorralarlo como a una rata. Era tiempo de que experimentara en carne propia todo el temor que le había hecho sentir. Sanah se sentía más resistente que nunca. Lejos del miedo que la invadía cada vez que veía a Mark, la sed de justicia le daba fortaleza. La muerte de Lynda no podía quedar impune.

—¡Qué inverosímil todo lo que acabas de relatar! ¿Creés que la policía va a confiar en tu declaración? ¿Tienes plena certeza de eso, Mark?— preguntó con coraje, acercándose al rostro de Mark con mirada furibunda y amenazante.

Mantén la cabeza erguida y su tono de voz era alto y seguro. Ya no sería sumisa frente a un asesino. Tenía la seguridad de que aquel sujeto no se

atrevería a dañarla jamás.

—¿Qué estás tratando de decir?—dijo Mark, perdiendo los estribos.

Pero Sanah no retrocedió ni un paso. Se quedó viéndolo con una sonrisa sarcástica que desató los demonios de aquel homicida.

—Si una empleada mía pierde la cabeza y se suicida, es su problema. Yo no puedo controlar lo que hacen los demás. No empieces con tus juegos estúpidos o me veré obligado a ponerte en tu lugar— continuó Mark, apuntándola con su dedo índice, tan cerca que tocaba su mejilla.

—¿Qué harás? ¿Me golpearás una vez más? ¿Por qué no aprovechas que estamos en el segundo piso y me tiras por la ventana? Puedes tomar mi celular para alegar un robo y no dejar huellas— gritó Sanah.

Mark se avalanzó sobre ella, cubriendo su boca y apretando su cuello. Sanah intentó quitar los brazos potentes que le rodeaban el cuello, sin lograr vencer la fuerza masculina.

—Si llegas a intentar perjudicarme con tus cuentos absurdos, lo pagarás muy caro. No tienes pruebas de nada y nadie creería las historias de tu imaginación podrida. No te metas conmigo porque vas a conocerme de verdad— sentenció Mark, sosteniendo con firmeza a su víctima.

Sanah no lograba respirar. Luchaba por desasirse sin éxito.

Cuando Mark la soltó, su cara estaba adormecida y dolía. Su cuello estaba morado. Tosió para recuperar el aire que le faltaba.

Mark salió con su maleta dando un portazo.

—Kristen querida, no seré capaz de ver a mi querida Lynda en su ataúd. Es un ángel que nos cuidará por siempre.

—Sé cuanto la querías Mark— expresó Kristen, ajena a la verdad.

Sanah, con manos temblorosas tomó su teléfono y llamó a Annie, quien fue por ella de inmediato.

Preparó un bolso con sus documentos y algo de ropa y bajó las escaleras corriendo tan pronto escuchó el motor del auto de Annie que llegaba presurosa a rescatarla.

Los sollozos de Kristen persistían en la cocina, pero Sanah no encontró el valor para acercarse.

Apenas subió al auto de Annie, se sintió a salvo. No lograba hablar.

—¿Qué ocurre Sanah? Me alarmé mucho cuando me llamaste— inquirió Annie.

—Sólo llévame lejos de aquí, Annie. Ya hablaremos— pidió con tanta tristeza, que Annie no insitió.

Transitaron el camino hasta su casa en el mayor silencio. Sanah no lograba sacar de su mente a Lynda, mientras que Annie la observaba con preocupación.

Aguardando en la puerta de los Smith, se encontraban Betty y su madre.

—¿Qué hacen aquí?— preguntó Sanah, molesta.

—Tu madre me llamó cuando estaba en camino a buscarte y estaba muy preocupada al ver en las noticias lo que sucedió en la empresa de Mark. Le dije que me encontraba en dirección a tu casa. Dijo que te llamó la tarde entera y no respondiste sus llamados— explicó Annie.

La última cosa que quería vivir aquel día tempestuoso era una charla con Betty y su madre.

—¡Hija querida! ¿Por qué no contestabas? Nos tenías tan afligidas— expresó la señora Johnson abrazando a su hija, quien correspondió la muestra de afecto con notorio desgano.

—¿Qué tragedia lo que ocurrió con esa chica! Los informativos están hablando de eso constantemente. ¡Pobrecita! ¡Tan jóven, además! ¿Cómo lo tomó Mark?— preguntó.

—No lo sé. Salió de viaje— se limitó a decir Sanah, esperando que aquella escena terminara pronto.

—¿Sabes lo que un periodista tuvo el descaro de decir?— interfirió Betty con enojo— Que el suicidio de la empleada de Mark podía estar relacionado al estrés laboral. Luego comenzaron a ampliar la hipótesis con estadísticas de trabajadores afectados por la sobrecarga de tareas y no sé cuantas tontería. ¡Lo que yo daría por estar ahí y callar esas bocas chismosas! Ahora una loca se lanza desde las alturas y culpan al jefe. ¡Por Dios! Por estas cosas es que el país no avanza. Mark es el empresario con mayor prestigio en todo el país. Y como si fuera poco, un hombre de bien. ¡Qué Dios no permita que su reputación se vea afectada por esta tontería!

Sanah no podía tolerar aquellos pensamientos de Betty. Estaba harta. Una palabra más la haría estallar.

—Hija. ¿Por qué no acompañaste a Mark en su viaje? Quizás podían tomar unos días de descanso. No tuvieron luna de miel y un viaje fortalecería su pareja. Además, tu marido debe estar pasando un pésimo momento. No es grato que un empleado se suicide en pleno lugar de trabajo. Un hombre noble como Mark no merecía que eso pasara. ¡Qué situación tan desagradable!— expresó Jenny, besando con cariño la mano de su hija.

—Estoy muy cansada má. Voy a quedarme con Annie. Sólo quiero descansar. Mañana hablamos, por favor— pidió Sanah, retirándose al dormitorio donde siempre se hospedaba en casa de su amiga.

Annie tardó en deshacerse de sus vecinas. Apenas Jenny y Betty se retiraron, acudió al cuarto de Sanah. Pero Sanah no quería hablar aún. Estaba al borde de sus fuerzas.

Annie acarició su cabello hasta que se quedó dormida, tal y como lo hacía cuando Sanah era una niña y se quedaba a dormir en su casa.

Aquella noche, Sanah no logró la paz precisa para descansar. Tras semanas de martirio, su mente continuaba agitada y sus pensamientos se agolpaban en su mente. Recreaba la muerte de Lynda una y otra vez. Imaginaba cada detalle del asesinato sin poder evitar que un sentimiento culpógeno la dominara. Cada vez que lograba conciliar el sueño, una vívida pesadilla la despertaba, haciéndola estremecerse de miedo. Luego, identificaba el dormitorio de la casa de Annie y se sentía a salvo. Las manos que ceñían su garganta, que impedían su respiración, eran producto de su mente. Mark estaba a kilómetros de distancia. No tenía forma de atacarla y jamás volvería a hacerlo. Sentada en la cama, temblando, con su cuerpo afiebrado e invadido por el sudor que le causaban las alucinaciones, se prometió a si misma que nunca en la vida permitiría que alguien le hiciera daño. Se juró vengar a Lynda. Su muerte no podía quedar impune. Tras horas de insomnio, logró quedarse dormida, abrazada al oso de peluche con el que dormía en lo de los Smith desde que era pequeña. Se sentía frágil y fuerte al mismo tiempo. La muerte de Lynda había sido una lamentable atrocidad. No obstante, aquel inesperado suceso, le había

salvado la vida, alejándola de los daños de Mark. No era el plan que había ideado para escapar. Jamás ideó tal fatal consecuencia. Pese al horror que tiñó los acontecimientos, la infeliz muerte de Lynda le había asegurado su ansiada libertad.

Capítulo XXIII

Inusitada valentía

Aquella mañana gris, unos golpecitos suaves tocaron a la puerta de Sanah. Annie, enfundada en una bata, ingresaba a su dormitorio con una bandeja humeante. Sanah sonrió plácidamente al verla.

—Buenos días mi bella durmiente— saludó Annie, con un maternal beso en la frente de Sanah—. Pensé que ya que hacía un buen tiempo no ocupabas esta habitación, podríamos tener aquellos ricos desayunos que tomábamos en la cama cuando eras pequeña. Que te hayas convertido en una mujer no impide que te siga viendo como mi niña.

—¡Qué rico se ve!— halagó Sanah, aspirando el dulce olor del café, las tostadas y la mermelada.

—Mercedes nos preparó todo. Podemos desayunar tranquilas y luego ir al funeral. Supongo querrás acompañar a Kristen.

A Sanah se le desdibujó la sonrisa de inmediato. Claro que quería abrazar a Kristen, mas no podía hacerlo. Ella estaba ocultando la verdadera razón detrás de la muerte de Lynda. Mientras aquella mujer vivía un infierno tratando de descifrar qué habría hecho que Lynda tomara tal drástica decisión, Sanah sabía fehacientemente la realidad de aquel homicidio disfrazado de suicidio. Ocultar era igual de grave que mentir. No tendría valor para mirar a Kristen a la cara. Además, deseaba alejarse de todo aquello que tanto la había dañado. Debía pensar en si misma.

—No, Annie. No quiero ir a la ceremonia. Comparto el dolor de Kristen, pero no puedo ir. Ahora necesito relajarme y sentirme en paz. Vamos a desayunar como la hacíamos antes. Dialoguemos sobre cosas lindas y más tarde ya te contaré todo lo que he guardado desde la noche en que me casé. Por

favor, ayúdame a despejar mi mente y sentirme bien— expresó Sanah, apretando con fuerza la mano de Annie, quien entendió su deseo a la perfección.

El desayuno transcurrió entre risas, gratos recuerdos y cálidos abrazos. Sanah recuperaba la alegría que le había sido arrebatada. Por lo menos, la sensación de miedo inminente había disminuido con el mero conocimiento de que Mark estaba a millas, huyendo como una rata, y que nada malo le ocurriría con Annie a su lado.

Tras el agradable desayuno, Sanah tomó un baño, permaneciendo largo rato inmersa en el agua tibia y burbujeante. Sus músculos tensos se relajaron y su mente se enfocaba en jugar con las esferas de jabón, liberándose de aquellos días de tensión que la habían dejado apaleada en cuerpo y alma. Con la tersa esponja acarició sus moretones que habían adquirido una tonalidad oscura y besó con suavidad los zarpazos salvajes que cicatrizaban lentamente. Ya no lloraba al ver las heridas que había ocultado. Ahora se prometía a sí misma cuidar de su cuerpo, amarse mucho más y jamás permitir daño alguno. Había sido una insensatez de su parte permanecer junto a Mark aquellos días. Su vida estuvo pendiendo de un hilo mientras ella jugaba a ser una heroína. La muerte de Lynda le había hecho valorar su vida mucho más. Estaba preparada para hablar con Annie. Necesitaba desahogarse con ella y su ayuda sería indispensable para alejarse de Mark para siempre. Por otra parte, sentía la necesidad de ver a Zeus. Sus abrazos acomodaban la paz de su espíritu. Además, habían pasado días desde la última vez que lo vió. Ambos tenían la convicción mutua de ser indispensables el uno para el otro.

—Annie, iré a casa a ver a Zeus. Volveré enseguida— anunció su salida desde la puerta.

—Ve cariño. Arthur vendrá a almorzar con nosotras. Él también quiere pasar tiempo contigo. Te he acaparado mucho en el últimamente.

Sanah le tiró un beso con su mano, a modo de despedida.

Cuando ingresó al jardín de su casa, Zeus jugaba con Dalí, quien había crecido mucho en el último tiempo. El pequeño cachorro se había convertido en un bello perro de tamaño mediano. De inmediato corrió a recibir a Sanah

dando juguetones brincos de alegría para luego volver fielmente junto a su amigo humano, lamiendo su rostro con brío, mientras el pequeño reía sin cesar. Sanah pasó un buen rato jugando con Zeus y Dalí y observando las obras que había pintado su hermano. Eran realmente bellas. Zeus continuaba inspirado por la pintura y Sanah estaba inmensamente feliz por la dicha de su hermano. Sin embargo, el pequeño continuaba observando los retratos realizados junto a Corazón, y permanecía largo tiempo abstraído en la contemplación de los mismos.

—¡Hija! No te oí llegar— expresó su madre corriendo a su encuentro.

—Hola, mamá. Estaba jugando con Zeus. Sólo estoy de paso. Voy a almorzar con Arthur y Annie. Me están esperando— se disculpó Sanah.

Su madre no pudo disimular su gesto de disgusto.

—Yo pretendía pasar algo de tiempo contigo. Después de todo soy tu madre. Te echo de menos en casa. No quiero sonar egoísta. Estoy feliz por ti. Sabía que algún día te casarías y te irías de aquí, pero no puedo evitar sentir nostalgia. Además, no puedo negar que pese a que Annie es una gran amiga para mí y le tengo el mayor de los afectos, parece que tú prefieres su compañía a la mía— dijo Jenny con ojos llorosos.

—Claro que no, mamá. Simplemente me encuentro algo extenuada luego de tantos acontecimientos en mi vida, y la compañía de Annie me hace muy bien— explicó Sanah, tratando de no herir los sentimientos de su madre.

—Lo sé hija. Imagino la preocupación que estás sintiendo por Mark, y lo afectado que estará él tras el suicidio de esa joven en su propia oficina, pero pronto todo volverá a la normalidad. Tu padre intentó llamarle esta mañana, mas no logró comunicarse. No quiero continuar con los reclamos, pero aún no conocemos tu casa. Estoy algo celosa de que Annie ya haya podido explorar cada rincón de esa majestuosa residencia donde vives y nosotros no hemos recibido invitación alguna hasta el momento. Sé que son una pareja de recién casados y necesitan su espacio, pero llévame a conocer tu casa, hija mía. Tu padre se pondría tan feliz— dijo la señora Johnson en tono de súplica.

Sanah abrazó a su madre. La amaba mucho en verdad. Sin embargo, no se atrevía a mencionar nada de lo ocurrido. No podía decirle que no conocería

esa casa jamás porque ese lugar fue un infierno para ella. Era como una de esas casonas espectaculares que muestran en las películas de terror, donde la ostentosa fachada esconde las peores pesadillas. Su madre no lo comprendería. Excusaría a Mark. Diría que todos los matrimonios discuten, que una charla puede resolverlo todo, que un hombre noble como él no le haría daño a conciencia, que los hombres tienen una fuerza física que a veces no saben controlar, que nada es a propósito. No. Definitivamente no diría nada a su madre.

—Lo sé, mamá. Estoy un poco conmocionada. No me he sentido bien últimamente. Debo tratar mi depresión y los problemas que la angustia me ha causado. Necesito estar un poco a solas conmigo misma. Ya pasaremos más tiempo juntas— se disculpó Sanah.

—Está bien, hija. Ya organizaremos una velada en tu hogar apenas Mark regrese. Además hija, deberías emprender el retorno a tu casa. Más allá de que tu marido esté de viaje, no está bien que te ausentes. Ahora perteneces allí y como la señora Brown que eres, debes asegurarte de que todo siga en orden. Sé que esto de tomar el rumbo de un hogar es nuevo para ti, pero ya verás como te adaptas con el tiempo. Si Kristen está realizando el duelo por la pérdida de su hija, tú debes tener las riendas en la casa— deslizó Jenny, sin poder retener la atención de su hija, a quien parecía no importarle sus sugerencias.

Ante el silencio de Sanah, realizó una mueca de disgusto por aquel comportamiento indiferente.

En la cocina, Betty cocinaba lasagna. Aquellos olores hacían que Sanah se remitiera a su infancia. Le recordaban el calor de su hogar. Ahora sabía que hogar no es una mera casa, era cualquier espacio físico donde predominara el amor y el respeto por el otro. Su madre desconocía que ella no tuvo nada parecido a un hogar en casa de Mark.

—¿A que no sabes que estoy cocinando en tu honor?— indagó Betty nada más verla.

—No tienes ni que decirlo. Ese aroma lo dice todo. Es tu famosa y única lasagna— respondió acertadamente Sanah.

—La hice exclusivamente para ti, porque sé cuanto te gusta. Es una pena que Mark no esté aquí para probarla. Apenas tu esposo regrese organizaremos una deliciosa lasagna para el también. Veremos si coincide con la opinión de su mujer y lo deslumbra mi platillo— dijo Betty, jactándose de sus dotes culinarios.

Sanah sonrió forzosamente.

—Yo la probaré esta noche en la cena, Betty. Ahora almorzaré con Annie y Arthur. Prometo venir esta noche.

—¡Ah! ¡Qué desprecio me haces! Te guardaré una sustanciosa porción para la cena de esta noche— expresó Betty, comprensiva.

—Gracias, Betty. Tendré un manjar esta noche.

—¿Cómo fue el funeral de la chica que trabajaba con Mark? Annie me dijo que ella te acompañaría— preguntó su madre.

Sanah tragó saliva. Se sentía molesta con tantas menciones alusivas a Mark.

—Pues... Decidimos no ir. Se trataba de algo íntimo y en un caso así ninguna compañía puede aliviar el dolor— explicó Sanah.

—Entiendo hija. ¡Pobre madre! Los funerales son las ceremonias más dolorosas que existen, pero creo que debiste haber asistido, por cordialidad, y en representación de Mark— expresó su visión Jenny.

—Yo creo que hizo bien en no ir—argumentó Betty, con visible enfado—. No he encendido la televisión desde ayer ya que esos periodistas chismosos continúan hablando sobre suicidios por incidentes laborales a raíz de este caso y dando datos de estadísticas mundiales que deben ser pura mentira. Si yo fuera tú Sanah, ya estaba parada frente a esos micrófonos asegurando que el prestigioso empresario Mark Brown no es ningún explotador. Al fin y al cabo esa chica sólo terminó dando lugar a habladurías. ¿Justo en su lugar de trabajo debía acabar con su vida? ¿Por qué no lo hizo desde otro lugar?

Betty realizaba comentarios realmente polémicos y desagradables.

—¡Calla Betty!— ordenó Jenny— Ni conocíamos a la muchacha. No podemos juzgar lo que hizo. Vaya uno a saber que pasaba por esa cabecita para arrancarse la vida. Como madre, me pone la piel de gallina esa historia. ¡Tan jovencita! ¿Qué problema no podría tener solución a su edad?

Sanah se despidió rápidamente para evitar que Betty y su madre continuaran hablando de aquel tema que tanto la afectaba.

Abrazó y besó a Zeus, prometiéndole volver en tan sólo unas horas.

Cuando llegó a casa de los Smith se encontró con una escena inesperada nada más ingresar.

Annie y Arthur la miraban con preocupación al tiempo que Mey lloraba desconsoladamente.

¿Qué hacía Mey allí?

Su amiga fue corriendo hacia ella y se abrazó con brió a su cuello.

—Sanah. No puedo más con esto. ¡No puedo!— gritaba Mey, afligida como nunca la había visto— Por más que lucho, no logro dejar de pensar en aquella escena que vi. Fui testigo de un asesinato y me siento culpable. Siento que mi mente va a estallar en cualquier momento.

Reunidos en la oficina de Arthur, los cuatro tuvieron una larga charla. Mey ya se había adelantado a revelar los detalles de aquella macabra historia.

Con pudor, Sanah se quitó su buzo, dejando las heridas en su espalda, abdomen, brazos y pecho al descubierto. Annie se llevó las manos a la boca, ahogando un gemido. Arthur tragó saliva y cerró sus ojos húmedos por unos segundos, impactado por el horror.

—¿Cómo pudiste ocultarnos algo así?— reclamó Arthur— ¿Acaso no sabías de lo que ese psicópata era capaz? Y yo que lo tenía en mi más alta estima. ¡Cobarde! ¡Inmundo! Como desearía tenerlo frente a mi para molerlo a golpes.

Arthur destrozaba papeles sobre su despacho y lanzaba golpes al escritorio para frenar su ira.

—Fue mi culpa. No supe cuidarte. Desde aquel ataque de pánico que tuviste yo supe que algo andaba mal. Te alejaste de mi y creí que se debía a que estabas más ocupada. Tenías una casa y un esposo que atender. Aún así mi intuición me decía que algo me ocultabas, pero no acertaba a deducir que era. Cuando fui a aquella casa, percibí que tenías miedo de Mark, pero lo atribuí a que era un hombre muy riguroso y querías acoplarte a sus modos. Jamás imaginé que estuvieras siendo golpeada. ¿Cómo permitiste tal cosa Sanah? ¿Cómo?

Annie jalaba de su cabello, abatida por el sufrimiento.

—No dije nada porque tenía miedo. No sólo dejaría a mi padre en la ruina sino que además me amenazó con dañar a Zeus si hablaba. Yo estaba paralizada por el pánico. Cuando descubrí su romance con Lynda creí que era una oportunidad de alejarlo de mi vida para siempre. Necesitaba reunir pruebas que comprobaran el affaire para luego poder extorsionarlo. O bien me daba el divorcio y me dejaba en paz o su romance clandestino vería la luz. Mi plan requería ayuda, pero no podía contarles nada a ustedes porque echarían todo a perder. Me sacarían de allí de inmediato y la vida de los que amo estaría en peligro. Mark es mucho más poderoso de lo que puedan imaginar. Sophie y Mey me ayudaron. Sólo que jamás pudimos prever que aquella guardia que realizó Mey frente a la empresa de Mark terminaría de aquella manera tan atroz—explicó Sanah, sollozando.

—Solicitaremos el divorcio ya mismo. No pondrás tu vida en manos de ese homicida jamás. Además, me encargaré de iniciar acciones legales contra ese imbécil— aseguró Arthur, con los puños apretados.

—Yo no voy a decir a nadie sobre esto señor Arthur. Sólo deseaba rescatar a Sanah de las manos de ese rufián para que no corriera la misma suerte que aquella pobre chica. El episodio se repite como una película en mi cabeza— dijo Mey, apretando su pañuelo.

—No te preocupes, Mey. Estarás protegida. Tomaremos todos los recaudos— intentó tranquilizar el letrado.

—¡No! ¡No!— gritó Mey— Confío en la Justicia y si hay un Dios en este mundo, Mark pagará por el mal que ha hecho. Pero si yo me involucro en esta situación, voy a temer por mi vida a cada segundo. Yo no declararé lo que vi ante nadie. Es una decisión tomada. Me llamaré a silencio.

—Está bien, Mey— apoyó Sanah— Es correcto lo que haces. Arthur, yo creo que debemos preservarla. Mark podría tomar represalias, incluso dentro de prisión. No sabemos el alcance de su influencia. Si algo le pasara a Mey, yo no me lo perdonaría jamás. Ella ya se expuso demasiado sólo para ayudarme.

—Entonces, ¿cómo haremos?— cuestionó Annie.

—Realizaremos una denuncia por violencia doméstica. Sanah será sometida a exámenes físicos y psicológicos que comprobarán la veracidad de su testimonio. En simultáneo, pediré una investigación exhaustiva acerca de la muerte de la secretaria. Mark logró desaparecer el celular de la víctima y probablemente ya eliminó los mensajes de texto que Sanah vió en su propio celular. Pero hay más para examinar. Pediré que se revisen los correos electrónicos en búsqueda de pruebas. A su vez, solicitaré un allanamiento en la oficina donde tuvo lugar el homicidio. Lograremos un rastreo absoluto del área. Aún deben permanecer las huellas dactilares de Mark allí. Cuestionaremos al resto de los empleados. Quizás más de uno sabe de aquel romance y mantiene sospechas sobre la muerte de su compañera. Yo les juro que lograremos que esa lacra pase el resto de sus miserables días en una celda — aseveró Arthur, tras su minuciosa explicación acerca de los pasos a seguir.

—Gracias por entenderme— dijo Mey timidamente, mientras Sanah la abrazaba.

—Tú ya hiciste demasiado por mi y yo te estaré eternamente agradecida— dijo Sanah.

—Sanah, necesitas estar fuerte y preparada para la batalla legal. Estaremos contigo en todo momento— aseguró Arthur.

Sanah confiaba plenamente en Arthur y Annie. Sabía que no estaría sola.

—Mi niña linda. ¡Cuánto debiste sufrir en silencio!— sollozaba Annie— Te juro que jamás vivirás algo así. Deberán pasar por nuestro cadáver antes de intentar dañarte.

—Arthur, ¿podemos esperar hasta mañana para realizar la denuncia? Necesito estar al menos este día en paz y preparame para este litigio— pidió Sanah.

—Está bien, hija. Hoy descansa y recupera tus energías. Mañana por la tarde iremos con la policía. Llamaré a un par de colegas para que me ayuden en este caso. Pronto, toda esta pesadilla será un vago recuerdo. Te lo prometo— ratificó Arthur.

Mey se quedó a almorzar con ellos y luego se fue a su casa, con la conciencia un poco más liviana tras haber revelado lo que había ocurrido y

con optimismo de que Sanah lograría enviar a prisión a Mark.

Esa misma tarde, el matrimonio Smith llevó a Sanah y Zeus al querido parque donde años atrás una niña pequeña los enternecía con sus juegos y su sonrisa pura. Hacía años que no asistían a aquel lugar. Continuaba igual, sólo que lo habían modernizado, añadiendo nuevos juegos y pintando los muros con colores vibrantes. Al observar cada detalle, Arthur y Annie sentían más vivo que nunca recuerdo de aquella criatura de cabello rubio y mejillas ardientes, que con su risa contagiosa les otorgaba el consuelo y la resignación por la paternidad que Dios no pudo concederles. Hoy, esa niña era una muchacha igual de bella, pero sus ojos vivaces se habían opacado por la tristeza, y la sonrisa era sólo una mueca amarga que no podía esconder el dolor. Los tres se sentaron en el banco de siempre, y contemplaron a Zeus jugar. La inocencia del niño siempre lograba llevarlos a un plano de felicidad y tranquilidad.

Aquel momento con personas que la amaban y comprendían sin juzgarla resultaba invaluable para Sanah. Aún movilizada, la joven comenzaba a resurgir lentamente, mientras su alma maltrecha encontraba cobijo en las palabras cálidas de quienes lo eran todo para ella.

Apenas apoyó su cabeza en la almohada aquella noche, las imágenes de Lynda y los episodios de violencia vividos con Mark, se agolparon en su mente, imposibilitando su sueño. Sin embargo, a medida que el miedo se alejaba, el odio y el rencor la invadían. Tenía profunda sed de venganza, de hacer pagar a aquel sujeto el dolor que había causado. Sabía que esas emociones no eran propicias, mas no podía evitarlo. Tras unas horas Se sentía llena de valor, de ansias de justicia, apoderada de una inusitada valentía.

Capítulo XXIV

Arcoiris

Al día siguiente, la mañana se presentó fría. Pese a las nubes que cubrían la mayor parte del cielo, el sol asomaba tímidamente por momentos, brindando una reconfortante sensación de calidez y optimismo. Sanah se sentía de la misma forma. Como aquel sol, sentía que podía vencer la oscuridad con renovadas ansias de lucha. Estaba segura de su victoria. Había pasado por tanto dolor en cuestión de meses que aún no lograba reconocerse a sí misma. No quedaba el menor vestigio de aquella chica tímida e insegura que muy ilusamente creía que el mundo era un lugar seguro y confiaba desmedidamente en las personas. Ahora, la venda había caído. La vida la había hecho conocer la mentira y el sufrimiento en todas sus formas. No obstante, no se sentía cómoda con aquella faceta endurecida. No podía evitar que su sensibilidad aflorara trayendo lágrimas a sus ojos, ni lograba olvidar los valores que le habían inculcado. Necesitaba sanar heridas y reencontrarse con sí misma, en esta nueva imagen resiliente, más madura, más sabia. Hoy, su vida era gris, pero anhelaba un futuro de sonrisas y proyectos a perseguir. Esa sensación le hacía bien a su alma. Era un síntoma que vaticinaba su recuperación.

Cuando Annie ingresó a su dormitorio, Sanah la estrechó en un fuerte abrazo, y permaneció largo rato aferrada a aquel cuerpo materno que siempre la hacía sentir segura.

—Hoy es el gran día mi pequeña. Arthur ha ido a preparar todo a su oficina y vendrá por nosotras al mediodía. Te acompañaremos en todo momento y afrontaremos juntos esta batalla— le dijo Annie, acariciando sus mejillas.

—Estoy preparada y segura de dar este paso. Necesito contar por lo que he pasado y vengar la muerte de Lynda. Quiero verme libre de Mark para

siempre. Sólo lograré sentirme a salvo cuando esté tras las rejas. No quiero ver a ese hombre nunca más Annie. El mero hecho de imaginarlo me da escalofríos. Prefiero la muerte a soportar sus golpes. Temo que envíe a algún secuaz a dañarme—expresó Sanah entre sollozos.

—No debes tener miedo. Ese sujeto deberá pasar por nuestros cadáveres antes de acercarte a ti. Confía en Arthur. Lograremos que Mark termine sus días en la cárcel. Estará aterrado y no podrá atreverse a planear algo contra ti. Lo acorralaremos. No puedo evitar montar en cólera cada vez que pienso en lo que ha hecho. No me gusta decir barbaridades, pero soy capaz de todo cuando se trata de protegerte. Hasta podría matarlo si eso me asegura que jamás te pondrá un dedo encima— dijo Annie con vehemencia.

—No digas eso— suplicó Sanah—. Te necesitaré a mi lado siempre. No podemos perder la cordura. Por supuesto que no deseo bien alguno a Mark, pero sería una atrocidad realizar justicia por mano propia. Confiemos en la justicia. Estoy segura de que lograremos que Mark cumpla su condena.

—Tienes razón querida. Es una pena que Mey no tenga el valor de denunciar el asesinato de Lynda— lamentó Annie.

—No puedo exponer a Mey. Ya se arriesgó más de lo debido. Además, yo voy a presentar mis sospechas y quizás la investigación logre encontrar mensajes o indicios que puedan inculparlo— se resignó Sanah.

—Eso sería estupendo, pero tampoco debemos ser ingenuas. Como buen asesino, Mark es un sujeto hábil que no deja cabos sin atar. Sus empleados no tendrán el valor de brindar testimonio en su contra y él debe haberse encargado de destruir toda prueba de vínculo con su secretaria.

En ese momento, el sonido del timbre alertó a las mujeres.

—¿Será que Arthur ya está aquí?— se preguntó Annie, un tanto sobresaltada — ¡Qué extraño! Dijo que vendría por nosotras pasado el mediodía.

—Uff. Debe ser mamá o Betty— se quejó Sanah— Esperaba que pudiéramos disfrutar de un desayuno en paz.

Segundos después, los pasos de Mercedes se dirigían a la puerta.

Una voz desconocida de mujer se pronunció en un tono muy bajo para ser audible.

—Sí. Ella está aquí. Aguarde un instante que anunciaré su presencia— se oyó decir a la empleada.

Segundos después, Mercedes golpeaba la puerta de la habitación solicitando su ingreso.

—Sanah, una mujer llamada Alice pregunta por ti. Ha pedido verte.

Sanah dio un brincó en la cama y su corazón comenzó a latir aceleradamente contra su voluntad. Cualquier hecho relacionado con Corazón la continuaba perturbando.

Se quedó petrificada, incapaz de expresar respuesta. Annie se mostraba entre sorprendida y pensativa, como si su mente tratara de recordar aquel nombre.

—¿Alice? ¿La esposa de Bernard? ¿El matrimonio amigo de Corazón, cuya casa visitaron con Zeus?— indagaba Annie.

Sanah asentía con gestos. Una sensación de nerviosismo la invadía.

—¿Qué hace aquí esa mujer? ¿Acaso no sabe que su vínculo ya es parte del pasado?

—No lo sé. Alice es encantadora y no tengo nada en su contra, pero no deseo hablar con ella. Probablemente viene de parte de Corazón a inventar alguna excusa. Mi cabeza no está en ese pasado con final tortuoso ahora. No quiero más inquietudes. Estoy al colmo de mis límites mentales. Mercedes, por favor, dile a la señora Alice que me encuentro indispuesta y que no hay razón para charla alguna entre ambas— ordenó Sanah con firmeza.

Mercedes accedió de inmediato. Sanah y Annie se quedaron tomadas de la mano, esperando oír algo, con cierta curiosidad.

Pronto, Mercedes retornaba a la habitación.

—¡Ay señorita!. Discúlpeme. La señora insiste en verla. Dice que no tomará mucho de su tiempo y que debe decirle algo crucial para su vida. Se rehúsa a marcharse sin hablar. Pide hablar con Annie si usted se niega a hacerlo. Le reiteraré sus palabras, pero se mantiene tenaz en su postura— se quejó Mercedes.

—Sanah, ¿por qué no hablas con ella? No puede causarte mal alguno lo que tenga para decirte. No veo otra salida para deshacernos de ella. ¿O quieres que yo la atienda?— propuso Annie buscando una solución.

—Está bien. Hablaré con ella, pero quédate a mi lado. Estaremos presentes las dos. Mercedes, dile que pase a la sala que ya vamos— decidió Sanah.

—No me imagino que querrá ni como obtuvo nuestra dirección— pensaba Annie en voz alta.

En aquel momento, el celular de Sanah comenzó a sonar. Era su madre.

—Hija, una mujer llamada Alice estaba buscándote. Le dije que estabas en casa de Annie. Jamás había visto a esa mujer antes. Dijo que tenía algo importante para comunicarte pero se negó a decírmelo a mi. ¿Quién es esa mujer Sanah?— preguntó afligida la señora Jenny.

Sanah no pudo evitar morder sus labios y poner sus ojos en blanco ante tanta asfixia.

—Es una conocida mamá. Seguramente viene a ver como estoy. Eso es todo. Debo atenderla. Luego te llamo. Un beso— intentó culminar la charla Sanah.

—¿Una vecina de tu nuevo barrio?— insistía su madre.

—Eh. Sí. Exacto. Una vecina— ratificó Sanah.

—Bueno, pues no sé que asunto le urge. Cuéntame después por favor.

—Claro mamá. Hasta luego— dijo Sanah finalizando la incómoda llamada.

—Me imaginaba que Alice te habría buscado en tu casa primero, despertando la intriga de tu madre— dijo Annie acertadamente.

—Esas dos mujeres son abrumadoras— resolpló Sanah, incluyendo a Betty en su lamento.

Armada de valor, Sanah se dirigió a la sala, acompañada de Annie.

Nada más verla, Alice dejó el té que Mercedes le había servido y se levantó de inmediato para brindarle un cariñoso abrazo.

—¡Qué bueno verte otra vez Sanah! Te agradezco infinitamente que me hayas recibido. Gracias a usted también señora Smith— expresó Alice entre lágrimas.

Sanah no sabía como reaccionar. Aquella actitud la sorprendía sobremanera.

Como si el estupor fuera poco, Alice se arrodilló ante ella y besando su mando comenzó a rogarle perdón.

Sanah miró a Annie totalmente atónita.

Annie atinó a calmar a Alice y la ayudó a incorporarse tomándola de sus

hombros, a la vez que le pedía que tomara asiento.

—Tranquila Alice. Hable con serenidad— pidió la señora Smith ofreciendo un pañuelo de papel que Alice tomó con manos temblorosas.

—Alice, disculpa mi franqueza, pero no veo motivo alguno para que charlemos y mucho menos para que pidas disculpas. Debes saber por Corazón lo que ocurrió entre nosotros. Tú no tienes nada que ver en el daño que él me causó, así que no hay razón para que me pidas perdón. Es más, siempre los recuerdo a Bernard y a ti con sumo cariño por el breve tiempo que compartieron junto a mi y mi hermano. Les agradezco su cordialidad, pero no deseo quedarme anclada a ningún vínculo de Corazón. Deseo borrar esa parte de mi vida— se explayó Sanah con sinceridad.

—Es que tu no sabes nada de lo que ocurrió Sanah. ¡Si supieras todo el mal que te hemos hecho!— dijo compungida.

—¿De que mal hablas?—inquirió Sanah, ante la atenta mirada de Annie.

—Es tan vergonzoso para mi confesarte esto. Créeme que siempre me opuse a ese plan, pero se trata de mi marido y no tuve otra opción. Dañé a mi hijo para salvar a mi esposo y la culpa no me deja en paz— sollozaba Alice.

—Disculpa Alice, pero realmente estás hablando incoherencias. Estamos resolviendo un asunto complejo. De verdad, no deben sentir ningún tipo de culpa, ni Bernard ni tú. Sólo Corazón es el responsable de sus actos. No es el mejor momento para que estés aquí. Nos encontramos enfocados en otro asunto— se sinceró Sanah, aún pasmada por la inestabilidad de aquella mujer.

—Espera Sanah, creo que Alice tiene una confesión que le causa remordimiento. ¿Por qué no respira y nos dice exactamente que sucedió?— demandó Annie.

—Sí. Tiene razón. Discúlpeme. Es que esto me remuerde la conciencia y retuerce mis principios morales, si es que los tengo. Sanah, Corazón no hizo ningún otro mal que amarte con todo su ser y procurar tu felicidad y tu permanencia a su lado. Nosotros..

—Espere, Alice— la detuvo Sanah con hastío—. Si usted vino aquí a hacer una defensa de la traición de Corazón, ahórrese el tiempo. Lo que él hizo es algo imperdonable, triacionó mi amor, mi confianza y me humilló de la peor

manera. Entiendo que ustedes lo amen como a un hijo, pero no pueden dejar de reconocer sus errores. Es un hombre adulto y su accionar no requiere respaldo alguno.

—¡No, Sanah! ¡No!— vociferó Alice— Te equivocas. Bernard fue el responsable de arruinar su amor. Déjame explicarme, te lo ruego. Cómo tu sabes, Bernard ofició muchos años de maestro de Corazón. Lo conocimos muy joven, totalmente solo y con un talento arrasador que a mi marido lo conmovía profundamente. Sin embargo, pese a todo ese amor paternal que Bernard le profesaba a Paolo, también surgieron con el paso del tiempo sentimientos de envidia y recelo. Para ser honesta, Bernard es un gran pintor, pero su arte no logró llevarlo a la fama. Para él fue frustrante ver que su aprendiz lo superara y que le esperaba el destino que mi marido siempre anheló para sí mismo.

—Disculpa Alice, pero no encuentro relación alguna entre lo que relatas y el engaño cobarde de Corazón— se impacientó Sanah.

—Escucha, por favor— le pidió Annie.

Alice prosiguió su declaración.

—Si te explico esto es para que entiendas porque Bernard actuó tan vilmente. Corazón, con su alma pura, confió en Bernard como en un padre y no le ocultó el menor detalle de su vida. Así fue que un día nuestro Paolo llegó a nuestra casa rebosante de alegría por haber conocido al amor de su vida. Esa chica eras tú y nosotros estábamos felices de verlos tan radiantes de dicha. Jamás pensé que iba a ver a aquel niño sufrido y de mirada triste tan feliz. ¡Y vaya que Paolo merece felicidad plena! Bernard también estaba dichoso por su logro. No obstante, un día acudió al taller de Corazón y vió tus retratos, la inspiración en los poemas y el triunfo garantizado que aquellas obras tendrían. Fue ahí que aquellos resquemores afloraron nuevamente. Bernard tiene ya sus años, y hacía meses estaba preparando unas pinturas destacadas para presentar en el festival de arte parisino. Trabajaba día y noche en aquellas ilustraciones. Dedicó todo su talento, su pasión y sus horas de sueño a aquel trabajo. Para él, era la última oportunidad de que lo reconocieran como un artista de renombre y dejar de ser uno más entre tantos. Sería tocar la gloria al final de su carrera y despedirse de manera triunfal. Pero cuando vió las obras de Corazón, a

sabiendas de que tú lo acompañarías con tu poesía, tuvo la seguridad de que sus retratos quedarían totalmente relegados y que toda la atención estaría puesta en Corazón y su historia de amor. Fue así que ideó un plan macabro para sacar a Corazón de su camino. Créanme que no quiso perjudicarlo. Paolo es joven, tiene una aptitud artística desmedida y tendría miles de instancias para lograr su merecida fama. Para mi marido era la única chance de lograr el triunfo con el que soñó cada noche de su vida. Corazón no podía opacarlo. Pero no piensen que Bernard es una mala persona, entiendan su afán y la pugna por concretar su único sueño.

—Disculpe que la interrumpa, pero ¿a qué plan macabro se refiere?— indagó Annie anonadada, mientras Sanah escuchaba atentamente.

—Bien—prosiguió Alice con la voz entrecortada— Como Corazón tenía absoluta honestidad con Bernard no le ocultaba detalle alguno. Fue así que le contó que una amiga de su amada Sanah, llamada Marilyn se había enamorado de él y que la chica tenía rasgos perversos y mayor obsesión que amor, por lo cual él había suspendido las clases y evitado el vínculo con dicha mujer. Fue así que Bernard buscó a Marilyn y le propuso un plan para que ustedes se separaran. Por supuesto que esa malvada aceptó de inmediato. Así, Bernard pintó a Marilyn tal y como Corazón lo hizo contigo, en dos retratos, uno previo al amor y el posterior que tú ya conoces y que representa la plenitud y la entrega a un romance verdadero. Bernard había prestado mucha atención a los retratos de Corazón y trató de imitar su forma de pintar para que tú no sospecharas. Por supuesto, también recreó su firma para no dejar lugar a dudas de ningún tipo. Ese trabajo maldito le llevó horas en casa de Marilyn. De hecho, se hizo pasar por el maestro Corazón ante sus padres para no generar sospechas y poder realizar los retratos sin distracciones. Luego idearon los pasos a seguir para que Marilyn te abordara y te incitara a conocer las obras. Era evidente que tú no querías saber más de Corazón tras ver aquella escena y que no darías lugar a explicación alguna. Marilyn tuvo la satisfacción de verlos separados, desgracia de las almas pobres que se regocijan a través del sufrimiento ajeno. Bernard no quería causarle daño a ese amor tan puro entre tú y Corazón, pero fue su única alternativa. Para su desdicha, todo el mal que

causó fue en vano. Él creyó que sumido en la pena de tu abandono, Corazón no viajaría a París a exponer sus obras y ya no tendría que lidiar con su competencia. Pero Corazón, dolido como nunca, se aferró a aquellas obras que eran lo único que le quedaba de ti y de su amor, y se propuso presentarlas en la exposición pese a que Bernard pasó días tratando de que desistiera, aduciendo que no tenía sentido su presencia en el evento si ya no podía estar a tu lado. Con su plan fallido y la conciencia turbia, Bernard viajó a París y como era de esperar, Corazón lo eclipsó con su obra. Así que a las pocas semanas regresó, con su sueño roto y con el peso de haber traicionado a quien consideraba un hijo por celos tontos. Jamás va a perdonarse haberle causado tal angustia a Paolo por su egoísmo y anhelo de una victoria que evidentemente la vida no tenía planeada para él. Por eso, lo que más desea es revertir el daño y reunirse con Corazón nuevamente. Es innegable que son almas gemelas destinadas a estar juntos por el resto de sus vidas. Bernard siente excesiva culpa como para mirarte a los ojos. Sabe que no es digno de tu perdón y ganó el odio de un joven que lo amó como a un padre. Ese es su castigo perpetuo. Él está dispuesto a sincerarse con Paolo y confesar que por su maliciosa jugada perdió tu amor. Pero está tomando su tiempo para reunir la valentía necesaria. No es sencillo contar eso a quien lo amó como a un padre, por eso yo decidí adelantarme. El tiempo transcurre y dos seres sufren por desconocer lo sucedido. Creo que eso es todo lo que puedo decirte Sanah querida.

—En cuanto a mi—prosiguió— jamás quise dañar a mi Paolo, pero debía respeto al sueño de mi esposo y oculté esta canallada, lo cual me hace culpable. Ahora que Bernard regresó a casa con las manos vacías de reconocimiento y el alma rota, hemos decidido revelar la verdad— culminó su historia Alice, con claro abatimiento.

Annie se llevó las manos a su cabeza, superada por la conmoción.

Sanah se echó a llorar a gritos de amargura. ¿De qué servía la verdad ahora? Le habían hecho mucho más daño del que creían. No sólo la habían separado del amor de su vida. A raíz de eso, la habían expuesto a un matrimonio flagelante del que apenas salió con vida. Sin aquella mentira nada de eso

hubiera pasado. Ni todos los perdones del mundo podían calmar aquellos recuerdos, aquel dolor en su cuerpo y su alma.

Annie le agradeció a Alice por su valentía y le pidió que se retirara, ya que Sanah necesitaba recomponerse.

Alice se retiró avergonzada.

—Espero que la vida se encargue de devolverles el mal que nos han hecho— gritó Sanah eufórica cuando Alice atravesaba la puerta.

—Lo siento, Sanah. Lo siento mucho— alcanzó a decir Alice, mientras apresuraba el paso a su coche, descorazonada por aquella situación de la que había sido una pasiva partícipe.

Annie corrió a abrazar a Sanah.

—¿Quién me borra los golpes, todo el maltrato que sufrí por perder a Corazón? ¿Quién Annie? ¿Cómo puede existir tanta maldad? Viví en el infierno cuando pude disfrutar un ensueño junto a Corazón. ¡No me traicionó! ¡No me traicionó! Y yo no creí en su palabra.

Sanah golpeaba su cabeza en plena crisis nerviosa.

—Mercedes, trae un vaso de agua y un calmante por favor— pidió Annie.

—Sanah, escucha— dijo Annie tomando el rostro de la joven y buscando su mirada—. Hay gente perversa y por infortunio lo sabes de sobra. Pese a eso nada está perdido. Corazón te ama como el primer día y yo no tengo la menor duda de esto. Volverán a estar juntos. Vamos a mantener la cabeza fría. Lo importante ahora es tu juicio contra Mark. Apenas logres tu divorcio, tendrás la vida entera para disfrutar junto a Corazón.

Sanah se incorporó como si estuviera poseída.

—¡No Annie! No quiero dedicar un sólo segundo de mi vida a Mark. Al diablo con el maldito juicio. Quiero ver a Corazón. Me lo pide cada célula de mi ser. No puedo estar un segundo más alejada de él. Ahora me percató que en todo este tiempo siempre lo necesité como el aire que respiro, que con cada golpe que recibía yo soñaba con una caricia suya, pese a todo lo malo que creía de él. Sólo el puede curar este dolor. ¡Ayúdame Annie!— suplicó Sanah.

En aquel momento Arthur ingresó a la sala y se llevó el susto de su vida al ver aquella situación.

—¿Estuvo aquí ese rufián? ¿Les hizo daño? ¿Donde está ese cobarde?— bufó escandalizado frente a la congoja de las mujeres.

—No, amor. Mark no volvió aún. Es otra situación que te contaré después. Lo importante ahora es que Sanah necesita de nuestra ayuda.

—Ya tengo todo pronto para presentarnos a dar nuestro testimonio. Sanah realizará la denuncia y será el primer paso de un juicio que ganará como que me llamo Arthur Smith. Veremos a esa lacra entre las rejas— aseguró Arthur.

—Cariño, la situación cambió esta mañana. Sanah desea viajar.

—¿Qué? ¿Va a encontrarse con ese desgraciado? ¿Va a exponerse a una muerte en manos de ese canalla? ¿Qué es esta locura?

Arthur estaba totalmente estupefacto.

Sanah tomó sus manos.

—Arthur, antes de casarme con Mark, conocí el verdadero amor. Una infamia nos alejó y esta mañana quien sembró la discordia entre nosotros me brindó un testimonio revelador. Yo sé cuanto amas a Annie. Tú sabes de sobra sobre el amor. No me interesa otra cosa que reencontrarme con ese hombre que le da luz a mi vida. Es lo único que anhelo en este momento.

Arthur se serenó pero su ceño permanecía fruncido.

—Sanah, si tu te vas ahora perderemos todo. Los golpes se borrarán. Tu testimonio no tendrá credibilidad alguna luego de un tiempo. Además, continuarás casada con Mark. Cuando soliciten el divorcio, él alegará adulterio y perderás tus derechos, la posibilidad de que tu padre se adueñe del negocio inmobiliario una vez que logremos la prisión para Mark. Echarás todo por la borda por este acto impulsivo. ¿Eres consciente de eso? ¿Tienes idea de la magnitud de esta locura que piensas hacer? Volverás todo en tu contra. Razona por favor, Sanah querida. Puedes llamar a ese joven y explicar la situación.

—No me importa nada, Arthur, nada. Estaré con un hombre que me ama, que es el único ser sobre la Tierra que puede sanarme. Ya no quiero pensar en nada más que mi propio bienestar. No me interesa si Mark me acusa de adulterio si mi padre queda en la ruina. Estoy harta de pensar en los demás. Ya

razoné lo suficiente, sólo quiero sentir lo que me dice mi corazón e ir a donde él me está dirigiendo.

Arthur la abrazó fuertemente. Sabía que no podía retenerla, pero aquel riesgo que Sanah tomaba era peligroso y no podía evitar temer por ella. Miró a su esposa quien le dirigió un gesto de «¿qué podemos hacer?»

Sanah tomó las manos de ambos.

—Ustedes dos son los únicos seres sobre la faz del planeta que me entienden y me apoyan. Ayúdenme a llegar a París cuanto antes, por favor—rogó Sanah.

—Yo te acompañaré. Tomaremos un tren y en menos de tres horas de viaje estaremos en la capital francesa— dispuso Annie.

—No, Annie. Viajaré sola. Tú llama a Corazón una vez que yo deje Londres. Pídele que me espere. Yo te llamaré nada más llegar. Antes de empacar, deseo que me acompañes a despedirme de Zeus y otra cuestión que ya te platicaré en el camino.

Sanah estaba sonrosada, con las manos sudorosas y un brillo especial en los ojos. Era el regreso del amor. Frente a aquella imagen, Arthur y Annie no tenían posibilidad ni argumento para hacerla desistir.

Aquella mañana había sido la más tumultuosa de su vida. Su destino había cambiado en cuestión de segundos. La confesión de Alice implicó un verdadero vuelco al corazón. Como el cielo cuando llueve y de inmediato sale el sol en absoluto esplendor, el rostro de Sanah, con los ojos tristes y una sonrisa en los labios, representaba un bello arcoiris.

Capítulo XXV

Reencuentro de almas

Con la inestimable ayuda de Annie, Sanah empacó un bolso pequeño con la ropa que había sacado de casa de Mark y sus documentos. Su mente estaba nublada y su corazón agitado. Le entristecía ver a Arthur preocupado.

—Yo las llevaré a la terminal— dijo con seriedad.

—No, cariño. Yo puedo conducir a Sanah hasta allí. Aprovecha la tarde para descansar— pidió Annie.

—Está bien querida— accedió el señor Smith.

Sanah se despidió de él con un apretado abrazo.

—Espero que no te arrepientas de lo que estás haciendo hija mía. Tenemos la posibilidad de hacer justicia en nuestras manos. Reconsidéralo, por favor— suplicó Arthur, reteniendo la mano de la joven.

—Creéme que mi deseo de que ese asesino tenga su castigo es tan inmenso como el tuyo, pero mi felicidad es prioridad en este momento, Arthur— explicó con lágrimas en los ojos.

Al subir al coche de Annie, Sanah comenzó a sentirse insegura. ¿Qué pasaría si Corazón no la perdonaba? ¿Y si decidía que ya no era merecedora de su amor? ¿La entendería?

—Tranquila Sanah. Tengo la certeza de que Corazón te ama. Tu deber es ir por él. Hasta que no lo veas no podrás erradicar tus dudas. Es cierto que debiste confiar en él, pero tenías pruebas muy fidedignas frente a ti— la calmó Annie.

—Hablando de pruebas, Annie, antes de pasar por mi casa, pasaremos por lo de Marilyn. No puedo contener el deseo de insultar a esa maldita. Por su causa viví la peor pesadilla de mi vida.

—No lo creo pertinente, Sanah. Esa chiquilla no tiene escrúpulo alguno. No te pongas a su nivel— terció Annie, sin éxito.

Segundos más tarde, Sanah tocaba timbre en casa de Marilyn.

La señora Griffin acudió a abrir de inmediato.

—¡Sanah! Pensé que habías olvidado el barrio. Felicidades por tu matrimonio. Lamentamos mucho no haber podido estar presentes en la fiesta. Unos problemas de salud tuvieron a mi marido en cama. Pasen. ¿Cómo estás Annie?— saludó con su clásica amabilidad la madre de Marilyn.

—Vengo a ver a su hija— fue la rauda respuesta de Sanah.

—Ella está en el atelier con su maestro Corazón. ¡Oh! No vayan a espantarse del nombre. Es un apodo en realidad. Se trata de un hombre talentosísimo. Ha realizado infinidad de obras y Marilyn se ha inspirado mucho. De hecho, le dimos nuestro permiso para que acompañara a su profesor a una exposición artística en París. Regresaron hace poco. Creo que hoy es su última clase. Está empacando sus materiales, pero supongo que Marilyn reanudará sus clases tras unas vacaciones. Ya saben como es esta hija mía. De todos modos, estamos felices de que una actividad haya logrado captar su pasión, ya que descuidó sus estudios universitarios. Pasa Sanah, ya conoces el camino. Annie, te serviré un té— propuso Susan.

Sanah se dirigió al garage de los Griffin a la velocidad de la luz. Recordó su sufrimiento la última vez que estuvo allí, las lágrimas que le causaron y la furia la cegó por completo.

—En otro momento tomaremos el té, querida. Tengo curiosidad de ver a Marilyn— se excusó Annie, corriendo tras de Sanah.

Cuando ingresaron, se encontraron con las miradas estupefactas de Marilyn y Bernard.

—Señor Corazón. ¡Qué gusto verlo por aquí! ¡Qué arte el suyo!— saludó Sanah a pura ironía, mientras Annie solo observaba aquella situación con lamento.

El rostro de Bernard adquirió un color rojo furioso que expresaba toda su vergüenza.

—Así que además de complotar mentiras para quitarle el triunfo a Corazón,

le roba hasta su identidad. ¿Qué clase de «padre», como usted se vanagloriaba de serlo, siente tal envidia y desprecio por su hijo para causarle tamaño agravio?— dijo Sanah con seguridad, mirándolo fijamente a los ojos.

Bernard bajó la cabeza.

—Tú eres muy joven para comprender. Tienes toda la vida por delante para destacarte en lo que sea. Lo mismo sucede con Paolo. Yo perdí mi única y última oportunidad de concretar mi sueño de ser reconocido como un pintor famoso. Sé que les causé daño. Sólo me queda pedir disculpas. Ya le conté a Corazón lo sucedido. Mi mayor anhelo es obtener su perdón. Si no me lo otorga, deberé vivir con esta culpa por el resto de mi vida— confesó entre lágrimas.

—Las personas sin valores como ustedes jamás logran sus sueños. Están destinados al fracaso, a ser destruidos por la envidia que les genera la felicidad de los demás. En cuanto a ti— dijo Sanah señalando a Marilyn—, siempre supe el gusano que eras. Tu pobre vida ha consistido en correr tras lo que tengo, con malicia en tus actos. No me generas más que pena. Todo a tu alrededor es una mentira creada para perjudicar a otros. ¡Qué tristeza! Vivir en esta oscuridad debe ser tu peor castigo. No obstante, Bernard, no esperaba esto de ti. Te creí un hombre sincero, con principios y valores. Hoy me decepciona ver a una rata cobarde que se lleva sus pobres lienzos a escondidas y vuelve al fracaso que es el lugar eterno de las almas turbias. ¡Hasta llevó a Marilyn de viaje para que yo creyera la traición de Corazón! Engañaron a todos. Usted traicionó la confianza de un hombre que realmente lo amaba, miente a los señores Griffin, ¿qué más le resta hacer? ¡Vaya que sus acciones si nos valieron gran pena!—

Bernard admitía las palabras de Sanah con la cabeza gacha, sosteniendo aún los cuadros envueltos.

—Deje de llorar, estúpido, y retire sus cosas de aquí— ordenó Marilyn.

Luego miró a Sanah fijamente a los ojos.

—¿Creés que no fui lo suficientemente astuta? Que yo sepa, mi plan funcionó a la perfección. Yo no tengo a Corazón, pero tú tampoco. Además, te casaste

como una idiota. Ya no hay nada que puedas hacer para reparar lo que te hice — dijo Marilyn, mostrando su verdadera esencia perversa.

Annie se cubrió el rostro con horror. Le parecía inconcebible que aquella chica se regocijara en su propio veneno.

—¡Ardan ambos en el infierno!— les deseó Sanah, tomando la mano de Annie y retirándose de aquel lugar penumbroso.

Bernard aún temblaba, mientras que Marilyn sonreía, presa de su orgullo.

Sanah arrastraba a Annie consigo, tan de prisa que Susan se sorprendió al verlas marcharse.

—¿Ocurrió algo?— preguntó alarmada.

—Eso debe preguntarle a su hija y a Bernard— aconsejó Annie.

—¿Quién es Bernard?— indagó la mujer, confundida, sin obtener respuesta.

Una vez más dentro del coche de Annie, ambas amigas no pudieron esconder sus sentimientos ante lo que acababan de presenciar.

—Me niego a creer tanta maldad— dijo Annie, incrédula.

—Yo he visto tantos actos aberrantes que ya nada me parece descabellado— respondió Sanah.

—Finalmente, esas máscaras han caído y ahora tu vida volverá a ver la felicidad que mereces— expresó Annie, optimista.

Apenas llegaron a su casa, Annie distrajo a Jenny y Betty, con el propósito de que Sanah pudiera despedirse de su hermano Zeus.

Lo encontró en su cuarto, con la vista perdida en los colores y la fiel compañía de Dalí, jadeante sobre la alfombra de su pequeño amo.

Sanah lo abrazó con dulzura y le contó que iría a reencontrarse con Corazón. Le juró que pronto estarían los tres juntos nuevamente y recuperarían el tiempo perdido. La joven sabía que su hermano podía comprenderla. Había capturado su atención y sus ojos melancólicos observaban las facciones de su familiar predilecta.

Se estrecharon en un fuerte abrazo que resumía todas las promesas y el amor verdadero que se profesaban.

Tomados de la mano, descendieron al jardín, seguidos por los lengüetazos juguetones de Dalí. Zeus necesitaba mayor tiempo al aire libre.

—Ven a saludarnos hija querida— solicitó su madre.

—Tu marido llamó hace unas horas para preguntar por ti. Dice que llamó un centenar de veces sin obtener respuesta. Además deseaba saber donde estabas. Me sorprende esa actitud de tu parte Sanah. Tu esposo está atravesando un momento difícil y tú le traes nuevos problemas en vez de acompañarlo. Tú no eres así mi niña— se quejó Jenny.

—He estado algo distraída mamá. La muerte de Lynda nos impactó a todos, no sólo a Mark— se justificó Sanah.

—Bueno, pero tú ni la conocías. En cambio el perdió a una amiga de toda la vida, y como si fuera poco su secretaria, cuyo suicidio fue en su propia oficina. ¿Como creés que se siente ese pobre hombre?— intervino Betty.

—Por lo menos tendrás ahora un gesto digno— dijo su madre con una sonrisa.

Sanah se quedó perpleja, mientras Annie le realizaba muecas.

—Debí esperar a que tú lo dijeras, pero como te demorabas con Zeus, les conté que partirás a encontrarte con Mark. Ya les pedí a ambas que no abran la boca, ya que se trata de una sorpresa— explicó Annie con fingida alegría.

—Sanah, aprovecha ese momento para contener a tu esposo por favor. Tomen unos días de descanso juntos. No tuvieron luna de miel y luego esta catástrofe. Su pareja necesita estar más fuerte que nunca— le aconsejó Betty.

—Sí, claro— fue la monótona respuesta.

Minutos más tarde se despedían, tras una catarata de consejos sobre como una buena esposa sostiene a su marido en un suceso tan delicado.

Al llegar a la estación, Sanah apretó con fuerza su boleto de tren. Tan solo dos horas de recorrido la distanciaban de París. Cada célula de su ser vibraba de emoción y ansiedad.

Annie le brindó uno más de sus maternas abrazos que Sanah tanto necesitaba y tan buenos eran para su alma.

—Lláname tan pronto llegues. No hay nada que pueda decirte que no sepas. Deseo tu dicha más que nada en el mundo. Sé que te reencontrarás con Corazón y luego volverán juntos a hacerle frente a Mark. Tu amor te dará toda la valentía que necesitas. ¡Te echaré de menos! Y me cansé de extrañarte los

años que estuvimos fuera de Londres, así que regresa pronto o me verás sufrir como nunca— pidió Annie conmovida.

—Siempre estaré a tu lado «mamá»— contestó Sanah, con total franqueza y cariño, provocando que Annie riera y llorara al mismo tiempo.

Jamás podría devolver a Annie todo lo que hizo por ella. Era una madre con todas las letras y Sanah estaba feliz de sentirla como tal, sin dejar de amar a su propia madre, pese a las diferencias entre ambas.

Los minutos previos al abordaje, no hicieron más que esperar con las manos entrelazadas, las dos con los mismos sentimientos de temor y anhelo.

Una vez en el tren, Sanah saludó a su amiga que la seguía con la mirada y realizaba ademanes hasta que se perdieron de vista.

Annie se quedó largo rato en la estación, caminando a paso lento, en compañía de sus pensamientos. Aquel «mamá», pronunciado por aquella criatura a la que había amado nada más nacer, le había llegado al alma y su memoria lo repetiría cada día de su vida, guardándolo como un momento sagrado. Durante años se había desvalorizado como mujer, por sentir que su vientre seco la disminuía. Hoy se daba cuenta de que había sido demasiado dura consigo misma. Se sintió como un árbol fértil y frondoso, capaz de brindar los más cuidados frutos.

Durante el trayecto, Sanah no pudo contener su ansia. Por momentos quería que aquel tren volara por los cielos y por otros la inseguridad la invadía y deseaba que el recorrido fuera lo más lento posible para dilatar su llegada.

¿Sabría Corazón que ella iba en su busca? ¿Podría Annie contactarse con él? ¿Y si Bernard mintió una vez más al declarar que había revelado su verdad a Corazón? ¿Cómo haría ella para encontrarlo? ¿La odiaría aún? ¿Le perdonaría no creer en él? Mas aún, ¿se habría enamorado él?. Se dio cuenta de que no había considerado aquella posibilidad. Después de todo, ella lo dejó miserablemente y él debió partir destrozado. ¿Y si había encontrado el amor en brazos de alguna artista parisina? No podía detener la lluvia de posibilidades que se le ocurrían, desde las más afortunadas a las catastróficas.

Decidió respirar profundamente y distraerse con los paisajes sin lograrlo. Miraba el reloj continuamente. Los minutos corrían rápido o despacio según

su momentánea percepción.

Aferraba su bolso con fuerza. No había preparado más que unas pocas cosas.

Luego comenzó a planear que diría él cuando la viera, que debería decir ella, cual sería su reacción y una pluralidad de circunstancias que solo sabría cuando el momento llegara.

Y llegó. El inmenso tranvía anunció su llegada a la ciudad francesa con un estruendoso sonido. Los tripulantes tomaban sus bolsos apurados y emprendían el descenso. Algunos despertaban de una cómoda siesta, dejando sus asientos con desgano. Sanah permanecía tiesa. Necesitó unos minutos para tomar coraje y finalmente dirigirse a la refulgente puerta de salida.

No había estado en París antes. Todo era nuevo para ella, el lugar y la singularidad de la situación que la llevaba allí.

Comenzó a caminar con apremio, con el corazón latiendo a toda marcha y su mirada perdida en la multitud. De pronto una voz familiar gritó fuerte detrás de ella.

—¡Coraza!

Sanah detuvo su andar. Su respiración se detuvo. ¡Era él! Eufórica, giró para descubrirlo entre un mar de rostros. Corazón la aguardaba. Ambos quedaron por segundos inertes. Sanah sintió que todo a su alrededor se desvanecía y ya no vió a nadie más y poco importaron los empujones de los pasajeros cuya presencia dificultaba su paso. ¡Corazón la estaba esperando! Su pelo negro había crecido y caía lacio por debajo de sus hombros. Lucía más delgado, sus ojos oscuros daban fé del sufrimiento atravesado y en su boca se esbozaba la misma sonrisa que Sanah había conocido.

Sin vacilar corrió a su encuentro y el pintor la alzó por su cintura, apretándola fuerte contra su cuerpo y cubriéndola de besos. Por decenas de minutos permanecieron abrazados, sintiendo sus latidos, el calor de su piel, sin emitir palabra alguna. Una hora más tarde, tomados de la mano, dejaron la estación, seguidos por las miradas de varios curiosos.

Sanah se aferró al brazo de su amor, y así continuaron, denteniéndose a contemplarse en cada esquina. Permanecían sin hablar. No lo necesitaban. No aún. Aquel era un verdadero reencuentro de almas.

Capítulo XXVI

Les grands artistes

Aquella noche juntos nuevamente, Sanah y Corazón se dedicaron a recuperar y despilfarrar todo aquel exceso de amor perdido. No hubo charlas ni reproches. Sus cuerpos consolidaban una sola figura. Les sobraron las caricias y les faltó tiempo. Así transcurrieron los segundos para aquellos dos amantes sedientos que se amaron por completo, sumidos en el deseo y la pasión, besando cada centímetro del ser elegido, rodeándose con sus brazos, atrapados en un estado de eterna plenitud. Sus bocas coincidían y sus manos se urdían, unidos intensamente, con su piel de fuego estremecida y sus espíritus inundados por la profusión que solo las almas destinadas a amarse desesperadamente pueden sentir. Cuando Corazón vio las heridas en el cuerpo de Sanah su ojos se abrieron con desmesura y de su boca escapó un alarido de terror. Mas su amada tomó sus manos y le pidió silencio, suplicando el cariño que le había hecho tanta falta. El artista deslizó sus labios por cada marca y lloró como un niño sobre cada hematoma en el cuerpo de su mujer.

El sol asomaba por la ventana del lujoso hotel donde Corazón se hospedaba cuando los enamorados se rendían abatidos al cansancio, y la imagen de la pareja descansando en un profundo abrazo componía una bellísima postal.

Apenas Sanah abrió sus ojos, creyó estar viviendo un sueño al ver a Corazón a su lado. Suavemente, acarició el cabello del artista y acarició su rostro para despertarlo. Necesitaba narrar lo vivido con su amor.

Sentados frente a frente, Sanah no se guardó ni el más mínimo detalle sobre todo lo sucedido desde su separación. Relató el vil plan de Bernard y Marilyn, su desencanto, la fatal decisión de casarse con Mark, los golpes y maltrato que le tocó vivir a manos de aquel psicópata, la muerte de Lynda, la ayuda de

Annie y el hallazgo de la verdad, demasiado tarde. Ambos lloraron abrazados durante horas, lamentando el tiempo perdido, maldiciendo el daño irreparable que les habían hecho. Corazón estaba lleno de furia hacia Bernard y supo comprender que Sanah diera crédito a lo que sus ojos vieron en aquel momento, frente a retratos creados por un impostor disfrazado de aliado.

—Si tan solo me hubieras mencionado esas pinturas, amor mío— reprochó el pintor.

—Estaba cegada por la ira y solo quería escapar de ti. Las evidencias parecían tan reales— explicó Sanah.

—Nunca me perdonaré por abandonarte. Debí quedarme a tu lado aunque me quisieras lejos de ti, debí protegerte. Pero me ofusqué por tu comportamiento. Creí que la coraza volvía a apoderarse de ti y decidí refugiarme en mi arte. Ni viviendo mil años podré olvidar el dolor que ese enfermo te causó. ¡Cobarde! Esos golpes son también mi responsabilidad. No debí dejarte sola, echada a tu suerte. ¡No debí!— expresó Corazón apretando sus puños con fuerza.

Sanah hizo su mayor esfuerzo por tranquilizarlo.

—No te culpes, por favor. Fuimos víctimas de seres despreciables. No podemos cambiar el pasado, pero podemos compensar el tiempo perdido y vivir nuestro amor aquí y ahora, juntos cada día de nuestras vidas.

Corazón se avalanzó sobre ella besando sus labios dulcemente.

Sanah estaba loca por oír las historias de su triunfo arrasador. Corazón le contó todo. Desde el momento en que presentó los retratos y los poemas, logró cautivar al público. Aún así, siempre había mantenido la identidad de su amada en el anonimato. Ahora se daba cuenta de que la decisión no podía haber sido más acertada. Sanah habría pagado con su vida si Mark descubría su idilio. Pese a su consagración como artista mantenía un perfil bajo, sin exponer detalles de su vida íntima y haciendo hincapié en su trabajo artístico que daba cuenta de su enorme talento.

—Siento que aún no logro asimilar el impacto que «Corazón Coraza» causó. Ningún halago, ni entrevista o fotografía podía hacerme olvidar el dolor que sentía por tu ausencia. Estas obras son nuestro amor mío y te debo este éxito a ti. Si bien nunca necesité el reconocimiento de los demás para sentirme

realizado como pintor, debo admitir que esta repercusión ha sido muy grata y me ha colocado en la cúspide de mi carrera— explicó Corazón, cuyos ojos volvían a brillar con fulgor, irradiando la más pura alegría.

—¡Me hubiera gustado tanto ver tu exposición, acompañarte en el proceso, ser parte de tus eventos, compartir mis poemas con el público!— exclamó Sanah con ilusión—. Pero este sueño que compartimos acaba de iniciar. De ahora en más disfrutaremos de lo que está sucediendo uno al lado del otro. ¡Y pensar que te hacía aquí con Marilyn, burlándote de mi amor! ¿Cómo pude ser tan necia? ¡Jamás volveré a desconfiar de ti vida mía— juró Sanah, sosteniendo las manos de su amor.

—Tenemos millones de días para concretar nuestros proyectos. Tenerte a mi lado es mi mayor fuente de dicha. Ahora mismo compraremos los pasajes y volveremos a Londres mañana temprano. Debes resolver la situación con ese canalla. Yo estaré a tu lado en todo momento. Si hay algo que yo puedo jurarte es que Mark deberá pasar por mi cadáver para lastimarte. Aún me siento indignado y enojado conmigo mismo por permitirte caer en manos de ese obseso.

Sanah no pudo evitar su sorpresa.

—¡Corazón! No volveremos a Londres de ninguna manera—, sentenció—. Después de tanto dolor solo deseo disfrutar a tu lado y vivir este momento de gloria. Quiero acompañarte, poner nombre y voz a esos retratos y presentar los poemas de mi autoría. Cuando esta etapa culmine regresaremos y haré frente a Mark. A tu lado, no temo nada. Sé que me protegerás siempre y que ya no necesito mi coraza. Aprendí a ser fuerte. Mark ya me robó demasiadas cosas. No voy a permitir que me impida renunciar a mis sueños. Celebremos nuestro amor cada segundo. Ya habrá tiempo de solicitar mi divorcio y presentar mis acusaciones.

Sanah sonaba tan entusiasmada que Corazón no tuvo ánimo para arrebatarle esa dicha.

—Yo también quiero disfrutar de nuestro proyecto y saborear cada día de nuestro amor, pero temo que exponernos empeore la situación. Pronto la gente comenzará a hablar. Tu nombre llegará a oídos de ese pérfido y tus

inculpaciones perderán valor— aclaró Corazón, deseando que Sanah entrara en razón.

—Lo sé. Annie y Arthur me plantearon lo mismo y mi respuesta fue idéntica a la que te di a ti: «solo quiero ser feliz, al menos por un tiempo antes de revivir esa pesadilla». Deja que oiga los rumores, él y toda mi familia. No me importa. Lo único que me interesa es que finalmente estoy aquí contigo y que esta vez nada ni nadie podrá separarnos.

Corazón caminaba de un lado a otro de la habitación considerando las probabilidades.

—Está bien, amor. Lo haremos a tu modo. En exactamente cuatro meses tendrá lugar una entrega de premios a la que fui invitado y figuro como uno de los artistas a ser galardonado. Apenas la ceremonia culmine partiremos rumbo a Londres. Romperás el vínculo legal que te une a Mark y luego seremos libres para decidir nuestro futuro. ¡París es una ciudad tan inspiradora! Quizás podamos instalarnos aquí e incluso traer a Zeus a vivir con nosotros.

Sanah dio un brinco de felicidad.

Pasaron la tarde entera fantaseando con hechos venideros, pensando en el hogar que formarían, los hijos que vendrían y hasta sus nombres.

—¿Sabías que uno de mis miedos era que te enamoraras de otra? Pensé que con tanta fama, en pleno apogeo, mi Corazón podría haber sido flechado por alguna artista francesa y olvidarme para siempre— dijo Sanah, acariciando el mentón de Paolo mientras reposaba sobre su pecho.

Él se echó a reír a carcajadas.

—¡Tontita!— respondió, pellizcando su nariz—. Jamás esa idea debió rondar tu cabeza. No pasó un sólo minuto de mi vida sin que mi alma clamara a gritos por ti. Ninguna mujer sobre la faz de la Tierra podría reemplazarte aquí dentro amor mío,— expresó Corazón.

Luego buscó los labios de Sanah y susurró:

—«Tengo que amarte amor, tengo que amarte aunque esta herida duela como dos. Aunque te busque y no te encuentre y aunque la noche pase y yo te tenga y no»

Sanah lo abrazó con fuerza. Aquel poema bendito que era la insignia de su

amor representaba su historia tan precisamente que parecía estar hecho para ellos.

Los días junto a Corazón eran vertiginosos. Siempre había una gala a la que asistir o una charla que brindar. Se mantuvieron inseparables en cada ocasión.

Sin miedos, Sanah se presentó ante los flashes como la musa de Corazón y autora del poema que dio vida al retrato «Vivir sin coraza». La prensa estaba pendiente del artista del momento y ahora que el misterio de la bella chica de los retratos había sido develado, la relación de amor detrás de las obras generaba mayor interés. Cada noche asistían a ceremonias y se mostraban sonrientes y enamorados. Lo suyo era tan espontáneo que no necesitaban forzar absolutamente nada. La belleza de Sanah provocaba conmoción y recibía constantemente propuestas de las más prestigiosas revistas francesas, que querían saberlo todo sobre su apasionante historia de amor, digna de una novela romántica.

En cada acto que se realizaba en la sociedad parisina, la pareja era asediada. Los presentaban como Sanah y Corazón, «Les grands artistes».

Capítulo XXVII

Alianza de corazones

Dos semanas habían discurrido desde la llegada de Sanah a París. Los quince días más felices que la pareja había vivido. Tras la primera semana abandonaron el hotel donde se hospedaban y rentaron una casa a pocas cuadras del Musée du Quai Branly. La zona les resultaba exquisita y muy acogedora. Cada tarde tomaban placenteros paseos visitando los centros artísticos y admirando cada rincón de la maravillosa ciudad. Por supuesto que no perdieron la oportunidad de besarse en el majestuoso paisaje que brindaba la Torre Eiffel a sus espaldas y tomaron fotos para enviar a Annie, con quien charlaba a diario.

Sophie y Mey no podían creer lo que oían cuando Sanah las llamó para contarles todo lo que había ocurrido. Las chicas estaban desbordantes de dicha y prometieron visitarlos a la brevedad.

De momento, Sanah se resistía a responder el teléfono cada vez que sus padres llamaban. Se limitó a comunicarse ella el primer día para comunicar que ya se encontraba con Mark y no alertar así su suspicacia.

Aquel domingo se encontraban desayunando tranquilamente en su pequeño balcón cuando el teléfono de Sanah comenzó a sonar con insistencia. Era Annie.

—Hola Annie querida— atendió Sanah con una sonrisa en los labios.

—Hola mi cielo. ¿Estás bien? Prepárate porque no tengo buenas noticias— dijo su amiga con notoria aprehensión.

—¿Qué sucedió?— preguntó Sanah con seriedad mientras Corazón la observaba alarmado.

—Pues que Mark acaba de llegar y nuestra mentira ha quedado al descubierto. Fue a buscarte a cada de tus padres y se enfureció cuando le dijeron que no estabas. Tu madre te creía junto a él y tuve que tranquilizarla cuando comenzó a pensar que te habían secuestrado.

—¿Y qué le dijiste?— quiso saber Sanah.

—Dije que había hablado contigo y que te encontrabas bien pero que no habías querido brindarme tu paradero. No te imaginas los nervios que he pasado. Debo mentir todo el tiempo y cuidarme con cada comentario. De todas maneras Sanah, la verdad está a punto de estallar si es que ya no está en boca de todos.

—¿Por qué lo dices?

—Porque Corazón y tu son tapa de la revista «Celebrities» y ya sabes que tu madre la compra cada domingo. ¡Adivina que día es hoy!

Sanah suspiró y exhaló hondamente. Su madre leía aquella publicación religiosamente. Estaban tan abrumados entre entrevistas y sesiones de fotos que ya ni recordaba que medios los habían solicitado.

—¿Sigues ahí Sanah?— inquirió Annie, ante el silencio de la chica.

—Sí, Annie. Aquí estoy— respondió con pesadumbre.

No deseaba dar explicaciones a su madre.

—Lo siento Sanah, pero es hora de que digas la verdad. Yo pretenderé que nunca me enteré de nada. ¡Abre Mercedes, por favor!— indicó Annie—. Tu madre ya está aquí y a juzgar por su paso rápido creo que ya sé el asunto. Te llamo luego.

Annie cortó la llamada con celeridad. Sanah podía imaginar el estado en el que Betty y su madre se encontraban. A decir verdad, todo continuaba sin afligirla. Pese a que no le agradaba ver a su familia sufrir, ella tenía derecho de vivir su vida a su modo. Ya no era la marioneta de sus padres.

Corazón la tranquilizó y pronto se olvidaron del asunto. Su madre llamó varias veces pero ella ignoró el teléfono. Luego comenzaron a pensar que era muy capaz de ir a buscarla a París. Hasta Mark podría hacerlo. Sanah se sobresaltó.

—Eso no sucederá. Mark sabe que puedes hundirlo en cualquier momento.

Creo que esa es la razón por la cual no se ha comunicado contigo. Además, aquí estoy yo para cuidarte. Ese malnacido no tocará ni una sola hebra de tu cabello— prometió Paolo, abrazándola.

—Tienes razón. Creo que hemos estado demasiado expuestos, pero no tenemos motivo para esconder nuestro amor. No cometimos pecado alguno ni hacemos mal a nadie—razonó Sanah.

—Sería imposible escapar de la atención de los medios dada la proyección de nuestra obra. Tampoco sería justo que permanecieras en el anonimato cuando has hecho una gran labor y mereces esta satisfacción— afirmó Corazón.

—Es cierto. ¿Sabes amor? Deseo continuar escribiendo poesía. Descubrí que es mi pasión en el mundo y este despliegue que estamos teniendo con «Corazón Coraza» va a ser beneficioso para nuestros trabajos futuros.

Paolo estaba dichoso de ver a su enamorada tan feliz. Sanah se encontraba plena y realizada y el brillo en sus ojos transmitía su optimismo.

—Tendrás el mundo entero a tus pies porque te lo mereces.

—Nos lo merecemos— lo corrigió Sanah.

—Creo que nunca podré perdonar la traición de Bernard—expresó Corazón cabizbajo—. Aún me parece ináudito que se haya unido a Marilyn para dañarme. Jamás dudé de su amor, de su lealtad. Siempre lo consideré un verdadero padre, mi Maestro, quien me dio tanto. ¿Cómo pudo desarrollar un sentimiento de envidia hacia mi que todo se lo compartí?

Sanah lo sostuvo por sus hombros.

—Bernard no merece tu pena, mi amor. Es un hombre oscuro que descargó su frustración e imposibilidad de éxito sobre ti, en vez de desearte lo mejor y sentir orgullo de su aprendiz. Sé que esto te está causando una gran herida pero algún día sanará. El Universo pondrá cada cosa en su sitio y todos aquellos que nos perjudicaron deberán enfrentar las consecuencias de sus actos.

—Eres todo lo que tengo. La única persona en el mundo que realmente me ama— murmuró Corazón entre sollozos, aferrado a la cintura de su novia.

—Y siempre me tendrás. Estaremos unidos en la prosperidad y en la

adversidad. Nuestro amor ya ha dado muestras de ser el más fuerte y diáfano.

Aquella tarde aprovecharon la cálida temperatura para alejarse de la ciudad. Buscaron un parque y jugaron como un par de niños entre los árboles, gozando cada segundo.

Al regresar a casa, Sanah tenía un centenar de llamadas y mensajes de su madre.

Con el apoyo de Corazón, unió el valor necesario para contactarla.

Su madre era un mar de lágrimas.

—¿Dónde estás? ¿Sabes la vergüenza que estamos atravesando? Tu marido vino aquí y yo no supe que decir. Te escapaste con ese pintor como una verdadera prostituta. No puedo creer que seas la mujer que yo crié. Yo no te di esos valores Sanah. Juraste respeto ante tu marido delante de Dios, y ahora lo abandonas en su peor momento y aún más, nos mientes a todos en nuestras narices para luego humillarnos frente al mundo.

Jenny sonaba realmente atormentada. Aquella charla estaba siendo mucho más dura de lo que Sanah esperaba. Su madre nunca la había insultado y aquellas palabras le provocaron verdadera congoja.

—Mamá. ¡Déjame hablar por favor! Reconozco que les mentí, pero me vi obligada a hacerlo ya que no comprenderían mi situación. ¿Sabes el infierno que viví al lado de Mark para complacer tus deseos y no poner en riesgo la economía de papá? ¿Quién pensó en mí? ¿Sabías que Mark es un golpeador y que además asesinó a Lynda, su secretaria?

—¡Deja de decir barbaridades!—la interrumpió su madre—. Mark es un hombre maravilloso al que estás faltando el respeto de la peor manera. ¡Él está aniquilado por causa de tu comportamiento que lo dejó perplejo! Ya has hecho bastante arruinando su reputación como para ensuciarlo con tus viles mentiras. Ese pintor desgraciado te metió esas ideas en la cabeza. Betty siempre sintió rechazo hacia ese sujeto y yo no creí en su percepción. Aprovechaste el duelo de tu esposo para correr con otro hombre. ¿Cuándo fue que mi hija tan responsable y honrada se volvió una mujerzuela? ¿Te imaginas lo azorado que está tu padre tras leer esa nota y ver esas fotos en las que apareces desnuda? ¿Acaso te revolcabas con ese tipejo cuando estabas

comprometida con Mark? ¡Maldigo el día en que te traje a este mundo! Te arrepentirás de causarnos tanto padecimiento.

Sanah no pudo soportar tanto maltrato. Colgó la llamada y se echó a llorar en brazos de Corazón.

Lamentó largamente las palabras de su madre, sin que las caricias de Paolo logaran calmar su desdicha. Se sentía juzgada e incomprendida por quienes le habían dado la vida. Ella no merecía tal trato. Siempre fue todo lo que sus padres quisieron, pero no la conocían realmente.

—Tranquila mi amor. Tan pronto la verdad sobre Mark sea dada a conocer, tus padres te entenderán.

—Es que ellos deberían creerme desde ya. ¿Por qué mi madre necesitaría ver mis golpes para constatar que Mark es un asesino? Aún peor, te aseguro que de ver las marcas que sus desmanes me provocaron, pensaría que estoy mintiendo. Es por eso que no confío en ellos y no pude contar con su ayuda. Y eso me duele tanto, Corazón— manifestó Sanah con inobjetable tristeza.

Annie la llamó y trató de reanimarla. Le comunicó que había mantenido una seria conversación con su madre y que Arthur se había encargado de hacer lo propio con su padre.

—Están en estado de shock, Sanah. Jamás imaginaron que tendrías un romance oculto con Corazón y se sintieron vejados al presenciar los retratos. No necesito decirte cuan conservadores son. Como si toda eso no fuera suficiente, debieron tolerar la furia de Mark. Rompió la relación comercial con tu padre y lanzó un discurso sobre el daño que estaba sufriendo su prestigio por esta deshonra.

—¿Y como está papá?— quiso saber Sanah—. El apoyo económico de Mark era todo lo que tenía para que su negocio continuara funcionando. Debe estar destrozado. ¿Sabes Annie? Estoy segura de que mi padre podría comprenderme. Él supo respetar mi decisión cuando no accedí a casarme. Pero mamá lo domina y lo envuelve en el egoísmo.

—No te preocupes. Arthur lo está conteniendo y también lo ayudará financieramente aunque él se resista. No dejaremos que nada les haga falta. Mañana lo acompañará a retirar las pertenencias de su despacho. No será fácil

atravesar este momento. Ya sabes la lucha de tu padre por mantener a salvo su inmobiliaria. Siempre ha sido un hombre trabajador que ha luchado con tesón para hacer crecer sus bienes. Pronto podrá visionar un nuevo futuro laboral. Aún es un joven, enérgico y un magnífico profesional.

Sanah imaginó a Mark echando a su padre de su propia empresa como si se tratara de basura y su rostro se puso rojo de indignación. Recordaba aquella charla en que había llamado «inútil» a su padre y pensó en la satisfacción que esta acción le daba, regocijado en sus mentiras, pretendiendo ser un hombre de honor. Al menos, el hecho de saber que Annie y Arthur estaban acompañando a su familia era tranquilizador.

Apenas terminó de hablar con Annie, le relató a Corazón la situación.

—Ponte un abrigo. Saldremos. No soporto verte sufrir. Mereces sonreír únicamente—dijo Corazón, quien ya traía una chaqueta de Sanah en mano.

Sanah lo miró con confusión.

—Lo siento, pero no tengo ánimo para salir. Quiero quedarme en casa y dormir en tu pecho hasta que el sueño venga por mí y pueda olvidar todo este conflicto por unas horas.

Sin embargo, Corazón la tomó de la mano y la obligó a levantarse del sofá.

—Volveremos muy pronto amor. Te lo prometo.

Ante la reiteración, Sanah accedió con abulia.

—¿A donde vamos?— preguntó mientras caminaban tomados de la mano, sintiendo la brisa fresca de la noche en sus rostros.

—A un lugar que te encantará, pero no te diré nada, así que no insistas—remató Corazón.

Unas cuadras antes de arribar al lugar elegido, Corazón cubrió los ojos de su amada quien caminaba torpemente, pidiendo ver.

Cuando por fin Paolo retiró las manos de su vista, Sanah se maravilló al ver el magnánimo «Mur des je t'aime». Llevó las manos a su boca en reacción de asombro y luego abrazó a Corazón.

Desde pequeña soñaba con visitar «El muro del amor», donde millones de enamorados de todo el mundo plasmaban sus oraciones. Sanah recorrió toda la obra, leyendo decenas de mensajes escritos en diversidad de lenguas. Había

mensajes de felicidad, otros de dolor por la lejanía del ser amado. No faltaban los poemas, las dedicatorias y los lamentos de algunos amores imposibles.

Ambos estaban extasiados comentando las expresiones caligrafiadas. Como buenos artistas, su carácter bucólico los hacía amar profundamente cada obra y embelesarse con su belleza.

—Gracias amor mío por este momento— agradeció Sanah con un estruendoso beso en la boca.

—La mejor poetisa de todos los tiempos debía conocer este muro—dijo Corazón, que admiraba profusamente a su mujer—. Pero no te traje aquí solo para que conozcas esta creación.

—Sí. Lo sé. Harías cualquier cosa por distraerme un rato y que pueda así olvidar lo que está aconteciendo—.

—Es cierto. Pero hay una tercera y aún más importante razón.

Sanah lo observó desconcertada.

Sin mediar palabra, Corazón se arrodilló ante ella, tomó su mano y preguntó:

—¿Te casarías conmigo?

Sanah se echó a reír.

—¿Es una broma?

—No. No lo es. Es el mayor deseo que tengo en esta vida y quiero saber si me correspondes— aclaró Corazón con seriedad.

—Es que sabes la respuesta de sobra. No necesitas ni decirlo. Deseo compartir cada segundo de mi vida a tu lado. Sólo que deberemos esperar— expresó Sanah con tristeza—. No podremos contraer matrimonio hasta que pueda divorciarme de.. bueno, de ese desequilibrado. El mero hecho de pronunciar su nombre me causa hastío.

—No necesitaremos esperar. No quiero una boda convencional con papeles fríos e insignificantes y términos legales. Nuestro amor necesita una unión mucho más importante y simbólica. Podemos hacer a Dios y a quienes nos aman partícipes y testigos de nuestra unión eterna y no necesitamos a un juez para eso, ni siquiera una Iglesia. Lo que sienten nuestros corazones es prueba verídica de un amor que no conoce límites.

Sanah estaba estupefacta. Tan así que no encontraba las palabras.

—¿Qué dices amor mío?— inquirió Corazón ante su silencio.

—Digo que si. Mil veces si. Sucede que a veces dudo que esto sea real y no un sueño.

Y para demostrarle que lo que experimentaba era la vida misma, Paolo abrazó a su chica, la revoleó por los aires y luego la volvió a abrazar. Horas más tarde, regresaron a su casa, abrazados como un par de adolescentes, besándose en cada rincón.

Mientras Sanah preparaba la cena, cortando con parsimonia unas verduras, su futuro esposo la tomó por la cintura, proporcionando un beso en su cuello.

—¿Así que esta bella señorita está preparada para contraer matrimonio el domingo?

Sanah soltó el cuchillo y dos morrones rodaron por el suelo.

—¿Qué? ¡Pero si no hablamos de fechas!— dijo con extrañeza.

—Me subestimas si creés que mi propuesta no tenía una organización a la altura de nuestro compromiso— dijo Corazón con tono jocoso.

—Pero es viernes y tan sólo tenemos dos días— terció Sanah.

—Son más que suficientes. Mañana iremos por un atuendo que te agrade y luego realizaremos la ceremonia en compañía de nuestros afectos.

—¿Qué? ¿Le contaste a alguien sobre nuestra boda?

—Claro que si. Aquellos que fueron testigos de nuestro amor merecen estar presentes. Annie vendrá hasta aquí en coche junto a Sophie y Mey. Han mantenido todo en absoluta reserva. Arthur no asistirá para no llamar la atención de tus padres. Annie es como una madre para ti y tus amigas han demostrado ser leales y anhelar tu felicidad. Quiero que te sientas absolutamente dichosa en nuestro día.

Sanah se sentía complacida y mimada por Corazón, quien en todo momento estaba pendiente de su bienestar.

—Sé que te gustaría que tus padres estén presentes, pero opacarían el momento. Ya tendremos la posibilidad de compartir con ellos nuestra algarabía. Puedo compensarte contándote que Annie hará todo lo posible para traer a Zeus, inventando alguna excusa convincente.

Sanah saltó a sus brazos. Realmente, Corazón había disminuido su angustia

con aquella noticia.

—Soy feliz viéndote sonreír mi Coraza— dijo algo cabizabajo.

—¿Qué pasa amor?—preguntó Sanah con aflicción.

—Que yo no pude invitar a nadie para que me acompañe en este momento de felicidad. Aunque suene crudo, tú eres mi única familia. Las personas que creía me amaban resultaron ser unos ruines traidores que pretendían apuñalarme por la espalda— explicó.

—Pero Alice es ediferente. Ella tuvo el valor de exponer a su propio esposo. Gracias a que ella delató su maniobra estamos juntos.

—Alice jamás debió permitir que Bernard me dañara. Yo la consideré una madre y ella fue cómplice de una situación de mentiras y engaños en su afán de evitar mi triunfo. El amor consiste en desear al otro lo mejor. Me agregaron dolor cuando debían velar por mi bienestar.

Sanah no se atrevió a defenderla. Corazón estaba en lo correcto. Alice había actuado erróneamente, pese al verdadero arrepentimiento que pudo ver en sus ojos el día que fue a buscarla a casa de Annie. Por desdicha existen fallas que son demasiado desgarradoras como para ser perdonadas. Bernard y Alice deberían cargar con aquel remordimiento a costas.

El esperado día llegó. El domingo se presentó reluciente y la pareja partió temprano hacia el «Bois de Boulogne», un bosque paradisíaco, con enormes parques atiborrados de flores y lagos de ensueño.

Sanah vestía un sencillo vestido blanco y una corona de flores en su cabeza que la hacía ver como una verdadera princesa. Su cabello rubio caía en largos bucles que rozaban su cintura. Ya no prestaba excesiva atención a su apariencia como lo hacía antes. Se había desprendido de la imperiosa necesidad de agradar a los demás, de gustar a todo aquel que se tropezara con ella. Ahora reconocía su valor y quienes la amaban lo hacían porque sabían de la bondad de su corazón.

Como toda mujer, continuaba siendo vanidosa y le agradaba leer en las revistas frases como «El artista del momento presentó a su bellísima novia», «la despampanante joven de los retratos expuso sus poemas», entre otros halagos que el dedicaban cuando la conocían. No obstante, Sanah sabía de

sobra que no debía tentarse ante el brillo de aquella fama súbita que los hacía parecer el centro del universo. Tanto Corazón como ella se esforzaban por permanecer fieles a sus principios, sin permitir alteraciones en su armoniosa y simple manera de vivir. Hoy experimentarían uno de los momentos más bellos y deseaban plasmar cada detalle para siempre en sus memorias.

Apenas llegaron al exuberante bosque, las chicas ya los estaban aguardando en la locación pautada. Detrás de Annie, se escondía Zeus con timidez, sujetando con ímpetu las piernas de la mujer.

Sanah descendió velozmente del coche y sin importar las manchas en su vestido se tiró al suelo en un abrazo intenso con su pequeño hermano. ¡Lo extrañaba tanto! Fue emocionante ver el reencuentro del niño con Corazón. Zeus sonreía, cosa muy extraña en él y no se despegaba de la pareja. Luego Sanah saludó a Annie y sus queridas amigas, agradeciéndoles su presencia.

Corazón había mandado a diseñar un pequeño altar de madera frente al lago, con la espectacular vista de los jardines de fondo. Un chico vestido de blanco esperaba en el lugar.

—¿Quién es?— preguntó Sanah por lo bajo.

—¿Nunca te preguntaste porqué no te ofrecí una sortija al pedirte matrimonio?— dijo Corazón a modo de respuesta.

—¡Uy que dolor, Sanah!— expresó Mey juguetona.

Al parecer, todos tenían más infomación que ella.

La ceremonia comenzó. Los novios subieron al altar descalzos y las chicas junto a Zeus tomaron asiento en un banco. Bueno, Zeus, no permaneció sentado por mucho tiempo y se divirtió jalando del vestido de su hermana o aferrado a Corazón por momentos.

Annie ofició de «sacerdote», recitando los poemas que Sanah y Corazón se habían dedicado y que habían sido los gestores de los famosos retratos. Así, con voz dulce y clara, Annie leyó «Corazón Coraza» y luego «Vivir sin coraza».

Mientras Annie entonaba las poesías, el chico de atuendo blanco que resultó ser un habilidoso tatuador, estampaba un pequeño corazón en el dedo donde

los esposos suelen usar la alianza. Sanah y Corazón aguantaron las agujas sin chistar. Estaban tan colmados de felicidad que ningún dolor los afectaba.

Terminado el trabajo y con los novios luciendo sus corazones en el dedo anular, el tatuador, quien era un gran artista, les dedicó unas cálidas palabras.

—Corazón y Sanah, este pequeño corazón que he dibujado en sus dedos será el recuerdo permanente del amor que se profesan. Los anillos de boda pueden quitarse a gusto. No obstante, los tatuajes están destinados a permanecer en la piel perpetuamente, como símbolo auténtico de un amor inquebrantable. Les deseo mis mayores bendiciones y que la llama de su deseo se mantenga viva a través de los años.

Conmovidos, Sanah y Corazón le agradecieron el gesto al joven artista, quien se retiró a la brevedad.

El resto de la ceremonia consistió en un divertido picnic donde todos charlaron alegremente. Annie había preparado deliciosos sandwiches y Sophie se había lucido con unos cupcakes caseros con las iniciales «S y C». Zeus y Corazón dibujaron la escena del casamiento sobre la arena, y el niño se divirtió correteando por el bosque, en busca de flores y piedras coloridas para decorar su obra. Sanah sonreía al ver a sus dos hombres reír. ¡Añoraba tanto pasar tiempo con su pequeño hermano!

—Annie— dijo, tomando la mano de su amiga—, ¿cómo está todo en casa? ¿Continúan enfadados conmigo?

—Ah, no— intervino Sophie—. No te permitiré hablar de tristezas en un día tan bonito.

—Estoy de acuerdo—se sumó Mey—. Hoy solo podemos hablar de cosas divertidas.

Sin embargo, los ojos de Sanah no podían evitar apagarse de vez en cuando.

—Estoy reflexionando sobre la felicidad y como ésta nunca puede ser completa. Estoy viviendo un momento de extrema plenitud y sin embargo no puedo olvidar el dolor que les causo a mis padres— pensó Sanah en voz alta.

—Es así, cariño—asintió Annie—. La felicidad consiste en algunos granitos de arena en esta playa inmensa que es la vida. Siempre tendremos algo que nos falte, un recuerdo que nos lastime o una persona que ya no está. Pero eso no

puede impedirnos disfrutar de esos momentos selectos y atesorarlos como diamantes. Los días grises son buenos para valorar momentos como éste, donde prima la alegría. Recuerda que has atravesado situaciones muy duras y eres una mujer aguerrida. Después de la peor tempestad de tu vida, el sol volvió a brillar para ti como nunca.

—»Después de la tormenta siempre sale el sol», como me dice mi madre— completó Sophie.

—Y si. Es que no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista—dijo Mey causando las risas de las mujeres.

—¿Todas pueden decir refranes menos yo?— se quejó la chica.

Con el atardecer llegó la hora de la despedida. Sanah abrazó fuertemente a Annie y a sus amigas y le dio miles de besos a Zeus, quien se negaba a soltarla. El niño había ausentado su mirada y jalaba de su cabello con agresividad. Con amor y parsimonia, Corazón y Sanah lograron conectarse con el pequeño que a su modo expresaba la irritación que le producía tener que alejarse de quienes amaban.

—Zeus, confía en tu hermana. Te juro que muy pronto estaremos los tres juntos. Dame un abrazo— imploró la muchacha.

Sophie y Mey también se encontraban emocionadas.

—Te extrañamos en la Universidad, Sanah. Y para ser francas, echamos de menos tu ayuda. Es que eras una luz con la Economía. Los profesores han preguntado por tu ausencia y nadie se explica porque abandonaste la carrera siendo una alumna diez— manifestó Sophie.

—Yo también extraño mi rutina de estudiante. Pero descubrí que la Economía era una responsabilidad y no una vocación. Me esmeraba para que mis padres sintieran orgullo por mí. Ahora puedo ver claramente que mi pasión es la poesía y quiero dedicar mi vida a esto— explicó Sanah.

—Y es lo que debes hacer amiga— apoyó Mey—. ¡Son tan bonitos tus poemas! Debes sacar un libro de poesía.

—Sí. Es un proyecto en el cual estoy trabajando. Y ustedes serán las primeras en leer los poemas que vendrán.

Decir adiós a Annie fue otro reto difícil. Añoraba sus consejos de madre.

—Me voy con la alegría de verte sonreír y con la tranquilidad de saber que estás cuidada por tu esposo que tanto te ama. Si hay una persona en este mundo que merece toda la felicidad, esa eres tu mi niña buena— expresó Annie, con un dulce beso en la frente de Sanah.

Minutos más tarde las mujeres y Zeus emprendían el viaje de regreso.

Los esposos saludaron hasta que el auto se perdió entre los árboles.

Luego permanecieron sentados junto al lago contemplando el atardecer y agradeciendo a Dios por tan mágico momento.

Ese día que estaba culminando representaba el enlace de su amor, la entrega absoluta de sus almas y su eterna alianza de corazones.

Capítulo XXVIII

Sorteando los obstáculos

En su noche de bodas, el matrimonio de artistas celebró su amor con la intensidad que únicamente ellos conocían. Sanah no pudo evitar comparar la horrenda noche que vivió con Mark después de su casamiento. El amor que vivía junto a Corazón nada tenía que ver con aquella monstruosidad. Sus sentimientos afloraban desde lo más profundo de su ser y se convertían en besos y caricias apasionadas. Sus almas generosas todo lo compartían y sus deseos para el otro eran los más benévolos, puesto que no hay peor desdicha para quien ama que ver el sufrimiento de su enamorado.

A la mañana siguiente, dormían plácidamente cuando sus celulares comenzaron a sonar al unísono. Se trataba de periodistas anhelantes de interrogarlos. Sanah y Corazón no entendían los motivos de tal alboroto.

—Quizás la noticia de nuestra boda llegó a los medios pese a todos nuestros esfuerzos por mantener el acontecimiento en reserva— dijo Sanah.

Un mensaje de texto de Annie hizo timbrar su móvil.

«Prende la televisión y ve el noticiero de Londres»

Ambos se sentaron frente al televisor.

Mark aparecía en las noticias. Había brindado notas con varios medios ingleses. El noticiero recopilaba una entrevista tomada de un programa de noticias del corazón, relacionado a los famosos y los sucesos entorno a los mismos. Allí Mark expresaba su sorpresa por el comportamiento de su esposa.

—Me encontraba de viaje, hundido en una profunda depresión por los motivos que ya todos conocen. Bueno, yo perdí a mi secretaria en un suicidio espantoso— balbuceaba aquel hombre malicioso, entre falsos sollozos—. No

había notado ninguna reacción extraña en mi esposa en aquel momento. Apenas regresé a Londres, aún con el corazón en pedazos, me encontré con la peor escena. Mi mujer había abandonado mi casa para huir con un pintor a quien conoció mucho antes de casarnos, ya que él daba clases de pintura a su hermano. Probablemente siempre fueron amantes y ella aprovechó mi luto para escapar con él.

—¿Piensa tomar acciones?—interrogaba una chica con un vestido estrambótico y excesivo maquillaje.

—Con tanto dolor no he podido pensar demasiado. Yo la amaba y cuidaba de ella con todo mi ser. Le di todo lo que tenía. De hecho su familia estaba pasando por una situación económica muy delicada y su negocio no podría haber subsistido sin mi colaboración. Ella vivía como una reina a mi lado. Pero no puedo perdonar esta traición. Está engañando a todos en Francia. En ningún momento revelaron la verdad. Nunca dijo que está casada. Ella se pasea en eventos con un amante y es una adúltera. Mis abogados ya están iniciando una demanda por el perjuicio que esto causa a mi reputación.

—¿Su esposa le había comentado sobre los retratos? ¿Sabía usted que ella escribe poesía?

—Eso de la poesía no es cierto— afirmaba Mark moviendo sus manos con intranquilidad—. Su amante debe escribir esos poemas y ella se los atribuye. Yo pagaba su carrera de Economía aquí en Londres. Los retratos son la prueba clave de que esta infidelidad tiene mucho tiempo de vigencia. Toda Inglaterra me conoce por mi trabajo y es terrible para mí salir de mi bajo perfil para aclarar temas de índole personal. Pero no tengo otra alternativa que defenderme. Soy una víctima de este circo que montó mi mujer. Mis clientes tienen curiosidad al respecto y debo tolerar los murmullos en cada lugar al que acudo. Yo soy un hombre honrado y profesional cuya única falla fue casarse con una mujer de poca valía y ahora debo afrontar las consecuencias mediáticas, los flashes, los llamados de la prensa.

Mark estrujaba un pañuelo, fingiendo estar destrozado.

—Si salgo a hablar es para que mi nombre no se vea manchado y la verdad salga a la luz. Que mi mujer se divierta con su amante en París, pero no va a

dañar el prestigio que he construído a través de mi labor.

Corazón apagó el televisor cuando Sanah comenzó a llorar. Como si todo el maltrato físico y psíquico que Mark le había causado no hubiese sido suficiente, ahora opacaba una vez más su felicidad.

—Cielo, escucha—pidió Corazón, tomando sus manos—. Esto era una bomba de tiempo que podía estallar en cualquier momento. El cobarde de Mark quiso apresurarse a quedar como un pobre tipo porque es hábil y sabe que puedes denunciarlo por asesinato y violencia. Además, nuestra fama está inundando el mundo. En su orgullo no quiere quedar como un perdedor.

—Es que no tengo evidencia. Los golpes se han borrado, el tiempo pasó, y Mey no se atreverá a contar que vió como mataba a Lynda. Debimos hacer todo en su momento. Ahora ya es muy tarde. Soy una adúltera por estar legalmente casada con él. Destruirá a mis padres y también a mi. Los artistas dependemos de nuestro público. Todos comenzarán a repudiarme de ahora en más. Mis poemas no serán leídos y seré juzgada— sollozaba Sanah.

Las revistas y los portales de internet tenían a Mark en primera plana. «El reconocido arquitecto Mark Brown fue engañado por su esposa». «Sanah Johnson ocultó su matrimonio con Mark Brown y triunfa en París con su amante, el pintor italiano Corazón».

—Sanah, debemos mantener la calma. Nosotros jamás revelamos nada sobre nuestra vida privada. No hicimos declaraciones sobre nuestro amor, más que decir que somos pareja y que inspiraste mis retratos. El público adoró tu poema «Vivir sin coraza» y triunfarás con tu libro.

—Él hasta puso en duda mi condición de escritora— exclamó Sanah.

—Dijo eso y miles de mentiras más para lastimarte y salvarse a sí mismo. No podemos permitir más daño en nuestras vidas. Saldremos a aclarar el asunto y el tema estará culminado. Apenas tenga lugar la entrega de premios a los artistas del año, partiremos rumbo a Londres. Iniciaremos el proceso legal contra Mark y tendrás tu divorcio. Arthur nos ayudará con todo. Les daremos a tus padres la estabilidad económica que necesitan y daremos vuelta la página para empezar un capítulo infinitamente mejor.

El teléfono de Sanah sonaba. Era Annie.

—Sanah, querida, soy Arthur.

—Dime, Arthur— dijo, con la voz entrecortada por su llanto.

—Te llamo para aconsejarte sobre esta difamación que está llevando contra ti ese perverso de Mark. Ante todo, conserva la calma y no te dejes intimidar. Trata de evadir a los periodistas. No hagas acusaciones puesto que eso le dará a él un margen mayor para defenderse. Además no hemos colectado las suficientes pruebas. Ya tendremos la oportunidad de demandarlo, pero no públicamente o le daremos ventaja e iniciaremos un juego mediático donde saldremos perdiendo. Límitate a decir que tu matrimonio no funcionó. Dí que le comunicaste que deseabas separarte y que ya estás iniciando los trámites de divorcio. Estoy trabajando ahora mismo en la solicitud.

—Gracias Arthur. Haré como dices. Aunque no será fácil.

—Annie y yo te adoramos y vamos a luchar por tu bienestar siempre. Sé que Corazón está cuidando de tí como mereces y anhelo poder conocerlo. Pásame con él, por favor.

Sanah accedió.

Corazón y Arthur hablaron largamente y su entendimiento fue instantáneo.

—Ya lo ves, amor. Atravesaremos esta situación— dijo infundiéndole ánimo—. Hay otro asunto que charlé con Annie cuando la llamé para invitarla a nuestra boda y que ahora confirmé a Arthur. Debes asistir a terapia. Sé que lo pospusiste en su momento, pero necesitas ayuda. Viviste una vida entera con tu coraza a cuestas, y luego padeciste el infierno en vida junto a Mark. Para poder disfrutar de todo lo que vendrá, tienes que estar bien, confiar en tus capacidades y continuar siendo lo fuerte que eres. El único problema es que has permanecido valiente e inquebrantable por demasiado tiempo. Más de lo que cualquiera podría tolerar, y tu alma necesita sanarse.

Sanah se lanzó a sus brazos, buscando la paz que necesitaba.

Los próximos días estuvieron reclusos, saliendo de casa para lo más elemental. Sin embargo, pronto los periodistas descubrieron su hogar y los hostigaban a toda hora. Había fotógrafos en su puerta las veinticuatro horas y se sentían acorralados y apresados como si fueran criminales.

Fue así que decidieron que lo mejor era dar la cara, poner paños fríos y

calmar el barullo. No habían obrado erróneamente y su amor no perjudicaba a nadie. ¿Por qué ocultarse? Sin información tendenciosa, no habría noticias de interés y Mark no podría hablar sin respuesta.

Aprovechando que en la noche tenía lugar un evento al que estaban invitados, salieron tomados de la mano, en dirección al coche aparcado en un estacionamiento a dos cuadras.

Sanah temblaba por dentro y Corazón sostenía su mano con energía, brindándole seguridad.

—Señorita Sanah, ¿es verdad que está casada y que escapó de su marido?— la abordó un joven, poniendo un micrófono a la altura de su boca, mientras los camarógrafos los enfocaban y los flashes no cesaban.

—Voy a referirme a este tema por única vez— dijo Sanah con firmeza—. Estoy abocada a nuestro crecimiento profesional y no nos afectan las voces externas. Estoy casada legalmente pero no por mucho tiempo, puesto que mi divorcio ya está en proceso. No escapé de ningún lugar. Le comuniqué a mi marido la decisión de separarme, pero como todos saben sólo el divorcio provera la formalidad de la ruptura. Desde el momento en que hice explícita mi resolución no estoy engañando a nadie y en pleno siglo veintiuno me encuentro en plena libertad de rehacer mi vida amorosa como deseé.

—¿Por qué terminó su relación con el arquitecto Brown a tan poco tiempo de su casamiento?— insistió el periodista.

—Esa información es personal y corresponde a mi vida privada.

—¿No hubo adulterio entonces?

—Ya aclaré que me separé y posteriormente viajé a Francia.

—Si los retratos son previos a su boda con Brown, entonces ustedes ya mantenían un romance estando usted comprometida— sacó conjeturas el reportero.

—Conozco a Corazón hace mucho tiempo y tuvimos una relación efímera antes de mi compromiso. Luego no volví a verlo. Eso es todo.

—¿Por qué estaría su marido mintiendo? ¿Cree que está despechado por la separación?

—No hablo de los demás. No conozco sus razones. Gracias—cerró Sanah,

deseosa por dar el diálogo por finalizado.

A pesar de las declaraciones, reporteros de diferentes canales de televisión no les permitían avanzar.

—¿Qué dice usted al respecto, Corazón?

—Ratifico cada palabra de mi mujer. No hay más para decir. La apoyo categóricamente en todo.

—Se refiere a Sanah como su mujer, pero ella es la mujer de otro.

—Ya lo aclaró ella. Su matrimonio es un trámite.

—¿Piensa casarse con ella cuando se concrete el divorcio?

—No responderé esa pregunta—respondió enfáticamente.

—¿Cree que ganará el premio al artista del año?—insistió el reportero.

—No lo sé. Aún no tengo la bola de cristal—respondió Corazón entre risas, descomprimiendo la situación.

—¿Le gustaría ganar?

—Sería un honor para cualquier artista—fue la escueta respuesta.

Una vez dentro del auto, Sanah lanzó un suspiro de alivio.

—Creí que iba a desmayarme en medio de ese interrogatorio. Ya no sé ni que dije.

—Lo hiciste muy bien, amor mío. Pronto estaremos libres de esta situación.

En el evento, debieron tolerar las miradas de los presentes. Varios hablaban en secreto con quienes tenían al lado y luego todo el grupo se daba la vuelta, girando sus rostros para verlos.

Por supuesto que también tuvieron que lidiar con los periodistas allí presentes. Les recordaron que se habían explayado sobre el tema por única vez y que no habría más comentario en cuanto al mismo.

De regreso a casa, ambos se sorprendieron gratamente al ver que los fotógrafos habían abandonado su guardia y que las declaraciones parecían haber calmado el asunto.

Al otro día, los periódicos y revistas titulaban sus portadas con sus dichos, algo facciosos y descontextualizados. «No engañé a mi marido», asegura Sanah Johnson. «Tuvimos una relación antes de la boda», confirman los

artistas del momento. «Mark Brown está mintiendo, según la novia del pintor Corazón»

—¿Y si Mark continúa hablando?— se preguntó Sanah.

—No lo hará. Le demostramos que logramos ignorar sus manifestaciones. Por supuesto que desmentirá lo que hemos dicho, pero no pasará de ese límite. Sabe que debe mantener la cautela y el mundo empresarial en que se mueve no tolera los escándalos televisivos— respondió Corazón con certidumbre.

Sanah apoyó su cabeza en el hombro de su esposo confiando en que así sería.

—¿Piensa usted casarse con ella, señor Corazón?— preguntó la chica, imitando la voz y gestos del reportero.

Ambos rieron para luego callar las carcajadas con sus besos. Su vida era serena por momentos, como las aguas de un mar en calma, y agitada otros días, donde sus almas no encontraban la paz necesaria. Pero sin importar las circunstancias, su amor continuaba inflexible, haciendo frente a cualquier tropiezo. Sabían que contaban el uno con el otro, aún sorteando los obstáculos.

Capítulo XXVIII

Suprema creación

A poco más de dos meses para el esperado evento que convocaría a los célebres artistas del año, Sanah y Corazón trabajaban duro a fin de terminar sus proyectos antes del gran día.

El pintor, dedicaba sus días a la obra «Alianza de corazones», que representaba la imagen de su boda con Sanah y su simbólica unión.

Por su parte, la joven trabajaba con afán en sus poemas. Su meta era poder lanzar su primer libro de poesía.

Los esposos compartían su labor e intercambiaban consejos, disfrutando la experiencia de compartir la misma pasión.

Sanah, además, visitaba diariamente a un psicoanalista. En aquel espacio podía descargar sus conflictos y encontrar sosiego. Sus cambios eran lentos pero progresivos. Lentamente, recobraba la seguridad y estima perdida a través de los años, a la vez que se reencontraba con su verdadero ser. El autoconocimiento sería una herramienta clave en su vida e indispensable para su deseado bienestar.

Una tarde de sol en que la pareja tomaba un descanso al aire libre en el balcón de su casa, un taxi se detuvo frente a su puerta y una mano insistente pulsó el timbre. Era la señora Johnson.

Sanah no podía creer lo que sus ojos veían. Corazón caminaba de un lado a otro con notorio nerviosismo.

Jenny entró como un huracán por la puerta.

—¿Qué haces aquí, mamá?—preguntó Sanah, quien prefirió atender a su madre sola, mientras Corazón aguardaba en el dormitorio.

—¿Qué hago yo aquí? ¿Qué haces tú aquí escondida como una delincuente?

—No me estoy escondiendo mamá— dijo Sanah con calma—.Estoy viviendo un gran momento y tomo mis propias decisiones. No espero que lo entiendas. Nunca lo has hecho. Si viniste a discutir conmigo, pierdes tu tiempo.

Su madre comenzó a llorar, en medio de su rabia e indignación.

—¿Cómo es que la hija noble que crié se convierte en esta ramera que huye de su esposo? Nos mentiste todo el tiempo. Te burlaste de tu familia. Ibas a la cama de ese tipo con excusas para estudiar. ¿Sabes que tu padre tuvo una taquicardia cuando vió por televisión tu imagen desnuda? No podemos ni salir de casa de la vergüenza. Tu marido fue a buscarte y nosotros te hacíamos con él, como un par de estúpidos. ¿Por qué jugaste así con nosotros?

—¡Mamá! —imploró Sanah— Yo nunca he querido causarles el menor daño pero déjame una vez en mi vida anteponer mi felicidad a la de ustedes. Sí, mentí, pero porque debí hacerlo. Viví un infierno junto a Mark y no pude contar contigo en el momento en que más te necesitaba.

—¡No injuries a tu esposo! Ese holgazán, sinvergüenza te mete ideas en la cabeza. ¡Perdiste el juicio por su culpa! Maldigo el día en que pisó nuestra casa. Tengo deseos de ahorcar a ese degenerado. ¿Dónde está? Tiene la valentía de incitar a una mujer casada pero no muestra su rostro— gritaba la señora Johnson.

Sin que Sanah pudiera preverlo, la tomó por su cabello.

—El taxi está esperando. Vienes conmigo a casa. Vas a pedir disculpas a tu marido y vas a salvar la poca dignidad que queda en nuestra familia.

—¡Suéltame mamá!— vociferó Sanah, empujando a su madre, quien cayó al piso.

No había querido lastimarla.

—Mamá, levántate— pidió Sanah, entre lágrimas, tomando la mano de su madre.

—No me toques. Te convertiste en un monstruo— repetía Jenny con la mirada horrorizada.

Corazón no pudo aguantar y salió de la habitación.

—Señora. Pide respeto a su hija pero es usted quien pasa por encima de sus

decisiones. Sanah es una mujer. No puede manejarla a su gusto— intervino.

—No voy a hablar con un pervertido como tú. No sé que maleficio le hiciste a mi hija pero cuando entre en razón ya será muy tarde. Sanah, estás perdiendo todo lo que tienes por este sujeto. Eras una chica inteligente, con una carrera, un esposo. ¿Y ahora? Me avergüenza ser tu madre. Tú has elegido. Olvida que tienes familia, que tienes casa. No queremos verte. ¡Qué Dios te haga pagar la humillación que nos causas!

La señora Johnson salió corriendo despavorida hacia el taxi que la aguardaba. Estaba perpleja. Ella también sentía dolor por tener que dar la espalda a su hija, tan suya, a quien amaba pese a cualquier desavenencia.

Sanah intentó retenerla, pero Corazón se lo impidió.

Comenzó a sentirse mareada y casi se desvanece en brazos de su marido.

—Siéntate, mi amor. Todo esto te ha hecho mal. Estás pálida.

—Me bajó la presión. Trae un vaso de jugo, por favor— pidió.

Annie la llamaba, pero no estaba en situación de atender. Corazón lo hizo por ella.

—¿Cómo están? ¿Estuvo Jenny ahí? No imaginan todo lo que intenté detenerla sin resultado.

—Lo sabemos Annie. Ya has hecho demasiado. Sanah está descompuesta tras esta visita.

—Por lo menos, logré evitar que Betty la acompañara.

De solo pensar que Betty podría haber sido parte de aquella escena, Sanah estaba segura de que su malestar sería por lo menos el triple más agudo.

—Pásame con ella un segundo, Corazón. Solo quiero escuchar su voz.

—Annie, estoy bien— dijo Sanah con debilidad.

—No hagas caso a lo que tu madre pueda haberte dicho. Sabes que no siente lo que dice realmente. Tus padres te aman. Están cegados por la ira.

—Lo sé, Annie. Hablaremos después— dijo Sanah con una voz apenas audible.

—Cuídate. Te llamo en la noche— se despidió Annie.

—Bebe un poco de jugo, amor. Continúas pálida— solicitó Corazón.

Apenas sus labios rozaron el zumo, Sanah sintió náuseas y terminó

vomitando largo rato en el baño, con su esposo sosteniendo su cabeza.

—Voy a llamar a un médico— dijo Corazón, preocupado.

—No. No es necesario. Me siento muy cansada. Estoy somatizando las emociones de la charla con mi madre.

Corazón la tomó en brazos y la llevó a la cama. La cubrió con una manta y la observó dormir por horas. Luego continuó pintando su retrato y más tarde preparó una ensalada ligera para Sanah.

—Amor, despierta— dijo acariciando el bello rostro de su mujer—. Debes comer algo.

Sanah sintió repulsión nada más ver la comida y las arcadas se reiteraron una vez más.

—Debes haber contraído un virus. Mañana mismo iremos al médico— ordenó Corazón.

No se opuso. Se sentía realmente mal. No tenía energías ni deseo de nada.

Temprano en la mañana, se levantaron sin que Sanah viera mejoría en su estado de salud. Fue incapaz de desayunar y no toleró el agua que bebió. Ambos comenzaron a preocuparse.

—¿Y si tengo algo dañino?— expresó su miedo Sanah.

—Tranquila amor. Es algo pasajero, ya verás.

Ingresaron juntos a la consulta con el médico, un hombre de avanzada edad y espesa barba blanca.

Sanah relató su malestar.

—Bien, señorita. Dígame, ¿cuando fue su último ciclo menstrual?— preguntó el galeno.

Sanah balbuceó.

—Psst. No lo recuerdo. Creo que lo tuve hace meses, cuando tomé las últimas píldoras anticonceptivas. Las dejé cuando llegué a París, hace más de tres meses.

—¿Y no se ha tomado providencias desde entonces?

—No— fue la breve respuesta de Sanah.

—Por sus síntomas usted podría estar embarazada, pero vamos a comprobarlo mediante una ecografía. Ahora esperen afuera, beba algo de

líquido y aguarden a ser llamados— pidió el doctor.

Sanah y Corazón permanecieron rígidos en sus asientos. Sus ojos brillaban de ilusión.

—Aguarden afuera, por favor— insistió el médico, sacándolos de su compenetración.

—¿Será?— expresó Sanah.

Corazón llevó sus manos al vientre de la joven.

—¡Un hijo amor mío! ¿Qué mayor bendición para nuestro amor que un niño?

—Es que ni lo pensamos. Hasta olvidé que no estábamos tomando recaudos para prevenirlo. Creo que con tanto alboroto no tuvimos tiempo de planificar nada. Pero no te ilusiones. Puede que no esté embarazada y se trate de un cuadro viral— dijo Sanah, aunque ella tampoco podía evitar sonreír pensando en la posibilidad.

Al fin el médico volvió a llamarlos.

—Bien, señorita, recuéstese aquí y levante su camisa.

Corazón tomó la mano de Sanah.

El profesional colocó una sustancia transparente sobre el abdomen de la muchacha y luego procedió a examinarla.

Corazón y Sanah lo miraban anhelantes. Aquellos segundos se hacían eternos. Sus manos se apretaban con brío. El médico carraspeaba.

—¡Ya lo decía yo!— exclamó— Está usted grávida. ¡Felicitaciones! Van a ser padres.

La pareja estaba estupefacta.

—¿Es en serio?—preguntó Sanah incrédula.

—Observen— pidió—. Aquí se ve el bebé. Su bebé mide cuatro centímetros y usted tiene un embarazo de diez semanas. ¡Ah! La tecnología de estos días hace maravillas.

Era increíble ver la silueta de su hijo.

—¿Puedo tomar una foto?— pidió Corazón, con las lágrimas nublando su visión.

—Por supuesto. Es su criatura— concedió el médico—. Un niño muy deseado por lo que veo.

El doctor los observó, sonriendo plácidamente.

—Sí— respondieron a la vez.

—Entre tantas noticias crueles que debo dar a diario, siempre me alegra anunciar la presencia de una nueva vida— expresó el médico—. Vamos a escuchar los latidos de este pequeño corazón.

—¡Oh! Está muy bien. Un ritmo perfecto— constató con jolgorio.

Sanah y Corazón oyeron el corazón acelerado de su hijo por primera vez y la emoción fue tal que el médico debió dejar el estetoscopio sobre el vientre de la madre por unos minutos más.

Cuando llegaron a su hogar, Sanah y Corazón pudieron por fin dar rienda suelta a su alegría.

Corazón brincaba por la casa, mientras que ella, se limitaba a acariciar su vientre materno, cuna de su hijo.

El pintor besó a la madre de su primogénito en la boca, y luego en el abdomen.

—¿Estás feliz?— quiso saber Sanah.

—¿Qué si estoy feliz? No tengo palabras para describir este estado. Sanah, es más de lo que pude soñar. Una familia contigo. Un hijo nuestro, de los dos.

—Es que estamos tan ocupados— dijo Sanah.

—En unos meses seremos tres— repetía Corazón—. Tendremos a nuestro pequeño junto a nosotros. ¿Qué mayor expresión de todo este amor bendito que un hijo? Te llevaré a la cama. Tienes que descansar.

—No amor. Estoy bien aquí. Necesito escribir. Además el médico nos ordenó llevar una vida normal. Siento que aún no lo creo— expresó Sanah—. Siento deseos de gritar al mundo toda esta dicha. Debo llamar a Annie.

—¡No!— exclamó Corazón—. Debemos mantener el embarazo en secreto. Sé que Annie es prudente pero pueden escucharla y no quiero que nada afecte a nuestro hijo.

Sí. Corazón estaba en lo cierto. Ya habría tiempo de compartir con el mundo entero la llegada de su bebé. Ahora, necesitaban mantener el hermetismo y no despertar ningún tipo de sospecha.

Era una verdadera suerte que la atención periodística se alejara y nadie

siguiera sus pasos.

—Yo, que nunca tuve familia, que siempre estuve tan solo en la vida, soy ahora un hombre rico, el más afortunado de todos— meditaba Corazón.

—Siempre estaremos a tu lado, mi amor— lo abrazó Sanah—. Caminaremos de la mano de nuestro pequeño y nuestra familia crecerá como las ramas de un árbol.

Pasaron largas horas pensando en el sexo de su bebé, los posibles nombres, el hogar donde se instalarían cuando naciera.

—Que tenga tus ojos y tu sonrisa— pidió Corazón.

—Que tenga la bondad inmensa de su padre— añadió Sanah.

Los futuros padres, rebosantes de sueños, tenían la dicha de saber que en aquel vientre que admiraban a cada segundo se estaba gestando su más suprema creación.

Capítulo XXX

Estrella fugaz

En una solemne biblioteca parisina, se encontraban reunidas las personalidades más destacadas de la literatura para presenciar la presentación del libro «Poesías de una mujer sin coraza», de la autora Sanah Johnson.

Tras ser presentada por un poeta francés conocido mundialmente por sus obras, Sanah subió al escenario para recitar algunas de sus composiciones. Sus manos temblaban y su corazón latía a toda marcha.

Le dedicó una fugaz mirada a su esposo, quien la miraba fijamente, ubicado en la primera fila, y comenzó a leer. A medida que avanzaba en la lectura, la calma la invadía y los nervios cedían. Había escrito aquellos poemas desde lo más profundo de su corazón y confiaba ciegamente en la calidad de su trabajo.

Vestía un vestido elegante para la ocasión, lo suficientemente holgado como para no delatar su incipiente pancita de embarazada. De todas formas, había adelgazado durante el último tiempo entre tantas emociones y los síntomas propios de los primeros meses de gestación. Pero su bebé se hacía notar en su vientre que ya dibujaba una pequeña curvatura.

Cuando culminó la recitación, los presentes se levantaron de sus asientos e inundaron el salón con sus estruendosos aplausos.

Corazón aplaudía orgulloso.

Sanah agradeció a los presentes y les dedicó unas cálidas palabras por su compañía en aquella ocasión tan eminente para ella.

La fama de Corazón había contribuido en gran medida a que su libro fuera tenido en cuenta y publicado nada más presentarlo. Los retratos y su primer poema público habían despertado la intriga sobre las habilidades narrativas de la joven y todos estaban ávidos de conocer más poemas.

En pocos días, el libro de Sanah se había convertido en un éxito rotundo. En cuestión de horas, los ejemplares se habían agotado en las librerías y «Poesías de una mujer sin coraza» alcanzó el primer puesto de libros con mayor venta durante el año, convirtiéndose rápidamente en un best seller con triunfante acogida a nivel mundial.

Sanah pasó de ser la musa de Corazón a tener nombre y reconocimiento por su propio trabajo.

El bullicio que había causado Paolo con sus retratos ahora se veía incrementado, y toda Francia estaba pendiente de la pareja de ingeniosos artistas. Las apariciones en revistas y periódicos eran diarias, así como los eventos a los que eran convocados. Ahora, no solo debían estar presentes en los museos y las galerías, sino también en las bibliotecas y librerías, donde Sanah era agasajada y muchas veces realizaba jornadas para encontrarse con sus lectores y firmar sus libros. El contacto con sus admiradores y las muestras de afecto que recibía la llenaban de gozo.

—¡Estoy tan orgulloso de tí!— expresó Corazón una noche, en que ambos regresaban a casa agobiados tras una ceremonia.

—Yo siento una alegría inmensa por ambos. ¡Jamás imaginé que mi libro tendría esta aceptación y que podré vivir de lo que amo! ¡Tenía tanto temor!— dijo Sanah con asombro.

—Pues yo lo supe desde el momento en que comenzaste a escribir tus poemas con dedicación. La única que desconfiaba de sus habilidades eras tú. Mi mujer es ahora una notable escritora. Nuestro hijo estará orgulloso de su madre—aseguró Corazón, acariciando a su hijo en la barriga que lo refugiaba.

—Y mañana los tres estaremos celebrando tu triunfo cuando recibas tu premio al «Artista del Año»—dijo Sanah, quien ya se metía en la cama, con la fatiga característica de las embarazadas.

—Tengo la intuición de que seré galardonado. Mis obras han causado un impacto muy positivo. Y si no obtengo ese premio no importa, porque mis mayores logros en la vida están aquí a mi lado—expresó, besando apasionadamente a su esposa.

—Es una pena que no hayas podido culminar «Alianza de corazones». En

parte, sé que es por mi culpa. Te he quitado tiempo con la presentación de mi libro y todo este trajín diario que tenemos— dijo Sanah con culpa—. Aunque para mí luce extraordinario. Deberías exhibirlo mañana mismo.

—No. Ya sabes como soy de perfeccionista. Me gusta dedicarle el tiempo preciso a cada obra. Aún faltan unos pequeños detalles. Pero pronto estará culminada y ya habrá tiempo de compartir esta joya con el mundo entero. De ninguna manera eres responsable, amor mío. Disfruto viendo tus logros y acompañándote como tú lo haces conmigo. Debemos respetar nuestros momentos. Ahora, el tiempo de brillar es tuyo. Además, debo decir que prefiero ser premiado por «Corazón Coraza» y «Vivir sin coraza» y allí mismo anunciar que una nueva obra será presentada a la brevedad. Toda la atención está puesta en este evento que será masivo y de presentar «Alianza de corazones» ahora, los críticos no le darían la importancia que merece. Los artistas debemos elegir la época precisa de cada pieza— explicó Corazón, pensativo.

—¡Tú sí que piensas en todo y no dejas nada librado al azar!— manifestó Sanah con admiración— Es fascinante compartir esta vida de amor y trabajo codo a codo, luchando juntos por nuestros logros para después sembrar unidos los frutos de la labor.

—¡Siempre juntos, vida mía!— susurró Corazón pegando su cuerpo al de Sanah—. Tú, yo y la familia numerosa que formaremos.

—¿Qué?—dijo Sanah riendo—¿Cuántos hijos piensas tener?

—¡Muchos!—exclamó él, con decisión— Una larga herencia. Hijos e hijas criados con el mayor amor del mundo. Siempre tendremos niños corriendo por nuestro hogar. Serán pintores, escritores, o lo que ellos deseen. Los apoyaremos en todo y tendrán el amor que sus padres se profesan como ejemplo para sus vidas.

—¡Claro! ¡Cómo no eres tú el que deberá cargarlos en su vientre por meses!—lanzó Sanah, con una carcajada— Yo también quiero muchos hijos amor mío. Aunque este niño me está matando de náuseas y sueño.

—Descansa mi amor. Mañana tendremos un largo día y una noche especial.

Ambos se durmieron abrazados, con la luz de la luna llena que ingresaba

sigilosa a través de las cortinas de la habitación para presenciar uno de los amores más bellos que puedan existir.

Las horas del día siguiente volaron como segundos. Temprano en la mañana, asistieron a un control ginecológico para confirmar que su bebé estaba creciendo en magníficas condiciones y el embarazo iba de maravilla. El médico tranquilizó a Sanah con respecto a sus síntomas.

—Es absolutamente normal que las embarazadas adelgacen un poco durante el primer trimestre. Usted lo está culminando y verá como las náuseas ceden paulatinamente. El niño está creciendo y sus parámetros son los adecuados. No debe afligirse por nada— aseguró el profesional.

—¿Cuándo sabremos el sexo?— preguntó Corazón con ansias.

—En la próxima ecografía si su posición nos lo permite, podremos saber si están esperando un niño o una niña.

Antes de salir del hospital, se pusieron unas gafas y llamativos sombreros. Preferían camuflarse todo lo posible para no despertar rumores sobre sus visitas al médico. Los medios continuaban pendientes de sus movimientos.

Con la agenda por estallar, Sanah había espaciado sus sesiones con el terapeuta, mas sin descuidar la importancia que el cuidado de su mente y emociones tenía en su vida.

Corazón se encontraba expectante por vivir su primera asistencia a una entrega de premios de tal trascendencia. Sanah lo tranquilizaba al respecto.

—Pase lo que pase, hiciste un trabajo sobresaliente que te ha consagrado como el mejor pintor de los últimos tiempos. El mero hecho de estar convocado habla por sí mismo— dijo Sanah.

—Es cierto amor mío. Es que nunca creí vivir este momento. Mi carrera ha crecido en extremo, y es gracias a ti que inspiraste mis mejores obras.

—Tú lo has logrado todo en base a tu perseverancia y sacrificio. Y yo seré tu musa hasta el último instante de nuestras vidas. Nunca más estaremos uno sin el otro. ¿Ya me perdonaste por tanto sufrimiento que te causé, verdad?— preguntó Sanah, mirando a su mirado a los ojos y acariciando su rostro.

—No hay nada que perdonar. Yo te amé cada instante desde el momento en que te conocí y en el fondo de mi corazón, algo me decía que el destino te

traería de regreso a mi lado. Y así fue. Nuestro amor está escrito.

—Lo sé. Tengo el convencimiento que nada ha sido casualidad. Dos almas gemelas que unieron su camino, que pronto transitaremos con el regalo bendito que es este hijo creciendo aquí dentro de mí. A propósito, amor, debemos buscar una casa más amplia, con un bonito jardín. Quiero que sea aquí en París, en algún vecindario apacible. Un refugio para los tres en medio de esta ciudad tan desenfadada.

—Concuerdo contigo, amor. Buscaremos el lugar ideal para criar a nuestro hijo en un entorno tranquilo, sin alejarnos de esta cultura artística. Comenzaremos la búsqueda apenas regresemos de Londres. Ya tengo los pasajes para viajar mañana a primera hora. Firmarás la solicitud de divorcio y luego volveremos según el proceso legal lo requiera. Arthur nos facilitará todo tanto como sea posible. Nos veremos liberados de esta situación tan traumática.

—Está bien—acordó Sanah—. Para ser franca, no tengo el menor deseo de ver a mi familia, de hacer frente a mis padres, y menos en esta situación en que me siento más frágil de lo habitual, pero será mejor hacerlo cuanto antes.

—Yo estaré a tu lado en todo momento. No deberás afrontar nada sola—prometió Corazón.

—Lo sé, cielo, y es tu compañía y la de mi hijo lo que me da la fortaleza que necesito. Ahora, vamos a concentrarnos en esta noche. Voy a probarme algunos vestidos para decidir que atuendo luciré. Debo cuidar que mi panza no se note y que además no esté repetido. ¿Puedes creer que una revista publicó una noticia con motivo de mi reiteración de conjuntos? ¡Cuánta frivolidad! No solo quieren husmear en nuestra privacidad, sino que además están pendientes de mi vestimenta. ¡Por amor de Dios!— se quejó Sanah.

Corazón se echó a reír.

—Estarás bellísima como siempre. Tú no necesitas adorno alguno para obnubilar con tu presencia.

—Debo estar acorde a un evento que tendrá a mi marido como protagonista y prepararme para todas las fotografías que nos tomarán cuando obtengas el

premio al Artista del Año—dijo Sanah con entusiasmo, sin prestar atención a su celular que sonaba incesantemente.

—¡Vaya que Sophie y Mey son persistentes! O quizás se trate de Annie. Voy a chequearlo—expresó, depositando un elegante conjunto negro sobre la cama para tomar su celular que estaba a punto de caer de la mesita de luz a causa de la vibración.

—¿Quién es?—preguntó Corazón al ver su cara de sorpresa.

—Es el número de casa de mis padres. ¡Qué extraño! Mamá no desea ni escuchar mi voz tras la guerra que desató aquí el otro día. ¿Habrá sucedido algo?—manifestó con preocupación.

—No lo creo. Probablemente tu madre desee añadir algo a su discurso contra nuestro amor, culpándote por todos sus males. No quiero verte mal. Recuerda que todas tus emociones afectan al bebé. Mejor apaga el móvil y no respondas esa llamada— pidió Corazón.

—Si no lo hago, me quedaré con la intriga. Sé que de haber sucedido algo, Annie se comunicaría conmigo, pero si no respondo la incertidumbre persistirá. Te aseguro que mi madre no logrará fastidiarme. Apenas comience con su cantaleta, cuelgo el teléfono.

—Hola— atendió con frialdad.

La voz de Betty se oyó del otro lado. Sanah mordió sus labios, lamentando haber respondido.

—Sólo llamo para decirte que no te atrevas a derramar una sola lágrima en el funeral de tu padre, porque si hay una responsable aquí eres tú. Ojalá que la culpa no te deje dormir por las noches. Tú fugándote con un cualquiera mientras tu familia vive una pesadilla aquí. ¡Qué mujer ingrata resultaste ser! Y yo que me esmeré tanto en tu cuidado desde que eras una niña. Todo para que nos des una bofetada.

Betty hablaba a gritos, mordiendo las palabras entre su cólera mezclada con sollozos.

—¿Puedes calmarte y decirme que está pasando?— pidió Sanah con exasperación.

—¡Qué tu padre se muere del disgusto que le provocaste! No te atrevas a

venir aquí o nos continuarás matando a todos. No queremos ver tu falso rostro haciéndonos compañía— exclamó Betty enfurecida para luego cortar la llamada.

Sanah no entendía nada. Decidió llamar a Annie de inmediato. Apenas su amiga respondió, pudo percatarse de que efectivamente algo grave estaba acaeciendo.

—Annie, ¿puedes decirme que está sucediendo en casa? Betty llamó diciendo barbaridades. ¡Dime que no es cierto que papá murió, Annie!— gritó Sanah—. ¡Dime que no, por favor!

—No, Sanah— la tranquilizó Annie—. Tu padre sufrió un infarto esta mañana y su estado de salud es delicado, pero él está con vida aún. Los médicos están haciendo todo lo que está a su alcance. Yo estoy aquí junto a tu madre y Arthur en el hospital. Betty quedó en casa cuidando de Zeus. ¡No puedo creer que te haya llamado! Sanah, si no te lo dije apenas sucedió es porque sé que esta noche es muy importante para ti, y no hay nada que puedas hacer. Créeme que le estamos brindando a tu madre toda nuestra contención. Yo te mantendré al tanto del progreso de Edward.

—Pero no puedo estar aquí celebrando mientras mi padre muere por mi culpa, Annie— lloraba Sanah.

—No digas tonterías. No eres culpable de cosa alguna. Edward siempre tuvo problemas cardíacos. Un ataque al corazón puede sucederle a cualquiera y lo sabes. Logrará salir de este trance. Es un hombre fuerte. Dedícate a rezar y mantener tu fé viva. Debo colgar ahora. Quédate ahí y no hagas tonterías.

Sanah se dejó caer de rodillas al piso, llorando desconsoladamente.

—¿Qué sucedió mi amor? ¿Qué le pasó a tu padre?—quiso saber Corazón— ¡Ven aquí! Siéntate y bebe agua. No puedes ponerte en este estado.

—¡Mi padre, mi padre!— repetía Sanah, sin poder explicar la situación, oprimida por la angustia—. Él está al borde de la muerte. Necesito estar con él. Ésta puede ser la última vez que yo vea a mi padre con vida.

—Iremos de inmediato. Solo guarda la calma, amor. Tu padre estará bien. ¿Qué te dijo Annie?

—Annie dice que está delicado, pero yo sé que está atenuando su condición

para no alarmarme. ¡Corazón, escucha! Hoy es tu noche y necesitas asistir a esa entrega de premios. Yo tomaré un tren a Londres ahora mismo. No puedo tolerar esta congoja. Tú irás a acompañarme tan pronto el evento culmine—estableció Sanah con decisión.

—De ninguna manera—porfió Corazón—. ¡Al diablo los premios! No te dejaré ir sola.

—Amor, por favor, escucha y ayúdame a atravesar esta fatalidad. Esa ceremonia es importante para ti, para mí, para nuestro hijo. No puedes dejar de asistir. Es nuestro futuro el que está en juego. Ese mérito terminará por coronarte como artista. Apenas unas horas nos separarán. ¡Llévame a la estación, te lo ruego! No puedo perder tiempo discutiendo esto. ¡Sé sensato! Puede ser la última oportunidad de tomar la mano de mi padre, de decirle que lo amo antes de partir.

—Está bien. Pero no estoy de acuerdo. Si me permitieras escoger, iría ya mismo contigo. No lograré estar en esa gala pensando en cuanto me necesitas a tu lado—se empecinó Corazón.

—Estarás allí con la solidez que siempre has tenido. Esta misma noche estarás junto a mí. Vamos ya mismo— dijo Sanah, enérgica, tomando su bolso de mano.

En la estación, se estrecharon en un largo abrazo.

—Cuídate, por favor, y cuida a nuestro hijo— solicitó Corazón.

—Te espero en Londres. Estaré pensando en ti en todo momento.

—Pide a Annie que vaya a recogerte. Voy a llamarla para que no se separe de tu lado ni un segundo.

Cuando Sanah subió al tren, Corazón la despidió agitando su mano. Ambos dirigieron un beso al aire, mientras sus miradas reflejaban el desconsuelo que les causaba separarse.

El trayecto hacia Londres fue angustioso para Sanah. Recordó su viaje a París, cuando acudió al encuentro de Corazón, llena de incertidumbre. Esta travesía no era diferente en cuanto a sus emociones. Deseaba llegar rápido a la ciudad que la había visto crecer y estrechar fuerte la mano de su padre. Las

lágrimas nublaban sus ojos de sólo pensar que podría perder al hombre que le dio la vida y la crió con tanta dedicación.

Pese al miedo de recibir noticias desafortunadas, llamó a Annie para contarle que iba en camino.

—¿Cómo que vienes sola?—se sorprendió.

—Sí. Hoy es la entrega de premios sobre la cual te había comentado. No permití que Corazón me acompañara. Dime como está mi padre Annie, por favor— suplicó.

—La situación se mantiene igual Sanah. Aún no hemos recibido ninguna novedad. Llámame apenas estés llegando para poder ir por ti a la estación.

—Así lo haré—ratificó.

Tras cortar la llamada, Sanah continuó sumergida en sus pensamientos. Acarició su vientre para recordar que lo más importante crecía en su interior. El bebé ya comenzaba a hacerse sentir. Pensó en la felicidad de Annie cuando viera su pancita. Sería una grata sorpresa en medio del dolor.

Cuando el tren llegó a su destino, Sanah buscó a Annie, sin encontrarla. ¡No podía esperar! En un impulso tomó un taxi.

—Sanah,¿donde estás?— la llamó Annie a su móvil.

—No te vi en la estación y tomé un taxi.

—Querida. Debiste aguardar. Me retrasé porque tu padre ingresó al block quirúrgico. Van a practicarle un cateterismo.

—Me dirijo a la clínica. Quiero estar allí.

—Sanah, escucha— pidió Annie—. Haz lo siguiente. Ve a tu casa, y yo te recojo allí. Sería bueno que veas a Zeus y que vayan juntos a la clínica. El niño está confundido, inquieto sin saber que pasa y tu eres la indicada para sosegarlo.

—Tienes razón Annie. Te veo en casa. No te demores, por favor— pidió con fervor.

Una vez en la puerta de su casa, Sanah subió las escaleras a toda velocidad. Su hermano debía estar recluido en su cuarto. A juzgar por los sonidos provenientes de la cocina, Betty se encontraba haciendo sus quehaceres allí.

Sanah no deseaba que notara su presencia. No tenía la fortaleza para lidiar con sus regaños.

—¡Zeus! ¡Zeus!— llamó, dirigiéndose a la habitación del niño.

De pronto y sin poder preverlo, una mano cubrió su boca con brutal rudeza. Sanah luchaba por escapar con todas sus fuerzas, pero no logró escapar de aquel hombre que oprimía sus brazos e impedía sus gritos.

—Sabía que vendrías, maldita estúpida— susurró Mark a su oído.

Sanah sintió que su sangre se congelaba y el miedo la invadía.

—¿Creías que no me iba a vengar? ¡Deja de patalear, perra!— ordenó, acorralando a su presa— Ahora sabrás las consecuencias de tu perjuicio. Te arrepentirás de haber encendido mi furia.

Sanah sólo alcanzó a ver la mirada aterrada de su hermano antes de que Mark la soltara abruptamente, empujándola con saña por las escaleras.

Cada parte de su cuerpo sintió los golpes. Su cabeza, sus piernas, su vientre florecido.

Los segundos que duró aquella pesadilla fueron penosamente dolorosos.

Al borde de sus fuerzas, Sanah quedó tendida en el suelo con sus brazos fracturados y un intenso dolor en el abdomen que la hizo lanzar un alarido. Sintió a su hijo desprenderse de su vientre, arrancado brutalmente de su madre.

Pudo ver la mirada horrorizada de Betty al ver la escena y la figura de Annie ingresando por la puerta y corriendo hacia ella. Luego, perdió el conocimiento.

—¿Qué sucedió? Llama a una ambulancia, Betty— clamaba Annie.

—Fue un accidente— se excusó Mark—. La estaba esperando aquí junto a Zeus para hablar con ella. Salió corriendo escaleras abajo y debió tropezar. Yo mismo puedo trasladarla a un hospital. ¡Por Dios! Vine a brindar mi apoyo a la familia en este momento. Sanah se puso muy alterada. No debió descender tan descuidadamente.

—No te acerques. Márchate ya mismo— le ordenó Annie. Explicarás lo que sucedió a la policía.

Zeus corrió a su habitación y se escondió debajo de la cama, tapando sus

oídos, aterrado por la escena presenciada.



Tras haber recibido el premio al «Artista del Año», Corazón se dirigió a toda prisa a la estación para poder tomar el primer tren a Londres y reunirse con Sanah.

Sin embargo, el destino había trazado una mala jugada. Pronto, los portales informativos invadían la web con una macabra noticia. Un atentado terrorista en el metro de París había causado la muerte de más de una decena de personas, entre ellos el reconocido pintor Corazón. Los medios televisivos arribaban al lugar para cubrir la información y los familiares lloraban a las víctimas en medio del caos.

En el vientre de Sanah y en la estación parisina, dos corazones estrechamente emparentados detenían sus latidos.

Aquello parecía una broma tétrica. En cuestión de segundos, los sueños de dos amantes se habían desvanecido como por arte de magia. Parecía que el destino se había enfurecido con ellos. Sucede que muchas veces, los amores tan verdaderos e intensos como el suyo están condenados a una muerte precoz. Tal y como sucede con las mariposas, cuya colorida belleza la naturaleza no admite, y son sentenciadas a una vida breve, desplegando sus alas perfectamente pintadas por apenas unos días, de extremo esplendor. Durante su precaria existencia, se regocijan y embellecen cada lugar que tocan. Así fue el amor de Sanah y Corazón. Tan sublime que la eternidad le fue prohibida, como sucede con cada obra excelsa del Universo. Su amor fue un regalo inolvidable que permanecería en el recuerdo por siempre. Luminoso y sucinto como una estrella fugaz.



Sanah tardó dos años en reponerse tras la pérdida de su hijo y su gran amor. Con la ayuda de Annie, sus amigas, su familia y el apoyo terapéutico, logró hacer frente a la cruda realidad.

El señor Johnson sobrevivió al ataque cardíaco. Le realizaron una cirugía y cuida de su delicada salud, disfrutando cada día como si se tratara del último.

Mark no fue condenado tras el ataque a Sanah. El testimonio de la víctima no fue prueba contundente y los dibujos de Zeus representando la atroz agresión fueron descartados como evidencia dada la limitación del niño. La agresión fue considerada un incidente sin responsables. No obstante, el castigo llegó cuando el arquitecto acabó con la vida de su nueva esposa, tras propinarle varias puñaladas. Fue sentenciado a cadena perpetua y pasa sus días tras las rejas.

Sanah recompuso el vínculo con su madre, quien entendió el sufrimiento de su hija.

Sophie y Mey finalizaron su carrera y celebraron la graduación junto a su amiga Sanah.

Cuando recobró la fortaleza necesaria, Sanah regresó a París, llevando a su hermano con ella. Ambos residen en la casa donde Sanah vivió junto a Corazón. Allí se siente reconfortada al recordar tan bonitos momentos y visualiza la presencia de su amor en cada rincón.

Los organizadores del premio al artista del año le otorgaron una réplica de la estatuilla que había recibido Corazón, destruida durante el atentado. Sanah la lleva siempre junto a ella y la considera su amuleto de la suerte, por pertenecer al máspreciado artista y el dueño eterno de su corazón.

En una ceremonia en honor a su amor, Sanah expuso la obra «Alianza de Corazones» que fue ovacionada por el público aún con los detalles que su autor no pudo añadir, y se exhibe actualmente en uno de los más importantes museos parisinos.

Una tarde de sol, escoltada por su hermano, ya convertido en adolescente, tiró las cenizas de su esposo al lago del jardín donde habían contraído matrimonio. Allí estaban todos los recuerdos de sus días más felices.

Cada vez que necesita inspiración para escribir, se dirige a aquel lugar, testigo de su unión, y siente la compañía de Corazón, guiando cada uno de sus pasos. A diario besa el pequeño corazón tatuado en su dedo y dedica unas horas a recordar el tiempo compartido junto a su amor.

Además de su pasión por la escritura, Sanah se dedica a ayudar a mujeres que sufren violencia doméstica. Viaja a las regiones más afectadas por el fenómeno y brinda charlas con el fin de concientizar a la población e incentivar a las víctimas a denunciar a sus agresores. Logró transformar su traumática experiencia junto a Mark en un relato que tiene la pretensión de prevenir muertes. A través de su anécdota, contada en primera persona, Sanah lucha para que sus pares no callen y defiendan sus derechos.

Su deseo arrebatado de ser madre se vió concretado cuando una chica parisina de joven edad que acababa de dar a luz a su hijo, fue baleada hasta la muerte por su pareja, quien se quitó la vida tras el homicidio. Sanah luchó por la tenencia del pequeño, que carecía de familia.

El niño se llama Paolo, en honor a su amado Corazón. Es increíble ver como Sanah encuentra gestos y facciones similares a las de su fallecido esposo. Una evidencia más de las maravillas que ofrece la vida y la convicción de que nada ocurre por casualidad.

Zeus continúa pintando y ha sido ejemplo para muchos chicos con autismo, quienes encontraron en la expresión artística un canal ideal para manifestar sus sentimientos.

En 2018, Sanah lanzó la primera novela basada en su historia de amor. La llamó «Corazón y Coraza» y tuvo un auge sin precedentes.

Hoy camina aferrada a la pequeña mano de su hijo, acompañada en todo momento por su adorado hermano. Ya no siente rencor. Logró olvidar y perdonar. Se emociona con las cosas más simples y encuentra dicha en cada momento. Agradece el soplo de vida que la mantiene de pie y el aire en sus pulmones. Sabe cuán privilegiada fue por haber encontrado a su alma gemela en este mundo inmenso, mientras otros pasan toda su existencia sin conocer el verdadero amor. Sólo así puede valorar cada instante que el destino le obsequió al lado de Corazón, y guarda su recuerdo en lo más profundo de su alma.

Índice

- [Capítulo I: ¿Dichoso porvenir? 9](#)
- [Capítulo II: El corazón de Marilyn 13](#)
- [Capítulo III: La protagonista de un compromiso 27](#)
- [Capítulo IV: Una decisión correcta 33](#)
- [Capítulo V: Una presencia incómoda 43](#)
- [Capítulo VI: ¿Un mismo corazón? 57](#)
- [Capítulo VI: Sano despertar 71](#)
- [Capítulo VII: Corazón en calma 85](#)
- [Capítulo VIII: Unión de dos almas 91](#)
- [Capítulo IX: Una lluvia de acontecimientos felices 103](#)
- [Capítulo X: Absoluta plenitud 119](#)
- [Capítulo XI: Corazón y coraza 127](#)
- [Capítulo XII: Vivir sin coraza 141](#)
- [Capítulo XIII: Paolo, el corazón sanador 155](#)
- [Capítulo XIV: El pequeño Dalí 169](#)
- [Capítulo XV: Días grises 185](#)
- [Capítulo XVI: Un vuelco al corazón 193](#)
- [Capítulo XVII: Coraza sin corazón 221](#)
- [Capítulo XVIII: Un nuevo amanecer 247](#)
- [Capítulo XIX: Vivida pesadilla 267](#)
- [Capítulo XX: Crisis 289](#)
- [Capítulo XXI: Depredador 309](#)
- [Capítulo XXII: Ansiada libertad 329](#)
- [Capítulo XXIII: Inusitada valentía 361](#)

[Capítulo XXIV: Arcoiris 373](#)

[Capítulo XXV: Reencuentro de almas 389](#)

[Capítulo XXVI: Les grands artistes 399](#)

[Capítulo XXVII: Alianza de corazones 407](#)

[Capítulo XXVIII: Sorteando los obstáculos 425](#)

[Capítulo XXVIII: Suprema creación 435](#)

[Capítulo XXX: Estrella fugaz 445](#)